

JUANA DE LESTONNAC

María Puncel

Ilustraciones de Karin Schubert





1. Casa y capilla del Espíritu Santo.
2. Calle del Hâ.
3. Calle de Palais-Gallien
4. Casa de Lestonnac (calle de Gourgues).
5. Casa de Ricardo de Lestonnac (calle des Fossés Saint-Eloy).



6. Casa de Lestonnac (calle de Carhernau).
7. Iglesia de Saint-Eloy (donde se cree que la Santa hizo su Primera Comunión).
8. Iglesia de Santa Eulalia, cuyo coro fue construido por Guillermo de Lestonnac.
9. Parroquia de Sainte Colombe.

INTRODUCCIÓN A LA 1ª EDICIÓN

El libro que tienes en tus manos te ofrece una aventura que te puede resultar apasionante: te invita a adentrarte en la vida de una mujer de los siglos XVI-XVII que, porque supo descubrir en la fe cristiana un horizonte capaz de iluminarla, aun en los momentos más difíciles, tiene algo que decir y que ofrecer también a la mujer de hoy.

La historia de su vida es la historia de su fe. Una fe probada y aquilatada en las difíciles etapas de una larga trayectoria: una niñez y una juventud llenas de desafíos; una vida matrimonial con todos los encantos de la familia y el hogar; una vida religiosa en la que su rica personalidad de mujer plenamente realizada se entrega totalmente a Dios y al servicio de la juventud de su tiempo.

María Puncel ha vivido la experiencia de adentrarse en cada una de esas etapas, y con su pluma ágil y creativa nos describe, página a página, cómo va percibiendo esa figura de Juana de Lestonnac que se le fue revelando con rasgos inéditos.

Espero que, al leerlo, llegues tú también a descubrir cómo la historia de tu vida puede ser la historia de tu fe.

Silvia Vallejo Villa, odn (1987)

INTRODUCCIÓN A LA 2ª EDICIÓN

La publicación de esta nueva edición, responde a la acogida que ha tenido el libro en los distintos países donde esta presente la Compañía de María y responde también al convencimiento de que en este momento histórico, es necesario dar a conocer personas que, desde su opción de fe, aportan soluciones nuevas a los problemas de la época que les toca vivir.

Así lo hizo Juana de Lestonnac en su tiempo. Ella encontró en la fe un referente de sentido que la impulsó a tender la mano a la juventud femenina, con la esperanza de que a través de la educación de la mujer, se transformarían familias enteras y se remediarían los males de la sociedad.

María Puncel, de una forma amena y creativa nos narra esta historia. Nos cuenta lo que ella, como antigua alumna del Colegio Compañía de María de Valladolid, aprendió a través del testimonio de otras mujeres que se dejaron contagiar de la fuerza inspiradora regalada por Dios a Juana de Lestonnac.

Que al leer este libro, sintamos la invitación a construir historia y a dejar este mundo mejor de lo que lo encontramos.

Es lo que deseo para todas y todos.

Beatriz Acosta Mesa odn

Superiora General (2004)



PRIMERA PARTE



TIEMPO HISTÓRICO

Empieza la segunda mitad del siglo XVI. Europa se agita en los violentos enfrentamientos —no siempre de puro origen religioso— de la Reforma y la Contrarreforma. Reyes, Príncipes, Gobernadores y Generales aprovechan el ambiente de discordia para tratar de saciar ambiciones personales.

En Inglaterra, María Tudor está al final de su reinado. En la sombra aguarda su hermanastra Isabel, que acabará por imponer la Religión Anglicana que ya su padre, Enrique VIII, había implantado enfrentándose al Papa de Roma.

En España reina Felipe II, católico profundamente convencido, que está empeñado en guerras con turcos y protestantes en todo el entorno europeo.

En Francia se suceden Francisco II, Carlos IX y Enrique III. Catalina de Médicis, que gobierna como Regente durante la minoría de edad de estos tres hijos suyos, conduce la política francesa de esta época. Esta Reina usa y abusa de la astucia y la sinuosidad florentinas y marca su gobierno con unas maniobras realizadas para enfrentar entre sí a los dos bandos rivales de católicos y protestantes. Al final, los vaivenes de sus simpatías por uno y otro bando acabarán por favorecer las guerras de religión.

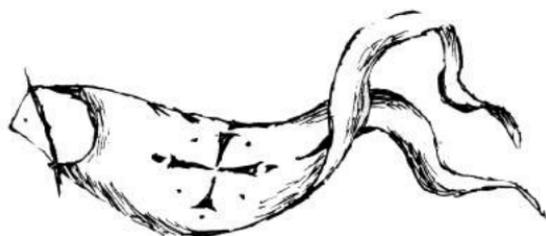
En Italia continúan las sesiones del Concilio de Trento, convocado para resolver los problemas sobre la Fe

suscitados por las doctrinas protestantes y para corregir los abusos y desórdenes que se producen dentro del seno de la Iglesia Católica. Las sesiones del Concilio se celebran en medio de grandes dificultades, empeñadísimas discusiones y no pocas intrigas, luchas y discordias.

En Alemania acaba de morir Martín Lutero. Ignacio de Loyola va a seguirle apenas diez años después. Teresa de Jesús emprende su tarea de sembrar las tierras de España con pequeños Conventos de Monjas del Carmelo de la Descalcez.

A lo largo y a lo ancho de Europa trabajan pintores como Tiziano, Holbein, Peter Brueghel, Tintoretto, el Greco y Sánchez Coello, entre otros muchos magníficos artistas. Todos ellos nos han dejado espléndidos recuerdos iconográficos de la época.

Y en medio de estos turbulentos tiempos de inquietudes artísticas, políticas y religiosas, de enfrentamientos y guerras, un remanso de paz: la casa de los Lestonnac en Burdeos, capital de la antigua provincia de la Guyena francesa, donde una niña, primogénita del joven matrimonio, acaba de nacer en este último mes de 1556.



EL BAUTIZO

Descansa la madre de la recién nacida en su gran lecho de colgaduras. Fuera hace una fría tarde de finales de diciembre, pero la estancia está caldeada por el fuego que arde en la chimenea.

A través de una puerta entreabierta se escucha el leve canturreo monótono y arrullador con que el Aya mece a la pequeñina.

Juana Eyquem se deja también arrullar y acompañar por esta voz querida que la ha seguido y servido desde hace ya más de veinte años. Desde que ella misma, recién nacida, durmió en los brazos del Aya y oyó este mismo canturreo tranquilizante y adormecedor...

Y, de repente, el silencioso sosiego de la casa se ha quebrado. Primero ha sido el rápido trote de un caballo sobre el enlosado de la calle. Luego, el crujido del portón de entrada. Más tarde, unos pasos firmes y apresurados que suben la escalera. Ricardo de Lestonnac, el señor de la casa, acaba de llegar de vuelta de sus tareas en el Parlamento de la ciudad.

Los pasos se hacen más discretos y medidos cuando llega al rellano del primer piso. Luego, se hacen cautelosos al acercarse a la puerta de la habitación en que el Aya mece a la niña.

Juana, desde su cama, oye el diálogo del padre con la fiel servidora:

—¿Ha vuelto a abrir los ojos?

—Sí, señor, dos veces.

—¿Estás segura de que son azules?

—Segurísima. Tiene los ojos del mismo color azul porcelana de su madre. Y va a ser muy rubia, como ella. Es como si volviera a tener en brazos a la pequeña Juana Eyquem.

Sonríe satisfecho Ricardo y se inclina sobre el diminuto ser, envuelto en toquillas, que es su primera hija. No se atreve a besar la carita casi oculta en su gorro de encajes y se limita a poner suavemente los labios sobre la fina tela que cubre la cabecita de la niña.

Luego, se vuelve para asomarse silenciosamente a la puerta que comunica con el dormitorio de su mujer.

—Entra, estoy despierta —llama Juana desde la cama.

Y Ricardo se aproxima a saludar a su esposa.

—La niña es preciosa, ¿verdad? —comenta el padre.

—A mí también me lo parece; pero ni tú ni yo podemos ser buenos jueces en esta materia... —sonríe Madame de Lestonnac.

—El Aya dice...

—¡El Aya!, su opinión es todavía menos fiable que la nuestra... —bromea Juana. Y luego habla ya más seria—: A ti te hubiera gustado más un chico, ¿verdad?

—¡No!

—Vamos, no seas tan amable. Yo sé que los hombres siempre deseáis que el primer hijo sea varón —sonríe débilmente Juana Eyquem.

—Pues no es mi caso. Te aseguro que estoy encantado con la niña. Claro que quiero un hijo, varios hijos... Niños sanos, fuertes e inteligentes... Muchachos Lestonnac que hagan honor a su apellido y traigan gloria y solidez a esta casa; pero hay tiempo. Ya vendrán los chicos. Y, mientras tanto, como un maravilloso anticipo, ahí tenemos a la niña. Es igual que tú. Tiene tu nariz, tus ojos y tu boca...

—¡Ricardo, un poco de seriedad! Una niña de dos días no se parece a nadie. Si está todavía a medio hacer...

—Y para que sea más igual que tú la llamaremos Juana.

—¿La llamaremos?

—Eso es, le impondremos el nombre de Juana cuando la bauticemos.

—¿Vamos a bautizar ya a nuestra hija?

—Claro, y será una ceremonia solemne, ya verás. Todo Burdeos se enterará de que la pequeña Juana de Lestonnac ha sido bautizada. Invitaremos a todos los miembros del Parlamento y...

Ricardo interrumpe su entusiasmado proyecto porque ha descubierto en su esposa una sonrisa que le desconcierta un poco. Una sonrisa entre maliciosa y divertida...

—¿Por qué te ríes?

—Bueno, me hace gracia toda la importancia que parece darle a este asunto.

—Es serio, Juana.

—Sí, sí, ya sé —dice Juana en tono ligero. Y luego añade como sin darle mucha importancia—: ¿Y si dejásemos eso del bautizo para más adelante?

—¿Crees que la niña corre algún peligro si la sacamos con este frío? ¿Dejamos el bautizo para cuando mejore el tiempo?

—Sí, eso, hasta que haga menos frío... hasta que llegue la primavera...

—¿Tanto tiempo?

—O más todavía... hasta que tú y yo estemos seguros de que queremos bautizarla dentro de la Religión Católica... o hasta que la niña crezca y sea capaz de decidir por sí misma...

—¡Juana, eso suena a las nuevas doctrinas!

—Es sólo sentido común, Ricardo, y un enorme respeto a la libertad de la niña.

—Tú y yo fuimos bautizados a los pocos días de nacer.

—Sí, Ricardo, pero aquéllos eran otros tiempos. Ahora hemos aprendido a ver las cosas de otra manera... Tenemos miras más amplias y el espíritu más libre... Somos más inteligentes, más cultos... Nos planteamos las cosas con más seriedad...

—Seriamente me lo estoy yo planteando ahora, Juana. El Bautismo es un Sacramento que...

—El Bautismo de los niños pequeños es una ceremonia sin contenido real, buena sólo para impresionar a personas incultas y cándidas. El Bautismo no tiene ningún valor si no va acompañado del compromiso formal del bautizado. Y ¿qué compromiso puede contraer una criatura de pocos días?

—¡Juana, el Bautismo es una señal externa de una realidad interior! Por el Bautismo, el niño entra a formar parte verdaderamente del Cuerpo de Cristo. Y los padrinos aceptan el compromiso en nombre del niño...

—Ricardo, ¿tú crees sinceramente que tenemos derecho a imponerle a nuestra hija unas creencias que tú y yo sabemos que están anticuadas? Ahora hemos superado ya viejas supersticiones de la gente antigua... Sabemos que han llegado los tiempos en que hay que reformar la vieja Religión.

—Yo soy católico, Juana. Y estoy profundamente convencido de la verdad de mi Fe. Y es mi deber bautizar a la niña en la Religión que profeso.

—¿Y no sería más justo esperar a que creciera y entonces...?

—¿Esperarías tú a que creciera para empezar a alimentarla?

—¡Me he ocupado de proporcionarle la mejor nodriza!

—Yo voy a transmitirle mi propia Fe.

El tono de Ricardo es serio, convencido, y no admite réplica.

Juana Eyquem ha hecho un gesto de resignada aceptación. Luego, reacomoda la cabeza sobre la almohada y cierra los ojos. Está cansada o finge que lo está; pero reabre en seguida los ojos y hace todavía un último intento. Dice a modo de comentario burlón:

—No se va a reír poco mi hermano Miguel cuando le llegue tu invitación para el Bautizo de su sobrina.

—¡No lo creo! Miguel ha sido siempre muy respetuoso con las ideas y los sentimientos de los demás. Y él mismo, en sus escritos y en su conducta, se está manteniendo dentro de las normas y costumbres de su educación religiosa católica.

Juana no responde. Ha vuelto a cerrar los ojos y su marido comprende que ha dado la conversación por terminada, al menos por este momento.

La diversidad de criterios religiosos ha quedado patente.

Ricardo de Lestonnac se levanta dando un suspiro.

Sí, éstos son unos tiempos difíciles. Las guerras de religión no solamente se libran en los campos de

batalla. También en la intimidad de los hogares hay problemas, enfrentamientos, discrepancias, dificultades... Ricardo se retira despacio, y silenciosamente vuelve junto a su hija. La niña descansa ahora, dormida, en su cuna cerca del fuego de la chimenea.

El padre contempla a la niña. La línea de la barbilla, la frente amplia, la hermosa implantación de la nariz y de los ojos...

«Pues, aunque Juana no quiera admitirlo, la niña se le parece mucho», reflexiona Ricardo, «Es igual que su madre. Vamos a tener aquí otra Juana. Una criatura inteligente, firme y voluntariosa».

La idea le alegra y le preocupa...

Juana Eyquem es la esposa amada. Alguien en quien confía y a quien estima. Alguien con quien mantiene también un tenso forcejeo espiritual. Alguien con quien es interesante y... difícil convivir.

Al cabo de dos días, la niña Lestonnac ha sido bautizada en la Catedral de Saint-André. La ceremonia ha sido menos solemne de lo que el padre había proyectado en un principio. Y más de un susurro malicioso ha comentado en los círculos religiosos de Burdeos que la madre no estaba muy de acuerdo con este Bautismo.

Juana de Lestonnac ha entrado a formar parte de la Iglesia Católica.

FRANCISCO

Los deseos de Ricardo de Lestonnac se cumplen. Cuando Juana es todavía una niñita que apenas comienza a caminar con una cierta soltura, nace el primer varón: Francisco.

Juana y Francisco crecen y juegan juntos bajo la tutela del Aya y la supervisión de Madame de Lestonnac, que se revela como una excelente señora de su casa. Es austera sin rigideces, exigente sin despotismo y eficaz sin engreimientos. Conoce muy bien cuáles son sus obligaciones como madre y educadora y se entrega a su trabajo de una forma metódica, consciente y responsable.

Los niños son fuertes, inteligentes y de un buen carácter natural. Tan pronto como dejan de necesitar que las nodrizas cuiden de ellos en todo momento, empiezan a recibir instrucciones y enseñanzas de sus maestros.

Juana tiene una maestra elegida por su madre.

Francisco recibe lecciones de un preceptor elegido por su padre.

Los dos hermanos, cada uno por separado, pasan la mayor parte del día trabajando con sus maestros, que les enseñan, siguiendo el ritmo que exige su edad y su capacidad particular, lectura,

escritura, cálculo, buena pronunciación y las reglas de etiqueta que rigen la vida de los niños.

Aprenderán también música, danza y equitación.

Más adelante, los estudios de Francisco se realizarán en el Colegio de los Jurados de la Guyena y serán mucho más complejos: irán desde la esgrima a la filosofía pasando por el derecho y las ciencias naturales.

Los estudios de Juana irán seguramente por caminos muy distintos. Ella estudiará siempre en casa, excepción hecha de la equitación, naturalmente. Aprenderá latín como su hermano, pero su formación estará directamente encaminada a hacer de ella una exquisita dama de sociedad y una buena administradora. La primogénita de la casa Lestonnac deberá prepararse adecuadamente para ser el día de mañana la esposa de alguien muy importante en la región bordelesa.



Ricardo de Lestonnac acaba de llegar de un largo viaje que le ha retenido muchos días en la Corte.

El pesado carruaje en que ha viajado está detenido frente a la casa y los criados empiezan a descargar el equipaje.

En el zaguán de la casa se ha reunido la familia para saludar al recién llegado.

Ricardo ha subido en cuatro saltos las escaleras de entrada para saludar a su mujer. Juana y Francisco interrumpen la conversación de sus padres para comunicar las noticias que ellos consideran importantes y con las que quieren sorprender gratamente a su padre.

—¡Ya sé leer muy bien! —dice Juana.

—¡Me sostengo estupendamente en el caballo! —comunica Francisco.

—¿Quieres que te lea este libro? —ofrece Juana.

Ricardo mira a sus dos hijos. Acaricia las dos cabezas y, mientras se adentra en la casa en dirección a sus habitaciones, comenta:

—¡Francisco, muchacho, cómo has crecido en estas semanas!

—Me han hecho dos trajes nuevos. Los otros se me habían quedado pequeños —explica Francisco.

Juana se cuelga del brazo de su padre para insistir:

—¿Quieres que te lea en este libro para que veas lo bien que lo hago ya?

Y su madre tiene que intervenir. La aparta suavemente:

—Vamos, Juana. Luego leerás. Deja ahora a tu padre. Viene cansado del viaje. Tiene que cambiarse de ropa...

Juana insiste:

—Padre, cuando te cambies, ¿bajarás al salón?

—Sí, Juana. Bajaré. Espérame allí...

Juana, aferrada a su libro, mira cómo su padre se aleja, corredor adelante, camino de sus habitaciones. Juana Eyquem, su mujer, va con él charlando animadamente. También Francisco camina junto a sus padres. Juana oye el comentario que va haciendo su madre:

—Si vieras qué bien se sostiene ya Francisco sobre el caballo. Monsieur Bastonnet está encantado. Dice que Francisco va a ser muy pronto un magnífico jinete...

—¿Vendrás mañana a verme montar, padre? Tengo unas botas nuevas y pronto me dejarán usar espuelas y...

La charla entusiasta de Francisco continúa. Juana deja de oír la voz de su hermano cuando la pesada puerta de los aposentos de sus padres se cierra tras la figura de su madre, que es la última en entrar. A Francisco le está permitido permanecer con su padre mientras el señor de la casa se cambia de ropa. Francisco es un muchacho, un proyecto de

hombre, es el heredero, el futuro jefe de la casa Lestonnac.

Juana, abrazada a su libro, se encamina al salón y mientras espera la llegada de su padre reflexiona, una vez, más, sobre su condición de mujer.

Sentada en el sillón, la niña ha esperado largo tiempo. Sus padres han hablado durante mucho rato. Ricardo ha contado a su mujer y a su hijo los incidentes de su viaje, las entrevistas que ha mantenido con altos personajes de la Corte, las novedades que ha advertido en las costumbres cortesanas, las nuevas tendencias que se advierten en la política de la Reina con respecto a las relaciones diplomáticas con España...

Luego, Ricardo ha entrado en su cuarto de vestir. Se ha lavado, se ha puesto una más cómoda y amplia ropa de estar en casa...

Y ha transcurrido una hora larga cuando baja la escalera camino de su despacho para empezar a trabajar en los papeles que ha traído de sus gestiones en la Corte.

Está a punto de pasar de largo por delante del salón, cuando una figurita esbelta le sale al encuentro:

—¿Te leo ahora, padre?

—¡Juana, hija, se me había olvidado que me estabas esperando!

Ricardo hinca una rodilla en tierra y pone sus manos en los frágiles hombros de su hija. Sus ojos luminosos y risueños están ahora al mismo nivel que los azules ojos de la niña.

—De veras que lo siento, Juana. Ven, vamos a sentarnos juntos. Quiero que me muestres los progresos que haces en la lectura.

Han entrado en el salón y Ricardo se acomoda

en su sillón. Juana se coloca junto a su padre y abre el libro sobre las rodillas del señor de Lestonnac.

El ceño del hombre se ha fruncido y su mirada se ha endurecido:

—Juana, ¿qué libro es éste?

Los ojos azules se alzan asombrados y un poco temerosos:

—Es un libro que me ha dado Madame Arnaud. Mamá también lo ha visto. Ya lo he leído entero, bueno, casi entero...

—Ve a buscar a tu madre, dile que quiero hablar con ella. Y tú vuelve también aquí.

—Sí, padre.

La delicada figurilla infantil sale apresurada del salón. El libro ha quedado sobre las rodillas del padre. Juana no sabe qué hacer con sus nerviosas manos vacías y las aprieta una contra otra sobre su pecho. En esta actitud entra en la sala del primer piso donde su madre da instrucciones al Aya.

—Mama, dice papá que, por favor, bajas al salón. Quiere hablar contigo.

Algo en la voz alterada de Juana indica a su madre que la niña está asustada.

—¿Qué ocurre, hija?

—Papá quiere que bajas... quiere que bajemos las dos...

—¿Y qué quiere tu padre ahora? —el tono de Juana Eyquem es ligero, despreocupado, casi bromista.

Juana se siente más segura cuando su madre le pasa un brazo por los hombros y se encamina con ella hacia el rellano de la escalera.

—Ven, vamos.

Ricardo sigue sentado en el salón cuando su mujer y su hija se presentan ante él. Hojea sin

demasiado interés el libro que Juana le ha presentado minutos antes con tan ilusionado afán.

Ricardo se pone en pie y habla a su mujer en tono duro:

—Juana, ¿por qué le has dado este libro a la niña?



Y la respuesta viene dada en tono serio y un poco desafiante:

—Me pareció bueno para sus prácticas de lectura.

—No es ninguno de los que yo he elegido para ella.

—No, efectivamente. Es bastante mejor que, cualquiera de ellos. Tiene mejor letra, mejor puntuación y un francés mucho más moderno.

—¡Demasiado moderno! El lenguaje es muy nuevo y el contenido también. Juana Eyquem, óyeme bien, trata de entender lo que te digo y recuérdalo de ahora en adelante y para siempre. No quiero que lleguen a manos de ninguno de mis hijos libros que les enseñen una doctrina religiosa distinta de la que yo profeso. Esta familia ha sido siempre católica y va a seguir siéndolo.

Juana Eyquem, ante la enérgica afirmación de Ricardo, trata de contemporizar:

—Pero, Ricardo, se razonable. Ese libro no ataca ninguno de tus preciosos dogmas; simplemente comenta en forma de pequeñas narraciones, adaptadas a la mente de los niños, algunos pasajes de la Sagrada Escritura...

—¡Eso es!, y mi Religión me enseña que la única que puede exponer y comentar la Sagrada Escritura es la Iglesia Católica...

Juana Eyquem habla ahora con voz tensa:

—¡Buena está la Iglesia Católica para enseñar nada! Una Iglesia en la que se venden las indulgencias, en la que los Sacerdotes son unos ignorantes cuando no unos depravados, en la que los Obispos son Príncipes que viven cobrando impuestos abusivos a sus colonos... ¿No sabes que en Suiza los Obispos están empleando su autoridad religiosa para reclutar mercenarios que defiendan los intereses económicos del Papado?

—Bien —admite Ricardo—, eso puede ser verdad hasta cierto punto, pero...

—O sea, que admites que hay que reformar la Religión Católica —afirma triunfante Juana Eyquem.

—¡No! —rebate con energía Ricardo—. Creo que hay que reformar a los católicos.

—Bien, pues mientras llega esa reforma yo leeré las Escrituras por mi cuenta. Las interpretaré como me dicte mi propia conciencia y escucharé las explicaciones que me den personas de autoridad de cuyo criterio me fíe.

—Cristo depositó en la Iglesia Católica, en los Obispos y en el Papa el ministerio de la enseñanza. A ellos corresponde interpretar y explicar el sentido de las Escrituras.

—Sí —asiente burlescamente Juana Eyquem— y tu Iglesia nombra a sus Obispos y a sus Sacerdotes no por su virtud, su inteligencia o su preparación teológica, sino por sus conveniencias políticas y económicas.

—¡Juana, mira bien lo que dices!

—¡Sé muy bien lo que digo, Ricardo! ¿O es que no quieres recordar que Carlos de Guisa fue nombrado Arzobispo de Reims a los catorce años? ¿Qué virtud, qué preparación teológica, qué autoridad para enseñar puede tener un muchacho de catorce años para decir a los fieles lo que tienen o no tienen que creer? ¡Ninguna! El Papado necesitaba la alianza con una familia poderosa y con tal de conseguirla no tuvo empacho en poner a un chiquillo a la cabeza de una Diócesis importante. Ni yo, ni muchos como yo, queremos seguir las enseñanzas de una Iglesia gobernada por niños o, lo que es peor, por Clérigos ignorantes, Obispos indignos y Papas autoritarios. No, yo prefiero seguir las interpretaciones de mi propia conciencia. No soy tonta,

he recibido una buena educación y me creo muy capaz de saber discernir lo que tengo que creer y cómo tengo que actuar sin necesidad de que alguien, más ignorante que yo, me diga cómo tengo que conducirme...

Juana Eyquem ha ido subiendo el tono de voz y su acento apasionado ha resonado en la estancia hasta llegar al último rincón y alcanzar el alto artesonado del techo.

Durante un momento sus ojos azules han fulgurado al enfrentarse con la mirada seria y firme de Ricardo. Luego, con un revuelo de sayas, la alta figura ha girado en un movimiento ágil y enérgico y unos pasos firmes han subrayado la decidida entereza de las palabras que Madame de Lestonnac acaba de pronunciar.

Juana ha quedado sola frente a su padre. El violento diálogo que sus padres han cruzado por encima de su cabeza la ha dejado anonadada. Ella ya había intuido antes que sus padres tenían distintas opiniones sobre ciertas cosas, pero nunca les había oído hablarse como lo han hecho ahora.

Cuando su madre se ha retirado, ha sentido un fortísimo impulso de salir tras ella, de correr a esconderse en el último rincón de la casa. De ocultarse para llorar acongojada y dar rienda suelta a esta angustia que le aprieta la garganta y le hiela el corazón; pero un certero instinto le ha hecho clavar los pies en el suelo y tragarse la emoción que la está ahogando.

Permanece en silencio frente a su padre. Y espera.

Si ella hubiera corrido tras los pasos de su madre quizás él hubiera pensado que ella, Juana, la primogénita de la casa Lestonnac, se inclinaba por las opiniones religiosas de la madre. Y Juana está segura de que quiere seguir fiel a la Fe de su padre. Le admira, sabe del prestigio que su padre tiene

entre las grandes personalidades de Burdeos y de la Corte. Ha oído cómo su tío Miguel, hermano de su madre, alababa a su cuñado y ponderaba su inteligencia, su honradez, su acierto en la gestión como miembro del Parlamento de la ciudad y Consejero del Rey. Juana cree que es su obligación mostrar a su padre que ella irá siempre por el camino que él le indique. Y se queda.

Y espera en pie frente a él, aunque siente que le flaquean las piernas y que le cuesta trabajo respirar porque ve a su padre serio, preocupado y con un gesto duro que le frunce el entrecejo. Nunca le ha visto antes de esta manera...

Ricardo, que ha permanecido absolutamente inmóvil desde que ha visto desaparecer a su mujer, empieza ahora a reaccionar. Respira hondo, se pasa una mano nerviosa por la frente y se muerde los labios en un rictus concentrado. Luego, por fin, posa la mirada en la figurita tensa que se mantiene erguida frente a él.

Y la ve luchar valientemente por tragarse las lágrimas y mantenerse firme y derecha. Y se le llena el corazón de ternura hacia esta hija a la que las diferencias de los mayores han hecho vivir esta violenta situación.

—Juana, pequeña, ven aquí.

Y la niña corre a refugiarse en los fuertes brazos paternos, que la envuelven y la sostienen. Y la emoción de Juana se desborda en sollozos.

—Vamos, Juana, tú has sido siempre una niña valiente. No tienes que llorar. No pasa nada. Hale, sécate esas lágrimas y escúchame.

Juana se ha desprendido de los brazos de su padre y seca sus lágrimas concienzudamente, frotándose una y otra vez ojos y mejillas.

Y mientras lo hace, reúne suficiente fuerza para recobrar su compostura. Y es, otra vez, la niña bien

educada, dueña de sí misma, que sabe comportarse dignamente frente a su padre.

Ricardo ha vuelto a sentarse en el sillón:

—Escúchame, Juana. Ya eres una niña mayor, tienes seis años. Eres una jovencita inteligente. Estoy seguro de que eres muy capaz de comprender lo que voy a explicarte. Vivimos unos tiempos difíciles. Tiempos de cambios y de confusión. Muchas personas cultas e inteligentes, como tu madre, creen que ha llegado el momento de renovar la Religión. Somos muchos más los que creemos que lo que hay que renovar son las malas costumbres, la ignorancia, la rebeldía... Es decir, que las personas que practican la Religión deben hacerlo de una manera más sincera y más honesta, ¿comprendes?

—Sí, padre.

—No hay que reformar la Religión, tenemos que reformarnos nosotros, tú y yo, y tratar de ser cada día más fieles a lo que nos manda la Santa Madre Iglesia.

—Sí, padre, eso lo entiendo bien.

—Prométeme que vas a leer, de ahora en adelante, sólo los libros de Religión que yo te dé.

—Lo prometo.

—Serán libros que tendrán historias, leyendas, poemas y oraciones. Yo los leía cuando tenía tu edad y me gustaban. Y, sobre todo, tienen enseñanzas que quiero que aprendas. Es posible que los libros que tu madre y Madame Arnaud te ofrezcan tengan mejor letra, mejor puntuación y, quizá, hasta mejor francés, pero yo quiero que leas solamente los que yo te dé porque son libros con doctrina segura, lo comprendes, ¿verdad?

—Sí, padre.

Ricardo mira largamente a su hija y su gesto se dulcifica aún más cuando le hace la última recomendación:

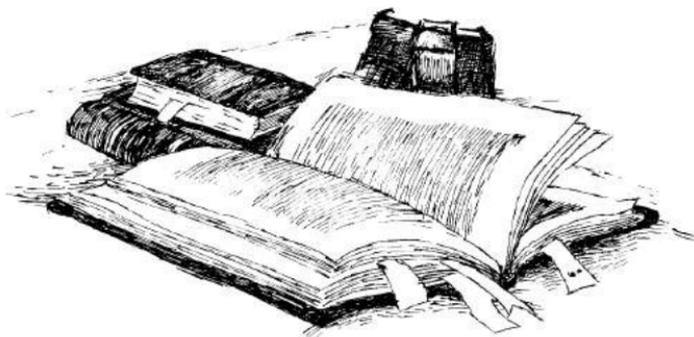
—Tu madre es una gran mujer, Juana, inteligente, sensible y con una excelente cultura. Y Madame Arnaud, la maestra que ella te ha buscado, puede enseñarte mucho de latín, historia, geografía, ciencias, aritmética y gramática. Confía en ellas para todo, excepto en la enseñanza de la Religión, ¿lo harás, verdad?

—Sí, padre. Lo haré. Te lo prometo.

Ricardo se ha levantado. Ha posado su mano en suave caricia sobre la mejilla de su hija y luego se ha encaminado con pasos lentos hacia la oscura puerta de su sala de trabajo. Juana le ha seguido con la mirada, después ha salido hacia el piso de arriba, hacia la habitación de los niños.

El libro que ha sido causa de este conflicto familiar queda abandonado sobre el brazo del sillón que ha ocupado su padre. A Juana le hubiera gustado recuperarlo. Ha trabajado en él durante semanas con la ilusión de lucir su recién adquirida habilidad lectora ante su padre... y ahora, por esa desgraciada discrepancia de opiniones entre los mayores... Juana aprieta los dientes y cuadra los hombros. Ha prometido y va a cumplir. Este es el primer sacrificio serio que hace por su fidelidad a la promesa hecha a su padre. El libro queda definitivamente abandonado sobre el brazo del sillón.

Juana ha decidido olvidarlo por completo y cuando Juana decide, cumple.



EL MEJOR AMIGO

A gosto de 1563.

La familia Lestonnac se ha instalado en su hermosa casa de campo de Germignan, a unas pocas leguas de Burdeos. A Juana, que tiene ya casi siete años, le gustan mucho estas jornadas veraniegas. La etiqueta familiar, menos rígida aquí, en el campo, le permite salirse un poco del estrecho círculo infantil de la casa de Burdeos.

Durante sus juegos en el jardín y sus paseos por el parque puede, sin resultar indiscreta ni irrespetuosa, observar las actividades de los mayores.

Por las tardes, el grupo que forman Monsieur y Madame de Lestonnac con sus invitados, parientes y amigos, compone una animada reunión en la amplia terraza sobre el jardín que se extiende ante la casa. A Juana le gusta, a esa hora, sentarse en su columpio colgado de la gruesa rama de un enorme nogal. Se balancea muy suavemente, muy lentamente, y escucha la conversación de los mayores, que hablan de política, de Religión, de guerras, de literatura, de negocios...

Juana no entiende lo que dicen; muchas veces, cuando la brisa corre en dirección contraria, ni siquiera oye sus palabras, pero le gusta la proximidad de sus padres y de los otros adultos; observa sus

gestos, el tono de sus voces, el ceremonial de los saludos y del servicio de refrigerios que hacen los criados. Y lo comedido de los ademanes de damas y caballeros en las presentaciones, en las discusiones, en las despedidas...

Es la fascinación natural que sobre una niña, despierta e inteligente, ejerce la vida del mundo de los mayores.

En algunas ocasiones el tono de las conversaciones de la terraza sube tanto y resulta tan enérgico y violento que sorprende a Juana y hasta la asusta un poco: las voces se elevan, las frases suenan rotundas y tajantes:

—¡Es una persecución criminal la que se está haciendo contra los seguidores de la Religión reformada! No se puede condenar a nadie por sus creencias...

—Seguramente no pensaba eso vuestro admirado Calvino, Madame. En poco más de tres años envió a la hoguera a más de 30 personas... por sus creencias religiosas...

Juana recuerda un diálogo que ha tenido hace pocos días con su madre:

—Oye, mamá, los mayores... ¿os peleáis?

Juana Eyquem sonrió ante la mirada un poco ansiosa de su hija, y la tranquilizó:

—No, hija, los mayores no nos peleamos, solamente discutimos. No estamos de acuerdo en muchas cosas y comparamos nuestras opiniones; tratamos de convencer a los que no piensan como nosotros, a los que no creen lo que nosotros creemos, ¿lo comprendes, verdad?

—Sí, creo que sí... pero, en algunos lugares, los mayores sí pelean, ¿verdad?

—Sí, Juana, en algunos lugares hay luchas y guerras. Los hombres pelean por sus ideas religiosas... y también por sus intereses políticos.

—Y se matan y queman casas...

—¿Quién te ha hablado de eso?

Juana hizo un gesto ambiguo con la cabeza y Madame de Lestonnac comprendió que era inútil tratar de mantener en la ignorancia de lo que sucedía en el país a una niña como Juana, siempre interesada por todo lo que ocurría a su alrededor. El temor a la guerra, las luchas y las disensiones está en el ambiente y hasta una niña tan protegida como Juana respira este aire de inquietud de los tiempos.

—Sí, Juana, los mayores hacen a veces cosas terribles... pero tú no estarás asustada, ¿verdad? La guerra está lejos de Burdeos, nosotros estamos seguros.

Balanceándose suavemente en su columpio, rememora esta conversación mantenida hace unos días con su madre. No, no tiene miedo por sí misma, pero le asustan bastante esas reacciones violentas de los adultos, cuya motivación no comprende del todo, que les llevan a odiar, a guerrear, a matar, a destruir...

Esta tarde, la reunión de la terraza se mantiene en un tono de animado, interesante y amable comentario.

Forma parte de la tertulia Miguel de Montaigne, el hermano mayor de Madame de Lestonnac, que es un hombre de apenas treinta años. Juana admira mucho a su tío, aunque la verdad es que él no le ha hecho a su sobrina demasiado caso. Tío Miguel no es, ni mucho menos, aficionado a los niños. Juana intuye que su tío opina que los niños son criaturas a medio hacer, sucios,

ruidosos, egoístas... poco interesantes... Sabe que su tío ocupa un cargo importante en el Parlamento de Burdeos, que es Consejero del Rey, que hace pocos días ha llegado de vuelta de un viaje a la Corte...

Desde su columpio oye su voz reposada que comenta:

—El Rey Carlos es muy joven; Madame la Reina, su madre, tiene una gran influencia sobre él. Me temo que la decidida inclinación que la Reina Catalina de Médicis muestra por el partido católico, decida al Rey a tomar medidas severas contra los hugonotes.

—¡Pero la Reina Catalina ha afirmado repetidas veces su respeto por la Religión reformada!

—¡Ah, hermana!, los Príncipes y los poderosos no siempre sienten la obligación de ser fieles a sus palabras. Y en muchas ocasiones una cosa es lo que dicen y otra lo que hacen...

—Los hugonotes son fieles servidores de Dios y defienden su forma de vivir la Religión —apunta Juana Eyquem.

—Y los católicos, también en nombre de Dios y de la Religión, se oponen a los hugonotes —le responde su hermano Miguel.

—¿Volverá a haber enfrentamientos serios?

—Me parece muy posible.

Juana escucha, trata de comprender y sigue balanceándose suavemente en su columpio.

La reunión de esta tarde se ha visto agradablemente sorprendida y ha habido un momento de alegre conmoción.

Un carruaje ha aparecido por la lejana entrada del parque y ha avanzado a lo largo de la avenida sombreada por los altos castaños.

Miguel de Montaigne se ha levantado vivamente y con paso ágil ha descendido los tres escalones que separan la terraza del jardín.

Juana sabe muy bien a quién se espera. El que llega es Monsieur Etienne de la Boétie. El amigo más amigo de su tío Miguel. Se lo ha dicho el Aya.

Sin cesar de columpiarse, observa cómo el carruaje describe una amplia curva y viene a detenerse al pie de la escalera. Un criado ha saltado del pescante, pero Monsieur de Montaigne se le adelanta y es su mano la que abre la portezuela del coche.

Los dos amigos, Etienne y Miguel, se funden en un saludo efusivo.

Luego, el recién llegado sube a la terraza para presentar sus respetos a los señores de la casa y al resto de los invitados.

Para la niña que se mece un poco más allá en su columpio no ha habido un saludo, ni un gesto amistoso, ni tan siquiera una mirada, y a ella no le ha extrañado. Sabe muy bien que una niña de su edad no tiene aún lugar en el mundo de los adultos. Durante largo rato contempla el animado grupo que charla en la terraza. Luego, ve cómo su tío y el recién llegado bajan los tres escalones, pasan cerca de ella y se internan, caminando sin prisa, en la frondosidad del parque.

Juana sabe que Monsieur de la Boétie es un hombre muy estimado. Un valiente militar que el año pasado luchó en la defensa de Bergerac contra las tropas rebeldes. Y también ha oído decir que es muy sabio y que ha escrito libros que a sus padres y a su tío Miguel les gustan mucho. Monsieur de la Boétie y su tío Miguel han trabajado juntos en el Parlamento de Burdeos, les interesan las mismas cosas y cada uno respeta y admira las ideas del otro.

Y la primogénita de la casa Lestonnac, que por

su posición social está sujeta a un severo régimen de estudios solitarios, a una rígida etiqueta protocolaria, y que es una niña sin hermanas de su edad con las que compartir estudios, charlas y juegos, se siente fuertemente atraída por esta amistad. Y admira desde lejos a estos dos hombres jóvenes que se alejan caminando uno junto a otro, hablando sosegadamente de las cosas que a los dos les apasionan.

La niña del columpio suspira.

«Debe de ser muy hermoso tener un amigo así», se dice.

¿Cuál de los dos hombres querría que fuese su amigo? Quizá los dos.

El Aya viene a interrumpir las reflexiones que Juana mece en su cabeza al compás del ritmo de su columpio:

—Madame quiere que subas a tu habitación y te cambies de ropa. Desea presentarte a Monsieur de la Boétie antes de la cena.

Juana salta emocionada de su columpio. ¡Asistir a una reunión de mayores, ser presentada a Monsieur de la Boétie!

—Vamos, Aya, ven, corre...

Y tira de la saya de la buena servidora.

—¡Mi niña!, no vayas tan aprisa, tenemos tiempo... ¡Falta más de una hora para que se sirva la cena! Espera, tengo que llamar a Ernestine para que venga a ayudarme a vestirme.

Pero Juana está demasiado excitada y su genio vivo no le permite adaptarse al paso lento del Aya. Sube la escalera en cuatro brincos, entra en sus habitaciones como un golpe de viento y abre de par en par las dos hojas de la puerta de su armario ropero. Para cuando el Aya ha logrado colocarse a su lado, Juana ya ha desechado tres o cuatro atuendos distintos:

—Este no, éste... no; y éste, tampoco. O éste o éste... Aya, ¿cuál de estos dos te parece mejor?

—Pues el de las rayas azules va muy bien con tus ojos; pero el de las florecitas color fresa hace resaltar tanto el dorado de tus cabellos... No sé... no sé qué decirte.

Juana decide pronto:

—Me pondré el de las rayas azules.

El Aya hace un gesto a Ernestine, que aguarda respetuosamente junto a la puerta, y la joven doncella se adelanta para empezar a desnudar a su señorita.

Juana canturrea entre dientes y ensaya reverencias de cortesía frente al espejo de su cuarto de vestir.

—Si Mademoiselle Juana no deja de moverse —se queja Ernestine—, no podré desabrochar estos corchetes.

—¡Oh, sí, perdón, Ernestine! —dice Juana y trata de controlar su ilusionada inquietud.

—¡Muy bien, Juana! —aprueba Madame de Lestonnac cuando ha venido a supervisar el arreglo de su hija—. Una elección muy acertada. Ahora aguarda aquí hasta que el Aya venga a buscarte. Y recuerda que cuando entres en el salón debes saludar con respeto, pero sin aparecer tímida ni cohibida. Habla solamente para contestar y hazlo con naturalidad y pronunciando claramente y en tono discreto. Una niña que habla a gritos o con voz chillona resulta odiosa. No te muevas por todo el salón; mantente cerca de mí y yo te advertiré cuándo debes retirarte. Pórtate bien; quiero que Monsieur de la Boétie y mi hermano Miguel vean que eres una niña bien educada y que yo he sabido enseñar buenos modales a mi hija. Y, mientras vuelve el

Aya a buscarte, lo mejor que puedes hacer es sentarte con cuidado de no arrugar tu vestido y leer algún libro interesante, ¿no crees?

—Sí, mamá —contesta Juana como la niña bien educada que es.

Pero es mucho más fácil aceptar la sugerencia de estar sentada que cumplirla.

Juana ha obedecido las instrucciones de su madre... durante unos minutos. Luego, es tal la inquietud que le hormiguea por todo el cuerpo, que no tiene más remedio que levantarse. Pasea por la amplia habitación, ensaya frases y gestos frente al espejo, atisba por entre los visillos del balcón y hasta sale de puntillas al rellano para asomarse cautelosamente al hueco de la escalera... ¡Nada! El Aya no viene a buscarla. Le parece que hace ya mil horas que el Aya, Ernestine y su madre se marcharon...

Y acaba, al fin, por sentarse y tomar un libro. Lee durante tanto rato y es tan interesante lo que está leyendo que casi acaba por desaparecer el cosquilleo nervioso que le bailaba en el estómago y en las plantas de los pies.

¡Por fin! aparece el Aya.

—¿Por qué has tardado tanto? —recrimina, indignada, Juana.

—Monsieur de la Boétie se ha puesto enfermo —explica el Aya preocupada—. No podrás bajar al salón esta tarde. Ahora vendrá Ernestine a quitarte ese traje y...

—¿Enfermo? ¿Qué tiene Monsieur de la Boétie?

—No sé. Han ido a buscar al doctor Lavisse. Parece que tiene vómitos y que le está subiendo la fiebre. Quizás es sólo un cólico de verano, ¡Dios lo quiera! Quizás...

—¿Qué?

—No sé, nada.

—Dilo, ¡ibas a decir algo!

—Sí, pero no quiero decirlo, ¡no quiero ni pensarlo!

—¿Es algo muy malo eso que piensas?

—Sí, muy malo.

—¿La peste? —pregunta Juana angustiada.

—¡No lo digas! ¡La peste en esta casa! Dios y los Santos nos protejan...

El Aya ha salido en busca de Ernestine mascullando plegarias entre dientes.

Juana ha quedado de pie en el centro de la gran habitación. Seria y concentrada en su propia decepción. Su alegre expectación de las últimas horas se ha trocado, de repente, en una profunda y dolorosa desilusión. Ya no será admitida, aunque sólo fuera por unos momentos, en la reunión de los mayores; ya no tendrá ocasión de lucir ante los huéspedes su hermoso vestido azul, ese que tan bien repite el color de sus ojos; ya no podrá mostrar sus exquisitas maneras de niña bien educada, que tanto esfuerzo le ha costado adquirir: ya no podrá escuchar en el salón la conversación interesante de los dos jóvenes caballeros... Y lo que es peor, quizá la enfermedad de Monsieur de la Boétie es realmente grave... y entonces...

En los días que siguen, los temores del Aya se confirman. Juana apenas ve a sus padres, ocupados y preocupados por el amigo enfermo, cuyo mal se agrava sin remedio.

Ella y el pequeño Francisco viven reclusos en sus habitaciones cuando están en casa y bajan y suben del jardín por la escalera de servicio para no

molestar con el ruido de sus pasos al enfermo que agoniza y para mantenerse alejados de un posible contagio.

Y una noche...

Juana se despierta sobresaltada. Fuera está todavía muy oscuro. A través del balcón entreabierto ve la masa negra de los árboles del parque y un pedazo de cielo estrellado. Dentro de casa se oyen voces de hombre y el ruido de pasos apresurados que suben y bajan la escalera. Y más lejos, fuera de la casa, suenan pateos impacientes de caballos y el tintineo de espuelas.

Juana se incorpora y llama en voz baja:

—¡Aya, Aya! ¿Qué pasa?

No hay contestación y Juana no se atreve a llamar más fuerte porque su hermano Francisco duerme en el cuarto de al lado y no quiere despertarle.

Por delante de su habitación oye pasos y un destello de luz se ha colado por debajo de la puerta. En camisón y descalza, Juana se baja de la cama y sale al rellano. Hay luces encendidas en toda la casa. ¿Qué habrá pasado?

Esta agitación a una hora tan intempestiva le hace temer lo peor; se agarra a dos barrotes de la barandilla y trata de mirar para ver qué ocurre abajo, en el zaguán de entrada.

La voz de su padre la sorprende:

—Juana, ¿qué haces aquí? —pregunta a media voz.

—¿Qué pasa? —susurra Juana.

—Vuelve a tu cuarto, Juana.

—¿Qué pasa, padre?

—Monsieur de la Boétie...

—¿Ha muerto? —interroga la niña con un hilo de voz.

—Sí, Juana, ha muerto. Anda, vuelve a tu cuarto.

—¡Muerto! —Juana siente en pleno pecho el golpetazo de la brutal noticia. Un profundo sentimiento de pérdida irreparable invade su ánimo. Y no dice nada, no sabe decir nada durante unos largos instantes. Ricardo de Lestonnac, que está viviendo su propia emoción por la pérdida del amigo, se queda impresionado ante la reacción de su hija. El no puede sospechar lo que Juana está viviendo en estos momentos: la amistad intuida, el amigo soñado... ¡desaparecido para siempre! Como un relámpago acude a la mente de Juana la imagen del otro amigo—: ¿Y tío Miguel?

—Está abajo, en el salón. La muerte de Etienne le ha afectado terriblemente.

También Juana se siente terriblemente conmovida. Su figurilla parece haber disminuido bajo la impresión de este primer encuentro con la muerte. Su padre le pasa un brazo por los hombros y la empuja suavemente hacia la puerta de su habitación, pero la niña no se mueve, parece haber quedado clavada al entarimado del rellano y Ricardo, enternecido ante esta emoción infantil, se inclina sobre la patética figurilla perdida dentro de su camisón y la alza en sus brazos para llevarla hasta su lecho.

—Juana, pequeña mía, tienes que ser valiente. Nuestro amigo ha sufrido mucho estos días, pero ahora ya está descansando para siempre. Anda, trata de dormirte. Es muy tarde. Y no llames al Aya. Está muy ocupada, hay muchas cosas que hacer esta noche. Y tu madre ha tenido que retirarse a descansar. Estos días ha tenido mucho ajeteo y ya sabes que está delicada. Yo voy a salir ahora mismo hacia Burdeos con Emile y Pierre. Tengo que ocuparme del entierro de Monsieur de la Boétie.

Ricardo de Lestonnac ha encendido una vela y viene a colocarla sobre la mesita que hay junto al lecho. Los destellos de la llamita arrancan chispas temblorosas de las lágrimas que se están cuajando en los ojos de Juana.

El padre se sienta en el borde del lecho y abraza a su hija:

—No llores. Hemos perdido a un excelente amigo, pero yo no quiero que tú estés triste y...

—Era muy bueno, ¿verdad, papá?

—Sí, Juana, un hombre bueno de verdad.

—¿Lo habrá llevado Dios al Cielo?

—Así lo espero. Creo que el buen Dios habrá llevado a Etienne al Cielo.

—Porque... ¿porque Etienne era bueno?

—Sí, Juana, porque era bueno.

Juana guarda silencio durante unos momentos y su padre piensa que ha conseguido tranquilizar a la niña. Se separa de ella, se levanta y sube la fina colcha de seda hasta la barbilla. El frío relente que se alza desde el parque tiene el aliento húmedo.

—Duerme, Juana.

La niña se incorpora sobre un codo.

—¡No te vayas, papá! No te vayas todavía...

—Tengo que ir a Burdeos, Juana. Y es un largo camino a caballo. Pronto amanecerá y...

—Espera; sólo un poco. Quiero decirte algo.

—Dime.

—Una vez... una vez yo oí a mamá que estaba hablando con tío Beauregard. Y decía... decía que sólo van al Cielo los que Dios elige... y que haber sido bueno no importa. Si Dios no quiere elegirnos, pues... no podemos ir al Cielo, aunque hayamos sido buenos... ¿Es que Dios no es igual de amigo de todos, papá?

Ricardo vuelve a sentarse sobre el lecho, junto a su hija. Tiene prisa por salir para Burdeos, pero comprende que ha llegado el momento oportuno de precisar algunos puntos de doctrina que quiere que su hija tenga muy claros.

—Escúchame, Juana; nuestra Fe católica nos enseña que Dios quiere que todos se salven, todos, ¿comprendes? Es cierto que nos pone algunas condiciones: debemos amarle, servirle, cumplir sus Mandamientos y tratar de amar a nuestros prójimos como el mismo Cristo los amó. Si cumplimos estos preceptos, si somos fieles a nuestro compromiso de católicos, el Señor Dios nos recibirá un día en su gloria.

—¿Seguro, papá?

—Seguro, Juana. Dios es el mejor amigo que tenemos todos. Es nuestro Padre y desea el bien de todos sus hijos.

La niña suspira aliviada y se deja caer sobre la almohada. Ricardo le aparta el pelo de la frente en una caricia.

—Duerme, Juana, intenta dormirte pronto. Y mientras el sueño viene, piensa en lo que te he dicho para que no lo olvides nunca.

—Sí, papá.

Ricardo ha salido, cerrando la puerta tras él. Juana oye primero el ritmo firme de sus pasos cuando baja la escalera. Luego, escucha el galope de los tres caballos que se alejan de la casa: su padre, acompañado del mayordomo y de uno de los caballeros, marcha camino de Burdeos.

Juana se arrebujaba bajo la ropa de su lecho y, como le ha recomendado su padre, reflexiona sobre lo que acaba de oír.

«Si soy buena, si cumplo fielmente los preceptos que Dios nos ha impuesto, si amo a mi prójimo...», se dice.

Y trata de recordar a todos los prójimos que tiene cerca para comprobar que su amor hacia ellos está en regla:

«Francisco, mamá, el Aya, Ernestine...», va enumerando. Y, de repente, un nombre le viene a primer plano: «¡Tío Miguel!» Y le imagina abajo, solo en el salón y triste, tremendamente triste.

Lo piensa solamente durante unos instantes; luego, Juana, la impulsiva Juana, la generosa Juana, vuelve a saltar del lecho y, descalza y enredándose en los vuelos de su camisón, sale al rellano y comienza a bajar la escalera. Su liviano peso apenas hace crujir la vieja madera de los peldaños. Y, además, baja muy despacio, muy pausadamente. Le impresiona la proximidad del muerto y le cohibe el respeto imponente que siempre le ha inspirado su tío; pero ninguna de las dos cosas consigue frenar el impulso que la ha hecho abandonar su lecho.

Y, por fin, llega al último escalón. Allá, al otro lado del zaguán, la puerta del salón está abierta de par en par y de ella salen las luces inquietas e inquietantes de muchos cirios. Bajo el hueco de la escalera, un criado joven dormita sentado en una banqueta. Junto a la entrada del salón, en pie y apoyado en la jamba de la puerta, está Miguel de Montaigne. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada fija en el interior del salón.

Juana le contempla durante unos instantes. Se alegra de no tener que entrar en el salón para acercarse a su tío. Luego, pasa silenciosamente ante el criado dormido y, suave y ligera como un vilano, sobre sus pies descalzos, viene a colocarse junto a la alta figura masculina.

—Tío Miguel...

Miguel, bruscamente arrancado de sus meditaciones, vuelve unos ojos cargados de un infinito asombro a esta pequeña aparición blanca y rubia que apenas le llega a la cadera.

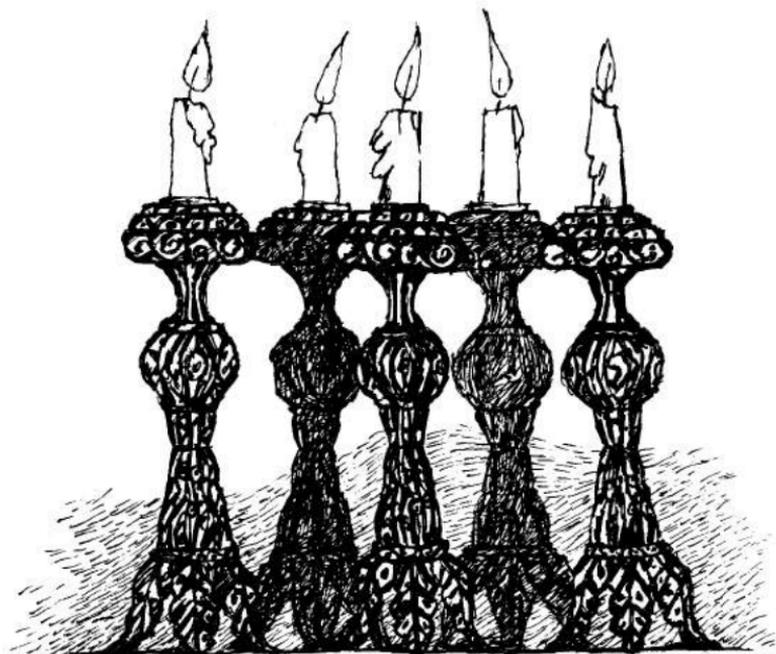
—¡Juana!, ¿qué haces aquí? —y su voz suena ronca y severa.

—Yo, tío Miguel, yo... quería decirte que... que Monsieur de la Boétie estará... estará seguramente en el Cielo... porque era... era bueno... ¡lo ha dicho papá!... Volverás... volveremos a verle... —y la emoción de Juana es más fuerte que ella y su explicación se troncha en sollozos.

El gesto de Miguel de Montaigne se suaviza, y abaja su altura para ponerse a nivel de la niña.

—¿Estás asustada, Juana? No hay de qué tener miedo...

Miguel da por sentado, está convencido de que la niña ha venido a pedir ayuda, a cobijar su miedo junto a él.



—No, no tengo miedo. No estoy asustada... bueno, un poco sí... Tengo mucha pena, estoy muy triste por ti... Porque... has perdido a tu amigo y... yo... —solloza la pequeña aparición blanca.

Miguel de Montaigne, el fuerte, el sabio, el político, el filósofo, el hombre de mundo, siente que su firme corazón, ya muy experimentado y bastante escéptico, se enternece ante esta generosidad infantil. ¡Esta niña, que todavía no ha cumplido siete años, ha venido a consolarle, a ofrecerle el apoyo que supone el saber compartida la tristeza propia!

El señor Consejero Real deja su puesto de vela junto al amigo muerto y Juana, por segunda vez en esta noche, es conducida hasta su lecho en brazos de un hombre de la familia.

«Esta sobrina mía es una criatura bastante excepcional», tiene que reconocer ante sí mismo el señor de Montaigne mientras baja la escalera para reanudar su vela junto al amigo muerto.

VOY A SER... ¡JUANA DE LESTONNAC!

Sala en el segundo piso de la casa de Ricardo de Lestonnac. Dos ventanas se abren sobre la Rué des Fossés.

Esta es la habitación en la que los niños de la casa estudian, juegan y comen.

Sentada a la mesa, Juana tiene delante un libro abierto. Lee, luego cierra los ojos y recita:

—*El castillo de Bretaña
lleno de algazara está
pues ha llegado noticia
que el Rey a la guerra va.
El castillo tiene torre
y la torre un ventanal
y el ventanal una dama
que... que...*

—¡Vaya!, ya se me ha olvidado.

Vuelve a mirar el libro.

—¡Ah, sí!...

*...que agita un albo cendal.
Es la dama Doña Blanca,
la esposa de Don Froilán,
que despide a... a...*

—¡Otra vez se me ha olvidado!

Francisco, en el otro lado de la mesa, coloca ordenadamente en apretada formación soldaditos de plomo que va sacando de un cesto.

De vez en cuando se vuelve a su hermana mayor:

—Venga, Juana, deja eso ya y vente a jugar conmigo.

—No. Primero tengo que aprenderme esto...



*..que despide a las mesnadas,
¡quién sabe si volverán!
Llora y llora Doña Blanca
su tristeza y soledad.
Cien doncellas...*

—¡Si ya te lo sabes! —se impacienta Francisco.

—¡Cállate, que me confundes!

El Aya, que cose en el hueco de una de las ventanas, levanta la cabeza de su labor para advertir:

—No gritéis. Vais a despertar a Guido.

Juana protesta:

—La culpa es de Francisco, que no me deja estudiar.

—Francisco, no molestes a tu hermana —amonesta el Aya.

—¡Si es que tarda mucho en aprenderse eso!

—Sí que tarda, hijo, sí —dice el Aya un poco cansada de tanto oír repetir lo mismo.

—¡Es que es muy largo! ¡Lo menos tiene cien líneas! —exagera Juana.

—¿Y para qué tienes que meterte eso en la cabeza, Juana? —quiere saber Francisco.

—Madame Arnaud quiere que lo recite el día del santo de mamá.

—Bueno, pues si Madame Arnaud quiere que lo aprendas, tendrás que hacerlo —se resigna el Aya—. Estudia, hijita, estudia.

Y Juana sigue recitando entre dientes los versos de su romance.

Llueve y llueve fuera, y el rumor monótono de la lluvia contra los cristales se une al ronroneo que Juana produce repitiendo una y otra vez las líneas de su romance.

Francisco ha terminado de colocar sus soldaditos y lanza una nueva mirada esperanzada a su hermana, pero como la ve completamente enfrascada en su trabajo, se decide a empezar a jugar por su cuenta:

—Este es el desfile de los soldados que van a la guerra contra los herejes... Y éste del caballo blanco soy yo... Y llevo una banda azul porque soy el que más manda... Bueno, el que más manda es el Duque de Guisa, pero después soy yo. Y antes de irnos a la guerra desfilamos por las calles de Burdeos y todos nos saludan y las niñas nos tiran flores porque somos los más valientes y vamos a ganar... Y yo, antes de irme a la guerra, vengo galopando hasta la casa y me paro delante de los balcones. Y papá y mamá se asoman y me dicen adiós. Y mamá llora, pero yo le digo: «No llores, porque no me van a matar y yo voy a matar a muchos y ganaré la guerra...»

Francisco se da cuenta ahora de que Juana le está mirando y se ríe al oír las fantasías de su hermano. El muchacho sonrío también un poco azarado de que su hermana le haya sorprendido en pleno vuelo de la imaginación y decide ganársela halagándola:

—En el balcón también estarás tú y me dirás adiós con el pañuelo.

—Yo iré en el desfile contigo montada en un caballo negro —asegura tranquilamente Juana.

—¡Las niñas no van en los desfiles!

—Sí van. El día que vino el Gobernador, Madame la Gobernadora y sus hijas iban en la cabalgata. Yo las vi.

—Pero no iban a caballo, iban en carroza. ¿Verdad, Aya, que iban en carroza?

—Sí, Madame la Gobernadora iba en carroza. Tiene razón Francisco.

—¡Tengo razón yo! —reclama Juana—. Las mujeres van en los desfiles. Y yo iré en ese desfile montada en un caballo negro.

Francisco se queda un momento desconcertado, luego, decide atacar por otro lado:

—Tú no montas muy bien; para ir en un desfile hay que saber montar muy bien. Si el caballo se te desboca...

—Monto a caballo mejor que tú.

—¡Porque eres mayor!

—Pero hemos empezado a aprender al mismo tiempo...

—¡Yo salto mejor que tú; Monsieur Bastonnet lo dice!

—¡Porque tú montas a horcajadas y yo tengo que usar silla de amazona! Es mucho más difícil saltar con las dos piernas en el mismo lado.

El tono de las voces ha ido subiendo y el Aya vuelve a inclinarse fuera del hueco de la ventana para reclamar:

—¡Silencio! Vais a despertar a vuestro hermano.

Y Juana, a media voz, concluye su argumentación:

—Y en los desfiles no hay que saltar, así que... —y mira triunfante a su hermano pequeño, que la contempla bastante apabullado.

—Bueno, vas en el desfile —concede Francisco—; ¡pero luego no vas a la guerra! Las mujeres no van a la guerra.

Y mira seguro y desafiante a su hermana, pero Juana no se deja ganar tan fácilmente. Sonríe y sus ojos azules chispean burlones:

—No voy a la guerra, ¿eh? Y si yo no voy a esa guerra, tú ¿con quién juegas?

El Aya ha oído la última parte del diálogo y mientras enhebra de nuevo la aguja comenta para sí misma: «Diablo de chiquilla, mira que siempre se las arregla para tener razón y salirse con la suya...»

Empiezan los dos hermanos a distribuirse los soldaditos de plomo.

—Yo me quedo con los azules y los rojos, que eran las tropas del Duque de Guisa. Y tú te quedas con los amarillos y los verdes y tú eras las tropas de los herejes y peleábamos muchísimo y yo te mataba a todos tus soldados... —explica Francisco.

—No. Peleábamos y el que gane gana —replika Juana.

—¡Los herejes no van a ganar! —se escandaliza Francisco.

—Bueno, algunas veces... sí ganan ellos.

—¡Hay que matarlos a todos! ¡Son malos!

—Todos no.

—¡Todos! Y hay que matarlos —se exalta Francisco.

—No son malos, están equivocados. No hay que matarlos, hay que convertirlos.

—¡Aya, mira lo que dice Juana!

—¡Me lo ha dicho papá! Y todos los herejes no son malos.

—Sí, lo son.

—No, Francisco —dice Juana en tono amable y conciliador. También en este diálogo quiere ganar, pero ahora por las buenas, sin discutir—. Verás, tú y yo conocemos a algunos herejes que no son malos, que hasta son amigos de papá y tú y yo les queremos.

—¡Mentira, eso es mentira!

—Te digo, Francisco...

El Aya se alarma por el giro que toma la conversación. El tema resulta de lo más peligroso. Juana tiene ya ocho años y se ha dado cuenta de que en cuestión de creencias religiosas sus padres no están de acuerdo, pero Francisco, con sus seis años, es aún muy niño para poder entender ciertas cosas.

—Juana, cuidado con lo que dices —advierte el Aya a media voz.

—Digo —recalca Juana—, digo que Monsieur Paré es muy amigo de papá y que a mí me parece muy bueno y muy simpático y todo el mundo sabe que es hugonote, ¿no es verdad, Aya?

Juana ha cambiado una expresiva mirada con la buena mujer, que suspira aliviada.

—Sí, Juana, tienes razón. Los herejes, al menos algunos, no son malos, sólo están equivocados.

Francisco no se resigna tan fácilmente a la derrota:

—Has dicho hugonote. Esa es una mala palabra —acusa.

—¡Qué bobada! Tú has dicho hereje, que es peor.

—¡No es cierto! Hugonote es más mala.

—Hugonote sólo quiere decir juramentado, en alemán, claro. Bueno, no se dice hugonote, en alemán se dice *eidgenossen*, pero los calvinistas franceses que vivían en Suiza, porque el Rey los había echado de Francia por herejes, no sabían pronunciarlo bien y decían hugonote.

—¡Hijita, cuántas cosas sabes! —se admira el Aya.

—Me lo ha explicado tío Miguel. El sabe alemán. Tuvo un preceptor alemán cuando era pequeño.

—Me acuerdo muy bien de aquel señor —dice el Aya—. Era terriblemente serio y siempre hablaba en latín al pequeño Miguel.

—¿Ha sido niño pequeño el tío Miguel?
—pregunta Francisco muy admirado.

—¡Pues claro! —afirma rotunda el Aya.

—Todos los mayores han sido antes pequeños
—aclara Juana con absoluta suficiencia.

—¿Pequeños como yo? —quiere puntualizar Francisco.

—¡Y más pequeños aún! Pequeños como Guido. Luego, se han hecho mayores, mayores como son ahora.

Francisco se queda pensativo, considerando muy seriamente las explicaciones de su hermana. Después, saca sus propias consecuencias:

—Entonces yo también me haré luego grande, como papá y como el tío Miguel... Y tendré barba y espada... ¡Y seré Alcalde de Burdeos como el abuelo Pierre!

—Para eso tienes que crecer mucho, y estudiar para saber muchísimas cosas... y ser antes Consejero del Parlamento... —apunta Juana. Quiere exponer ante su hermano pequeño todo el dificultoso camino que tiene por delante si quiere llegar a ser alguien en la vida política del país.

Los pensamientos de Francisco van por otro lado.

—¡Tú no podrás ser nunca Alcalde de Burdeos! Tú eres sólo una niña... —proclama en tono triunfal.

Relampaguean los ojos de Juana y se frunce su boca en un gesto de decepcionada impotencia. Ha chocado con un muro infranqueable. Tiene que admitir la dura realidad. En este mundo de hombres que la rodea, haber nacido mujer es haber nacido en desventaja...

No dice nada. Sacude la cabeza con energía para apartar un rizo rebelde que le baila sobre la frente. Luego, vuelve despacio a la mesa y se sienta de nuevo ante su libro:

—*Cien doncellas la acompañan,
cien pajes la servirán
y cien mastines feroces
sus puertas defenderán.
Mas partióse Don Froilán
con el Rey, a batallar,
y a Doña Blanca en Bretaña
sólo le cumple... esperar.*

Francisco se da cuenta de que ha cometido un error y de que le va a costar caro porque se ha quedado, al menos de momento, sin compañera de juegos.

Y mientras repite una y otra vez los versos de su romance, Juana reflexiona sobre su condición de mujer.

«¿Tendré yo que ser como Doña Blanca?», se dice. «¿Me tendré que pasar la vida esperando y esperando, sentada junto a la ventana de una alta torre? ¿Es eso lo único que puede hacer una mujer, esperar a que un hombre venga a contarle las aventuras que ha corrido por el ancho mundo?»

Juana frunce el entrecejo y aprieta los labios. No le gusta nada este programa de pasividad femenina que acaba de entrever. Y su imaginación vuela, de una a otra, hasta recorrer las figuras de mujer que conoce.

«¿Qué podría ser yo? ¿Qué me gustaría llegar a ser? Pues... yo podría ser como mamá. Y me casaría con un Consejero del Rey y tendría una casa como ésta... No, esto ya lo tengo. Y mamá, a veces, es también un poco como Doña Blanca, esperando a que papá vuelva de las sesiones del Parlamento, o de sus viajes a Toulouse o a París. Claro que mamá no le espera bordando junto a la ventana de la torre, sino que lee o se reúne con sus amigas para hablar o hacer música... No, yo no quiero ser sólo como

mamá... ¿Podría ser yo como la abuela Montaigne? Y sería, como ella, la mujer del Alcalde de Burdeos. Y daría fiestas espléndidas y se hospedarían en mi casa los Gobernadores cuando visitaran Burdeos y yo... Bueno, ¿y si yo fuese Madame la Gobernadora? Viviría en un palacio enorme y me pondrían un sillón de terciopelo y oro en las funciones solemnes de la Catedral. Y cuando Monsieur el Gobernador fuera a la Corte, yo, su mujer, iría con él y me recibiría la Reina...»

«¿Me gustaría ser Reina?», se pregunta Juana. «Si yo fuera como la Reina Catalina de Médicis viviría en Palacio, y tendría trajes espléndidos de sedas y brocados y terciopelos labrados... Y podría dar fiestas y banquetes; y muchos criados y cortesanos obedecerían lo que yo mandase... Y si mi marido se moría, como se murió el Rey Enrique, y mis hijos eran pequeños, yo sería Reina Regente, como es la Reina Catalina. Y yo gobernaría el país... Sí, pero eso debe de ser muy difícil. Y dice mamá que la Reina tiene muchas preocupaciones y muchos quebraderos de cabeza. La Reina manda mucho, pero papá dice que, a veces, manda mal. Unas veces es amiga de los católicos y apoya al partido de los Guisa y otras veces se hace más amiga de los Borbones y de la familia Condé... ¡y apoya a los hugonotes! No, no me gustaría ser como la Reina Catalina. Debe de ser una vida difícil la suya, siempre pensando en ayudar a unos o a otros... o en traicionar a unos y a otros... ¿Y si yo fuera como la Reina María de Escocia? ¡Pobre Reina María! La mandaron a Francia desde su país cuando tenía solamente seis años... ¿Cómo podría su madre separarse de una niña tan pequeña? A mí no me hubiera gustado nada que me mandasen fuera de mi casa a los seis años... Bueno, ni tampoco ahora que tengo ocho... A lo mejor su madre no la quería mucho. Claro que como la mandaba para que se casase con el Príncipe Francisco y que luego fuera Reina de

Francia... Sí, pero se murió su marido y ella dejó de ser Reina de Francia y se tuvo que volver a su país... Como se murió el Rey sin dejar hijos y ella solamente era Reina porque era la mujer del Rey... Claro que ahora está en Escocia y allí es Reina por ella misma... ¿Le habrá gustado volver a Escocia después de tantos años de vivir en Francia? En Escocia también hay herejes, sólo que allí se llaman presbiterianos; y la Reina tiene muchos problemas con ellos... No, tampoco me gustaría ser como la Reina María... pero sí me gustaría ser algo por mí misma... lo mismo que ella es Reina por sí misma... bueno, por derecho propio, porque es hija de su padre que era Rey... Claro que si hubiera tenido un hermano, aunque hubiera sido más pequeño que ella... Si papá fuera Rey y se muriera, la Reina no sería yo, sería Francisco el Rey... Siempre se prefiere a los hombres... A mí me gustaría ser algo por mí misma, algo que no me pudiera quitar nadie...

«Si yo hubiera nacido hombre podría ser... ¡me gustaría ser General! ¡Generalísimo de todos los ejércitos de Francia! ¡Gran Condestable!, y lucharía con las tropas rebeldes de los hugonotes y vencería y todo el país sería católico. Y no habría más muertos, ni más iglesias saqueadas, ni más casas incendiadas, ni más peleas en las calles... Todos comprenderían que ser católicos es mejor porque yo les convencería... bueno, yo no podría predicar, pero llamaría a alguien que supiera hacerlo muy bien. Alguien que hubiera demostrado que sabía discutir con los herejes y convencerles, alguien como... ¡Ignacio de Loyola!, ese español que ha fundado la Compañía de Jesús... ¡Lástima que ya haya muerto!, claro que están sus hijos, los Jesuitas... yo no puedo ser Jesuita, pero si pudiera, trabajaría con todas mis fuerzas para reformar la sociedad francesa... ¡reformar! Hay una española que está reformando... ¡Teresa de Jesús! Los españoles están haciendo muchas cosas importantes en favor de la Religión

Católica... Yo también soy un poco española. La abuela Montaigne es de origen español. Su apellido, antes de casarse con el abuelo Pierre, era Luppès; bueno, ella dice que es López y que los franceses lo pronunciamos muy mal... ¿Me gustaría a mí ser como Teresa de Jesús? Yo, Juana de Lestonnac, yo haría... yo haría...»

Juana, con la barbilla apoyada en las manos y la mirada perdida en el artesonado del techo, sonríe ahora abiertamente ante la visión que está imaginando: se ve a sí misma convertida en una importante reformadora de la vida, las costumbres y los ideales religiosos de Francia.

«Yo, Juana de Lestonnac...», se dice.

Francisco ha estado jugueteando con sus soldaditos y mirando a su hermana de reojo de vez en cuando. Ahora ya no puede resistir la tentación de preguntar abiertamente:

—¿Por qué te ríes, Juana?

Y hay seguridad y un acento de triunfante osadía en la rotunda afirmación:

—¡Porque voy a ser Juana de Lestonnac!

La frase resulta tan sorprendente que Francisco mira un rato a su hermana completamente desconcertado. Luego resume su opinión:

—¡Boba...! Ya eres Juana de Lestonnac...

—Sí, pero todavía no soy como yo quiero ser... pero ¡lo seré!

Juana abandona ahora su libro y se decide a jugar con Francisco.

—Voy a ganar, ya verás... Yo voy a ganar siempre...

¿MÉRITOS O PRIVILEGIOS?

En casa de los Lestonnac ha nacido un nuevo hijo.

Miguel de Montaigne ha venido para felicitar a la familia por este nuevo vástago, el tercer varón.

Juana ha salido al encuentro de su tío.

— ¡Buenos días, sobrina! Estarás contenta, ¿eh? Me han dicho que el nuevo niño es una criatura preciosa.

—Sí, tío Miguel. Es muy guapo.

En la voz de Juana hay un matiz opaco y gris; y su tío Miguel, agudo observador, no deja de advertirlo.

—Juana, espérame aquí. Subo a saludar a tu madre y bajo en seguida.

El señor de Montaigne ha subido al dormitorio de la primera planta para saludar a su hermana con un beso cariñoso, felicitarla y conocer al nuevo sobrino.

Luego, el tío Miguel, el buen tío Miguel, siempre muy interesado por esta sobrina suya, baja al zaguán en busca de Juana.

—Ven acá, sobrina. Tú y yo vamos a hablar muy en serio —bromea.

—¿Qué quieres, tío?

—Ven, siéntate aquí, a mi lado, y desarruga ese ceño. Una señorita tan guapa como tú no debe estar enfurruñada.

—¡No estoy enfurruñada!

—A mí no me engañas. Algo te pasa. Vamos, di.

—No me pasa nada.

—Estás disgustada por algo.

—No.

—Sí. Y me lo vas a contar.

Miguel mira a su sobrina de frente, a los ojos. Y su gesto es tan interesado y su mirada tan cálidamente amistosa, que Juana cede.

—Me pasa... me pasa... que... —y se le atraganta la explicación en la garganta.

Miguel acude en su ayuda:

—¿Tiene algo que ver con la llegada del nuevo hermano?

—¡Es otro chico, tío Miguel, otro chico!

—¿Y qué hay de malo en que sea chico? ¿Te hubiera gustado más que hubiera sido una niña?

—¡Pues claro, no hay más que chicos en esta casa.

—¿Qué tienes en contra de los chicos? ¿Te llevas mal con Francisco?

—No. Bueno..., sí, a veces. Francisco es... ¡siempre está presumiendo de que es chico!

—Y lo es. Francisco es el heredero, el hijo mayor...

—¡Yo soy mayor!

—Pero él es varón...

—¡Eso es! Y por eso tiene todas las ventajas. A veces hasta creo que papá y mamá le quieren más que a mí...

—Vamos, Juana, eso no es cierto y tú no puedes haberlo pensado en serio.

—Francisco, porque es chico, puede ir al Colegio de los Jurados y allí tiene compañeros y amigos... ¡Yo tengo que seguir estudiando sola en casa! Francisco puede ir todos los domingos a la Catequesis de los Padres Jesuitas y yo no puedo ir... ¡sólo porque no soy chico!

—Francisco ha nacido varón porque Dios ha querido, Juana. Al igual que tú has nacido mujer porque Dios te quiere mujer.

—¡Si yo estoy contenta de ser mujer, tío Miguel, de ser lo que Dios quiere que sea! Pero Francisco, a veces, resulta insoportable. Si Francisco hubiera sido una niña... o Guido... Yo tendría una amiga en casa, pero así... Francisco está siempre presumiendo de que es chico, ¡como si haber nacido hombre fuese un mérito suyo!, y haber nacido hombre no es un mérito, es... es solamente... es...

—Es un privilegio, ¿es eso lo que quieres decir, Juana?

—¡Eso mismo! Ser chico no es un mérito, ¡es un privilegio!

—Tienes razón, ser hombre en nuestra sociedad es un privilegio... pero los privilegios también tienen sus cargas, Juana. Son una responsabilidad para todo ser humano honesto. Primero porque hay que vivir con la dignidad que esos privilegios suponen, luego porque hay que saber comportarse para no resultar indigno de ellos, y yo diría... yo diría que en tercer lugar hay que saber no aprovecharse de estos privilegios para aumentar las cargas de los que no disfrutan de ellos...

—¡Todo eso tiene que saberlo ahora mismo Francisco! Siempre diciendo: «Yo soy chico, yo soy chico...» Ahora le voy a explicar yo bien claro que...

—Juana, Juana... —dice tío Miguel en tono apaciguador.

Buen conocedor de las pasiones que pueden agitar un espíritu, Miguel de Montaigne asiste con asombro a esta explosiva manifestación del carácter de su sobrina, que habitualmente se muestra más sosegada y comedida.

«Esta criatura es toda una personalidad», se dice el Consejero Real. Y posa su mano en una caricia sobre la cabeza de su sobrina.

—Juana, no seas tan impulsiva. Espera. Escúchame antes de ir a enfrentarte con tu hermano y a tirarle a la cara estos razonamientos. Dime, ¿nunca has dicho, aunque sólo haya sido para ti misma: «Yo soy Juana de Lestonnac, pertenezco a una noble familia, soy inteligente ¡y he nacido hermosa!»? Y éstos, ¿son méritos o privilegios?

—Bueno, yo...

—Piénsalo, Juana —ríe tío Miguel—, ¿méritos o privilegios?

Juana deja su enfrentamiento con Francisco para mejor ocasión y guarda silencio recapacitando sobre las palabras de su tío.

Y Miguel de Montaigne la mira complacido. Le agrada esta personilla que ha sabido definir tan bien la situación que vive, que ha puesto tanto fuego en denunciar lo que ella cree una actitud injusta y que, ante unos argumentos que ella acepta como válidos, se ha detenido a reflexionar.

Cuando Ricardo de Lestonnac baja del piso superior, Miguel y Juana salen del rincón del zaguán en que han estado hablando.

—El chiquillo es precioso, Ricardo. Mi enhorabuena otra vez.

—Gracias.

—Oye, Ricardo —dice Miguel, y en su voz hay un matiz de alegre picardía—. Me gustaría hablar contigo un momento.

—Tú dirás.

—No, aquí no. Se trata de algo que tenemos que hablar tú y yo en privado.

Miguel se vuelve a su sobrina y le hace una complicada reverencia:

—Mademoiselle Juana, voy a romper una lanza por ti.

—¿Qué vas a hacer, tío Miguel?

—¡Ah, no! No puedo hablarte de ello. Primero tenemos que discutirlo nosotros, los hombres de la familia. Es nuestro privilegio por haber nacido varones... ¡Tú no eres más que una niña!

Y su voz es tan fingidamente ampulosa y da a sus frases un tono tan exageradamente engolado, que Juana no tiene más remedio que echarse a reír.

Ricardo mira a una y otro un poco desconcertado. No comprende cuál puede ser el oculto significado de las frases de Miguel; pero tío y sobrina ríen de tan buena gana, que también él se une a su regocijada alegría.

Y ya los dos hombres instalados en el severo salón-biblioteca, Miguel aborda el tema:

—Creo que... pienso que quizá deberías hacer un poco más de caso a tu hija Juana.

—¿Qué quieres decir?

—Me ha parecido entender que se siente un poco pospuesta. Demasiados muchachos en la casa. Creo que ella piensa que la estimas menos y que la tienes menos en cuenta porque es mujer. Al parecer Francisco le recuerda constantemente que él es hombre y que, como tal, tiene una serie de prerrogativas, ya que es el heredero.

—Y es cierto.

—Lo es, pero tu hija es una niña muy sensible y puede sentirse herida si la dejas suponer que la estimas menos porque es una niña en lugar de un muchacho.

—Es mujer y tiene que aceptar que lo es.

El señor de Lestonnac está un poco molesto. Conoce desde hace tiempo la especial predilección que su cuñado Miguel siente por Juana, pero ahora le fastidia pensar que ha sido capaz de detectar en su propia hija un malestar que a él, el padre, le ha pasado inadvertido.

Pero Miguel de Montaigne es un hombre de mundo, un hábil cortesano que sabe cómo llevar con acierto una negociación.

—Creo que Juana tiene muy bien aceptada su condición de mujer. Es una jovencita encantadora: una hermosa alma dentro de un bello cuerpo. Una bella princesa habitando un espléndido castillo. Tienes ahí a una Lestonnac de pies a cabeza. Esa niña traerá alegrías y honor a tu casa, ya lo verás. Dale ahora una muestra de tu aprecio.

—¿Que sugieres que haga?

—Demuéstrale que la estimas, que tienes confianza en ella, que la quieres de un modo muy especial.

—¿Cómo?

—¡Ah, no sé! Tú eres su padre. Tú encontrarás el modo.

Miguel no concreta su idea; se limita a sugerir, apuntar, insinuar..., pero el señor de Lestonnac no es nada torpe, además, conoce muy bien a su cuñado y, sobre todo, está profundamente interesado en el asunto del que están tratando... En un momento determinado de la entrevista, se levanta de su butaca para agradecer con un afectuoso apretón de manos la confianza que su cuñado acaba de hacerle.

Los dos hombres han estado bastante rato encerrados en el despacho. Luego, el visitante ha partido y un criado ha sido enviado al segundo piso:

—Señora Aya, Monsieur desea que Mademoiselle Juana baje ahora mismo al despacho.

Y Juana, llena de curiosidad, se atusa rápidamente el pelo y se alisa la falda con cuatro apresurados movimientos. Quiere tener el mejor aspecto posible al presentarse a su padre.

Baja las escaleras con paso ligero y se detiene ante la gruesa puerta de madera oscura. Da unos golpecitos discretos que anuncien su entrada y luego empuja la pesada hoja.

—El Aya me ha dicho que querías verme, padre.

—Sí, Juana. Entra y cierra la puerta. Ven...

Juana obedece seria y pausadamente. No suele ser frecuente que su padre la llame a esta solemne estancia en la que él recibe a los más altos personajes de Burdeos. Presiente que se trata de un asunto importante.

—Ven, siéntate aquí —dice Ricardo.

Y Juana se acomoda en una de las sillas de madera oscura y alto respaldo tallado. Cruza las manos en el regazo y aguarda expectante a que su padre hable.

—Juana, tu tío Miguel y yo hemos estado hablando y...

El hombre se detiene, hace una larga pausa, parece que busca las palabras adecuadas para comunicar a la niña sus pensamientos.

Los azules ojos de Juana se clavan atentamente en el rostro de su padre. ¿Qué le va a decir? Al principio temió que se tratase de algo malo. Quizás iba a regañarla o a darle una noticia triste. Ahora ya sabe que no lo es. Su padre tiene un aspecto amable y hasta sonriente.

Juana siente una oleada de impaciencia: ¿de qué se trata? Le gustaría poder conocer la noticia en este mismo momento, esa noticia que parece esconderse detrás de los expresivos ojos de su padre, pero se contiene. Se la ha educado para que sea respetuosa y paciente ante las personas mayores, muy especialmente si son hombres respetables, y Juana siente por su padre, además de un cariño enorme y una gran admiración, muchísimo respeto. Así que se mantiene sosegadamente sentada, muy erguida y completamente inmóvil; sólo una ligera crispación de sus manos enlazadas y un leve parpadeo de sus ojos delata el esfuerzo de autocontrol que está haciendo.

—Verás, Juana. Tío Miguel y yo hemos estado hablando y yo quiero ahora... quiero ahora consultarte...

Ricardo está midiendo bien sus palabras. No ha dicho «voy a decirte», ni siquiera «voy a comunicarte». Ha elegido el verbo consultar, que es la locución que hubiera empleado para dirigirse no a un subordinado, sino a un igual.

Juana, naturalmente, no advierte estos delicados matices lingüísticos, pero algo hay en el tono con que su padre la está hablando que la hace sentirse tratada con deferencia, con una cálida y afectuosa ternura que la hace emocionarse.

—¿Qué te parecería, Juana, ser la madrina de tu nuevo hermano?

La sorpresa de Juana es tan grande que no le permite responder, así de pronto. Abre un poco más los ojos, trata de contener el suave temblor de sus labios y traga saliva con una cierta dificultad.

Su padre no espera respuesta, continúa hablando:

—Hemos pensado que el niño se llame Audet. El Bautizo deberá celebrarse no más tarde del viernes día seis, es decir, pasado mañana. Mi hermano

Blaise será el padrino. ¿Qué me contestas, Juana? ¿Querrás ser la madrina de Audet?

—Sí, papá.

—Ser madrina de un niño es una cosa muy seria, ¿te das cuenta, verdad, hija? Tendrás la responsabilidad de ayudarme a enseñarle a ser un buen católico en cuanto el niño sea capaz de comprender. Entre los dos le enseñaremos a rezar...

—Sí, papá —repite Juana en voz baja, pero firme.

Ella sabe muy bien que la educación en el Catolicismo de ella misma, de Francisco y de Guido ha sido, y es, una lucha sorda pero continuada entre su padre y su madre. Ahora también ella va a entrar en esa pugna y no ya como pasivo trofeo por el que se lucha, sino como campeona decidida de uno de los bandos: el católico.

—Sí, padre. Yo... procuraré ser una buena madrina.

Y el día 19 de enero de 1564, Juana, llevando de pareja la alta figura de Blaise de Lestonnac, su tío, conduce hasta la pila bautismal de la Catedral Saint-André al pequeño Audet y, en su nombre, acepta todos los compromisos de un católico.

A la salida de la ceremonia, Juana marcha a la cabeza de la reducida comitiva. Lleva en brazos, bien apretado contra su corazón, al hermanito recién bautizado y pisa las losas del empedrado con seguridad y firmeza. Le chispea el gozo en los ojos cuando recibe enhorabuenas y parabienes de los invitados al acto. Su sonrisa tiene un matiz de entrañable veneración cuando su mirada se cruza con la de su padre, de franca alegría cuando su tío Miguel viene a besarla y de una cierta altiva condescendencia cuando se vuelve hacia Francisco desde su alta dignidad de madrina del pequeño Audet.

Juana se siente distinguida por la confianza que su padre ha depositado en ella; y está firmemente decidida a demostrarle que sabe estar a la altura del privilegio que se le acaba de otorgar. Está dispuesta a cumplir con todas las obligaciones que este privilegio comporta y... sí, también a no aprovecharse de él para hacer pasar a Francisco un mal rato...

Y porque el haber recibido un privilegio le hace sentirse deudora de aquel que no ha sido distinguido con él, su trato a Francisco, durante las horas de juego de esta tarde, es más cálido, más condescendiente...

Este invierno de 1566 empieza mal para la familia Lestonnac. Poco después de la Navidad, Ernestine, la doncella de Juana, cae con unas fiebres malignas que la hacen guardar cama. Al cabo de muy pocos días, Juana, de vuelta de un largo paseo junto al río, se siente, también, enferma.

—Aya, me duele la cabeza y también la garganta... Y me pesan las rodillas y tengo mucho calor...

—¡Válgame Dios, mi niña! ¡Estás ardiendo! Ven, ven a la cama. Esa ignorante Ernestine ha traído las fiebres a esta casa. ¡Deberían echarla! —exagera el Aya a lo tremendo su preocupación por Juana.

La niña se deja desnudar dócilmente. Se siente cansadísima y terriblemente abatida. Casi no tiene fuerzas para sostenerse derecha mientras el Aya le pasa el camisón por la cabeza, pero reúne fuerzas para preguntar:

—¿Soy estúpida por haber atrapado la fiebre, Aya?

—¿Tú, mi niña, inocente mía? Tú eres la niña más lista y más encantadora de Francia. Descansa, mi vida.

Madame de Lestonnac ha entrado en la habitación y con gesto serio y preocupado ha puesto una mano fresca sobre la frente que arde.

—Mamá, quédate conmigo.

—Sí, Juana. Aquí estoy.

Juana no recuerda apenas nada más. Durante días y días ha luchado con la enfermedad. Ha alternado períodos de profundo sopor con momentos de intranquilo delirio en los que sueña que la ahorcan. A su lado ve a Ernestine, también con una gruesa cuerda al cuello. Juana siente en su propio cuello un dolor que la aprieta hasta casi sofocarla y se agita y se debate intentando liberarse y gritar. Y siempre le llega una mano tranquilizadora que la calma. Unas veces es la mano de su madre, otras veces la de su padre y las más de las veces la del Aya, que parece estar siempre próxima a su lecho de enferma.

—Sosiégate, Juana. Estoy aquí contigo. No pasa nada. Ya estás mejor. Vamos, bebe esto.

Y Juana, obediente, se deja incorporar y traga los remedios que el doctor Fonteneille ha recomendado.

Al cabo de dos largas semanas está ya fuera de peligro. Se ha quedado delgada y pálida, pero puede dejar el lecho un ratito cada día, y camina por la habitación, tambaleándose un poco aún, con ayuda del Aya.

Madame de Lestonnac entra a verla varias veces al día. También ella está pálida y desmejorada y unas profundas ojeras le subrayan los ojos, que estos días aparecen serios y apagados.

—Has crecido mucho, vamos a tener que hacerte trajes nuevos... —comenta para distraer a la niña.

Y en una de estas visitas, cuando Juana empieza ya a sentirse un poco más fuerte, su madre decide hablar con ella:

—Han sido días terribles, hija mía.

Juana mira a su madre y le preocupa su aspecto abatido.

—¿Te encuentras bien, mamá?

—Sí, hija, estoy bien; muy cansada, pero bien. Habéis estado todos enfermos y cuidaros ha sido un trabajo agotador.

—Ernestine ¿está ya bien?

—Ernestine... ha muerto.

—¡Mamá!

Juana está muy débil todavía y la noticia la hace romper en sollozos acongojados. Madame de Lestonnac se levanta para venir a abrazar a la niña. Gruesas lágrimas se escapan también de sus ojos y vienen a caer sobre la rubia cabeza de su hija.

Juana no la ha visto llorar nunca y se asusta.

—¡Mamá, estás enferma!

—No hija, estoy bien.

—¿Qué pasa, entonces? ¿Está enfermo mi padre?

—No, Juana, tu padre está bien.

—¿Están enfermos mis hermanos?

—Francisco y Audet han estado muy enfermos... muy, muy enfermos...

—¿Están ya buenos? ¿Cómo están ahora?

—Ahora... ahora... ya no los tenemos con nosotros, Juana. Han muerto... Ahora ya sólo nos queda el pequeño Guido...

Juana solloza interminablemente, abrazada a su madre.

Francisco, el amado compañero de juegos y rivalidades infantiles. Audet, el hermanito ahijado, que le ha hecho sentirse hermana mayor, protectora, maestra cuando le enseñaba a pronunciar las primeras palabras...

Siente que allá dentro un dolor muy profundo desgarrar las fibras más sensibles de su ser. Y llora y llora sin poderse consolar.

Juana ha perdido al primer Francisco importante de su vida. Habrá otros dos Franciscos también muy importantes para ella. Con los dos mantendrá, como con este primer Francisco, una profunda relación de amor y un tenso enfrentamiento de contraste de pareceres. Y de estos dos, como del primero, sabrá conquistar el respeto y la admiración. Los dos acabarán por rendirse ante la clara visión y la persuasiva seducción con que Juana sabe exponer y defender sus convicciones.

La primogénita de Lestonnac ha terminado ya su convalecencia y recomienza su vida de estudios y paseos. Ha crecido mucho. La enfermedad y la pena han afinado su silueta y apagado su vivacidad natural. Se ha entregado al estudio con aplicación, casi con ansiedad, y aprende con rapidez, pero a todos en la familia les preocupa su talante serio y como ausente. Juana siente que ha perdido algo definitivamente importante para ella, que ya nada es igual. Y le sobrecoge entrar en la sala del primer piso que ahora encuentra desoladoramente vacía y silenciosa. Se mueve por la casa como un descolorido fantasma indeciso. Y solamente parece salir a medias de su acongojado mutismo cuando el pequeño Guido se acerca a ella para charlotear, contándole en su media lengua alguna historia disparatada. ¿Qué puede adivinar este pequeño de tres años de la angustiosa soledad que está viviendo su hermana?

Ya entrada la primavera, llegan de Beauregard Tomás de Montaigne, el hermano menor de Juana Eyquem, y su joven esposa, Jacoba d'Arsac.

Los tíos saludan a Juana con un cariño muy especial.

—¡Lo que has crecido, Juana! Si eres ya casi tan alta como yo —dice tía Jacoba—, pero estás pálida y ojerosa. Deberías venirte una temporada al campo con nosotros. Los aires de Beauregard te sentarían bien.

Y al final de la visita de los tíos a Burdeos, ha quedado decidido: Juana se irá a pasar con ellos una larga temporada.

Ricardo de Lestonnac se separa de su hija con esfuerzo. Sufre todavía el profundo dolor de la pérdida del heredero y del benjamín; que falte ahora también de la casa la hija mayor va a dejar la mansión Lestonnac convertida en una tumba; pero hace el sacrificio con el mejor ánimo posible. Piensa que la estancia lejos de la casa en la que ha vivido horas tan tristes, puede beneficiar la salud de Juana.

Madame de Lestonnac ve con agrado la marcha de su hija para pasar unas semanas con su hermano y su cuñada. Está empezando un nuevo embarazo y, después del duro invierno pasado, no le quedan ni muchas ganas ni mucho ánimo para dedicarse al cuidado y a la educación de su primogénita. Sabe que su hermano y su cuñada son convencidos seguidores de la nueva Religión reformada. Quizás esta permanencia de Juana en Beauregard, lejos de la influencia tan decididamente católica de su padre, sirva para afianzar en ella, además de una buena salud, unas firmes convicciones que la alejen, de una vez y para siempre, de las creencias católicas que Ricardo ha conseguido inculcar en ella.

BEAUREGARD

Juana marcha con sus tíos a Beauregard y, al cabo de muy pocos días, descubre que el cambio le agrada. Ha dejado atrás la casa de Burdeos con sus tristes recuerdos y aquí, en la alegre y confortable compañía de sus jóvenes tíos, tiene todo un mundo nuevo que descubrir. Y lo primero que descubre con verdadero placer es que aquí no se la trata como a una niña pequeña.

El matrimonio de Beauregard no tiene hijos y Juana ha cumplido ya once años, así que aquí la joven Mademoiselle Juana forma siempre parte del grupo de los adultos.

Dedica toda la mañana a sus estudios, pero come, monta a caballo, pasea y asiste a todas las reuniones y actividades de los mayores. Y esto le hace sentirse halagada y satisfecha.

Tía Jacoba, que supervisa sus estudios, se asombra de la capacidad que tiene esta niña para aprender, para asimilar lo que lee. Y en sus conversaciones con ella le sorprende su firmeza al defender sus puntos de vista y su lealtad para admitir el parecer contrario, si los argumentos que se le dan resultan suficientemente convincentes.

Juana ha visto que han llegado el primero y el segundo domingo de su estancia en Beauregard y

que nadie ha hecho intención alguna de asistir a Misa. Al llegar el tercer domingo se decide y pregunta:

—Tía, ¿no hay iglesia en Beauregard?

Jacoba d'Arsac esperaba ya esta pregunta y tiene preparada la respuesta:

—No, hijita, hace ya años que la vieja Parroquia ardió.

—¿Se quemó?

—La quemaron. Fue durante una de tantas revueltas de los últimos tiempos. Pasó por aquí una banda armada y le prendió fuego.

—Serían hugonotes, ¿verdad?

—Parece que no se sabe bien quién lo hizo.

—¡Los católicos no iban a quemar su propia Parroquia!

—Pues no sé qué decirte, sobrina. En cualquier caso no parece que pusieron mucho empeño en apagar el fuego. La dejaron arder y se quedaron tan tranquilos.

—Estarían atemorizados. ¿No había un Sacerdote en la iglesia?

—Sí, creo que había uno, pero nadie sabe aquí qué fue de él.

—Quizá lo mataron.

—Posiblemente. O tal vez huyó para ponerse a salvo...

El tono ligero y despreocupado con que Jacoba habla del tema intriga bastante a Juana, que insiste:

—¿Qué hizo tío Tomás?

—El no estaba aquí cuando todo aquello ocurrió. Tampoco yo estaba. Todo esto sucedió antes de que yo me casara con tu tío.

—¿Y nadie ha pensado en reconstruir la iglesia?

—No, ¿para qué? Por lo que he oído comentar era un edificio sin ningún valor artístico y medio en ruinas, además. Y estaba lleno de esas imágenes toscas, ya sabes, esas esculturas que los propios aldeanos tallan en madera, esos santos de palo que las gentes de estos lugares veneran con una credulidad supersticiosa. Pensaban que si a un cierto santo lo sacaban en procesión, llovería; y que si besaban el pie de tal otro, se curarían de los dolores de reuma. Llegaban a traer a los niños de caseríos alejados leguas y leguas nada más que para que bebiesen un agua que el cura bendecía y luego dejaba toda la noche ante una imagen de María. ¡Aseguraban que esta práctica libraba a los niños de todas las enfermedades del vientre! Puras idolatrías, ya ves.

Y Juana escucha, calla y reflexiona: «¿Cuál es la forma correcta de practicar el culto a Nuestra Señora y a los Santos? Tendré que preguntárselo a mi padre.»

Juana se siente a gusto en Beauregard. Sus tíos le demuestran constantemente cariño y atención.

—Ven, Juana. Mi madre me ha enviado unas telas y quiero enseñártelas. Elegiremos la que más te guste para hacerte un vestido nuevo. De aquí a tres semanas daremos una fiesta; es el cumpleaños de tu tío. Vendrán a cenar con nosotros todos nuestros amigos de la región y espero también a mi cuñado Miguel de Montaigne. Quiero que estés muy guapa.

—¡Tío Miguel, qué bien! ¡Cuánto me voy a alegrar de verle!

En otro momento es Tomás el que llega hasta Juana para anunciar:

—Juana, en el establo hay una sorpresa para ti.

Y Juana contempla extasiada el hermoso caballito castaño.

—Tenemos proyectada una cacería para la semana que viene. ¿Te atreverás a saltar setos y arroyos sobre «Panache»? Te advierto que es rapidísimo en la carrera y nervioso en el salto. ¿Te atreverás, Juana?

—¡Ya lo creo! —es la entusiasta respuesta de Juana.

Y sus tíos saben que lo hará y que lo hará bien. Esta niña está recuperando por días su natural buen ánimo y su vivacidad habitual. Es activa, valiente y decidida, y siempre está dispuesta para cualquier acción que se le proponga y hasta para muchísimas que no se le proponen y en las que ella participa con espontáneo entusiasmo. No es la primera vez que sus tíos la sorprenden ayudando al jardinero a trasplantar un rosal, colaborando con el pinche de cocina en la persecución de un pollo escapado del corral o prestándose voluntaria para devanar unos ovillos de lana que el ama de llaves necesita para tejerse un nuevo chal.

—Juana, tú no tienes por qué hacer nada de eso —le advierte Jacoba d'Arsac.

—Ya lo sé, tía. ¿No te parece mal que lo haga, verdad? Me gusta ayudar. Saber que soy útil, que otros tienen que trabajar menos porque yo he trabajado un poco.

La tía comprende y sonrío. Y la sobrina se siente comprendida y agradece la actitud de su tía. Jacoba y Juana están llegando a ser muy buenas amigas.

TENGO QUE APRENDER

Al cabo de unos días, mientras Juana se prueba su vestido nuevo —el vestido nuevo para su primera cena solemne con personas mayores—, la sobrina se atreve a insistir sobre el tema que le preocupa desde que está en Beauregard:

—Tía, y si aquí no hay iglesia, las gentes de este lugar ¿dónde rezan?

—En sus casas, naturalmente, como debe ser... Bueno, y eso lo harán los pocos que recen. Toda esta gente está muy mal educada religiosamente. Yo me estoy ocupando ahora de ellos bastante, ¿sabes? De vez en cuando invito a un predicador para que venga a leerles y explicarles la Santa Biblia.

—¿Es un sacerdote? ¿Dice Misa para ellos?

—Pues... no exactamente. Les da más bien instrucción; es un servicio religioso adaptado a su mentalidad. Les enseña a cantar algunos Salmos y les explica algún pasaje de la Escritura que contiene un mensaje que ellos puedan comprender. Tomás y yo asistimos también a estas lecciones religiosas. Siempre aprendemos algo bueno y, sobre todo, damos ejemplo. Tendrás ocasión de acompañarnos alguna vez, ya verás. Creo que te gustará.

Juana asiste efectivamente a una de las reuniones religiosas organizadas por sus tíos. Se celebran

en una gran sala con las paredes blanqueadas. Sillas para los señores y unos bancos de madera cruda para criados y colonos. Y en un extremo, sobre una pequeña tarima, un atril de hierro sobre el que está colocada una gruesa Biblia.

No hay mucha asistencia y a Juana le parece que incluso los pocos hombres y mujeres que están presentes no muestran demasiado interés por el acto; quizás han venido más por agradar a los señores que por gusto de participar en la reunión.

El predicador que dirige el servicio sí parece muy convencido de lo que hace y a Juana le resulta grato escuchar su cálida voz educada, su francés correctísimo y el entusiasmo con que expone la necesidad de una sincera conversión, de una autodisciplina para adoptar una vida de austeridad y una existencia dedicada al servicio de Dios.

A Juana le cautiva la personalidad de este hombre alto y delgado que expone con tanta facilidad de palabra y tanto fervor su programa de vida religiosa.

El acto termina con el canto de un himno que entona el predicador y que luego hace repetir a la asamblea.

Cuando la reunión acaba y las gentes empiezan a retirarse, el predicador viene a saludar a los señores de estas tierras.

—Nuestra sobrina, Mademoiselle Juana de Lestonnac —presenta tía Jacoba—. Monsieur de Toussac, doctor en Filosofía y Teología y buen amigo nuestro.

El señor de Toussac acompaña a la familia de Beauregard hasta el castillo, donde va a ser hoy el invitado de honor.

Durante la comida, Monsieur de Toussac cuenta noticias de la vida en Burdeos:

—Las cosas marchan bastante bien allí. Vamos ganando terreno poco a poco. Y los Sacerdotes católicos son, en algunos casos, tan ignorantes que ni siquiera han advertido que los maestros que están enseñando en sus escuelas parroquiales son de los nuestros. En muy pocos años toda la Guyena puede haber aceptado la Reforma, porque la enseñanza en las escuelas es definitivamente importante para la difusión de nuestras doctrinas...

Juana escucha y un asombrado recelo se apodera de ella. Así que este hombre que le ha parecido tan persuasivo en su predicación es un adicto a la doctrina de la Reforma... «¿Qué dirá mi padre cuando yo le cuente que he escuchado con gusto las palabras de un predicador calvinista? ¿Habré incurrido en error al aceptar lo que él dijo? ¿Predicó algo contra nuestras creencias católicas?», se pregunta Juana inquieta. «Tendré que hablar con mi padre... Y tendré que estudiar profundamente los dogmas de mi Fe Católica. Necesito estar más informada para distinguir sin dudas la sana doctrina que conviene a mi condición de católica.»

Durante todo el resto de la comida —potaje de verduras, oca asada, castañas cocidas en agua de anís y frutas confitadas en miel— la joven primogénita de la familia Lestonnac se mantiene silenciosa y abstraída.

Y en la velada que sigue a la cena, el predicador se decide a dirigirse abiertamente a la sobrina de los señores de la casa:

—Mademoiselle, he oído comentar muy elogiosamente la buena y completa instrucción que habéis recibido. ¿No querríais deleitarnos leyéndonos algo?

Juana declina la invitación cortésmente, pero la señora de Beauregard se muestra encantada ante esta proposición e insiste:

—Sí, Juana, por favor. Que vea Monsieur de Toussac que eres una jovencita amable y complaciente.

Y por dar gusto a su tía, Juana acaba por acceder. Tomás de Montaigne ha ido hasta su biblioteca y vuelve con un grueso volumen encuadernado en piel oscura que entrega a su sobrina.

—Ábrelo por donde quieras y lee —invita.

Juana recibe el libro, lo acomoda sobre sus rodillas y lo abre al azar. En cuanto echa un vistazo rápido a las primeras líneas de la página reconoce el texto. Y levanta los ojos sorprendida para lanzar una mirada interrogadora a su tío.

—Sí, Juana, es una Biblia, y en latín. Es una edición exactamente igual a la que tiene tu padre en su biblioteca. ¿Qué encuentras de extraño en ello? ¿No te atreves a leernos ese buen latín?

—Vamos, Juana, empieza —apremia tía Jacoba.

Y Juana deja a un lado recelos y prevenciones y se decide a comenzar la lectura. Su voz limpia y bien timbrada va pronunciando claramente los versículos en tono pausado, respetuoso, reverencial. Y sus oyentes siguen el cadencioso recitado de su voz y se empapan del contenido religioso del texto, tan cuidadosamente leído.

Al finalizar la segunda página, Juana se detiene y levanta la vista del libro. Considera que ya ha cumplido.

—¡Qué magnífico latín! ¡Qué dicción tan clara y tan correcta, Mademoiselle Juana! —se admira Monsieur de Toussac—. Bien hacéis honor a vuestra señora madre. Ya me habían dicho que Madame de Lestonnac se había revelado como una excelente educadora —prolonga sus elogios el doctor en Filosofía y Teología.

—¿Conocéis a mi madre, Monsieur? —pregunta Juana.

—Sí, Mademoiselle. He tenido el honor de coincidir con ella varias veces en el salón de Madame de Peyressac.

Juana ha oído ya antes este nombre; es el de una amiga de su madre que suele reunir en su casa con frecuencia a un grupo de la alta sociedad bordelesa afecto a la Religión Reformada.

Mademoiselle de Lestonnac guarda silencio y Monsieur de Toussac observa su actitud reservada y hace un intento para hacerla salir de su mutismo:

—¿No querríais ahora, Mademoiselle Juana, explicarnos cuál es la interpretación que dais al pasaje de la Escritura que tan magníficamente nos habéis leído?

—¿Yo, Monsieur? Yo no podría... ¿quién soy yo para hacer eso?

—Vamos, no seáis modesta. Tenéis una clara inteligencia y una buena instrucción. Dios no os ha concedido estos dones para que los mantengáis ocultos bajo el celemín, sino para que los utilicéis en servicio de la comunidad. ¿No os animaréis a decirnos qué es lo que creéis que Dios ha querido comunicar a sus fieles a través de ese texto?

—No, Monsieur, no creo poder hacer eso. Son los Sacerdotes los que explican en la iglesia el significado de las Escrituras.

—Vaya, los viejos prejuicios católicos— comenta con un matiz burlón Monsieur de Toussac.

—Esta jovencita está educada por su padre, y el buen Lestonnac es un católico a la antigua usanza —explica Tomás de Beauregard a manera de disculpa.

—¿De veras? Eso quiere decir, Mademoiselle, que vuestro padre os hace ir a Misa todos los

domingos, que os obligará a que os confeséis con frecuencia y que os habrá metido en esa cabecita una creencia absoluta en la presencia de Jesucristo en el pan del altar, ¿no es cierto? Vamos, Mademoiselle, una joven de vuestro talento y viviendo junto a vuestra madre, que es una dama de tan clara inteligencia... Estoy seguro de que no os será difícil superar esos rancios prejuicios...

Juana se mantiene en silencio, pero se ha puesto seria. Cierra el grueso libro que aún mantiene sobre el regazo y se lo tiende a su tío.

—¿Puedo retirarme, tía Jacoba?

—¡Juana, Monsieur de Toussac no ha dicho nada por lo que tengas que sentirte ofendida!

—Mademoiselle, yo respeto profundamente vuestras creencias y lamento...

—¿Puedo irme a mi habitación, por favor, puedo?

Juana habla en voz baja y ronca. Le brillan los ojos como si estuviera a punto de romper en lágrimas y tiene las mejillas arreboladas.

—Sí, Juana, claro que puedes irte, pero no veo motivo para que tomes tan radicalmente un comentario que...

—Buenas noches...

Juana se ha retirado y su salida del salón ha producido unos minutos de tenso silencio. Luego, Monsieur de Toussac toma de nuevo la palabra para repetir sus excusas:

—Siento muchísimo y muy de veras lo ocurrido. Seguramente he debido expresarme de otro modo, hablar con más cautela... He provocado en Mademoiselle Juana una reacción demasiado violenta.

Sí, también los señores de la casa lamentan el incidente. Quieren y estiman profundamente a su

sobrino y temen que lo ocurrido le haga dejar de encontrarse a gusto con ellos. Monsieur de Toussac prosigue en voz alta la exposición de sus opiniones:

—¡Lástima de niña, tan imbuida de sus prejuicios católicos!, pero seguramente no es un caso perdido del todo. Entre todos deberemos ganar esta clara inteligencia para nuestra causa. Contamos con su madre como aliada y, o poco hemos de poder, o Juana de Lestonnac acabará por aceptar la verdad de nuestra causa. Nos hacen falta mujeres bien instruidas como ella que puedan enseñar a otras a desprenderse de los viejos lastres religiosos y a ser libres en la interpretación de las Escrituras. La influencia de las mujeres en la familia y en la sociedad es definitivamente importante para la difusión de la nueva Religión Reformada.

—No parece que eso sea muy cierto en el caso de nuestra Juana —comenta Tomás de Beauregard.

—Madame de Lestonnac me ha parecido siempre una calvinista convencida; ¿no ha hecho nada por atraerse a su hija? —se asombra Monsieur de Toussac.

—¡Ya lo creo! Ha hecho todo lo que ha podido..., que no es mucho, la verdad. Ricardo de Lestonnac tiene una gran influencia sobre esta niña. Juana le quiere y le admira y acepta ciegamente las enseñanzas que él le propone. Mi cuñado sigue muy de cerca, y vigila con gran cuidado, la educación de sus hijos.

—Vuestro hermano Miguel de Montaigne podría hacer mucho por nuestra Religión Reformada en el ámbito de su familia y en el de toda la sociedad de Burdeos, si se decidiese a apoyarla abiertamente.

—¡Mi hermano Miguel! Ese no es de los que se comprometen por ninguna causa. Es un mero espectador de lo que está ocurriendo. Se limita a observar, a analizar, a comentar... —dice Tomás.

—¿Cuál puede ser la razón de que un hombre de su talento y su sabiduría actúe de esa forma?

—Pues yo creo que en parte lo hace porque es muy respetuoso con las ideas y con las convicciones de los demás y quizá también...

—Quizá también porque es un gran perezoso —acusa Jacoba en tono apasionado—. Tu hermano ve con claridad lo que está ocurriendo ante sus ojos, pero no hace el esfuerzo de mover un solo dedo para intentar corregir los errores o las injusticias que descubre.

—Miguel es así, Jacoba, y no podemos esperar que cambie para que sea y actúe a nuestro gusto. Yo creo que ya hace bastante cuando señala con tan patente claridad los hechos que observa.

Y mientras los adultos discuten en el salón sobre la personalidad de Miguel de Montaigne, Juana, sola en su cuarto, se reprocha con amargo pesar:

«No he debido retirarme. Hubiera hecho mucho mejor si me hubiera quedado y hubiera respondido adecuadamente a Monsieur de Toussac... Sí, pero ¿qué hubiera podido responderle? ¿Qué hubiera yo debido decirle? Me falta formación. Necesito aprender más sobre la doctrina de la Iglesia Católica. Tengo que conocer más a fondo los dogmas de la Fe que profeso. Tengo que estudiar, que aprender, que saber, que conocer... ¡Qué vergüenza haberme tenido que retirar sin defender mi Religión...!»

¿QUÉ PUEDO HACER?

A partir de lo sucedido el día en que Monsieur de Toussac comió en Beauregard, entre Juana y sus tíos se ha producido un cierto alejamiento. Aparentemente la vida cotidiana sigue igual: Juana estudia, pasea, sale de caza o visita con sus tíos a las familias amigas de los contornos; pero hay algo que ya no es igual en la relación de la muchacha con los señores de la casa. Hay como un cierto recelo en el trato. Juana se muestra cariñosa y agradecida, como antes, pero reservada.

Sólo una única vez más se ha atrevido Jacoba a abordar el tema religioso. Juana y ella cosen los últimos adornos del traje nuevo que mañana estrenará la primogénita de Lestonnac en su primera cena importante con personas mayores.

—Está quedando muy bonito. Vas a estar preciosa con él, Juana.

—Muchas gracias, tía —contesta Juana sin demasiado entusiasmo.

—¿Qué te ocurre, Juana? Últimamente estás seria y hasta creo que un poquitín enfadada, ¿me equivoco?

—¡No estoy enfadada, tía Jacoba! Por favor, no creas eso.

—Bueno, me alegra saberlo. Me tenías preocupada. Entonces, ¿qué te ocurre? ¿Por qué pasas tanto rato callada?

—Tengo... hay muchas cosas... muchas cosas en las que tengo que pensar...

—¿No me quieres contar algo de lo que piensas?

—Pues... pienso en Dios y en que yo querría... estar segura de que... de que estoy haciendo lo que Dios quiere que haga. Me gustaría saber lo que yo podría hacer para agradar a Dios...

—¡Qué ocurrencia. Juana! El hombre está caído, pequeña, manchado por la culpa original. Su naturaleza es mala y no puede hacer nada que resulte agradable a los ojos de Dios.

—Pero está la Redención, los méritos de Jesucristo...

—Cierto, está la Redención, están los méritos de Jesucristo que Dios aplica a sus elegidos. El hombre que recibe ese beneficio gratuito se salva, aquellos a los que el Padre no quiere aplicárselos, se condenan...

—Dios es padre, es nuestro buen amigo y querrá aplicárselos a todos.

—Eso no lo sabemos...

Juana se queda callada un largo rato. Luego, levanta la cabeza de su labor; su firme barbilla tiene un gesto decidido y en sus ojos hay una mirada segura y clara. Recuerda con toda exactitud una cierta conversación que tuvo con su padre hace unos años, la noche en que murió Etienne de la Boétie.

—¡Yo sí lo sé! Creo firmemente que Dios concede los beneficios de la Redención a todos los hombres que quieren recibirlos. A todos los que creen en Jesucristo y viven cumpliendo sus Mandamientos.

—Juana, las obras de los hombres no tienen ningún mérito a los ojos de Dios. ¿Crees acaso que el hombre puede hacer algo para aumentar su propio valor? Vamos, Juana, no seas presuntuosa. Eres solamente una criatura, hechura de las manos de Dios y manchada por la culpa; ¿te crees con capacidad para hacer nada que satisfaga a tu Creador?

—Sí, sí creo que puedo hacer algo que le agrade: ¡puedo amarle y servirle!

Y ha llegado el día de la fiesta que con tanto cuidado ha preparado la castellana de Beauregard. Desde media tarde están llegando carruajes en los que vienen amigos, parientes y vecinos. Toda la gente importante de la región se ha congregado en la mansión de Tomás de Montaigne para la fiesta.

Juana ayuda a su tía a recibir a sus invitados y sabe saludar, sonreír y hacer los honores de la casa con la gracia y la prestancia que le ha proporcionado la exquisita educación recibida. Tiene ya la soltura que confiere el haber participado en muchas reuniones con personas mayores, aunque hasta ahora no se le hubiera concedido el ser admitida como un miembro más de la elegante concurrencia; un miembro muy joven y, desde luego, siempre dentro de los límites que el ser mujer le impondrá siempre, pero ya un miembro de pleno derecho.

Miguel de Montaigne también ha llegado, acompañado de su joven esposa Françoise de la Chassigne, con la que se ha casado hace poco más de un año.

Ha dejado que su esposa, de la mano de su cuñada Jacoba d'Arsac, se pierda entre los invitados y vaya siendo presentada a unos y a otros. El Consejero Real se ha quedado, en estos primeros momentos, en el círculo de hombres que se ha adelantado para recibirle y saludarle. El señor de

Montaigne es un hombre al que le gusta por encima, de todo estudiar a este curioso y extraordinario animal que es el ser humano. No participa demasiado en la conversación, más bien escucha la charla de los señores que le rodean, mientras sus ojos siguen los movimientos de la esbelta silueta adolescente de Juana, que atraviesa con graciosa seguridad la terraza para venir a su encuentro.

Y en un cierto momento del recorrido se ha producido un divertido incidente. Juana se ha encontrado de repente ante el viejo General Guillermo de la Rabène. No ha titubeado ni un segundo. Se ha recogido la amplia falda con delicadeza y ha trezado ante la imponente figura del majestuoso militar la más estudiada y gentil de las reverencias. Y, al mismo tiempo, el recio soldado, sorprendido gratamente ante la juvenil belleza y la amable dignidad de la figura que tiene delante, se ha inclinado en un profundo saludo cortesano.

—Monseigneur... —ha murmurado la voz adolescente.

—Mademoiselle... —ha pronunciado la bronca voz varonil.

Juana se ha incorporado, y al ver al corpulento General inclinado ante ella, sus azules ojos reflejan un tan sorprendido asombro, que hace prorrumpir en risas a todos los que han podido observar la escena.

Es la primera vez que un caballero ofrece a Juana el saludo debido a una dama y la muchacha se siente a la vez halagada y confundida.

Miguel de Montaigne, que ha seguido desde lejos toda esta pequeña aventura, se aproxima ahora a Juana para poner una mano sobre su hombro.

—Buenas tardes, sobrina. Sorprendida, ¿verdad que sí? Has crecido tanto y te has vestido un atuendo tan elegante que nuestro buen General de la

Rabène te ha confundido con una joven Princesa. Mi General, os presento a mi sobrina Juana de Lestonnac. Es solamente una jovencita de once años, pero ¿verdad que podría ya hacer un buen papel en cualquier salón de París?

—A fe mía que resaltaría como una estrella refulgente en la constelación de la Corte.

Juana no está todavía acostumbrada a este lenguaje florido y cortesano, así que se limita a sonreír entre tímida y divertida y coloca su mano sobre la que su tío Miguel tiene apoyada en su hombro. Es todavía muy niña y le gusta sentirse acompañada y protegida por los hombres de su propia familia.

Y en cuanto tío y sobrina pueden zafarse de los compromisos y obligaciones sociales que esta fiesta les impone, se escapan por una puertecita lateral para irse a pasear por el parque. Les gusta estar juntos. Juana admira a su tío y sabe que puede aprender muchas cosas hablando con él. Miguel, que en general no siente excesivo aprecio por las mujeres, estima a esta sobrina suya, a la que encuentra llena de inteligencia, de belleza y de un atractivo buen sentido.

A Miguel de Montaigne le gusta hablar paseando y Juana, a su lado, acompasa su andar juvenil al mesurado caminar de su tío.

—¿Cómo te va en Beauregard, Juana?

—Bien, tío Miguel.

Al tío le extraña un poco la escueta frase de la sobrina. Quizás esperaba una respuesta más entusiasta, más de acuerdo con las noticias que tiene a través de su hermano Tomás y de su cuñada Jacoba, pero no dice nada. Lanza una rápida mirada de soslayo para observar el rostro serio de Juana y continúa su interrogatorio:

—¿No habrás dejado tus estudios, supongo?

—No, tío. Paso las mañanas en mi cuarto. Leo, traduzco, resuelvo problemas de cálculo y hago ejercicios de redacción. También hago música.

—Eso está muy bien. ¿Has leído alguno de los libros que te recomendé?

—Sí, mi padre me los envió desde Burdeos.

—¿Qué te ha parecido *Las Metamorfosis* de Ovidio?

—Aún no he leído el libro entero. Lo que ya conozco me parece interesante y divertido. Me ha gustado mucho. A veces me cuesta trabajo entender algún trozo y tío Tomás me ayuda. También tía Jacoba me ayuda, pero ella sabe menos latín que el tío.

—Los dos están encantados de tenerte aquí, Juana, te quieren mucho.

—Son muy buenos conmigo; yo también les quiero mucho a ellos.

— Espero que tía Jacoba, lo mismo que tu madre, no haya olvidado que lo primero que debe enseñarte son los principios necesarios para el buen manejo de una casa.

— También aprendo eso.

— Me alegra saberlo. La ciencia más útil y que más honra y conviene a una mujer es la ciencia de bien saber administrar una casa. La experiencia me ha enseñado que, por encima de toda otra virtud, una mujer casada lo primero que debe ser es una experta en economía.

Tío y sobrina continúan su lento pasco por la avenida de los tilos. Miguel se vuelve una vez más hacia la delicada figura adolescente que lleva al lado para preguntar:

—Entonces, te encuentras bien en Beauregard, ¿eh?

—Sí, estoy muy bien aquí, aunque...

—¡Ah, vamos! Hay un «aunque», ¿eh? Dime, ¿qué es ello?

—Pues que... yo...

—Adelante, Juana, cuéntame. ¿Sientes nostalgia de tu casa de Burdeos? ¿Tienes ganas de volver a ver a tus padres y al pequeño Guido? Me han contado que tu buena Aya derrama ríos de lágrimas cada vez que alguien pronuncia tu nombre...



—Sí, sí, sí; claro que tengo ganas de volver a casa, de tener a mi padre cerca y poder hablar con él. Quiero ver a mi madre y a Guido... y quiero abrazar al Aya; pero no es eso sólo, es, también es, es... que los tíos tienen unas ideas muy distintas de las creencias religiosas que me ha enseñado mi padre...

—Y ¿te han hablado de ellas? ¿Han querido que tú las aceptases?

—Pues... no, pero ¿qué puedo yo hacer, tío Miguel?

—¿Hacer?, ¿qué quieres hacer?

—Yo quiero ser... quiero saber comportarme como una buena católica. Yo quiero ser fiel a mi Fe...

—¿Y qué te impide que lo seas?

—Tengo miedo de confundirme, de creer cosas que son error. Aquí los tíos no van a Misa y tienen amigos que vienen a predicar y que me hablan de otra forma de pensar en Dios y en su misericordia; y que se burlan de las creencias católicas...

—Eso te está inquietando, ¿verdad? ¿No has escrito a tu padre sobre ello?

—No, no me he atrevido. Tía Jacoba y tío Tomás son muy buenos conmigo. Yo no quiero causarles pena ni que por mi culpa tengan un disgusto. No quiero que piensen que soy desagradecida... Además, ellos ven todas las cartas que yo escribo a mi casa y...

—Yo hablaré con tu padre. Lestonnac se ocupará de que vuelvas inmediatamente a casa.

Juana guarda silencio durante unos segundos; luego, vuelve a hablar y su voz tiene un tono opaco y desanimado:

—Y allí me encontraré con mi madre...

—Claro, Juana, allí estará tu madre.

—¡Mi madre piensa como tía Jacoba y tío Tomás!

—Lo sé, Juana, lo sé. Muchas veces he hablado con mi hermana y la he visto muy inclinada a seguir las enseñanzas de los que creen en la Religión Reformada.

—¡Ella no tiene Fe!

—La Fe, Juana, es un regalo, un don gratuito de Dios. A nadie se le puede culpar porque no la posea. Y, en cualquier caso, tu madre sí tiene Fe, sí cree. Lo que ocurre es que cree de manera distinta a la tuya.

—Pero ella está equivocada...

—¿Y quién puede afirmar rotundamente que el equivocado es el otro?

—¿Cómo puedes tú decir eso? Tú que eres católico como mi padre, como yo... Mi madre es la que se ha separado de la verdadera Religión...

—Mira, Juana, ¿has oído alguna vez ese dicho que asegura que «por todos los caminos se va a Roma»? Pues yo pienso que también por infinitos caminos distintos se puede llegar a Dios. ¿Por qué nos hemos de empeñar en que todos han de ir por el mismo camino que a nosotros nos parece el bueno?

—¿Y por qué se empeña ella muchas veces en tratar de convencerme de que yo tengo que aceptar el suyo como el único bueno?

—¡Porque está tan convencida de que el suyo es el camino bueno como tú lo estás de que el tuyo es el verdadero! Y te quiere tanto que desea para ti lo que ella considera mejor.

—¿Y qué puedo hacer?

—Lo que has hecho hasta ahora, Juana. Respetar las creencias de tu madre y no permitir de

ninguna manera que ella deje de respetar las tuyas. Está claro que ella tiene un camino y tú tienes otro. No la dejes confundirte. Sé fiel a tu camino y no trates de torcer el suyo. Será doloroso para tí. Y también para ella... No ahondes heridas ni profundices la separación. ¿Me harás caso, Juana?

—Sí, tío Miguel.

—Creo —prosigue Miguel de Montaigne—, creo que es un claro designio de la Providencia Divina el permitir que la Santa Iglesia atraviese estos tiempos tan agitados en que ahora la vemos y que sufra tantas perturbaciones y tormentas para que todas estas contrariedades despierten a las almas y las arranquen de la perezosa somnolencia en que las había sumido un tan prolongado período de tranquilidad. Yo pienso que si contrapesamos las pérdidas que estamos sufriendo, por el número de los que se han desviado, con las ganancias que nos vienen por habernos puesto de nuevo en pie y alertados y por haber visto renacer nuestro celo y nuestra fuerza para empeñarnos en este combate, la utilidad es mucho mayor que el daño...

Juana, como siempre, ha escuchado a su tío con interesada atención. Y mientras los dos vuelven paseando lentamente hacia el bullicio de la fiesta en el salón, Juana levanta su corazón al Cielo en una silenciosa oración. Pide fuerzas, porque ella quiere ser de los que en pie y alerta se preparan, llenos de celo y de fuerza, para librar el combate de su fidelidad a la Fe Católica.

LA VUELTA A CASA

Desde Burdeos ha llegado una amable misiva de Ricardo de Lestonnac. Quiere que su hija vuelva a casa inmediatamente y explica los motivos: Juana va a cumplir doce años en el próximo diciembre y ha llegado el momento de que empiece su preparación para hacer la Primera Comunión. Agradece muy sinceramente todo el cariño, cuidados y atenciones que sus cuñados han dedicado a su primogénita y comunica el reciente nacimiento de un nuevo hijo, que en este caso es una niña.

Acompañando a la misiva, el secretario que la ha traído ha entregado un paquete que viene dirigido a Juana. Dentro hay dos paquetes más pequeños de muy distinto tamaño y una notita en la que Ricardo explica que el paquete mayor es para tía Jacoba y el pequeño para tío Tomás. Contienen unos regalos con los que Juana testimoniará a sus tíos su reconocimiento y que les servirán como recuerdo de la agradable estancia que le han proporcionado en su casa.

Juana hace entrega de los paquetes: el de tía Jacoba contiene una preciosa edición de varias obras de Erasmo de Rotterdam. El de tío Tomás, una soberbia hebilla de oro adornada con zafiros.

A la hora de las despedidas hay abrazos efusivos y alguna lágrima. Jacoba d'Arsac siente muy de

veras perder la compañía de esta adolescente tan llena de energía y de alegre vitalidad. Tomás ha sido más sobrio en su adiós, pero allá en el fondo siente la punzada de ver marchar a su sobrina y de no poder tener en su casa una niña propia que se asemeje a Juana.

—Beauregard va a parecemos vacío cuando tú te vayas —le dice.

—He sido muy feliz aquí, tío. Siempre me acordaré de lo buenos que habéis sido conmigo. Muchas gracias por todo.

—Vuelve, Juana. Te vamos a echar tanto de menos... —es lo último que dice tía Jacoba con los ojos húmedos.

Juana se ha instalado en el carruaje que la llevará de vuelta a casa. Viajan con ella, además del cochero y un paje, el secretario y una doncella.

Dedica a sus tíos un último saludo a través de la portezuela y luego se acomoda, seria y erguida, en el asiento acolchado. Arranca el coche entre el restallar del látigo, el crujido de las ruedas sobre la grava del camino y el tintinear de los cascabeles de las colleras.

Atrás quedan los tíos, el castillo de Beauregard, el parque y las tierras pertenecientes a la heredad: los bosques, las granjas, los viñedos, los prados...

Sobre el traqueteo que el rítmico trote de los caballos impone al carruaje, Juana va desgranando sus pensamientos:

«Lo he pasado muy bien en Beauregard; los tíos han sido muy buenos conmigo... y no sólo conmigo, son buenos con todo el mundo. Son... buenos; son buenos... a pesar de que piensen de manera diferente. He aprendido muchas cosas, pero tengo que aprender muchas más... Estoy contenta de volver a casa... ¡Por fin una niña! ¿Cómo será? Claro que es mucho más pequeña que yo, ¡le llevo casi

doce años! Nunca podrá ser una amiga... Para cuando ella tenga mis años yo ya seré... ¡uf!... seré muy mayor... tendré... ¡Veintidós años! ¿Qué estaré yo haciendo con veintidós años? Quizás estaré casada y tendré ya algún hijo... quizá... quizá seré Religiosa en un Convento. Viviendo en una Comunidad de Monjas estaría segura de que no me equivocaría, de que no me contaminaría de error en las doctrinas. Siempre sabría lo que debería hacer para agradar a Dios... ¿Qué diría mi padre si yo le pidiera que me dejase entrar en un Convento?

«Tengo muchas cosas que hablar con mi padre, quiero que me explique... Tengo que preguntarle... Le pediré que me dé libros en los que pueda estudiar las verdades de nuestra Fe. Las cosas que tengo que creer y las que son errores... ¡Me parece tan fácil caer en el error! Y me da tanto miedo ofender a Dios... Tengo que aprender, estudiar, leer y... rezar, rezar mucho, para pedir a Dios y a la Santísima Virgen que me guarden en la Santa Religión Católica...»

Juana piensa en lo fácil que hubiera sido que, durante estos meses en Beauregard, la influencia amable de sus tíos la hubiera inclinado a desviarse de sus convicciones religiosas. Y siente que ha sido muy especialmente protegida; en su corazón se alza una fervorosa oración de acción de gracias hacia el Dios Padre de todas las criaturas que ha querido guardarla con especial predilección...

A lo largo de su vida. Juana se va a sentir muchas veces distinguida con esta particular protección del Cielo. Va a tener la segura convicción de que ha sido guiada, iluminada, fortalecida... y su respuesta va a ser siempre la misma: una sincera y ardiente acción de gracias y una plegaria: «Señor, ¿qué quieres que haga?»

PRIMERA COMUNIÓN

En las semanas que siguen a su vuelta a casa, Juana va a tener ocasión de cumplir su deseo de aprender, de profundizar sus conocimientos de Religión, de cimentar su Fe sobre unos sólidos fundamentos teológicos.

Ricardo de Lestonnac, guiado y aconsejado por Sacerdotes amigos suyos, ha proyectado para Juana un programa de preparación para su Primera Comunión.

Este programa comprende lecturas y oración.

Juana deberá estudiar los dogmas de la Religión Católica y leer los pasajes evangélicos que se le han seleccionado, más los comentarios adecuados que le hagan interpretarlos como lo hace la Iglesia Católica.

En sus ratos de oración deberá meditar sobre las lecturas. Y porque se ha negado la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, deberá hacer actos de fe ante el Santísimo Sacramento. Porque se ha puesto en duda, y hasta negado, el dogma de la Santísima Trinidad, deberá hacer la señal de la Cruz con especial devoción y reverencia. Porque se está discutiendo y negando la supremacía y la autoridad del Romano Pontífice, deberá hacer actos de obediencia al Papa y a los Obispos, que son sus dele-

gados. Porque se ha discutido y negado la alta dignidad de María, deberá rezar con especial reverencia el Rosario y acudir con entrañable confianza a la intercesión de la Madre de Dios. Porque el culto de veneración a los Santos se ha calificado de idolatría, Juana aprende a mirarlos como a amigos, como a hermanos mayores que ya han recorrido el camino de la vida y que lo han hecho bien y que ahora son intercesores ante Dios y maestros y modelos para los que aún caminan por el mundo...

A lo largo de todos los meses que preceden a la Primera Comunión, Juana sostiene largas charlas con su padre, que le dedica todo el tiempo que su intensa vida de trabajo le permite. Y Ricardo comprueba complacido y admirado con qué seriedad y firmeza está entregándose Juana a seguir los estudios y prácticas que se le han marcado.

Y cuando llega la fecha elegida, una mañanita temprano, Ricardo y su hija se acercan a la vecina Parroquia de Saint-Eloy y Juana comulga por primera vez acompañada, de su padre.

Y la oración de Juana es fervorosa y sincera. Una acción de gracias por los beneficios recibidos. Una petición de luz y gracia para sí y para los suyos. Un ruego por la paz de la Iglesia y de Francia y un sincero ofrecimiento de sí misma:

—Señor, enséñame a ser Juana como tú quieres que lo sea. Haz que yo te ame y te sirva. Señor, ¿qué quieres que haga?

Y esta misma oración la repite luego muchas veces en los meses y los años que siguen a su Primera Comunión.

Y en cierta ocasión, durante el tiempo que dedica a sus rezos le parece oír una voz interior que le dice:

«No dejes apagar, hija mía, ese fuego que yo he puesto en tu corazón y que te impulsa con tanta fuerza a servirme.»

Juana no sabe si esta frase la ha oído o la ha sentido; no puede precisar si ha venido de fuera de ella o si ha brotado de lo más hondo de su alma, pero sí sabe que la ha impresionado profundamente. Y que un firme propósito se ha cuajado en su voluntad: Será fiel a la consigna que esta frase le marca. No dejará apagar esta llama que le ilumina un camino de servicio a Dios.

Durante todo este invierno, Juana alterna sus horas de estudio con las de oración, y los ratos dedicados a los trabajos en la casa, con las veladas que pasa en reuniones sociales.

En la casa hay una hermanita muy pequeña y el Aya es ya muy mayor. A Juana le gusta visitar con frecuencia la habitación en que la pequeña es atendida por su nodriza bajo la supervisión del Aya. Y con ellas aprende las primeras lecciones sobre los cuidados que necesita un recién nacido.

Con su madre aprende la forma en que debe administrarse una casa, las complicadas reglas que rigen el protocolo, el difícil arte de preparar el menú adecuado para un banquete y las diferentes formas en que debe vestirse una dama de acuerdo con las distintas ocasiones en que va a presentarse.

Y porque ya es una jovencita que ha cumplido doce años, Madame de Lestonnac ha creído llegado el momento de que su hija la acompañe a sus visitas, fiestas y recepciones. Juana es ya compañía para su madre y es también ayuda y colaboración en los trabajos de dirección de la casa, y en la organización de agasajos a parientes y visitantes.

Asiste a reuniones que se celebran en los salones de su madre o en los de sus amigas. Habi-

tualmente sólo hay mujeres, y no muchas. Se habla de todo y de todos. Se hacen comentarios, se comunican noticias, se formulan críticas...

Algunas veces se leen capítulos de algún libro interesante que está de moda y casi siempre se hace un rato de música.

Juana es aún muy joven, así que en estas reuniones le corresponde ocupar un lugar muy discreto, mantenerse en silencio y mostrarse sumamente respetuosa con todas las señoras que la admiten en su compañía.

Claro que esto no le impide escuchar todas sus conversaciones.

Charlas que unas veces le importan menos que otras. Aunque en algunas ocasiones, cuando se tocan ciertos temas, Juana es toda oídos.

—¿Sabéis?, se comenta que Mademoiselle de Cauteret quiere entrar en la Abadía de Maubuisson.

—Nunca se me hubiera ocurrido que esa niña descolorida tuviera el valor necesario para abrazar la vida religiosa.

—¿Y qué necesidad tiene de ningún valor para entrar en la Abadía de Maubuisson? Su tía es allí la Priora y la sobrina querrá poderse dar la misma buena vida de que disfruta su señora tía.

—¡Qué cosas decís! Darse buena vida unas Religiosas...

—Viven en un magnífico edificio. Y tienen criadas que las sirven. Cuando llega el verano se trasladan a una finca de la costa y pasan los meses de calor paseando por la playa y gozando del fresco aire marino. Como tienen buenas rentas comen y visten bien. ¿Es eso vida religiosa?

—Me han dicho que ni siquiera saben latín, así que las pocas que rezan en el coro no saben lo que dicen. Y parece que es tanta su ignorancia, que los

Capellanes han tenido que prepararles tres formularios distintos para la confesión; cuando llega el momento, cada una de ellas utiliza uno u otro de los formularios según su mejor conveniencia...

—Viven como grandes señoras...

—Y, encima, sin la carga de servir a un marido y dirigir una casa ni la responsabilidad de criar a unos hijos...

—¿Es ésa realmente una vida consagrada a reverenciar y servir a Dios y a lograr una mayor perfección personal?

—Bueno, pues todavía hay familias que confían a sus hijas pequeñas para que se eduquen entre estas Monjas. ¡Todas sabemos el tipo de educación que reciben estas niñas!

—¡Ya lo creo! Cuando salen de estos Conventos porque les ha llegado la hora de casarse, están convertidas en unas jovencitas ignorantes, perezosas, caprichosas e inútiles...

—¡Desgraciados los hombres que las toman por esposas solamente porque pertenecen a buenas familias y tienen una dote substanciosa!

—¡Cuánta mejor educación no se está impartiendo en las escuelas regidas por damas de la Religión Reformada! Allí las niñas aprenden no solamente a leer y escribir, sino también a hacer labores y a saber llevar una buena administración en sus casas. Estas niñas, cuando sean mujeres, sabrán agradar a sus maridos, regentar sus casas y educar a sus hijos en una sana austeridad.

—¡La falta que estaba haciendo en Francia que se hiciera esta Reforma! Las familias pueden ahora estar seguras de tener unas escuelas en las que se da una buena formación a sus hijas.

—Y estas buenas escuelas, a las que incluso asisten niñas de familias católicas, van a contribuir

grandemente a la expansión de la Religión Reformada, ¿no creéis?

—¡Naturalmente que sí!

Juana escucha, aprende y calla. La espina se le ha clavado en lo hondo y duele... ¿Qué puede hacer? Nada, por el momento; pero la espina seguirá clavada y no la dejará olvidar...

Pasan los años. Y el deseo de Juana de tener hermanas se cumple con creces... aunque con bastante retraso. Después de la hermanita nacida durante su estancia en Beauregard, vienen ahora al mundo con apenas un año de diferencia dos más: Jacqueline-Françoise y Jacqueline-Jeanne. Y un par de años más tarde nace el que será el benjamín de la familia: Roger.

Claro que todos estos niños Lestonnac ya no son para Juana compañeros de juegos, amigos, como lo fue en su momento Francisco. Estos cuatro pequeños son para ella motivo de alegría, centro de su atención, pequeños seres en los que vierte toda su capacidad de cariño y ternura de hermana mayor... y también, a veces, causa de preocupaciones y temores. ¡Es tan frágil la salud de un niño pequeño y es tan difícil conducir una inteligencia tierna y una voluntad incipiente por el camino adecuado...!

Juana aprende mucho junto a su madre. Unas veces admirando sus conocimientos y actuaciones como madre de familia, como educadora, como señora de su casa; otras veces discerniendo, sola o con ayuda de su padre, las enseñanzas morales que debe aceptar de Juana Eyquem y las que debe rechazar porque son contrarias a las creencias a las que está obligada como católica. Y todo esto sin violencias, sin roces, con una exquisita cortesía y una delicadeza infinita para que ninguna frase haga

daño y ninguna actitud moleste más de lo estrictamente imprescindible...

Y cuando Juana cumple los quince años se ha convertido en una jovencita que posee una bondad innata, una notable personalidad y una profunda y pulidísima buena educación. A esto une un magnífico sentido común y un juicio muy superior a sus años.

Es cierto que ha sido una criatura generosísimamente dotada desde la cuna con magníficas cualidades naturales y que le ha sido concedido crecer y formarse en un ambiente cultural y económicamente privilegiado, pero no es menos cierto que una disciplinada, una sabia y cuidada educación proporcionada por los padres y una extraordinaria docilidad y aplicación por parte de la hija, han contribuido a conseguir el espléndido ejemplar humano que es ahora Juana de Lestonnac.

En ciertas ocasiones, Juana asiste ahora a grandes recepciones bien en su propia casa, bien en casa de amigos de sus padres o de parientes próximos. Son fiestas que se celebran con motivo de fechas señaladas del año: Navidad, Año Nuevo, Pascua de Resurrección... También se celebran con motivo de ceremonias familiares: esponsales, bodas, bautizos...

A estas recepciones asisten, naturalmente, también los caballeros. Durante estas reuniones Juana siente sobre ella, cada vez con más frecuencia y cada vez con más insistencia, las miradas de los hombres jóvenes, que admiran su talle esbelto, el azul de sus ojos, el dorado de su cabello... También la miran los hombres maduros; quizás están valorando su gesto sereno, su talante siempre afable y la riqueza de su atavío, que revelan una buena educación y... una buena dote. Estos hombres son, en su mayoría,

padres de jóvenes solteros para los que están buscando una buena esposa.

Y las miradas más críticas y más escrutadoras le vienen de las mujeres: las jóvenes ven en ella una rival peligrosa, difícil de desbancar. Las damas maduras tratan de adivinar, a través de sus palabras y sus gestos, cuáles pueden ser sus virtudes y sus defectos. Después de mucho estudiarla, casi todas se sienten terriblemente celosas: esta jovencita Lestonnac podrá elegir entre todos los jóvenes de las mejores familias de la Guyena; y si lo desea, será suyo lo mejor de lo mejor, porque lo más florido de la juventud masculina del país está a sus pies...

Juana de Lestonnac será, tan pronto como ella quiera, la dueña del corazón del hijo, del sobrino o del ahijado de cualquiera de estas maduras damas... y ellas, ya de antemano, no se lo perdonan tan fácilmente.

Juana, en estas recepciones, pasa por entre el fuego cruzado de todas estas miradas, suspicacias y ambiciones, sin darse muy bien cuenta de las admiraciones, celos y recelos que provoca a su paso. Acompaña a sus padres, saluda a sus amigos, parientes y conocidos. Se divierte... Claro que ya no es tan niña como para no darse cuenta de que en estas reuniones se la observa, se la estudia, se la valora... Y de que hay miradas más interesadas que otras, más insistentes que otras... más expresivas y que le dicen más que otras... Y también de que hay ciertos ojos que a ella le interesan más que otros...

Para Juana ciertamente no es una sorpresa el comentario que su madre le hace una tarde al levantarse de la mesa:

—Sube conmigo al saloncito, Juana; quiero que tú y yo hablemos de cierto asunto importante.

Y hay algo en el tono confidencial y en la sonrisa, tierna y pícaras a partes iguales, que florece en los labios de Juana Eyquem que hace a su hija intuir el tema que se va a tratar. Y el corazón de la primogénita de Lestonnac se acelera, se le reseca un tanto la boca y siente que las piernas y las manos le tiemblan un poquitín. Luego, un rojo encendido le arrebola las mejillas.

Madre e hija suben juntas la escalera y entran en la pequeña habitación, tapizada de seda azul, que es el saloncito privado de Madame de Lestonnac.

La madre se sienta en un sillón y Juana se acomoda en una banqueta a su lado.

—Tu padre quiere que invite a comer el próximo domingo a Gastón de Monferrant y a sus padres, ¿qué te parece?

—Bien, mamá —murmura Juana en un susurro apenas audible.

La sonrisa de Madame de Lestonnac se acentúa:

—Te imaginas a qué vienen, ¿verdad. Juana?

—Creo... creo que sí.

—Bueno, y ¿qué piensas acerca de ello?

—Pues... —Juana no acaba de saber concretar en frases todos los pensamientos que le galopan por la cabeza y todas las emociones que le conmueven el alma.

Su madre se decide a exponer ante ella una serie de consideraciones que cree que la muchacha deberá tener en cuenta a la hora de tomar una decisión:

—Gastón de Monferrant es un partido interesante, Juana. Tiene fama de hombre serio, inteligente y honesto. Y está muy bien considerado por los miembros del Parlamento; probablemente hará una buena carrera política. Y está en una magnífica posición económica. Entre lo que es ya suyo y lo que su padre está dispuesto a cederle el día que se case, va a reunir un patrimonio que le convertirá en el primer Barón de la Guyena, el mayor terrateniente de la región... Y casada con Gastón te convertirías en Baronesa de Monferrant, ¿qué te parecería eso?

—No sé, mamá... ¿qué piensa mi padre?

—A tu padre le gusta la idea. Y a mí también; pero eres tú la que te casarías con Gastón de Monferrant. Eres tú la que tienes que decirnos qué opinas de esta posibilidad...

—¿Puedo...? ¿Puedo pensarlo... hasta el domingo?

—Puedes pensarlo todo el tiempo que quieras, hija mía.

Juana busca un momento oportuno para hablar con su padre. Y le parece que ese momento ha llegado cuando le ve volver una tarde un poco antes de la hora acostumbrada. Madame de Lestonnac no está en casa, Guido estudia en su habitación y los pequeños juegan con bastante tranquilidad en la habitación del segundo piso.

Juana sale al encuentro de su padre:

—¿Puedo hablar contigo un momento, padre?

—Sí, hija, naturalmente. Tú puedes hablar conmigo siempre que quieras.

Y entran los dos en la habitación de trabajo del señor de la casa. Juana vuelve a ocupar aquella silla de madera oscura y alto respaldo en la que se acomodó la tarde en que su padre le propuso que fuera la madrina del pequeño Audet.

Hoy, mientras se sienta, dedica una leve sonrisa al recuerdo de aquella pequeña Juana, nerviosa y sensible, a la que no le llegaban los pies al suelo.

La figura de la Juana de esta tarde es muy diferente. La primogénita de Lestonnac es una mujer de una buena talla, de porte distinguido sin altanería y talle esbelto sin fragilidad. Tiene la frente alta y despejada, la mirada clara y franca, la palabra mesurada y el gesto expresivo...

Ricardo de Lestonnac, sentado frente a ella, valora la figura femenina que tiene delante y se siente orgulloso de esta hija suya, comprende la cantidad de tanteos y maniobras que muchos amigos y conocidos han hecho para tratar de conseguir un enlace matrimonial con esta mujer tan atractiva y siente una cierta punzada dolorosa al pensar que muy pronto dejará de tener cerca a Juana porque ella va a pasar a ocupar un puesto importante en la vida de otro hombre.

—Dime, hija, ¿de qué querías hablarme?

—Yo... Mamá me ha dicho que el domingo...

—Ya comprendo. ¿Y qué te parece la idea de ser Baronesa de Monferrant? —bromea, no sin una cierta dificultad, Ricardo de Lestonnac.

—Me parece bien, pero...

—¿No te agrada Gastón?

—Sí, pero...

—Dime, hija, ¿hay acaso otro hombre que te interesa más que Gastón de Monferrant?

—¡No, no, padre, no es eso! Es que yo había pensado algunas veces que... quizá... que es posible que Dios quisiera que yo le sirviera de otra manera...

—No se te habrá pasado por la cabeza la idea de hacerte Religiosa, ¿verdad? Tú sabes muy bien que la vida que están llevando la mayoría de las Monjas en los Conventos y Abadías en estos días no resulta muy ejemplar que digamos...

—Sí, sí lo sé, padre... pero hay algunos Conventos que se están reformando y...

—No estoy yo muy seguro de que esas reformas se lleven a cabo por completo y mucho menos de que vayan a durar. Una mujer está, hoy por hoy, mucho mejor guardada en casa de su padre o de su marido. Créeme, hija, yo no podría consentir en conciencia que entrases en ninguno de los Conventos que conozco. Temería por tu Fe y tu tranquilidad, ¿me crees, verdad?

—Sí, padre.

—Bueno, pues ahora dime; ¿qué te parece Gastón de Monferrant?

—Bien, me parece bien... Si a tí te parece bien Gastón, yo haré lo que tú me digas...

—Serás Baronesa entonces, Juana; creo que hemos hecho una buena elección. Estoy convencido de que en estos tiempos una mujer no puede hacer mejor servicio a Dios y a su Iglesia que casarse con un buen católico y educar a sus hijos en la recta doctrina. Sé que puedes ser una buena esposa para Gastón y que vas a saber educar a tus hijos... Dios y yo esperamos de tí grandes cosas, Juana...

—Yo haré todo lo que pueda por agradaros a los dos, padre.



SEGUNDA PARTE



EL MATRIMONIO

Septiembre de 1573. Juana se ha casado con Gastón de Monferrant. A la ceremonia de la boda ha asistido el todo Burdeos de la nobleza y del dinero. Durante los tres días que han durado los festejos, banquetes y saraos con que las familias de los novios agasajan a sus invitados y amigos, Juana ha tenido ocasión de lucir los tres espléndidos trajes que sus padres le han regalado para esta ocasión y que forman parte de su dote. Todos los asistentes han podido admirar la elegante silueta de la novia, su gesto siempre amable y sus ademanes siempre sencillos y dignos.

Hacen buena pareja estos novios. Ella es de aventajada estatura, tiene un rostro de rasgos firmes y una luminosa mirada azul. El novio es ya un hombre de treinta años, moreno, bien plantado y de carácter recio. Ocupa un alto puesto en el Parlamento y su voz se escucha siempre con respeto en los medios de la alta administración de la provincia. Está acostumbrado a la vida ruda de los hombres de la época: es militar, político y un poderoso terrateniente.

Está acostumbrado a mandar y a ser obedecido. Tiene sus gustos particulares, sus hábitos, sus pequeñas manías... Juana es una jovencita apenas salida de la adolescencia y tiene todavía un espíritu fle-

xible, generoso, ilusionado. Quiere hacer las cosas bien, llegar, a convertirse en un ser humano tan perfectamente ajustado a la voluntad de Dios como le sea posible. Se la ha educado para someterse, para agradar, para conservar la paz en la familia, para ser la perfecta esposa a fuerza de discretísima entrega.

Y va a cumplir irrefragablemente sus deberes de esposa; Gastón de Monferrant aprenderá pronto a estimar profundamente a la compañera que sabe llevar con tan serena gallardía el nombre de su casa.

No existe entre estos novios ningún tipo de amor romántico. Los dos saben que esta ceremonia religiosa de la boda, en la Parroquia de Saint-Eloy, no ha hecho más que sancionar ante Dios, y en presencia de la Iglesia y sus fieles, el contrato civil que ya los padres de ambos habían preparado, ante notario, semanas antes.

Gastón desea con este matrimonio organizar su propia casa y fundar una familia que perpetúe su nombre y la dignidad y gloria de su apellido.

La novia sabe muy bien a lo que se obliga con esta unión. Se espera de ella que sea una esposa servicial, amable, fiel... Que lleve con toda dignidad y lucimiento el título de Baronesa de Monferrant... y que sea una madre prolífica.

Recibirá a cambio de ello todo el respeto y la reverencia que tan importante título lleva consigo y estará sometida a todas las obligaciones, deberes y compromisos que supone este altísimo puesto en la nobleza de la Guyena.

Juana ha ido a este matrimonio convencida de que, a través de la voz de su padre, Dios le ha expresado su deseo, así que va dispuesta a cumplir sus compromisos matrimoniales con la mejor buena voluntad posible.

Es activa por naturaleza y está acostumbrada a un severo orden de vida estrictamente programado

por su madre; desde sus años más tiernos se le ha hecho observar un horario y ajustarse a una distribución de su día. Ahora, que se ha convertido en señora de su propio tiempo y del de los criados que sirven en la casa Monferrant, ha pasado con toda naturalidad de tener un horario impuesto por otros a establecer un orden creado por ella misma; y como es la primera en observarlo, todo el resto de la casa la sigue sin mayores dificultades.

Hacía ya mucho tiempo que no necesitaba que el Aya viniera a despertarla por las mañanas. Ahora madruga por hábito, porque le gusta y porque quiere sacar el mayor provecho posible a su día. Le place empezar temprano y llenarlo, hora a hora, con diferentes actividades: oración, lectura, supervisión de las labores domésticas, trabajo manual, administración de los bienes de su casa, dedicación a los pobres necesitados, relaciones sociales...

Y la oración matutina con la que abre su jornada es una meditación sobre el Evangelio y una súplica para pedir a Dios fuerza para vivir luego estas normas evangélicas a lo largo de los incidentes de su vida diaria; incluye una rendición de su voluntad, una aceptación de la voluntad de Dios para todo lo que quiera enviarle cada día... De esta oración sale fortalecida para enfrentarse con sus quehaceres.

Juana es disciplinada por educación y servicial por convencimiento; y muy pronto estas cualidades suyas empiezan a marcar su entorno. A su alrededor se empieza a notar su influencia.

Se ha incorporado sinceramente a la realidad que la circunda y empieza a transformarla con eficacia.

Hace unos pocos meses que el matrimonio se ha consumado. Este invierno se presenta especialmente frío. Está terminando diciembre y la joven

Baronesa de Monferrant ha celebrado su primer cumpleaños de casada: dieciocho años.

—Pasaremos aquí las fiestas de Navidad —anuncia Gastón—, pero iremos a Landirás para la entrada del Año Nuevo. Es costumbre allí que nosotros, los señores, asistamos a las fiestas del primero de enero. Los colonos estarán deseando conocer a su nueva señora.

Juana sonríe y dice que sí, aunque la verdad es que la idea de un viaje al campo, en pleno invierno, no le hace mucha ilusión. Está empezando a sentir los primeros síntomas, las primeras molestias de un embarazo incipiente. Se marea un poco, a veces, al levantarse; le desagradan algunos alimentos que antes le gustaban y hay momentos en que unas leves náuseas le inquietan el estómago... Y todavía está aprendiendo a familiarizarse con su nueva vida de señora de una casa. Aún la sobresalta, si la sorprende desprevenida, oírse llamar Madame por los criados; todavía le preocupa no saber estar a la altura conveniente cada vez que tiene invitados a cenar y debe preparar un menú con el cocinero u organizar los puestos en la mesa con el viejo mayordomo.

Está todavía haciendo el esfuerzo de adaptarse a su nueva vida en la casa de Burdeos y ahora, en pleno invierno, Gastón anuncia este viaje al castillo de Landirás... Juana ha recibido la indicación con una sonrisa de complacida aceptación. Está aprendiendo muy deprisa su oficio de esposa.

EL CASTILLO DE LANDIRÁS

El castillo de Landirás se alza en el centro de una vasta llanura. Es una enorme construcción de piedra de forma poligonal. Siete torres, una en cada uno de sus ángulos, se alzan alrededor del recinto y una puerta ojival da entrada al amplio patio interior.

Toda la construcción tiene la austera solidez que caracteriza los edificios señoriales de la Edad Media: más fortalezas que palacios.

Muy cerca del castillo está el pueblecito de Landirás. Agrupación de casitas rústicas de piedra y madera. Y más allá se prolongan las llanas extensiones de las landas. Terrenos húmedos, a veces pantanosos, y muy fértiles. Los campos de labranza, las viñas, alternan con manchas de bosque en las que crecen pinos, nogales, castaños, hayas...

Es una rica baronía esta de Landirás, y de las más extensas de la provincia. Sólo después de haber atravesado estas tierras y haber contemplado la gran mole del castillo comprende Juana la importancia del segundo nombre de su recién adquirido título: Baronesa de Landirás.

El Barón de Monferrant-Landirás ha preparado bien las cosas. Quiere lucir ante su joven esposa todo su esplendoroso poderío de rico terrateniente.

Administradores y colonos tenían instrucciones muy concretas y terminantes; y Juana encuentra a su llegada a Landirás un recibimiento digno de una princesa: saludos, felicitaciones y hasta la música de dos violines, un tamboril y una flauta que hacen sonar para ella unos sencillos aires rurales.

Recién descendida del carruaje que la ha traído desde Burdeos, Juana sonríe, saluda, agradece y



pasea su mirada azul con enorme interés sobre este grupo de campesinos.

Luego, conducida por Gastón y seguida por el Administrador mayor y la pareja de viejos criados que cumplen tareas de guardas en el castillo, recorre las dependencias de la señorial mansión: salones, dormitorios, la soleada galería, las enormes cocinas y despensas...

El recorrido termina junto a la chimenea encendida del salón principal. Administrador y servidores se han retirado y Juana abandona por unos momentos su estudiada compostura de señora importante para ser solamente una jovencita que siente frío y que se aproxima al fuego para extender hacia las llamas unas manos ateridas. Gastón observa su gesto y le preocupa durante unos instantes la posible reacción despectiva que esta damisela ciudadana pueda tener hacia esta menos comfortable vida de señor rural.

—Landirás resulta un poco inhospitalario en invierno —reconoce.

—Es una residencia espléndida, Gastón. Y tienen aspecto de ser buenas gentes estos colonos tuyos.

—Estos colonos nuestros —corrige amablemente Gastón—. Eres señora de Landirás. Muy pronto lo serás con doble motivo porque tú darás a estas tierras, Dios lo quiera y yo así lo espero, un heredero. Tú estás ya para siempre ligada al señorío de Landirás.

Y Juana vuelve a sonreír esta sonrisa suya que atrae y encanta, que enamora y embruja un poco a todos aquellos que la reciben.

Esa sonrisa suya que trasluce al exterior parte del tesoro de serena bondad, de equilibrada tensión espiritual, de auténtico carisma cristiano que guarda en su interior.

Todavía no le ha dicho nada a Gastón. Es aún su secreto. Un secreto únicamente compartido con Dios, al que ha ofrecido ya esta primicia de su carne y de su sangre. No es costumbre informar demasiado pronto al marido. Puede ser una falsa alarma, y una noticia prematura y fallida probablemente enfadaría al hombre y con toda seguridad avergonzaría a la mujer.

Gastón no sabe aún, ni sabrá todavía en muchas semanas, que el heredero está, ya en camino; ni adivina que cuando Juana sonrío, su cálido gesto amable no va solamente dirigido a la persona o personas que la rodean: está muy especialmente dedicado a ese pequeño ser que, aceptado como venido por voluntad de Dios, crece en su seno.

La noticia ha corrido por todo el señorío de Landirás con la velocidad del relámpago:

—Madame, la Baronesa, es una jovencita amable que sonrío a todo el mundo. Parece dulce y encantadora. Creo que vamos a tener en ella a una buena señora.

A las órdenes terminantes del señor de Landirás se unen los buenos deseos nacidos en las gentes del señorío como respuesta al gesto cordial que les ha mostrado la nueva señora.

La ceremonia de esta tarde de primero de enero con que se inaugura el año 1574 reviste una especial solemnidad. El almacén que hay adosado a las cuerdas se ha vaciado, barrido, encalado y adornado. En uno de sus extremos se han colocado dos sillones que se han bajado del salón del castillo. Junto a ellos, se ha instalado un brasero que intentará entibiar un poco el helado mordisco del airecillo de este día de invierno.

Juana, en honor de su marido y de sus colonos, se ha vestido uno de los trajes que lució durante los festejos de su boda: un soberbio atuendo de terciopelo verde ribeteado de cordoncillo de plata que lleva, en cuello y puños, delicados encajes.

Gastón se siente orgulloso cuando hace su entrada en el rústico salón llevando a Juana apoyada en su brazo. Un murmullo de admirados comentarios se alza a su paso. Los hombres hablan del hermoso talle de la señora, las mujeres se extasían ante la espléndida riqueza de su vestido.

Y comienza la ceremonia de presentación de cada familia de colonos. El Administrador informa

del nombre de la granja, de su extensión y sus cultivos. Pronuncia el nombre de la familia que la tiene arrendada y da el número de los miembros que la componen:

—Charles Dubois, granja de los Tres Nogales. Seis hanegadas de trigo y avena. Cinco ovejas y dos cerdos. Está casado con Madeleine Tressaille y tiene cuatro hijos, tres varones y una niña. Su suegra, Thérèse Carré, vive con él... Claude Béchet, granja Casarroja. Siete hanegadas y media...

Cada familia se destaca del grupo y se adelanta para dedicar un saludo especial a los amos. Luego, alguno de los miembros, generalmente la mujer o alguna de las hijas, deposita a los pies de Juana un obsequio.

Siguen las presentaciones una detrás de otra. El Administrador consulta continuamente las notas que tiene escritas en un cuadernillo. Algunas veces a la presentación añade una coletilla: «debe la renta del último año» o «se le ha hecho un préstamo de siete escudos que pagará junto con la renta del año próximo». Los así señalados endurecen el gesto y procuran no mirar a nadie. En seguida retroceden y se mezclan en el apretado grupo que se mantiene en pie en el otro extremo de la estancia.

A medida que las familias de colonos, arrendatarios y aparceros desfilan ante los amos, el espacio que hay ante Juana y Gastón se va llenando con las ofrendas que estas pobres gentes presentan para agasajar a sus señores: cestos de nueces, quesos envueltos en hojas de higuera, platos con castañas, conejos, capones cebados, cochinitos, pollos, orzas de miel, alguna vasija con aceite de nuez, una piel de cordero, una pequeña pieza de lino, hilado y tejido por manos femeninas.

La ceremonia se desarrolla despacio, con una torpe premiosidad que pone a prueba el genio vivo de Juana. El desfile dura y dura porque son muchas

las familias que tienen que hacer su entrada, ser presentadas, depositar su ofrenda y retirarse. Y todos se mueven con lentitud, en parte por cortedad y en parte porque quieren contemplar bien de cerca a la nueva señora... ¡Sabe Dios cuándo podrán volver a mirarla a tan corta distancia!

Juana repite una y otra vez los mismos gestos. Sonríe, acepta, agradece... Y, como le están dando una larga ocasión para ello, observa y reflexiona. Estos campesinos tienen el aspecto rudo y hosco. ¿Qué estarán pensando mientras se acercan para dejar su obsequio? Algunos parecen mal nutridos. ¿Qué comerán? Seguramente se han puesto para venir hoy al castillo la mejor ropa que tienen. Juana se fija en los sombreros que los hombres sostienen en sus manos: son de un fieltro grosero y están viejos y descoloridos por el agua y el sol. Las mujeres se cubren la cabeza con sencillas tocas de lienzo crudo. Hombres y mujeres visten trajes de burda lana sin teñir y algunos llevan capas de un tosco tejido de cáñamo. Los niños van vestidos con trajes confeccionados seguramente con prendas desechadas por los mayores y remendados y apieizados por todas partes. La mayoría de ellos no van suficientemente abrigados en este frío mediodía de primero de enero.

Y estas son las gentes del señorío de Landirás. «Estas son mis gentes», se dice Juana.

La primogénita de la casa Lestonnac ha vivido muchas veces en el campo. Sus veranos en Germignan, sus visitas a los abuelos Montaigne, su larga estancia en Beauregard, le habían hecho creer que estaba familiarizada con la vida rural...

Ahora, se da cuenta de la enorme diferencia que hay entre ser una hija de familia que pasa las vacaciones en una casa de campo destinada a residencia de recreo y ser la señora de muchas docenas de familias campesinas que viven del trabajo del campo y que deben pagar unas rentas al señor, dueño de las granjas en que viven y trabajan.

La ceremonia de la presentación de obsequios ha terminado. Gastón de Monferrant ha dirigido al grupo de campesinos unas palabras de agradecimiento por su presencia y sus obsequios, les ha expresado sus deseos de que el nuevo año traiga para todos paz y prosperidad y de que sigan trabajando en las granjas con ahínco y eficacia.

Luego se ha dirigido a Juana para ofrecerle su brazo. Los señores se retiran. Va a comenzar la fiesta campesina.

Junto a las caballerizas aguardan ya los músicos. Se devolverán al salón los sillones de los señores y a lo largo de la pared se instalarán unas largas mesas que se llenarán de substanciosas viandas: potajes calientes, guisado de carne, asados, pasteles, confituras y grandes garrafas del buen vino de la región. Las gentes de toda la baronía de Landirás tendrán hoy ocasión de comer, beber, bailar y regocijarse... Invita el amo.

—Bebamos por la nueva señora —propone uno de los capataces.

—¡Sí, brindemos por Madame, por la buena señora! —asienten muchas voces.

Para los que hayan podido suponer que «buena señora» podría significar una señora blanda y despreocupada sirven de advertencia los comentarios y observaciones que han hecho los viejos y las comadres del lugar. Su aguda astucia campesina les ha hecho formular un diagnóstico complementario que afina y profundiza mucho más:

—¿Os habéis fijado en su mirada? Parece que le entra a una dentro de la cabeza y le adivina los pensamientos.

—¿Te has dado cuenta de cómo es su mentón? La nueva señora tiene su carácter, sabrá mandar y no habrá más remedio que obedecerla.

Y mientras junto a las caballerizas se desata el jolgorio campesino, arriba en el salón Juana y Gastón, sentados junto al fuego, se entretienen en una tranquila y sosegada charla:

—Te ha resultado pesada y aburrida la ceremonia, ¿verdad, Juana?

—No; bueno, sí, un poco...

—Hemos cumplido por esta vez. Hasta el próximo primero de enero no tendremos que soportar otras horas de aburrimiento. Es una ceremonia que se viene celebrando desde hace muchísimo tiempo y no hay más remedio que pasar por ella. Estas gentes se preparan para esta fiesta durante más de medio año. No tienen muchas diversiones y esta presentación ante los señores, y la comida y el baile que hay después les dan motivo de charla para todo el resto de la temporada. ¿Qué te parecen los obsequios que nos han traído? No son gran cosa, ya lo sé, pero ellos nos ofrecen lo que tienen...

—Todas las cosas tenían buen aspecto y estaban bien presentadas. ¿Qué les regalas tú, quiero decir, qué les regalamos nosotros a ellos por estas fiestas de Pascua de Navidad?

—¿Regalarles? Nada. No es costumbre que el señor regale nada a los colonos. Yo les invito a la

fiesta. Comen y beben a mi costa. Y también yo pago a los músicos. ¿Por qué iba a regalarles nada?

Juana asiente con una sonrisa comprensiva. Tiene todavía muchas cosas que aprender.

Recuerda las Fiestas de Navidad en casa de su padre. Cada criado recibía un pequeño aguinaldo en dinero o en especie.

Gastón mira con un poco de recelo el gesto reflexivo de su esposa que contempla las llamas de la chimenea con las manos entrelazadas sobre el regazo.

—¿Qué te ha hecho pensar que yo tendría que regalarles nada?

—No sé. Me ha parecido que cada familia te traía como obsequio una parte de lo mejor que ha podido obtener en su granja y...

—De lo mejor que ha podido obtener en mi granja. No olvides que son arrendatarios, y algunos, malos arrendatarios que andan siempre atrasados en el pago de las rentas.

—Parecen pobres gentes... Quizá muchos de ellos hubieran necesitado para comer lo que nos han ofrecido a nosotros.

—Juana, mi gente tiene contratos justos. Si no viven en mejores condiciones es porque son perezosos o descuidados. Muchos tienen granjas muy productivas y viven muy bien... No se privan de nada por traerte un cesto de huevos o un par de ocas cebadas. Estos obsequios de Navidad forman parte de costumbres de hace siglos que yo no pienso cambiar.

La frase ha sido terminante y Juana comprende que Gastón ha hablado muy en serio. Quizás ella en sus observaciones ha ido un poco demasiado lejos y ha ofendido a su marido.

—Perdóname, Gastón. Todavía me queda todo por aprender. Yo no quería decir nada que te molestase. Siento haber sido impertinente...

—No tienes que disculparte. Juana. Yo comprendo que tus buenos sentimientos caritativos se despierten ante estas pobres gentes campesinas. Pero hazme caso, las cosas están bien como están y esta gente, en la mayoría de los casos, no merece que le prestes tu atención.

—Tú sabes más que yo, Gastón; trataré de hacer como tú quieres.

Pero no lo consigue. La atención de Juana va con mucha frecuencia hacia todas estas familias de la baronía de Landirás. Y los habitantes de las granjas acabarán por dejar de asombrarse y extrañarse cada vez que la señora aparece por las granjas para interesarse por las familias que en ellas viven, para hacer una dádiva, para brindar un consejo, para enterarse de una necesidad, para ayudar a curar una enfermedad o para socorrer a alguien que ha tenido un accidente.

Y Gastón, que al principio no vio con buenos ojos estas correrías de su esposa por las tierras de la baronía, acaba por admitir que esta relación de la señora con sus gentes resulta beneficiosa a la larga y suaviza tensiones en el trato de su Administrador con los administrados. Las gentes agradecen que a la señora le importen sus condiciones de vida, su forma de trabajo y su salud.

MADAME ESTUVO AQUÍ

Gastón de Monferrant se queda gratamente sorprendido cuando comprueba que Juana se siente a gusto viviendo en Landirás y que prolonga sus estancias en esta residencia campestre tanto como le es posible. Había temido que ella, acostumbrada a su vida en la ciudad, fuera muy reacia a instalarse en el campo; pero a Juana le gusta esta vida tranquila en la que no se ve obligada a una intensa vida social y en la que dispone de más tiempo para dedicarse a las actividades que le parece forman parte de su rango de Baronesa de Monferrant-Landirás.

Recorre a caballo, o en un ligero cochecillo tirado por una mula, los campos que forman el extenso señorío de Landirás. Visita las granjas, las casitas, las chozas. Las mujeres descubren muy pronto que cuentan con alguien a quien exponerle sus cuitas y que no solamente escucha con interesada atención, sino que, más tarde, Madame la Baronesa hace algo para remediar los problemas o las necesidades.

Y los hombres de Landirás no tardan en darse cuenta de que la señora conoce sus trabajos, sus necesidades, su comportamiento y que, a través de Madame, es más fácil llegar al señor para exponerle una situación, pedirle una gracia o conseguir su ayuda.

Durante varias horas cada semana, la castellana de Landirás hila, teje, corta, cose... Su doncella trabaja junto a ella en el cuarto de costura.

Los niños de Landirás empiezan a estar mejor vestidos, mejor cuidados y mejor alimentados. Juana supervisa, vigila, aconseja y proporciona vestidos y alimentos allí donde hacen falta y exige cuidado y limpieza donde descubre abandono o desidia.

Llena sus largas jornadas de Landirás con trabajo y exige que todos aquellos que dependen de ella, todos aquellos sobre los que ella tiene autoridad, hagan lo mismo.

Y todo lo ha ido haciendo con tan suave firmeza, con tan discreta efectividad, que Gastón tarda en darse cuenta de hasta dónde está llegando la influencia de su esposa.

Algunas veces hace los descubrimientos por sí mismo; otras veces las noticias le llegan a través de administradores y capataces.

En uno de los más alejados viñedos de sus posesiones, uno de los hombres se ha herido seriamente con el azadón cuando cavaba alrededor de una cepa.

—¿Dónde está Alphonse? —ha preguntado el Administrador.

—Se ha tenido que quedar en casa, Monsieur. Tiene un pie herido.

Y el Administrador se sorprende al ver un vendaje limpio y diestramente colocado.

—Madame estuvo aquí —es la explicación que recibe—. Y ha dicho que volverá.

El pequeño Jacques, siempre sucio y desastrado, venía sufriendo desde hace ya meses unas pupas feas en la cara y en la cabeza que el niño se rascaba y sobre las que se paseaban las moscas.

El capataz se ha sorprendido hoy al ver al chiquillo limpio y con la cara y la cabeza cubiertas de una pomada amarilla. La hermana mayor no le pierde de vista para que no se toque las pupas cubiertas de pomada.

—Madame ha estado aquí —es la arisca respuesta de la descuidada madre.

—Y ha prometido que volverá —añade la niña que vigila al pequeño.

Y el capataz adivina que las dos han recibido una reprimenda de la señora.

Durante una cacería, uno de los monteros se ha detenido en la cabaña que habita la abuela Maurice.

—Por fin te han arreglado la puerta y el tejado, abuela.

—Madame estuvo aquí y ha prometido que volverá. Ahora sé que no estoy tan olvidada de los hombres ni tan dejada de la mano de Dios...

En las cercanías de Landirás se alza la iglesia de San Miguel de Rieufret. Es un edificio hermoso, pero muy abandonado y que amenaza ruina por bastantes lados. Juana lo visita con frecuencia y le comenta a Gastón:

—He estado en la iglesia de San Miguel y le he dicho al Párroco que volveré.

Y Gastón entiende perfectamente el mensaje.

Antes de que pasen muchas semanas empiezan las obras de consolidación y remozamiento de la iglesia. Y en el interior, y también en la fachada, se colocan las armas de los Monferrant.

Ahora, las gentes del entorno tienen un lugar digno en el que asistir al culto católico, y el ejemplo de los señores, que no faltan ni un solo día de fiesta, hace todo lo demás.

LOS CORREOS TRAEN NOTICIAS



Juaná dedica parte de su tiempo a relacionarse por escrito con amigos y parientes. Los correos llegan a Landirás y parten desde allí con una cierta frecuencia. Con la incierta frecuencia que permiten la inquietud y turbulencia de los tiempos.

Los caminos son malos, especialmente en invierno, pero, además, están infestados de bandas armadas, de gentes maleantes o de grupos de vagabundos menesterosos que no tienen el menor escrúpulo en atacar al viajero solitario para desvalijarle.

Los correos, cuando llegan a su destino, traen cartas, noticias, paquetes... Juana está en continua comunicación con el mundo que la rodea, un mundo que le interesa, por el que se interesa y en el que sabe que tiene un hueco que llenar y una misión que cumplir.

Mensajeros van y vienen: Burdeos, Montaigne, Beauregard... París...

La llegada de un correo al castillo de Landirás siempre supone una emocionante interrupción de la apacible y monótona vida campestre.

El portero franquea la entrada y hombre y caballo entran en el patio interior. El animal es conducido a la cuadra donde le será quitada la silla y donde le ofrecerán pienso y agua. El hombre se descargará de la pesada cartera en la que lleva el correo y se le invitará a entrar en la cocina para calentarse, descansar y recibir una sabrosa comida regada con buen vino.

El contenido de la cartera del correo sube inmediatamente al salón de los señores en las manos cuidadosas del mayordomo. Gastón y Juana abren cartas y paquetes, leen mensajes y examinan el contenido de los envíos... Luego, la charla sobre las noticias recibidas, el intercambio de comentarios, opiniones y conjeturas se prolonga a lo largo de la tarde, durante la cena y en las horas de velada junto al fuego.

Antes de irse a dormir, Juana escribe alguna carta rápida que quiere enviar a vuelta de correo. El hombre partirá mañana al amanecer y seguramente no tendrá ocasión de volver antes de dos o quizá tres semanas.

El resto de la correspondencia se irá contestando en sucesivos viajes del correo.

Juana tiene ahora más tiempo para escribir. Está ya muy avanzado este primer embarazo y debe pasar muchas horas retirada en sus aposentos. Tiene tiempo para leer, para escribir y para dedicar largos ratos a hilar, a tejer y a coser, preparando el ajuar para el hijo que espera. Y mientras sus manos hábiles se mueven con ligereza, su mente rememora las noticias que las cartas le han traído... Y también prepara las largas cartas que escribirá uno de estos días en contestación a estas misivas.

De casa de los Lestonnac en Burdeos le llegan noticias de su madre que cuenta detalles de su vida social, de cómo crecen las niñas y el pequeño Roger,

de los estudios y andanzas de Guido, de los estudios y paseos de los pequeños. En estas cartas se habla de modas, de los últimos libros leídos, de matrimonios celebrados y noviazgos anunciados, de muertes y nacimientos. De ese nuevo jarabe que ha presentado el doctor Boulard y que dicen que resulta eficazísimo para aliviar las toses pertinaces de los catarros invernales...

Las cartas de Ricardo de Lestonnac suelen tener otro tono. Informa sobre la difícil situación política del país. Sobre la última ceremonia de renovación de cargos de los Jurados, esos magistrados que se comprometen con juramento a defender los intereses de la ciudad y de cada uno de sus ciudadanos.

Le habla de las muchas dificultades con que las autoridades religiosas se están encontrando para aplicar las reformas que el Concilio de Trento ha decretado. De los impedimentos y aun graves problemas que encuentran los Obispos cuando intentan que Sacerdotes, Monjas y Religiosos acepten volver a la austeridad, obediencia y disciplina que la Iglesia cree imprescindibles para los que se han comprometido a una vida de entrega a Dios y servicio al prójimo. Le cuenta la pena y preocupación que la jerarquía y los buenos católicos sienten por el enorme número de deserciones que se están produciendo en las filas de los católicos, Religiosos y seglares, que prefieren abrazar nuevas formas de vivir la Religión o que, más grave todavía, dejan de lado cualquier forma de conducta encaminada a servir a Dios.

Y le cuenta también el enorme beneficio que los católicos de la ciudad y de la región están recibiendo de los Jesuitas, recientemente instalados en la Rué des Fossés. Estos hombres de Dios trabajan continuamente en la instrucción de las gentes: sermones, catequesis, ejercicios... Y parece que tienen el proyecto de abrir un Colegio para la educación de

los muchachos. Ricardo asegura que, para realizar este proyecto, los Jesuitas cuentan, desde luego, con su más cálida aprobación y ayuda.

«Sigo pensando, dice en una de sus cartas, que nuestro viejo canciller, Miguel de l'Hôpital, tenía mucha razón cuando afirmaba:

"¿Qué necesidad hay de hogueras ni de torturas? Revestidos de virtudes y pertrechados con buenas costumbres, luchemos contra la herejía." Y el buen l'Hôpital sabía bien de qué hablaba porque estaba casado con una calvinista... Si los católicos viviéramos de una forma auténticamente fiel nuestra Fe, ¡ésa sería la forma eficaz de combatir el avance de los hugonotes! y la victoria final y absoluta sería nuestra, sin ningún lugar a dudas...»

De Montaigne también llegan noticias, aunque son de otro tipo. Tío Miguel habla de su vida retirada en el campo y de cómo va la preparación de la primera edición de sus *Ensayos*, la obra en la que él quiere transmitir a los lectores su visión personal de su propia vida y también de la ajena; y comentarios y enseñanzas sobre hechos, personas, ideas y realidades de su tiempo. Es una obra voluminosa e importante a la que Miguel de Montaigne está dedicando su tiempo, sus conocimientos y todas sus horas de trabajo.

También él enjuicia en párrafos distintos las situaciones que se están produciendo: «Los calvinistas se obstinan empeñadamente en sus creencias y cuanto más se les castiga y se les persigue más se afirman en ellas y más persisten en sus reuniones y en la propagación de sus doctrinas.

»Te aseguro, sobrina, que yo opino que muchos se unen al partido protestante, no porque estén convencidos de las nuevas doctrinas, sino porque quieren apoyarse en su fuerza y aprovechar su poderío para conseguir objetivos políticos y ventajas económicas.

»Tengo la certeza de que en el fondo de casi todas las revueltas y conspiraciones hay más de descontento que de calvinismo.»

Las cartas de Beauregard tocan también el candente tema de la actualidad religiosa, pero desde otro ángulo: *«Las ceremonias religiosas que se organizan en la Corte resultan escandalosas. Cientos de cirios ardiendo delante de las imágenes, incienso quemado a montones hasta sofocar con su aroma a los asistentes, brocados y sedas arrastrados por el suelo en los ornamentos de los oficiantes y en las colas de las damas, músicos, cantantes, perfumes... Es abominación todo ese lujo y esplendor del culto católico. Ciertamente, sobrina, yo no comprendo cómo tu buen sentido no te ha hecho alejarte ya hace mucho tiempo de semejantes idolatrías...»*

Desde París, una de sus primas Lestonnac, casada con un alto dignatario de la Corte, le da su versión de las actitudes que observa a su alrededor y de los rumores que corren en las reuniones de la nobleza: *«Los príncipes de la sangre, ya sabes, los Borbones y los Condé, están despechados porque se sienten excluidos del gobierno de la nación. Otros muy importantes miembros de la más alta nobleza se muestran ofendidos por ver el poder en manos de extranjeros, alzados hasta las más altas esferas de la Corte por la Reina Madre Catalina de Médicis; y a causa de esto se inclinan, más por descontento político que por sincero fervor religioso, hacia las nuevas creencias teológicas.*

»La realidad es que las doctrinas austeras e independentistas del calvinismo gustan a la aristocracia por más de un motivo: por un lado se sienten vejados porque ven menospreciados sus privilegios de rango y honores en las ceremonias de la Corte; la Reina muestra preferencia por extranjeros advenedizos, con lo que ofende a los representantes de la más rancia nobleza de Francia. Por otro lado, estos

grandes señores no pueden dejar de mirar con ojos codiciosos las ricas posesiones de la Iglesia, que tanto en Inglaterra como en Alemania han sido ya secularizadas. Me parece que estas dos poderosas razones están en el origen de no pocas de las deserciones de las filas del Catolicismo y del engrandecimiento del partido calvinista.»

LOS HIJOS

Juana ha tenido unos últimos meses de embarazo incómodos y un parto difícil. Y a la alegría del nacimiento del heredero se ha sucedido, casi inmediatamente, la pena de verlo morir, apenas unas horas después de bautizado.

Y esta angustia se repite por tres veces consecutivas en los primeros años de matrimonio.

Durante las largas horas de reposo obligado después de cada parto y en las horas de duelo que les siguen. Juana medita a solas:

«¿Me habré equivocado al aceptar este matrimonio? Pensé que Dios me quería casada con Gastón para que criase hijos educados en la Fe Católica. ¿Estoy haciendo algo mal? ¿No merezco la confianza del Cielo? ¿No me habré preparado lo suficientemente bien para ser capaz de transmitir una Fe sólidamente fundamentada?»

Y Juana termina siempre sus largos monólogos con una oración:

—Señor, hazme digna de darte unos hijos fuertes y sanos que te conozcan y te amen.

Y trata de corregir, completar, ampliar, consultar, aprender...

Y luego, no deja que sus energías se pierdan.

Toda la capacidad de ternura, de atención, de trabajo que posee, que es mucha, la dedica a los que la rodean. Y no hay persona de su ámbito ya sea en Burdeos, ya sea en Landirás, que no haya recibido alguna muestra de su cálido interés. En beneficio de todos aquellos que de alguna manera dependen de ella, Juana aprende, para luego enseñarlo a los otros, rudimentos de medicina casera, un mejor aprovechamiento de los animales domésticos, algunos trucos para mejorar las viviendas rurales, una más perfecta y más rápida manera de hilar y tejer la lana...

Y porque es una persona llena de vitalidad, de bondad y de un claro sentido de la responsabilidad, porque quiere llenar el hueco que le ha correspondido en este mundo de la mejor manera posible, sus penas y sus dolores no la hacen centrarse en sí misma. No se convierte en un ser introvertido encerrado en su propia tristeza. Comprende que las duras pruebas por las que está pasando le proporcionan una experiencia que la acerca a los que han sufrido de manera parecida; y se abre a los demás, se inclina hacia los más pequeños, hacia los más débiles y los más pobres. Trata de compartir más de cerca las penas y trabajos que afligen a los demás y estudia el mejor modo de acudir en servicio de sus prójimos.

La Baronesa de Monferrant es consciente de sus propias capacidades, se sabe una privilegiada por su alto puesto en la escala social, por su sólida situación económica, por su buena salud, por su excelente educación, por su gran inteligencia, por su gran fuerza moral, por su clarividente capacidad para definir los problemas y plantear soluciones y por su bien fundamentado sentido común.

En ningún momento se ha dejado confundir por la tentación de emplear todos estos privilegios únicamente en provecho propio. Sabe que son dones

gratuitos de Dios y que, como tales, le han sido confiados para que los ponga al servicio de la gloria de Dios y de los seres humanos menos dotados que ella.

Cuando, por fin, nace ese hijo que sobrevive a las primeras semanas y al que los padres ven crecer con un gozo inmenso, Juana es ya una mujer respetada y apreciada por sus amistades de Burdeos y sus gentes de Landirás.

Se está convirtiendo en una magnífica administradora de su tiempo, de su inteligencia, de su actividad, de su afecto, de sus bienes. Una administradora que utiliza, que reparte, que comparte... Una administradora que sabe equilibrar exactamente lo que hay que guardar, lo que se puede invertir, lo que se debe regalar...

Pedro, el heredero de Monferrant-Landirás, ha nacido en la primavera de 1578. Es un niño guapo, fuerte y alegre que crece sano y robusto llenando, al fin, de un gozo esperanzado el corazón de sus padres.

Y a medida que los años van pasando, en hermosa y cumplida sucesión, van llegando a la vida más hijos: Marta, Francisco, Jeannette y, por fin, Magdalena, la benjamina.

Son años felices vividos en la sencilla, austera y alegre monotonía de una vida familiar bien organizada: paseos, juegos, las primeras fiestas de cumpleaños... las primeras oraciones, las primeras lecciones de lectura...

Y en cuanto el hijo mayor llega a la edad en que debe comenzar unos estudios más serios, la familia Monferrant cambia su residencia habitual en Landirás para prolongar la estancia en la casa de Burdeos. Es preciso estar cerca del Colegio de la Magdalena, regentado por los Jesuitas, donde el heredero inicia sus estudios a la edad de seis años.

Ahora la familia solamente vuelve a su residencia en el campo cuando llegan las largas vacaciones del verano, aunque Gastón va y viene con una mayor frecuencia para vigilar la marcha de sus posesiones.

Las dos niñas mayores, Marta y Jeannette, estudiarán en casa con una maestra. Francisco recibirá lecciones de un preceptor, hasta que le llegue la edad de entrar también en el Colegio de la Magdalena.

La madre supervisará muy de cerca los estudios de los cinco hijos y se reservará una parte especialmente importante en su formación religiosa y moral.

Estos chicos Monferrant serán especialmente bien recibidos en el Colegio de la Magdalena que su abuelo materno ha ayudado a fundar y por el que ya ha pasado su tío Roger de Lestonnac, muchacho serio y brillante que ha dejado una excelente impresión entre sus maestros.



LOS HIJOS CRECEN

Juana vive en estos años, con sus hijos y por sus hijos, las alegrías, las zozobras y las preocupaciones que conocen todas las madres.

—Mamá, se me ha roto la pelota...

Y Juana examina el juguete y trata de arreglarlo y, ante las lágrimas de la pequeña, promete conseguir una pelota nueva.

—Mamá, se me ha caído un diente...

Y Juana inspecciona la diminuta herida en la boca y luego organiza toda una solemne ceremonia para envolver el diente y colocarlo debajo de la almohada.

—Mamá, estos zapatos me hacen daño...

Y Juana comprueba que, efectivamente, los zapatos se han quedado pequeños. ¡Este chico crece tan deprisa...!

—Mamá, este pescado no me gusta...

Y Juana repite, una vez más, la regla de que los niños deben comer de todo sin rechazar por capricho nada de lo que se les sirve. Luego, después de haber visto los esfuerzos de buena voluntad que la niña ha hecho por tragar los bocados que le disgustan, hace la vista gorda cuando en el plato queda bastante más pescado del que sería aceptable ver despreciado.

—Mamá, hoy mi caballo se ha espantado y...

Y Juana escucha con sonriente interés la espectacular aventura que, con todo género de detalles, le cuenta este pequeño jinete fantasioso.

—Mamá, mira mis notas...

Y Juana se alegra con el muchacho que ha visto coronados sus esfuerzos de muchos meses con estas magníficas calificaciones.

—Mamá, me gustaría tener una chaqueta como la que...

Y Juana procura entender las embrolladas explicaciones que le da la muchacha, que ya empieza a querer independizarse de la tutela materna en cuestión de vestimenta.

—¡Mamá, Francisco ha escondido mi muñeca...!

—¡Porque ella ha entrado en mi cuarto sin mi permiso y me ha descolocado las estampas de animales!

Y Juana trata de poner paz en el enfrentamiento entre hermanos y explica al mayor que no debe abusar de su fuerza y a la pequeña que debe respetar el espacio y los objetos que su hermano ha elegido para sus propios juegos.

—Mamá, me duele mucho este oído...

Y Juana atiende con todo cuidado al doliente y vela junto a su cama hasta que le sabe aliviado y tranquilo.

—Mamá, yo no sé hacer esto...

Y Juana se sienta pacientemente junto a la pequeña y le lleva la mano hasta que las letras del abecedario empiezan a salir medio reconocibles, aunque todavía simulan bailar una danza grotesca.

—Mamá, esta cuenta es difícilísima...

Y Juana repasa multiplicaciones, señala el lugar del error y permanece junto a la mesa de estudio

hasta que la niña rehace su trabajo y suspira aliviada cuando la prueba le demuestra que, ahora sí, sus cálculos son correctos.

—Mamá, no entiendo esta frase...

Y Juana trabaja con su hijo mayor hasta descifrar el enrevesado párrafo latino.

—Mamá, a mí esto no me sale...

Y Juana atrae a su lado la sillita de costura en la que trabaja la niña y le enseña la manera correcta de manejar la aguja para que la puntada siga la línea que exige el bordado.

—Mamá, a mi hermano le quieres más que a mí...

Y Juana explica al pequeño que al mayor se le permiten unas ciertas libertades a medida que va creciendo, pero que también se le exigen, paralelamente, unas mayores responsabilidades y que ya le llegará a Francisco el momento de alcanzar una situación parecida...

—Mamá, ¿puedo...?

—Mamá, ¿me dejas...?

—Mamá, yo quisiera...

Los hijos crecen, ya no son niños y niñas. Son adolescentes que quieren y reclaman más libertad, más amplios horizontes, tratar a más gentes, seguir sus gustos particulares, elegir sus propios vestidos y cultivar las aficiones para las que se sienten más dotados, y seguir la natural inclinación que les lleva a preferir unos amigos, una forma de conducta, unos ambientes...

Y Juana, siempre atenta, siempre vigilante, siempre entrañable, concede unos permisos, razona la negativa a otros, supervisa, aconseja, sugiere... Y trata siempre de estar disponible para todos, de comprenderlo todo, de compartir con todos...

Ya medida que los niños crecen, Juana y Gastón van alcanzando la madurez y también se vuelve más madura, más profunda y más exquisita la relación que existe entre ellos. Han aprendido a conocerse mejor, a estimarse más, a sentir un más fundamentado respeto mutuo. Cada uno sabe del trabajo del otro, de las cualidades del otro; también de sus fallos y defectos y de los esfuerzos que ha hecho por superar unos y vencer otros...

Ahora, después de tantos años de compartir mesa y lecho, intereses y problemas, penas y alegrías, han logrado una tan acabada compenetración, que les basta una mirada, un gesto o una media sonrisa para comunicarse un pensamiento o una decisión. Y esto, aunque haya de por medio una mesa llena de invitados, un grupo de niños juguetones o un salón repleto de cortesanos.

Ambos saben que el haber llegado a esta buena relación ha sido trabajo de los dos. La convivencia no es fácil y exige flexibilidad, respeto y condescendencia en todos aquellos que quieren lograr una relación estable. Juana era muy joven cuando esta relación comenzó y fue ella la que hizo el principal esfuerzo de adaptación en aquellos primeros años. Luego, ella fue ganando, palmo a palmo, la confianza y la estimación de su marido y Gastón apren-

dió a compartir con ella no solamente los trabajos de administración de su rico patrimonio, sino también sus preocupaciones políticas. Y el buen sentido de Juana le sirvió de apoyo en muchas ocasiones para tomar resoluciones, aclarar los embrollados términos de un pleito difícil o tomar partido ante una complicada situación social.

Hoy Gastón escucha con gran respeto y tiene muy en cuenta las opiniones y los consejos de su mujer. La sabe poseedora de una buena inteligencia y de una segura intuición que le permiten observar con objetividad cualquier hecho y proyectar con realismo la solución a cualquier problema.

Está mediada la tarde de este día de primavera del año 1589.

Fuera hace frío, aunque luce un sol brillante que ya va camino del ocaso. En casa de los Monferrant, en Burdeos, se ha llegado a unos momentos de calma, después del revuelo de la vuelta del paseo. Juana, asistida por la nodriza y una doncella, ha ayudado a los niños a cambiar sus ropas de calle por sus vestidos de casa. Abrigos, capuchas, gorros, guantes y bufandas han quedado guardados en los armarios.

Los niños han bebido después sus vasos de leche bien caliente y han comido sus buenas rebanadas de pan con mantequilla y miel.

La pequeña Magdalena ha quedado instalada en su cuna y duerme ya pacíficamente.

El hijo mayor, que ya tiene diez años, trabaja ahora en su cuarto preparando sus lecciones del día siguiente.

Juana se asoma a la puerta del cuarto de jugar para ver cómo organizan sus juegos los otros tres hijos.

Marta, sosegada y tranquila, se ha sentado en un rincón y selecciona ordenadamente los vestidos que va a ponerle a su muñeca.

Muy cerca de ella, Jeannette, que acaba de cumplir tres años y es poco más que un bebé gordo

y rubio, ha empezado a sacar de un cesto sus queridos tarugos de madera. Los manosea, los mira y acaba por hacer lo que más le gusta: elige uno, que es su preferido, y se lo lleva a la boca.

Desde la puerta le llega la voz de su madre:

—Jeannette, eso no se chupa, ¿no ves que está sucio porque siempre anda por el suelo?

La niña aparta el tarugo de madera de su cara, pero no lo suelta de la mano. Juana sabe que volverá a llevárselo a la boca en cuanto deje de sentirse vigilada.

Francisco ha cargado su carrito con unos puñados de soldaditos de plomo amontonados de cualquier manera y, arrodillado en el suelo, hace evolucionar el carro a toda velocidad, con lo que algunos de sus pasajeros salen disparados hacia los lados cada vez que el vehículo es obligado a tomar una curva demasiado forzada.

—Francisco —advierte su madre—, no te acerques tanto al brasero; te puedes quemar.

El niño levanta un momento la cabeza para mirar a su madre y hace un leve movimiento de aquiescencia. Luego, vuelve a su juego, galopando por el suelo para mover su carro en violentas carreras. Cada vez que un soldadito salta por el aire, Francisco emite un gozoso grito guerrero. Su juego le está divirtiendo muchísimo.

Este niño tiene ahora cinco años y a Juana le recuerda en todo a aquel hermanito bienamado cuyo nombre lleva. Tiene su misma vitalidad, sus mismos gestos enérgicos y graciosos... Juana evoca una cierta tarde en que jugó a los soldaditos con aquel otro Francisco. Una tarde de hace ya muchos años en que ella decidió que sería Juana de Lestonnac, ella misma, como ella quería ser...

«Y ahora», se dice Juana, «ahora aquí estoy. Soy Madame de Monferrant y estoy trabajando por serlo de la mejor manera posible...»

Y sonrío a la imagen que su memoria le trae de aquella niña impulsiva que tenía la cabeza llena de unos generosos sueños de actividades encaminadas a educar a la sociedad y a reformar las costumbres.

Y su sonrisa se acentúa cuando se da cuenta de que, de momento, sus actividades educativas y reformadoras se limitan a repetir unas cuantas veces más:

—Jeannette, eso no es para chuparlo.

—Francisco, juega más lejos del brasero...

«Una cosa son las fantasías de una niña de ocho años y otra muy distinta las realidades que tiene que vivir una mujer de treinta y tres...», piensa Juana. Y su monólogo interior hubiera seguido por este camino si no lo hubiera interrumpido el sonido de la campanilla de la puerta principal.

—Vaya, tenemos visita —murmura Madame de Monferrant; y la idea de tener que recibir a alguien en este preciso momento no le apetece nada, pero, a pesar de ello, prepara su gesto más cordial y su sonrisa más amable. ¿Quién podrá ser?

Escucha el ruido que hace el portón de entrada al ser franqueado. Y el saludo que el portero hace al visitante. Sobre la voz queda y respetuosa del criado se oye otra, juvenil y vibrante, que responde afectuosamente al saludo y que añade inmediatamente una pregunta impetuosa:

—Buenas tardes, Robert. Dime, ¿dónde puedo encontrar a Madame, mi hermana?

—Creo que está arriba, en la habitación de los niños, Monsieur.

Unos pasos rápidos cruzan el zaguán y se detienen unos segundos ante el arcón, justo el tiempo necesario para tirar sobre él el pesado tabardo forrado de pieles que abrigaba al visitante. Luego, la ágil figura masculina se lanza escaleras arriba, subiendo los escalones de dos en dos, para llegar antes al rellano del primer piso.

Juana ya está allí para salir al encuentro del recién llegado.

—¡Roger, qué alegría verte hoy por aquí!

—Hola, hermana. ¿Cómo andáis todos?

La voz del visitante durante este breve diálogo ha sido como un toque de clarín que ha roto, de repente, la paz doméstica.

De la habitación de los niños han salido los tres pequeños en tropel:

—¡Tío Roger!

Y hay un beso para Marta, y un cariñoso tirón de pelo para Francisco y un apretado abrazo a la pequeña Jeannette, que ha saltado directamente a los brazos de su tío para colgársele del cuello.

—¡Jeannette, no me aprietes tanto, que me vas a ahogar! —es la exageradamente cómica queja que hace reír a todos.

—Ven, tío Roger —apremia Francisco—; ven, tengo que enseñarte el carro que el abuelo me ha regalado por mi cumpleaños.

—Yo te enseñaré mi muñeca —es la comedida invitación de Marta.

—¡Y yo te enseñaré, yo te enseñaré...! —chilla Jeannette.

La puerta del cuarto de estudio se ha abierto y el mayor de los Monferrant ha salido al rellano para unirse a la alegre reunión familiar.

—¿Qué tal muchacho, cómo van esos estudios? —pregunta Roger de Lestonnac a su sobrino.

—Bien, tío —es la escueta y lacónica respuesta de Pedro.

—¿Quiénes son tus profesores este año?

—Pues en Cálculo tengo al Padre de la Brouillière.

—Le conozco. También yo le tuve de maestro de Ciencias en cuarto curso. Es exigente, ¿eh?

—¡Uf, ya lo creo! Veinte problemas nos ha puesto para el jueves.

—¡Caramba, verdaderamente son demasiados! Y ¿qué tal te va con él?

—Bueno, no muy mal, pero prefiero al Padre Daniélou; me gustan sus clases de Lengua y los ejercicios que nos pone.

El llanto estridente de la benjamina Monferrant interrumpe la charla.

—Vaya, con todo este jaleo hemos despertado a Magdalena —dice Juana encaminándose hacia la habitación en que está la cuna de la pequeña; pero la nodriza se le adelanta:

—No importa mucho que se haya despertado, Madame, ya es casi la hora de comer para la niña.

—Ven, tío Roger...

—Oye, tío Roger...

—Mira, tío Roger...

Por encima de las cabezas de los niños, Roger de Lestonnac ha cruzado una mirada con su hermana y luego le ha murmurado una frase:

—Me gustaría hablar contigo... a solas...

—Sí, ahora mismo. Aguarda un momento...

Juana restablece el orden con unas cuantas frases:

—Vuelve a tu trabajo, hijo —es la dedicada al heredero—. Y vosotros, a jugar en vuestra habitación —y ante las protestas unánimes de los niños—: No os impacientéis, tío Roger subirá luego a deciros adiós.

Juana conduce a su hermano hasta el saloncito del primer piso, una severa estancia amueblada con sillones de tallado roble tapizados de una seda verde oscuro.

Y ya los dos hermanos sentados frente a frente es ella la que inicia la conversación:

—Cuéntame, ¿qué es de tu vida?

—Pues...

El muchacho que hace unos minutos era todo alegría y bullicio jugando con los sobrinos, aparece ahora un poco tímido y dubitativo.

—Vamos, cuéntame —le anima Juana—. No me irás a decir que tienes problemas con tus estudios, ¿eh? Papá siempre ha dicho que eras un buen estudiante, el mejor de todos nosotros.

—No, no tengo problemas con los estudios... si acaso los estudios tienen problemas conmigo —bromea ahora ya más relajado Roger.

—¿Que los estudios tienen problemas contigo? No te entiendo, ¿qué quieres decir?

—¡Que voy a dejarlos plantados!

—¡Roger! No puedes dejar tus estudios de Leyes...

—¡Ya lo creo que puedo, y lo voy a hacer!

—¿Has decidido entrar en la carrera militar?

—¡No, desde luego que no!

—Entonces, ¿qué es?, vamos, di, explícate —anima Juana llena de interés por el hermano pequeño.

—Pues es que... me he dado cuenta de que... he descubierto que por encima de todo me interesa... me interesa algo que... y quiero dedicarle mi vida entera...

El gesto preocupado de Juana se transforma en una expresión abiertamente divertida:

—Vaya, mi hermanito pequeño se ha enamorado, ¿es eso?

—Bueno, pues en cierta manera sí —ríe ahora francamente Roger.

—¡Roger, muchacho, pero si eres un chiquillo!

—No tan chiquillo, tengo diecisiete años. ¿Qué edad tenías tú cuando te casaste, hermana?

—Sí, diecisiete, pero en una mujer es distinto...

—No es tan distinto —protesta Roger.

Se hace un silencio entre los dos hermanos que Juana rompe:

—¿Quién es ella, la conozco yo?

—¡Claro que la conoces!

—¿La quieres mucho?

—Mucho.

—¿Te quiere ella a ti? ¿Te ha aceptado?

—Tengo la seguridad, ¡me lo ha dicho!

—Vamos, dime ya su nombre...

Roger calla sonriendo maliciosamente durante unos segundos... Un poco por mantener la inquieta curiosidad que relampaguea en los azules ojos de su hermana, otro poco porque sabe que el nombre que va a pronunciar puede provocar una tormenta como la que ya se ha desatado en la mansión Lestonnac hace unas horas.

—Vamos, dime quién es ella —apremia Juana de nuevo.

Y Roger pronuncia claramente:

—La Compañía... la Compañía de Jesús. Voy a ingresar en el Noviciado a primeros del mes de septiembre.

Juana entrelaza las manos sobre el regazo en esa actitud tan suya y que repite cada vez que algo la emociona o la preocupa; durante un largo espacio de tiempo mira a su hermano pequeño sin decir nada. Roger aguarda impaciente a que hable, a que diga algo, quiere saber cómo va a reaccionar ante la inesperada noticia, pero ella prolonga su silencio, ¡tantas cosas le están pasando en estos momentos por la cabeza!

—Tu edad tenía yo cuando... —dice por fin, rememorando una escena ya lejana, pero se interrumpe para preguntar llena de inquietud—: ¿Has hablado ya con nuestro padre? ¿Qué te ha dicho?

Y ahora es Roger el que habla lentamente y con voz opaca:

—Me ha negado su permiso para entrar en la Compañía. Me ha prohibido que lo haga. Me ha amenazado con desheredarme si le desobedezco...

—¿Qué vas a hacer?

—Ingresaré en el Noviciado a primeros del mes de septiembre —es la rotunda afirmación que Juana escucha de labios de su hermano pequeño.

Y vuelve a haber un largo silencio entre los dos.

—Tu edad tenía yo... —repite ahora Juana—. Tu edad tenía yo cuando nuestro padre me llamó un día a su despacho. También a mí se me había pasado por la cabeza la idea de una vida entregada al servicio de Dios y de nuestra Religión, pero no tenía todavía nada tan claro y tan concreto como tú pareces tenerlo. Y mi padre me dijo que estaba seguro de que lo mejor para mí era casarme y educar una familia, y yo lo acepté... No me arrepiento, ¿eh? Acepté la voz de mi padre como la expresión de la voluntad de Dios y aquí estoy... pero ¿sabes?, me das un poco de envidia, envidia de la buena. Vas a poder hacer grandes cosas en el servicio de Dios... Así que padre está muy enfadado, ¿eh?

—En mi vida le he visto tan indignado. Te aseguro que me asusté bastante.

—Ayudó a los Jesuitas a establecer su Colegio y os ha enviado allí para educaros... —comenta Juana—. Y ahora...

—Ya ves, contradicciones del espíritu humano. Que haya Jesuitas en Burdeos le parece estupendo, que un hijo suyo ingrese en la Compañía ya es harina de otro costal...

—Me imagino que le preocupa el que Guido no tenga hijos. Si ahora tú te haces Sacerdote, el nombre de Lestonnac se perderá...

—También eso me echó en cara. Me dijo que parecía mentira que no me importase nada el nombre de la familia...

—¿Sabes?, se me ocurre que hay una manera de que tú hagas que el nombre de la familia brille y se perpetúe en la memoria de las gentes...

—¿Qué dices. Juana? —ríe Roger.

—Ya que quieres ser Jesuita, deberás ser un Jesuita santo: San Roger de Lestonnac. ¿Qué te parece?

Ríen los dos hermanos de buena gana y en estas risas se escapa buena parte de la emoción que los dos han sentido durante esta entrevista.

Roger se va y Juana le acompaña hasta la puerta.

—Me queda aún la gran batalla, Juana —dice Roger—. Y sé muy bien que no puedo esperar ningún apoyo ni de nuestra madre ni de Guido. ¿Puedo contar contigo?

—Me tendrás siempre a tu lado, ya lo sabes. Y Gastón también te apoyará, estoy segura. Yo le hablaré y sé que él hará todo lo que pueda por suavizar la tensión entre nuestro padre y tú.

—Gracias, Juana. Ya contaba yo con que podía confiar en tí.

Juana ve alejarse calle adelante la gallarda silueta juvenil. Y un cálido gozo entusiasmado le reconforta el alma. Se siente orgullosa de este hermano pequeño tan generoso, tan decidido...

Luego, cierra la puerta y sube al primer piso; tiene que apaciguar a los cuatro sobrinos que protestan enérgicamente porque el tío Roger no ha cumplido su promesa de subir a decirles adiós...

LA ÚLTIMA LECCIÓN DE MIGUEL DE MONTAIGNE

De Montaigne están llegando últimamente malas noticias. Françoise de la Chassigne escribe que Miguel está muy enfermo, que tiene períodos de fiebres altas y momentos en que los dolores del «mal de piedra» le resultan casi insufribles.

A Juana le producen una honda pena estas noticias. Escribe, a su vez, cartas alentadoras y llenas de cariño para tratar de animar a este tío tan querido y por el que siente tan sincero agradecimiento; pero se prepara para lo peor.

Y lo peor llega; y, como siempre, llega mucho antes de lo temido.

A mediados de este mes de septiembre de 1592, un nuevo mensaje llegado desde Montaigne informa de la muerte de Miguel:

«Cuando conoció que estaba próxima su muerte, pidió que se dijese una Misa en su aposento; y cuando llegó el momento de la elevación de la Sagrada Hostia, se incorporó con las manos juntas, en un acto de Fe y adoración, luego cayó hacia atrás y expiró.»

Una larga carta de Françoise de la Chassigne habla del deseo de su marido de ser enterrado en Burdeos, en la iglesia de los Religiosos Cister-

cienses des Feuillants. Ruega a Juana que le ayude en los trámites para conseguir el permiso de las autoridades civiles y del Abad de los Religiosos para proceder al traslado del cuerpo de Miguel; y le cuenta su proyecto de hacer un monumento en memoria de su marido sobre el lugar de su enterramiento.

El monasterio de los Cistercienses des Feuillants se halla instalado en el edificio del antiguo Priorato de San Antonio. El nombre de Feuillants les viene a sus Monjes de la Abadía de Feuillants, que ha sido la primera en aceptar la reforma de la Orden Cisterciense.

El Abad Juan de la Barrière ha reformado hace unos años la Abadía que los Feuillants tenían en la Diócesis de Rieux, adoptando la Regla del Císter en su más estricta observancia.

Y hace tres años, es decir, en 1589, fundó esta nueva casa, en la que los Monjes siguen conservando el antiguo nombre, pero viven ya según las austeras normas cistercienses.

Juana llora la muerte de su tío querido y, desde luego, hace todo lo que está en su mano para ayudar a Françoise a cumplir la última voluntad de Miguel; y, para ello, se pone al habla con el Abad del Monasterio de los Feuillants de Burdeos. Y este encuentro le resulta extraordinariamente interesante.

En el austero y frío despacho del Padre Abad, Juana ha expuesto el deseo de la viuda de Miguel de Montaigne.

—Acepto en principio la propuesta, Madame, pero naturalmente he de consultar, antes de tomar una decisión definitiva, con mi Prior y con los miembros de la Comunidad que forman el Consejo. Dentro de unos pocos días os informaré de cuál es

la resolución final. Si la respuesta es afirmativa, tendremos que volver a vernos para ultimar detalles...

—Yo creo que para ese momento, mi tía, Madame de la Chassaigne, estará en Burdeos y podréis tratar directamente con ella...

Juana está ya en pie, a punto de despedirse, pero no puede evitar que su interés se vuelque en una pregunta:

—Excusadme, Padre Abad, ¿podrías explicarme algo que no entiendo bien?

—Adelante, hija mía, ¿qué es ello?

—En estos tiempos revueltos y confusos en que tanta necesidad tiene la Santa Madre Iglesia de personas doctas que en las Parroquias y en las escuelas enseñen las sanas doctrinas, ¿qué sentido tiene esta vocación vuestra que os empuja a volver la espalda al mundo para encerraros en un Monasterio, dedicados exclusivamente a vuestra propia perfección?

—Ciertamente son estos tiempos, Madame, en que la mies es mucha y los operarios pocos... Por eso nosotros hemos elegido el camino, siguiendo el mandato de Nuestro Señor Jesucristo, de dedicar nuestra vida a rogar al dueño de la heredad que envíe obreros a su campo.

»En la casa del Padre hay muchas moradas y a nosotros nos parece que nos ha correspondido habitar en este Monasterio, tratar de imitar lo más fielmente posible las virtudes y la forma de vida de nuestro Salvador y dedicar nuestro tiempo a una oración ininterrumpida. Oración que no siempre tiene la forma de plegaria: a veces es trabajo manual, a veces es estudio, pero siempre toda nuestra vida y todo el esfuerzo de que somos capaces van encaminados a seguir de cerca a Jesucristo y a rogar al Padre por el mundo y sus criaturas...

»Yo comprendo que hay otras vocaciones que llaman a hombres y mujeres a una más directa dedicación al apostolado, pero nosotros hemos de ser fieles a nuestra vocación, ¿comprendéis, Madame?

—Sí, Padre Abad, creo que os comprendo bien.

—Hay soldados en primera fila y hay soldados en servicios de aprovisionamiento —continúa el Abad—; quizá resultan más espectaculares y gloriosos los hechos de los primeros, pero no creo que los y actos de los otros sean en verdad menos eficaces y aun heroicos... En cualquier caso es esta tarea más oculta la que el Padre nos ha pedido a nosotros y aquí nos hemos reunido y aquí estamos dispuestos a obedecerle lo mejor que sepamos y podamos...

Juana ha salido de la entrevista muy impresionada y guarda en su memoria las frases del Abad Juan de la Barrière y el acento de sincero convencimiento con que ha hablado de su vocación a una vida consagrada a la imitación de Jesucristo y a la oración al Padre.

«Es como si, una vez más, me hubiera llegado, de la mano de tío Miguel, una hermosa enseñanza», se dice Juana.



Ha llegado el verano de 1593.

En contra de su costumbre desde que está casada con Gastón de Monferrant, Juana no se ha trasladado a Landirás. Ha enviado al campo a los cuatro hijos menores con un aya y un preceptor y se ha quedado en Burdeos con Gastón y con Pedro.

Ricardo de Lestonnac está enfermo de gravedad y Juana quiere estar cerca de su padre ahora que parece inminente su final.

Guido, Juana y Madame de Lestonnac se turnan a la cabecera del enfermo, que pasa largas horas sumido en profundos silencios, sólo interrumpidos por su fatigoso respirar. A veces, con voz débil y frases entrecortadas, vuelve a su queja de siempre:

—Es triste... es triste... morir así... así, sin un heredero... se perderá... el apellido...

Guido inclina la cabeza apesadumbrado.

Juana ha hecho venir hoy, como otras veces, a su hijo Pedro, el nieto mayor de Ricardo de Lestonnac, que ya tiene diecisiete años. Ha pensado que quizá la presencia de este muchacho de aspecto tan gallardo y mirada tan inteligente alegraría y animaría al abuelo.

—Mira, padre —dice Juana—, aquí tienes a Pedro. Todo el mundo dice que se parece muchísimo a ti...

Ricardo contempla a su nieto, trata de sonreír y hace un leve gesto de saludo con la mano, cuando el muchacho se inclina ante él.

—Es posible, es posible... que se parezca... a nosotros, los Lestonnac... pero es un Monferrant... es un Monferrant...

Luego, la voz que viene del amplio lecho vuelve a alzarse para formular una pregunta que asombra bastante a los presentes:

—¿Cuántos años... tienes... Pedro?

—He cumplido diecisiete en mayo, abuelo.

Y la siguiente frase del enfermo resulta todavía mucho más sorprendente:

—¡Cásate... cástate, muchacho... y ten enseguida... enseguida... muchos hijos...!

Juana trata de bromear:

—¡Padre, no quieras hacerme abuela tan pronto!

Pero su frase no consigue apartar de la mente de su padre la obsesión que le preocupa:

—Es triste... muy triste... que se pierda un apellido... Los herederos son... son el esplendor... de una casa... la garantía... de la continuidad... de una familia...

Guido se acerca ahora a su padre, toma una de sus manos y se arrodilla junto al lecho:

—No se perderá nuestro apellido, padre. Instituiré como heredero mío a alguno de mis sobrinos: a Francisco de Monferrant o a uno de los hijos de Jacqueline. El heredero tomará nuestro apellido y nuestras armas...

—No será lo mismo... no será lo mismo... —murmura el enfermo entre dientes; y luego todavía

en un hilillo de voz apenas audible—: Si Roger... hubiera...

Después se sume en otro de sus períodos de mutismo.

Madame de Lestonnac y Guido han cambiado una seria mirada. Luego, los dos se vuelven a Juana. Una vez más siente ella el reproche de estos tres seres queridos que la hacen corresponsable de la decisión de Roger. «Si tú no le hubieras apoyado...», parecen acusar. Y Juana responde con una mirada serena y firme. «Creo que Roger hizo bien al seguir su vocación con tanta valentía», parecen decir sus azules ojos, «y si mil veces más solicitara mi apoyo para hacer lo que hizo, mil veces me encontraría decidida a dárselo.» ;

Roger de Lestonnac, que pronto será ya ordenado Sacerdote, ha cambiado su nombre: ahora se llama Jerónimo. Su padre no ha querido volver a verle desde el día en que el muchacho salió camino del Noviciado de los Jesuitas. Desde que Ricardo está enfermo, Jerónimo de Lestonnac se acerca a la casa paterna siempre que sus Superiores le dan permiso para ello, pero no entra. Desde el umbral de la puerta pide noticias sobre la salud del enfermo y el portero o su madre o Guido o Juana, si están cerca y advierten su presencia, le informan. La situación es triste y penosa, pero Ricardo prohibió la entrada en casa a su hijo menor y todos respetan la voluntad del señor de Lestonnac.

El día 12 de agosto ha muerto Ricardo de Lestonnac y su cuerpo ha sido enterrado, tal y como él ha dejado dispuesto, en la iglesia de los Frailes Carmelitas de Burdeos.

Alrededor del sepulcro de Ricardo, y junto a Juana Eyquem, se han reunido en apretado grupo familiar todos los hermanos Lestonnac: Juana,

Guido, Jacqueline-Françoise, Jacqueline-Jeanne, Roger-Jerónimo... Tienen los hermanos entre sí grandes diferencias de edad y cada uno de ellos lleva sobre los hombros el peso y la responsabilidad de sus propias obligaciones y compromisos. Existen también entre ellos distintas maneras de entender el servicio de Dios y el modo de insertarse en la sociedad de su tiempo, especialmente entre los dos hermanos Guido y Jerónimo. El primero es ya desde hace unos años Consejero del Parlamento de Burdeos, como lo fue su padre; el segundo está a punto de ordenarse Sacerdote dentro de la Compañía de Jesús. Las hermanas pequeñas de Juana son mujeres muy jóvenes, casadas hace apenas unos pocos años y que empiezan a criar a sus primeros hijos... pero todos los hermanos se sienten ahora unidos, en el recuerdo entrañable al padre ausente y en el cariño y respeto a esta madre inteligente y responsable que ha tratado siempre de transmitirles lo mejor de sus conocimientos, de sus creencias y de su experiencia de la vida.

LA VENDIMIA

Después de los ocho días de luto riguroso que impone la costumbre, Juana, vestida de negro y con el corazón dolorido, ha salido en coche cerrado hacia Landirás. Gastón y Pedro la acompañan a caballo.

Se acerca el momento de la vendimia y la familia entera debe estar presente durante las faenas agrícolas de esta época del año.

Cuando el coche se detiene ante la puerta del castillo y Juana desciende, el grupito de criados y colonos que trajina por la inmediaciones se acerca para testimoniarse sus condolencias. Madame de Monferrant agradece estas muestras de afecto de sus gentes con unas cálidas frases; luego, apresura sus pasos hacia el interior del zaguán.

En la escalera de piedra que baja del primer piso se oyen ya repiqueteos desiguales y apresurados; son los pasos de los hijos que vienen al encuentro de los recién llegados. La noticia de la muerte del abuelo Ricardo llegó aquí hace ya días y el aya y el ama de llaves se han ocupado de que todos los hijos de la casa, incluida la pequeña Magdalena, vistieran ropas de luto.

Y es un grupo serio, triste y enlutado el que se reúne al pie de la gran escalera de piedra.

Magdalena ha corrido para abrazarse apretadamente a las negras sayas de su madre. Marta y Jeannette se han acercado a besarla y luego se han quedado junto a ella. Francisco ha venido detrás de sus hermanas y se ha inclinado ante su madre para besarle la mano.

Gastón y Pedro, en pie frente a Juana, presencian la escena en respetuoso silencio. Fuera, al otro lado del umbral del portón de entrada, el cochero y un par de criados aguardan a que se retiren los señores para empezar a descargar el equipaje.

Juana tiene que hacer un gran esfuerzo para sobreponerse a la emoción que le causa este primer encuentro con sus hijos después de la muerte de Ricardo. Es cierto que para ella la muerte es una realidad familiar que ha visto de cerca desde que era muy niña: Monsieur de la Boétie, Ernestine, Francisco, Audet... La desaparición de cada uno de ellos la afectó profundamente. Después, la pérdida de sus tres primeros hijos le hizo experimentar una enorme pena; pero ninguna de estas muertes le hizo sentirse, desamparada. Ahora, la muerte de su padre, tan cercana a la pérdida de su tío Miguel, parece sumirla en una doble orfandad. Estos dos hombres han sido su apoyo y su seguridad en la vida afectiva, social y religiosa cuando era niña. Juana siente que una oleada de angustiada zozobra asciende desde lo más profundo de su ser y le ciega los ojos con una oleada de llanto abrasador...

Está cansada y se siente profundamente triste. Los largos días de inquietud y preocupación por la salud de su padre, unidos a las muchas horas de vela junto al enfermo, han debilitado su fortaleza física. Y ahora, rodeada de estos seres que la acogen con tanto afecto, le asalta la fuerte tentación de rendirse, de abandonar su continua vigilancia sobre sí misma y de apoyarse en estos jóvenes seres queridos; siente la gran tentación de la autocompasión,

de pensar: «Soy muy digna de lástima, he perdido a un padre extraordinario, a un hombre fuerte, sabio y poderoso que me quería y en el que yo confiaba y me apoyaba. Soy más merecedora de compasión que otras huérfanas, porque yo he perdido a un padre que tenía muchos más valores como persona y como padre que la mayor parte de los otros padres...»

Y se rinde durante unos segundos. Toma la cabeza de Francisco entre sus manos y apoya sus labios sobre la frente del hijo. Y está a punto de consentirse a sí misma la debilidad de abrazarse al muchacho y dejar correr sobre sus hombros las lágrimas que se agolpan en sus ojos.

Pero dentro de ella se alza inmediatamente su buen sentido, ese buen sentido que la ha hecho siempre examinar y analizar la realidad a la luz clarividente de su Fe: «He perdido a mi padre y no hace mucho que perdí a tío Miguel, pero eso no me hace a mí merecedora de más compasión... Fueron dos hombres extraordinarios y tengo que dar muchas gracias a Dios porque me concedió el privilegio de poder vivir cerca de ellos, de recibir sus enseñanzas, sus ejemplos, su apoyo... Yo sería indigna de los beneficios recibidos si no supiera ahora, a mi vez, ser ejemplo, enseñanza, apoyo y seguridad para otros...»

Y Juana reacciona y se rehace. Levanta la mirada y por encima del apretado grupo de hijos que la rodea, sus ojos se encuentran con los de Gastón y los de Pedro.

«He perdido el apoyo de tío Miguel y de mi padre», se dice Juana, «pero Dios me ha concedido la compañía de estos otros dos hombres y yo...»

No puede completar su pensamiento porque oye junto a ella la respiración entrecortada de Magdalena que está tratando de contener valientemente el llanto.

Y como en tantos otros momentos de su vida, Juana afirma el gesto de su boca y cuadra los hombros. Y también ahora toma la iniciativa y es ella la que hace el primer movimiento para resolver esta penosa escena.

Se traga su propia necesidad de consuelo y sale de su congoja personal para dedicarse a consolar la pena de los otros:

—Ea, Magdalena, no llores más, sécate esas lágrimas. El abuelo ha muerto en la paz de Dios. A todos nos causa mucha pena su ausencia, pero no podemos dejar que el dolor nos detenga. Para él ha llegado ya la hora del descanso, pero para nosotros no ha llegado todavía. Venid, vamos todos arriba. Vuestro padre, Pedro y yo tenemos que cambiarnos de ropa. Hay mucho que hacer...

El grupo entero se pone en movimiento. Gastón se adelanta para ofrecer su brazo a Juana y los dos marchan delante en la ascensión de la escalera. Y en frases rápidas, fruto de un largo entendimiento, planifican, escalón por escalón, el programa de las actividades más inmediatas:

—...Contratación de jornaleros para la vendimia. ..

—...limpieza y acondicionamiento de la sala que servirá de dormitorio a los jornaleros...

—...compra de cestos nuevos...

—...limpieza del lagar y las bodegas...

—...reparación de cubas...

—...compra de herramientas y vituallas...

—...la cosecha se presenta buena y el tiempo apremia, vamos retrasados en las faenas...

—...habrá que prever una permanencia en Landirás más prolongada que otros años...

—...será necesario traer de Burdeos ropa de más abrigo para todos.

Para cuando el grupo comienza a disgregarse en el rellano del primer piso, Juana y Gastón ya saben cuáles son los objetivos prioritarios de la larga lista de actividades que les esperan en los próximos días. Y cada uno de ellos tiene su tarea bien delimitada. Gastón, auxiliado por Pedro, supervisará incansablemente los trabajos de recogida, transporte, almacenaje y pisado de la uva. Se multiplicará para estar, asistido por su primogénito, administradores y capataces, en los campos, en los caminos, en los lagares y en las bodegas. Dirigirá trabajos, seleccionará racimos, calculará jornales, dirimirá desavenencias... y será durante todas las semanas que dure la vendimia la persona que está en todas partes y a todas horas, el primero que se pone a la faena y el último que se retira de los lugares de trabajo.

Juana será desde Landirás su firme equipo de apoyo. Bajo su dirección se preparará la comida que los criados harán llegar cada jornada hasta los campos de trabajo en que se afanan los viñadores. Y cuidará del orden y la limpieza diaria de la gran sala que sirve de dormitorio y lugar de descanso a los jornaleros contratados, en la que se han tendido colchones de paja nueva. Se ocupará de que haya mantas limpias que los hombres pueden necesitar durante las frescas madrugadas y de que los jarros estén siempre llenos de clara agua del pozo.

Despunta el amanecer de este primer día de vendimia. Juana, Gastón y Pedro están empezando a desayunar, cuando aparece en el comedor Francisco. Se ha vestido su traje de montar y trae la fusta en la mano.

La madre hace un gesto de asombro.

—¡Francisco!, ¿qué haces levantado a estas horas?

El muchacho ignora la pregunta de su madre para dirigirse a los dos hombres.

—¿Puedo ir con vosotros? —pregunta.

—Eres muy pequeño. Te cansarías en seguida.

—¡Por favor, déjame ir, padre! ¡No soy pequeño, tengo once años! Mamá, díles que me dejen ir.



Juana escucha con simpatía la suplica del pequeño, de este Francisco atolondrado, impulsivo y afectuoso al que ella ha tenido que dedicar tanta atención porque es el más difícil de sus hijos.

Y se vuelve a los dos hombres para transmitirles con la mirada la petición del chiquillo.

—Bueno —accede Gastón—, ven con nosotros, pero luego no te quejes de que son muchas horas a caballo y de que hace calor, ¿eh?

—Así aprenderás lo que es trabajar, pequeño —bromea Pedro.

Juana hace un aparte con Gastón:

—Si le ves cansado, me lo mandas a casa; pero que no venga solo. No me fío nada de sus ocurrencias...

—¡Me quedaré con papá y con Pedro hasta que se termine el trabajo! —asegura Francisco muy serio.

—Ya veremos, ya veremos de lo que eres capaz, hombrecito —dice Gastón dando unas palmaditas en la cabeza de su benjamín.

Se suceden unas a otras las duras jornadas de trabajo hasta que toda la uva ha sido recogida. Francisco ha tenido ocasión de salir al campo con su padre y su hermano todas las horas que ha querido, que han sido más bien pocas, porque la labor es monótona y pesada y el muchacho ha sentido, después de los primeros días, que se cansaba, se aburría y estaba más que harto de vendimia.

Durante todo el tiempo que dura la recogida de la uva, Juana sale a última hora de la tarde a darse una vuelta por las cercanías de esta gran sala. Es la misma en la que recibió la primera visita de sus colonos en aquella lejana tarde invernal de 1574...

Son muchos los jornaleros que aprovechan esta proximidad de la castellana de Landirás para acer-

carse a ella y mostrarle una fea herida, contarle una desgracia familiar o simplemente dejarle ver los andrajos que les sirven de vestido.

«También éstos son mis gentes», se dice Juana. Y se esfuerza por curar la herida lo mejor que sabe, escuchar con simpatía la desgarradora narración o proveer de vestido al medio desnudo.

«He recibido mucho; tengo que dar y darme todo lo mejor que sepa y pueda», es la reflexión que Juana se hace siempre en estas circunstancias.

Y termina la vendimia. Una pequeña parte de la cosecha se envía directamente al mercado. Otra parte mucho mayor se ha llevado al lagar donde se la ha convertido en mosto, que luego se ha guardado en las enormes cubas de roble de la bodega. Allí reposará largos meses, mientras fuera termina el otoño y transcurren después los grises y fríos días del invierno...

TIEMPOS DIFÍCILES

El continuo rodar de las estaciones vuelve a traer a Burdeos el buen tiempo. Está terminando la primavera de este año de gracia de 1597.

El final de la primavera es siempre una época muy atareada para la señora de una casa grande. Es el momento de cambiar las gruesas alfombras que cubren los suelos por esteras de paja, que resultan más frescas. Hay que descolgar los cortinajes que han protegido balcones, puertas y ventanas de los traidores fríos invernales y cambiarlos por cortinas de telas más ligeras y colores más claros.

Y todo esto supone un enorme trajín de criados y tapiceros que descuelgan, limpian, repasan, empaquetan... Y el ama de casa tiene luego que dirigir la operación de sacar las cortinas de verano y ocuparse de que se planchen y se cuelguen debidamente.

Para toda esta pequeña conmoción doméstica, Juana ha aprovechado estos días en que Gastón y Pedro están de viaje. Han tenido que ir a Toulouse a resolver un asunto importante.

Ahora todo el cambio está hecho. Alfombras, tapices, cortinajes y colgaduras han quedado guardados en arcones y armarios, bien protegidos contra ratones, cucarachas y polillas.

Se ha hecho en la casa una limpieza a fondo. En todas las habitaciones huele ahora a... primavera, es decir, a suelos recién fregados, a muebles recién encerados, a esteras nuevas, a cortinas y colchas recién lavadas y planchadas, a la pintura fresca con que se han repasado puertas, ventanas y paredes...

Juana está satisfecha. Han sido días de un duro trabajo. De madrugar mucho, de pasar muchas horas de pie, de bregar para que los hombres trabajasen a buen ritmo y dejarasen las cosas terminadas como a ella le gustan, pero lo ha conseguido. Una vez más, al tratar con las personas ha hecho uso de esa mezcla especial, tan suya, de encanto seductor y energía inflexible, de respeto al ritmo y la forma de trabajar de los otros y de absoluta fidelidad al plan previsto para conseguir el objetivo que ella se ha propuesto... Es una fórmula que siempre le ha dado magníficos resultados. Sus colaboradores acaban por hacer lo que ella quiere y como ella quiere, y eso, simplemente porque ella lo quiere y porque siempre consigue que vean el problema y la solución a conseguir como ella misma los ve. La gente trabaja a gusto con Juana y para Juana, quizá porque ven que ella es la primera a la hora de laborar en la brecha y porque sabe organizar el trabajo de forma que todos, ella la primera, participen, sin que ninguno se sienta agobiado por exceso de tarea.

Ahora, en estas primeras horas de la tarde de este día de principios de junio, Juana se ha instalado en la habitación del último piso de la casa que sirve de ropero. Las puertas de los armarios están abiertas mostrando su interior de vestidos colgados en ordenadas filas y de ropas amontonadas en pilas cuidadosamente colocadas.

Se ha sentado en una banqueta baja; a su alrededor tiene prendas de vestir de hombre, de mujer y de niño que se extienden sobre sillas y bandejas de plancha.

Fuera, en el pasillo, se alinean contra la pared baúles y cestos.

Marta y Jeannette van y vienen desde el cuarto ropero hasta el pasillo: están ayudando a su madre a revisar las ropas de invierno. Juana decide qué piezas se van a guardar y se las da a las niñas para que las pongan en un montón, y qué otras piezas habrá que limpiar antes de guardarlas. Algunas prendas están muy deterioradas y habrá que des-echarlas. Jeannette se encarga de echarlas en el cesto de los trapos viejos. Hay prendas que están en buen uso, pero que se les han quedado pequeñas a sus dueños: calzones y chaquetas de Pedro y Francisco, sayas, corpiños y jubones de Marta, de Jeannette y de Magdalena... Todo esto irá a uno de los baúles que se llevarán dentro de unos días a Landirás. Allí hay niños y adolescentes de todos los tamaños a los que vendrán bien estas prendas de abrigo confeccionadas con telas tan buenas...

Juana examina cada pieza, le da vueltas entre sus manos para comprobar que tiene la botonadura completa, palpa el tejido para apreciar el grado de desgaste que ha sufrido en los lugares más rozados... Y con cada prenda le llega el recuerdo del momento y las circunstancias en que fue proyectada y realizada... El traje de Pedro para aquel Domingo de Ramos en que... La chaqueta de Gastón que se desgarró en la cacería de... El corpiño de Marta que tanto le gustó a...

Y, mientras selecciona, ordena y reparte, se sorprende a sí misma canturreando entre dientes una canción... una canción de amor... un madrigal...

—Eres mi gozo, amor.
¿Qué te diría?
Perfume de alba en flor,
luz de mi día,
trinos de ruiseñor...

*Si te alejas, amor,
yo, ¿qué sería?
No me dejes, amor,
sin ti, ¿qué haría?
Nada consolaría
la triste suerte mía.
Guárdame en tu favor...
Sin ti, mi amor,
no sé qué es alegría.
Tu ausencia dejaría
sólo llanto y dolor,
sin ti, ¿qué haría?,
¿para quién viviría
si tú no estás, amor?*

Juana paladea la profunda satisfacción reconfortante de recrearse en la tarea hecha, en la tarea bien hecha, en la tarea realizada con cuidado, con delicadeza artesana, con amorosa exquisitez.

Siente el corazón lleno de gozo, de un gozo tranquilo y seguro. De un sosiego alegre que se le traduce en un inmenso agradecimiento. Sus relaciones con Gastón son entrañables, firmes y fuertes. Los hijos crecen saludables, buenos e inteligentes. Francia disfruta de unos días de relativa paz... Y una vez más, su corazón se vuelve a Dios, y esta vez cantando, para agradecer, para reconocer el favor recibido, para ofrecer...

—Gracias, Señor, todo es tuyo y tú concedes tus dones generosamente. Gracias...

Y repite su canción:

*—Eres mi gozo, amor.
¿Qué te diría?*

.....

Y mientras canta se le ocurre pensar: «Todas las canciones de amor se te pueden dedicar a ti, Señor, que eres el Dios del amor...»

Fuera, en el pasillo, Marta y Jeannette han hecho un descubrimiento:

—¡Mira, tu falda de las flores azules!

—Ya no me sirve, se me ha quedado corta. Casi no la pude usar. A los pocos días de estrenarla nos pusimos de luto por el abuelo Ricardo, ¿te acuerdas?

—¿Me la das? —pide Jeannette ilusionada.

—Claro, si la quieres...

—Mira lo que tiene en el bolsillo: ¡tu pañuelo de la mariposa!

—¡Eso sí que no te lo doy! ¡Con lo que lo he buscado! ¡Qué alegría que lo hayas encontrado!, y yo que estaba completamente segura de que se me había perdido en la calle...

Marta entra en el cuarto ropero para enseñar a su madre el pañuelo recién recuperado. Jeannette la sigue con la falda que su hermana le acaba de regalar y se coloca frente al espejo de uno de los armarios. Se ciñe la falda a la cintura presentándosela por encima de la que lleva puesta y se mueve en estudiados pasos de baile para ver el efecto.

—Me queda bien, ¿verdad? —pregunta dirigiéndose a las figuras de su madre y de su hermana que ve reflejadas en el espejo.

—Sí, hija, te queda muy bien —corroborra Juana.

—A mí me gustaría tener otra falda parecida a ésa; acuérdate, mamá, de que yo casi no pude usarla. Empezamos el luto del abuelo y luego... —dice Marta.

Juana hace un gesto de asentimiento, se levanta de su banqueta y se dirige a uno de los cuerpos

del armario ropero en el que están colgados sus propios vestidos.

—Por aquí debe de estar una falda mía que tiene esos mismos colores... las flores eran más pequeñas, creo recordar, y...

Juana descuelga la prenda buscada y la extiende para que las niñas puedan verla.

—¿Le vas a dar tu falda a Marta? —pregunta Jeannette.

—Yo no la uso...

—¡Pero no vas a estar toda la vida vestida de negro! ¡Y esa falda es muy bonita! Me gustaría que te la pusieras tú...

A Marta le gustaría mucho tener la hermosa falda que su madre les está mostrando, pero comparte el deseo de su hermana de ver a su madre sin las ropas de luto que lleva ya desde hace tantos años. Y Marta es una muchacha generosa e inteligente... conoce bien los resortes argumentales que pueden mover a su madre, por eso dice:

—A mí también me gustaría verte otra vez vestida de color, aunque me quede sin esa falda... Y a papá le gustaría más todavía. La otra tarde comentaba que vas vestida de negro desde que murió tío Miguel, y que ya tenía ganas de verte vestida de otra manera. ¿No te parece que este verano podrías ya empezar a...?

—Sí, quizá tenéis todos razón —admite Juana—. Este verano, cuando se hayan cumplido los dos años de la muerte del abuelo Ricardo, pensaré en... De todas formas te puedes quedar con esa falda, Marta. Aún falta tiempo para que llegue el final del mes de julio y, mientras tanto, yo tendré tiempo de sobra para encontrar otra tela que me guste...

—¡Gracias, mamá! —agradece Marta entusiasmada—. La falda es preciosa.

—Te estará larga —da su opinión crítica Jeannette—; tendrás que acortarla... y bastante. Mamá es mucho más alta que tú.

Juana y las niñas retornan a su tarea. La madre ha vuelto a acomodarse en su banqueta y las niñas reanudan sus viajes: de Juana a los cestos, de Juana a los baúles, de Juana a los armarios...

En la casa no se oye más que el comedido rumor de la actividad doméstica habitual. El chirrido lejano de la polea del pozo en el patio, el apenas audible monótono recitar de Magdalena que repasa lecciones en su habitación. Los pasos quedos del ama de llaves que va de la despensa a la cocina y el charloteo discreto de Marta y Jeannette que en sus idas y venidas intercambian comentarios a media voz.

Juana ha retomado el motivo de su canción y acompasa suavemente sus movimientos al ritmo de la música. Está contenta... La vida tiene también momentos de un gozo muy profundo...

Y, de pronto, la tranquilidad de la casa se ve bruscamente interrumpida por unos enérgicos campanillazos que suenan en la puerta principal.

Marta y Jeannette detienen su charla. Juana se interrumpe a medio camino en el gesto de examinar unas blancas enaguas. La prenda se balancea suavemente en el aire, sostenida por sus manos, que se han crispado ligeramente. Se levanta de la banqueta y rápidamente repasa en su cabeza la lista de los posibles visitantes que pueden aparecer a esas horas y llamando a la puerta de esa manera.

Su actitud, tensa durante unos instantes, se relaja de pronto. Y su mirada busca la de sus hijas para tranquilizarlas:

—Seguro que es Francisco que ha salido hoy antes de su clase de esgrima. Sólo él llama de esa forma. ¡Mirad que le he repetido veces que no lo haga! Hoy me va a oír...

Y todavía con la enagua en la mano, sale del cuarto ropero y se asoma a la barandilla del rellano de la escalera. Desde este último piso se domina perfectamente el zaguán de entrada y Juana aguarda allí a que el criado abra la puerta. Se propone llamar a Francisco en cuanto entre y hacerle subir hasta donde ella está para repetirle una vez más, y esta vez muy en serio, que esa forma de tirar del cordón de la campanilla es absolutamente inadmisible.

«Es imperdonable que escandalices la casa entera a media tarde de esa manera», piensa decirle. «Está por completo fuera de las normas de la buena educación y del respeto que nos debes a todos, empezando por el bueno de Robert, al que siempre sobresaltas y haces apresurarse con esas llamadas tan apremiantes. Ya no tienes edad de que se te amenace con castigos, Francisco... ¡que vas a cumplir catorce años dentro de nada!, pero como vuelvas a...»

Juana no tiene tiempo de terminar la imaginada reprimenda a su hijo menor. Robert, el anciano portero, ha abierto la pesada puerta y el que aparece en el marco no es Francisco, es Guido de Lestonnac.

—¿Dónde está Madame?

Y su aspecto demudado, su traje empolvado y su voz ronca anuncian a Juana que su hermano es portador de noticias extremadamente graves.

—¡Estoy aquí, Guido!, ¿qué ocurre? —Juana ha dejado caer la prenda que tenía en las manos y vuela escaleras abajo al encuentro de su hermano.

También el recién llegado salta los escalones de dos en dos para subir a enfrentarse con la dueña de la casa.

—¡Dime, Guido! ¿Qué pasa?

El hombre jadea al hablar. Y no es solamente el esfuerzo de haber subido parte de la escalera muy rápidamente. Su respiración acelerada delata un esfuerzo anterior y mucho más grande. Una larga galopada con toda seguridad, dado el estado de sus ropas.

—¡Gastón...! ¡Un accidente... un terrible accidente... Juana...!

—¿Qué le ha ocurrido? ¿Dónde está? ¿Cómo está?

Juana se ha agarrado al brazo de Guido y le apremia a contestar.

—Está mal, Juana... muy mal. Yo... yo creo que es algo grave, muy grave...

—¿Dónde está?

—Lo están trayendo en una carreta, tardará todavía un rato en llegar...

—¿Y no será muy arriesgado moverle, si está tan mal? Puede ser muy peligroso... ¿Está herido?

—No, Juana, no creo que haya ningún peligro de que... de que empeore...

Juana ha comprendido; la tremenda verdad ha penetrado en su mente como un relámpago y la está cegando allá dentro, dejándola en tinieblas. Vuelve a enfrentarse, una vez más, con la brutal realidad de la muerte... Y se le nublan los ojos y se siente desfallecer.

—Está muerto... ¿verdad, Guido?

—Sí, Juana, está muerto.

Dos profundas arrugas se ahondan en vertical en el entrecejo expresivo de Juana y su boca se aprieta en un rictus crispado. Entrelaza los dedos en un nudo convulso mientras hace esfuerzos inauditos por mantener la compostura... Pero sólo durante unos segundos se detiene sobre esta terrible certe-

za. Inmediatamente otra urgente angustia se alza dentro de ella como una llamarada:

—¿Dónde está Pedro?

—En casa de Gérard de Fontenelle.

—¿Cómo está? ¿También él...?

—No, Juana. Pedro está vivo.

—Hay que traerle a casa.

—No es conveniente moverle... Los Fontenelle están haciendo todo lo humanamente posible por...

La cabeza de Juana es un torbellino de pensamientos que la fustigan como lacerantes trallazos de fuego: «Gastón muerto... Pedro en estado grave... Los Fontenelle están haciendo todo lo humanamente posible... No es conveniente moverle...»

Y, casi de repente, Juana, la activa, realista y práctica Juana, sale de este primer espasmo de dolor y consigue sobreponerse al estupor que lo repentino de la terrible noticia le ha causado:

—¡Robert!

—Sí, Madame, aquí estoy.

El viejo servidor llora en silencio; forma parte desde hace muchos años de esta familia y también él siente que ha perdido señor, amigo y protector, aunque su viejo corazón intuye que mientras Madame esté cerca no faltará una cabeza que guíe y un corazón en el que confiar.

—Robert, baja a las caballerizas y dile a Philippe que me ensille un caballo y que se prepare para acompañarme...

—¿Qué vas a hacer, Juana? —casi grita Guido.

—Voy a cuidar de mi hijo.

—¡No puedes hacer eso, Gastón está llegando!
¡Tienes que estar aquí para recibirle!

—Gastón ya no me necesita, Guido.

—¡Pero tienes que disponer aquí las cosas necesarias! ¡Eres la señora de esta casa, eres Madame de Monferrant!

—Soy la madre de Pedro y mi hijo está en peligro. Los preparativos que hay que hacer aquí para recibir al Barón de Monferrant-Landirás que llega a su casa muerto los puedes hacer tú, ocúpate de todo, por favor.

—¡Pero Juana...! —Guido comienza una nueva réplica, indignada y escandalizada a partes iguales, que su hermana no se detiene a escuchar.

Guido ha sentido siempre un respeto reverencial por la alta dignidad que supone el ser miembro del Parlamento. Él mismo está convencido de ser un personaje importante desde que ostenta el cargo de Consejero y le parece que su hermana está faltando gravemente a las conveniencias sociales al ausentarse de su casa cuando el cadáver de Gastón va a llegar y habrá que ocuparse de todo el protocolario ceremonial que la muerte de un personaje tan importante supone.

Y se vuelve a su hermana para advertir una vez más:

—¡Juana, deberías...!

Ella ya no le oye, ha salido camino de sus habitaciones y está empezando a recoger en un bolso parte de los medicamentos que guarda en su botiquín casero: hierbas para preparar tisanas contra la fiebre, pomadas cicatrizantes, jarabes para combatir las intoxicaciones, linimentos útiles para rebajar inflamaciones, píldoras que ayudan a suavizar el dolor... Hace ya muchos años que Juana aprendió a utilizar todos estos remedios y sabe por experiencia que son eficaces.

Ha conseguido dominar casi del todo su primera conmoción y ahora se viste con rapidez, pero

sin nervioso apresuramiento, las recias botas y la amplia falda que utiliza para montar a caballo.

Y mientras se mueve por su habitación en gestos cada vez más firmes y seguros, su corazón se alza en una comunicación con Dios que surge espontáneamente. La oración es ya en ella un hábito adquirido que se ha convertido, con el correr de los años, en un movimiento natural de su alma:

—¡Señor, hazme capaz de soportar esta angustia! Dame fuerzas para aceptarla como tú quieres que lo haga... ¡Consérvame a Pedro, Señor! ¡No me quites al hijo... como te has llevado al padre...! ¡Si es posible, Señor, si es posible... no me quites también a Pedro...! ¡No, no me quites a Pedro...!

Llora Juana repitiendo el nombre del hijo... y no quiere llorar. Sabe que no es momento de permitirse desahogos. Pedro está seguramente necesitando con urgencia la presencia de su madre junto al lecho en que yace, quizá moribundo... Y Juana hace un enérgico llamamiento a las pocas fuerzas que le quedan y consigue rehacerse.

Cuando sale de su habitación con el bolso-botiquín en la mano encuentra a las tres niñas esperándola junto a la puerta.

—¡Mamá!, ¿qué ha pasado?

Las dos hermanas mayores se abrazan entre sí y cobijan entre ellas a la pequeña. El ver a Juana vestida para montar las alarma aún más.

—¿Vas a salir, mamá? ¿Qué ha pasado?

Y su madre tiene que hacer acopio de todo su valor para hablar con las niñas sin que se le quiebre la voz y sin que el temblor de sus manos delate su propia emoción:

—Nos ha ocurrido una gran desgracia, hijas... una enorme desgracia... pero tenemos que ser fuertes...

Y no puede seguir, se limita a abrir los brazos y las tres hijas vienen a refugiarse en ellos. Unas lágrimas ardientes se escapan de sus ojos y vienen a caer sobre las cabezas juveniles. ¡Lleva tanta pesadumbre dentro...! Pero es sólo un fugaz momento de desahogo. Pronto se rehace y es capaz de hablar de un modo más coherente y dominado:

—...Una gran desgracia, hijas. Vuestro padre nos ha dejado y... Pedro... Pedro está muy mal. Yo me voy ahora junto a él, le cuidaré y, tan pronto como sea posible, lo traeré a casa. Vosotras os quedaréis aquí y me vais a prometer que seréis valientes... que os vais a portar bien... Tío Guido os dirá lo que deberéis hacer... y cuando vuelva Francisco le diréis... le diréis lo que ha ocurrido...

Juana se arranca del grupo lloroso que forman las tres hijas y monta a caballo para correr hacia el hijo que la necesita, seguida muy de cerca por el criado de confianza que le sirve de escolta.

Tres días después de la muerte de Gastón, Juana sufre un nuevo golpe brutal: Pedro, el hijo mayor, muere entre sus brazos. Este muchacho cuyo nacimiento, hace ahora dieciocho años, la hizo tan feliz.

—¿Por qué, Señor, por qué...? —clama gimiendo el corazón desgarrado de la madre, para acabar en una doliente, pero resignada, aceptación—: Tú me lo diste... Hágase como tú lo quieres... Santa María, Señora y Madre mía. Tú que también perdiste a tu Hijo, ayúdame en este momento de angustia...

Y en realidad, ¿qué ha ocurrido? ¿Qué ha ocasionado la muerte de los dos hombres de la casa Monferrant-Landirás? ¿Un atentado político? ¿Un lance caballeresco? ¿Una emboscada de salteadores?

¿Un envenenamiento fortuito? ¿Un accidente de caza? ¿La venganza de un bando enemigo? Nunca se sabrá.

En los primeros momentos Juana no se detuvo a hacer preguntas. Y si más tarde ha llegado a conocer la verdad, jamás se la ha comunicado a nadie. Guido de Lestonnac y los otros testigos del suceso, si es que los hubo, han tenido muy buen cuidado en mantener la boca cerrada y el secreto ha sido bien guardado: nadie sabe nada.

Ha pasado ya lo más dramático y desgarrador de la tragedia: los enterramientos del padre y del hijo, los funerales..., el interminable desfile de parientes, amigos, conocidos, dependientes, empleados... que quieren testimoniar a la familia sus condolencias y pésames.

Francisco se ha visto súbitamente promocionado al rango de único hombre de la familia y con sus catorce años sin cumplir ha tenido que asumir su puesto de heredero. Rigurosamente vestido de negro y asistido por su tío Guido, ha presidido exequias y recibido visitas.

Pero después de unas semanas, la vida retorna a su cauce de siempre y las jornadas vuelven a su rutina habitual. Francisco, a sus estudios en la Universidad. Las dos mayores, que ya tienen dieciséis y doce años, a sus trabajos domésticos, alternados con lecciones de Francés, de Latín, de Historia... Magdalena trabaja a diario muchas horas con su maestra en el cuarto de estudio, y Juana... Juana se enfrenta ahora a la desgarradora soledad de cada día, de cada noche, de cada momento. Al enorme vacío que han dejado los dos ausentes en cada habitación de la casa, en la sensibilidad afectiva de cada miembro de la familia.

Francisco y las tres hijas acuden continuamente a su madre para desahogar la congoja que les oprime:

—¿Qué vamos a hacer, mamá? ¿Cómo vamos a vivir sin ellos?

Juana se lo pregunta también, pero tiene que hacerse fuerte para servir de apoyo a la debilidad de los muchachos:

—Yo seré padre y madre; saldremos adelante. Dios, que nos hace pasar por la prueba, nos dará fuerzas para que podamos soportarla. Seremos fuertes y seguiremos viviendo, ya lo veréis... ¡Animo, hijos! Yo seré padre y madre y ¡hasta hermano mayor, si os hace falta...!

Y esta valiente salida de Juana arranca una leve sonrisa a los hijos, que se apoyan en esta madre animosa y entera... Ellos no pueden ni sospechar el esfuerzo tremendo que ella está haciendo para mostrarse fuerte ante ellos, para tratar de empezar a cumplir esta tarea que se ha impuesto de ser padre y madre. Porque, además de todo el enorme peso de dolor y de responsabilidad que le ha caído encima... empieza ahora para ella una encarnizada batalla social.

El patrimonio de la familia Monferrant es una herencia muy sabrosa y han ido apareciendo muchos miembros importantes de la buena sociedad de Burdeos que se creen en el derecho y que alardean, sobre todo, de su deber de «aceptar» el cargo de tutores de los herederos.

A los muy pocos días de la muerte de Gastón ya le han llegado a Juana insinuaciones de algunos miembros de su propia familia y, desde luego, de la familia Monferrant, con respecto a la tutoría de los hijos.

Juana no puede permitirse ni siquiera el leve sosiego de permanecer unas semanas encerrada en casa para llorar su pena cuando está sola y consolar a los hijos cuando éstos la buscan para refugiarse en ella.

La viuda Monferrant no está dispuesta a aceptar que nadie venga a decirle cómo tiene que gobernar su casa, educar a sus hijos o manejar su hacienda...

Hoy ha sido el propio Guido el que ha venido a darle su consejo:

—Hazme caso, hermana. Confía en uno de nosotros, el que tú quieras, el que te parezca más idóneo. Manejar una heredad como la de Monferrant es tarea demasiado pesada para manos femeninas. Una carga así necesita la cabeza segura, los hombros recios y el puño firme de un hombre con experiencia de la vida y de los negocios...

Juana ha considerado durante un rato en silencio la proposición de su hermano. Luego, ha hablado:

—Sí, para mí sería más fácil y más cómodo confiar todo el trabajo y las preocupaciones de la administración en alguien de mi confianza... pero no voy a hacerlo. Creo que mis hijos, mi casa y la hacienda están mejor en mis manos que en las de cualquier otro. Yo soy la más interesada en que estén bien atendidos...

—Puedes no saber hacerlo. No será fácil para una mujer sola...

—No estoy sola, Guido —es la hábil respuesta de Juana—. Tengo la absoluta seguridad de que puedo contar con tu ayuda y con la de todos los buenos amigos que estos días me han hecho ofrecimientos como el tuyo...

Guido no tiene más remedio que asentir, pero se siente rechazado, amable, pero firmemente rechazado, y sale de la entrevista llevándose un cierto resquemor despechado.

Y, como él, hay varios hombres importantes que desde ahora observan las actividades de Juana en una actitud agudamente crítica. «Veremos qué es lo que puede hacer sin mí», es el reto que cada uno de ellos formula para sí mismo.

UN DURO APRENDIZAJE

Empieza para Juana, una vez más, un período de duro aprendizaje, de adaptación a unas arduas tareas de las que apenas tenía idea.

Sin acortar las horas tempranas de la mañana que consagra a sus prácticas de oración, sin descuidar sus tareas de ama de casa, sin dejar de convivir con los hijos la mayor cantidad de tiempo posible para estar cerca de ellos en sus estudios y en sus horas de descanso, tiene que dedicar largas horas a su nuevo trabajo.

Muchas veces, se ve obligada a velar, cuando todo el mundo duerme ya en la casa. Entra en el despacho de Gastón, se sienta en su mesa y estudia documentos, lee contratos, repasa facturas, hace cuentas, comprueba notas de pagos y cobros, lee listas de existencias en almacenes y bodegas...

Se familiariza con la escritura intrincada y el complicado lenguaje legal de instancias, contratos y sentencias... Estudia, descifra, aprende... Poco a poco, le va resultando más cercano y comprensible este mundo de la administración, las transacciones y los negocios, que es, casi en exclusiva, un mundo de hombres y para hombres.

Aplica a esta tarea toda su capacidad de trabajo y toda su inteligencia y al cabo de unas pocas

semanas empieza a comprender, a dominar, a sentirse segura en este nuevo ámbito. Y llega un momento en que puede hablar con administradores, abogados, procuradores, banqueros y notarios en el mismo lenguaje que ellos emplean. Y todos estos personajes descubren sorprendidos, y en muchos casos molestos y hasta irritados, que la viuda Monferrant sabe muy bien cuál es su derecho en cada, situación y que sabe defenderlo con las armas que la razón y la Ley ponen en sus manos y que ella sabe utilizar eficazmente.

Juana, que hasta ahora sólo había sido una buena administradora de su propio tiempo, de su propio esfuerzo, de su propia vida... empieza a convertirse en una buena administradora de los bienes de la familia Monferrant.

En una de estas noches en que Juana revisa papeles del archivo familiar se encuentra entre las manos con una copia de su propio contrato de matrimonio. Y se entretiene en recorrerlo y releer algunas cláusulas que le saben completamente a nuevas.

«O no me las leyeron entonces o yo no entendí lo que significaban. Quizás estaba demasiado emocionada para prestar atención, quizá confiaba tan ciegamente en mi padre que no consideré necesario enterarme bien de a qué me comprometía...», se dice Juana.

Y recuerda aquella ceremonia: el notario, el escribano, su padre, su madre, el padre de Gastón, el novio, los testigos... Y el notario, que en un momento dado dijo:

—Aquí tiene que firmar la novia.

Y ella se levantó, tomó la pluma y firmó.

Juana examina ahora su propia firma. Una escritura clara, enérgica, elegante, un poquitín insegura... que delata el nerviosismo de la jovenci-

ta que tiene que actuar como protagonista delante de tanta gente importante.

«¿Cuántas novias, cuántas mujeres habrán firmado contratos sin saber a punto fijo a qué se estaban comprometiendo? ¿Cuántas mujeres no se habrán sentido atrapadas por contratos preparados por padres, maridos o tutores que ellas han firmado sin entender las enrevesadas fórmulas de las cláusulas?»



UNA BUENA ADMINISTRADORA

La viuda Monferrant ha rechazado con la misma amable firmeza todos los otros ofrecimientos de apoyo y ayuda que se le han hecho y ha concertado una serie de entrevistas con letrados, notarios y magistrados. En muy poco tiempo están firmados y legalmente registrados todos los documentos que la reconocen como tutora del heredero y de las niñas y como administradora de la baronía de Landirás con plenos poderes para manejar la cuantiosa herencia de la manera que mejor le parezca.

Y a principios del mes de julio ya está Juana actuando en señora de Landirás y ratificando contratos que Gastón había dejado preparados pero sin firmar.

Así como en casa tiene que asumir el papel de padre y madre, aquí tiene que ejercer de señor y señora.

Ya no es solamente la imagen amable y señorial que aparecía con frecuencia detrás de Gastón. Ahora es la señora, la figura que ha pasado a primer plano y que ha tomado firmemente las riendas del gobierno de la casa y de la hacienda. Es la señora que realmente señorea, es decir, que organiza, que dirige, que se responsabiliza, que coordina el trabajo...

El conocimiento de sus gentes que Juana ha ido adquiriendo a lo largo de los años de contacto que ha tenido con ellos, le facilita ahora la labor de hacerse cargo de la dirección del señorío de Landirás.

Un trabajo que supone ponerse a la cabeza de un equipo numeroso de gentes que viven en el señorío y del señorío y del que Juana es ahora la responsable.

Dirigir a todas estas gentes supone un rudo trabajo y una dedicación permanente. Hay que animar al pusilánime y contener al bravucón, estimular al lento y frenar al precipitado, advertir al tramposo y corregir al equivocado.

Y ocuparse y preocuparse de los más débiles, de los más necesitados de aquellos cuya fuerza es tan mínima que no pueden ni saben pedir y, mucho menos, exigir.

Estas son las tareas a las que Juana dedica sus fuerzas y su tiempo. Un tiempo, el suyo, que ahora puede distribuir a su manera, ya que el luto la exime de casi todas las obligaciones sociales. Se han acabado en la casa las comidas ceremoniosas, las recepciones, las estancias de huéspedes a los que hay que agasajar...

Todo se ha simplificado en la vida diaria de la casa: los trajes son sencillas vestimentas de luto, se han guardado manteles bordados y colgaduras recamadas; y también las comidas son mucho menos complicadas: asados y potajes... Toda esta reducción permite al ama de casa disponer de mucho más tiempo y energía para dedicarlo a otros trabajos... y también permite el ahorro de dinero, ya que el presupuesto diario ha quedado reducido a un decoroso mínimo de mantenimiento.

Juana siente continuamente la dolorosa falta de Gastón, la ausencia de ese «otro», compañero de equipo con el que compartir una preocupación, con

el que dialogar acerca de una situación que les atañe a los dos, con el que contrastar diferentes puntos de vista para enfocar los términos de un problema, con el que sopesar la conveniencia de elegir esta o aquella solución...

Claro que por otro lado, como contrapartida a esta falta de compañero en la jefatura, esta ausencia del «otro» supone también un cierto valor positivo: la absoluta libertad para poder aplicar siempre el propio criterio y enfrentar cada situación y cada posibilidad según la propia óptica personal.

Después de haber vivido toda su vida a la sombra de una voluntad masculina, primero la de su padre y luego la de su marido, Juana siente ahora que respira más libremente y que se ofrece a su capacidad de acción creadora un campo más amplio. La responsabilidad será solamente suya, pero también las decisiones serán única y absolutamente suyas.

Con la inexorable puntualidad de la naturaleza ha llegado de nuevo a la campiña bordelesa el final del verano. Bajo la exuberante pomposidad de las hojas de las vides maduran los hermosos racimos de uva. Juana tiene que enfrentarse, y esta vez sola, a la tarea de dirigir las faenas de la vendimia en Landirás.

Francisco, Marta, Jeannette y hasta la pequeña Magdalena, que tiene sólo ocho años, intentan ayudar en todo lo que saben y pueden, pero el peso de la dirección y la responsabilidad recaen exclusivamente sobre la señora de Landirás.

—Yo te voy a ayudar mucho, mamá —dice Francisco—. Yo sé lo que hay que hacer. He trabajado con papá y con Pedro otros años, ¿no te acuerdas?

Sí, Juana se acuerda.

Una leve sonrisa aflora a sus labios ante la generosa oferta del muchacho. Durante unos momentos se recrea en el recuerdo de las frases de amable burla con que Gastón y Pedro comentaban el engorro que suponía para ellos tener a su alrededor durante las jornadas de trabajo a este pequeño Francisco, inquieto, preguntón y enredador. Un chiquillo capaz de volcar un cesto, herirse un dedo y espantar a una mula y todo ello en la única décima de segundo en que su padre, su hermano o el capataz le perdían de vista.

—Sí, hijo —le contesta—, tú y yo vamos a tener que trabajar juntos, ya verás... Estoy segura de que me vas a ayudar mucho.

Juana sabe que cuenta con la ayuda de Marta, una muchacha seria, trabajadora y responsable. Una mujer muy joven todavía, pero con las ideas muy claras ya. Alguien con quien se puede contar...

Jeannette y Magdalena son todavía dos niñas...

Y este buen Francisco... Después de haber visto crecer a Pedro, de haber contemplado con tan legítimo orgullo materno cómo el heredero se iba convirtiendo, día a día, en un hombre tan espléndido, Juana siente, cada vez que ve ante sí a Francisco, la dolorosa punzada de pensar que quizás el peso de la casa Monferrant va a ser demasiada carga para los hombros y la cabeza de este hijo pequeño...

Y se recrimina: «Me estoy anticipando... Es todavía muy joven... Aún queda tiempo para que cuaje en un hombre firme y maduro...» Pero no puede menos de recordar y replicarse a sí misma: «Sí, pero Pedro a su edad...»

Y vuelve a considerar lo abrumador de la tarea que tiene ante sí: sacar adelante a estos cuatro hijos...

En estos días piensa, a veces, que ha medido mal sus fuerzas, que se ha comprometido a una

tarea más pesada y más difícil de la que es capaz de llevar adelante con éxito.

«¿Habré hecho mal en no confiar la responsabilidad del manejo del patrimonio de mis hijos a unas manos de hombre más fuertes y más expertas que las mías?», se pregunta. Y como ya es su costumbre habitual desde hace tantos años, lleva su preocupación a la presencia de Dios a la hora de la oración. Y halla la respuesta: «He decidido hacerlo por mí misma porque consideré que me correspondía a mí personalmente defender, sin injerencias extrañas, el patrimonio espiritual y económico de esta familia. No deben asustarme el trabajo ni la responsabilidad. El Señor, que me ha puesto ante esta tarea, me dará fuerzas para llevarla adelante...»

Y sale de la oración más segura y confortada.

Sacude la cabeza para apartar los pensamientos que la agobian, aprieta la mandíbula y cuadra los hombros en ese gesto decidido que es tan peculiarmente suyo. «De momento, vamos a enfrentarnos con la vendimia, después ya iremos resolviendo los problemas a medida que se presenten. Dios proveerá.»

Y se pone a la tarea con todas sus fuerzas... y la confianza firmemente anclada en su fe en Dios, que nunca falta a los que verdaderamente esperan recibir de El fortaleza y eficacia.

Al verla ponerse al trabajo con tan decidido empeño se agrupan a su alrededor en apretada formación todas «sus gentes». En Landirás todos y cada uno le deben algún beneficio y todos confían en ella, así que todos están dispuestos a trabajar para ella, de la mejor manera posible, en estos momentos que ellos intuyen duros y difíciles para la familia Monferrant.

Y la vendimia de este año de 1597 se realiza sin mayores dificultades ni contratiempos. Al final de

las faenas Juana vuelve su corazón agradecido al Señor para dar gracias por la capacidad de trabajo que se le ha concedido.

Y a esta primera vendimia que Juana debe dirigir sola suceden otra y otra y otra más... Juana corrige en cada nueva temporada los errores cometidos en la anterior. Y las miradas críticas que la escudriñan desde los cuatro rincones de la región, tienen que acabar por admitir que la viuda Monferrant «no lo está haciendo tan mal...»

Y pasan dos años más.

PREPARATIVOS DE VIAJE

En el cuarto de costura se trabaja activamente.

Marta y Jeannette tienen entre las manos piezas de ropa blanca en las que dan puntada tras puntada sin levantar cabeza.

En un rincón de la estancia el aya hila sin cesar. El blanco copo de algodón se va convirtiendo entre sus ágiles dedos en una fina hebra continua y bien retorcida que va quedando enrollada en el huso en vueltas iguales y apretadas.

Sobre la mesa, Juana ha extendido una pieza de terciopelo negro y encima coloca unos patrones cortados en grueso lienzo. Está preparando un nuevo traje para Francisco. Sin dejar de trabajar se dirige a Magdalena;

—Cuando termines de coser los botones de esa camisa, le pones también botones a esa otra que está en el cesto de Marta...

—¡Más botones, más camisas...! —protesta Magdalena—. ¿Cuántas camisas le habéis hecho a Francisco?

—Le vamos a hacer tres docenas —informa Marta sin dejar de coser.

—¡Tres docenas! —se escandaliza Magdalena —¿Y para qué necesita tantas? ¿Es que en París no saben lavar y planchar?

—Claro que saben, hija —dice Juana—, pero tu hermano va a vivir en casa de mi prima Blanche y no sabemos con qué frecuencia se lava y se plancha en aquella casa. No vamos a mandar a Francisco de viaje con poca ropa. Va a tener que hacer muchas



visitas importantes y no es cosa de que se encuentre un día sin ropa limpia que ponerse, ¿no te parece?

—Figúrate si el día que tenga que ir a presentarse al Rey no tiene una camisa limpia... —pondera Jeannette.

—Eso no le puede ocurrir —asegura Marta—. Para la visita al Rey le estamos haciendo una camisa de holanda de lino. La estrenará el día que vaya a la Corte.

—Y ese día se pondrá este traje que voy a cortar ahora —dice Juana.

—¿Cómo lo vas a hacer?

—Lo vamos a hacer —recalca Juana el plural—, porque me vais a ayudar las tres.

—¿Yo también? —pregunta Magdalena, que de repente se siente muy promocionada al verse colocada en el mismo nivel de eficacia que sus hermanas mayores.

—¡Ya lo creo, tú también! —confirma Juana.

—¿Cómo lo vamos a hacer? —repite Marta su pregunta.

—Pues será liso, igual que el rojo oscuro que tiene ahora, pero llevará unos dibujos de cordoncillo de seda en la pechera, en los puños y en el borde del calzón. Y la capa irá forrada de seda negra y toda ella ribeteada también con cordoncillo.

—¡La de varas de cordoncillo que vamos a tener que coser! —se abruma la pequeña Magdalena—. ¡Y con hilo negro!

—¡Ya salió la holgazana! —bromea Jeannette—. No te asustes, chiquilla. Somos tres a repartirnos el trabajo...

—Seremos cuatro —interviene la madre—. Yo coseré todo el cordoncillo de los dibujos; bueno,

Marta me ayudará un poco en eso. Sólo os dejaremos la capa.

—¡Menos mal! —suspira aliviada Jeannette entre el regocijo y los comentarios divertidos de sus hermanas.

Francisco tiene dieciocho años. Ha dado por terminados sus estudios y se prepara para hacer el largo viaje hasta Italia que suelen hacer los herederos de casas importantes. Viaje que les permite conocer otras gentes, otras costumbres, otras lenguas y adquirir la soltura, el conocimiento y la experiencia que luego les serán tan útiles para desenvolverse en el complicado mundo en que tendrán que vivir y actuar.

Y como heredero de la casa Monferrant, Francisco, antes de salir de las fronteras de Francia, debe cumplir con una obligación protocolaria: presentarse al Rey, rendirle pleitesía y pedir su permiso para salir del Reino.

Mientras hace los preparativos para la marcha del hijo, Juana rumia esos sentimientos agridulces que experimentan todas las madres en parecidas circunstancias. Alegría y satisfacción por ver a un hijo convertido en casi un hombre y en un hombre bien educado, sano, fuerte y digno de ocupar un puesto honorable e importante entre los ciudadanos de su generación. Y, al mismo tiempo, una dosis de angustia al pensar que el niño al que se ha protegido, por el que se han pasado tantos cuidados y desvelos, va ahora a salir solo al ancho mundo en el que va a encontrar todo tipo de dificultades, trampas y tentaciones...

«¿Qué será de él?», se pregunta Juana con un poco de ansiedad. «¿Sabrá ser fiel a las enseñanzas que he tratado de transmitirle? Lejos de su patria, de su hogar y de mí, ¿sabrá comportarse como corresponde a un caballero católico?»

Y su preocupación se resuelve, como ya es habitual en ella, en una oración al Padre:

—Tú me lo diste; he tratado de educarle de la mejor manera que he sabido y podido. Tú le amas y le conoces más y mejor que yo. A tu amoroso cuidado le encomiendo...

Y cuando, en los últimos días de preparativos, Francisco acude una tarde a su madre, ella está preparada.

—Madre, no sé lo que me pasa... Tengo ganas de irme y...

—Y ganas de quedarte, ¿verdad, hijo?

—¡Sí!, ¿cómo has podido adivinarlo?

—Ha sido muy fácil. Yo tengo ganas de dejarte ir... y ganas de irme contigo...

A Francisco se le iluminan los ojos porque no se le había ocurrido la posibilidad que su madre acaba de sugerir.

—¿Vendrías conmigo?

—¡Sería mi mayor deseo!

—¿Lo harás?

—No, hijo.

Y ante el gesto desilusionado del muchacho:

—Francisco, eres ya casi un hombre hecho y derecho. Tienes que empezar a caminar por la vida solo. A la vuelta de tu viaje serás ya mayor de edad. Te corresponderá en pleno derecho el título de Barón de Monferrant-Landirás y tendrás que hacerte cargo de todas las prerrogativas y obligaciones que el título comporta... Desde que tu padre y tu hermano Pedro... nos dejaron, he procurado enseñarte todo lo que yo creía que deberías saber para prepararte a ocupar el puesto que Dios te ha destinado en esta vida. Yo no puedo enseñarte ya nada más. Ahora debes hacer este viaje a París y a Italia. Vas a ver y a aprender muchas cosas nuevas. Vas a

conocer nuevas gentes y costumbres, pero no nos olvides a nosotros ni las cosas que aquí, en casa, en el Colegio y en tu ambiente de Burdeos has aprendido... Yo te esperaré aquí. Tus hermanas me necesitan y también la casa y el patrimonio familiar. Velaré por la familia y la hacienda hasta que tú seas mayor de edad...

Juana ha hablado muy seriamente y también Francisco la ha escuchado con mucha seriedad y hasta un poco emocionado. Su madre quiere ahora romper un poco la solemnidad que ha ido adquiriendo la conversación:

—Tus hermanas y yo te esperaremos... y no olvides que hay alguien más que también te esperará con ilusión... Margarita de Cazalis sabe ya desde hace unas semanas que un día será Baronesa de Monferrant-Landirás.

La emoción de Francisco es ahora distinta: sonríe, parpadea varias veces rápidamente para despejar el «algo» que le empañaba los ojos, y su mano derecha sube hasta la garganta para ajustar el blanco cuello del traje, que en realidad no necesitaba en absoluto este retoque.

A Juana le cuesta un gran esfuerzo aparentar una tranquila serenidad cuando despide a Francisco. Y no es solamente por la inquietud que le causa ver alejarse para una larga temporada al único hijo varón, sino porque sabe que a esta partida van a seguir otras.

Hace ya tiempo que Juana conoce los proyectos de su hija mayor. Mucho antes de que Marta, la discreta Marta, la responsable, la sensata Marta, hablase, ya su madre había intuido el rumbo que aquella muchacha quería dar a su vida.

—Quiero ser Religiosa. Quiero comprometerme totalmente en el servicio de Dios y seguir a Jesucristo en su obra salvadora tan de cerca como me sea posible...

Y la amistad de Marta con las Religiosas del Monasterio de la Anunciación le ha revelado a Juana el lugar elegido por su hija. La fecha del ingreso está aún sin concretar y la madre desea y teme, al mismo tiempo, que esa fecha se fije.

Se extraña de que Marta, que está ya a punto de cumplir los veinte años, no parezca decidida a dar el paso decisivo, al menos de una manera inminente... ¿Será que todavía no está muy segura de lo que quiere hacer? Un discreto silencio respetuoso sella los labios de Juana, que no quiere de ninguna manera importunar con cuestiones a la muchacha.

El Monasterio de las Religiosas Franciscanas de la Anunciación, conocidas familiarmente como Anunciatinas, es una fundación filial de la Orden iniciada por Juana de Valois en Bourges. Esta

Princesa de sangre real, hija de Luis XI de Francia, fue entregada en matrimonio cuando aún era casi una niña a su pariente cercano Luis de Orleáns. Después de veintidós años de matrimonio y cuando Luis de Orleáns se convirtió en Luis XII de Francia, el nuevo Rey pensó que le resultaría muy conveniente un matrimonio con la Reina Ana, que aportaría como dote el Ducado de Bretaña. Para conseguir su propósito decidió aprovechar la posibilidad de presentar al Papa una petición de nulidad alegando consanguinidad con su esposa. El Papa Alejandro IV consideró válido el impedimento y declaró nulo el matrimonio de Juana de Valois con Luis XII.

Juana de Valois, otra vez soltera tras el decreto de nulidad, se rodeó de un grupo de doncellas nobles a las que instaló en un Monasterio en Bourges y a las que propuso una Regla de inspiración franciscana para que vivieran imitando las virtudes de la Virgen María. La Orden abrió pronto otras casas en diversas regiones de Francia.

El Monasterio de las Anunciatinas de Burdeos ha aceptado hace poco tiempo la reforma prescrita por el Concilio de Trento para las casas de Religiosas de clausura, y, aunque todavía no se ha adoptado del todo la estricta observancia, parece que el movimiento de adecuación a la reforma está en marcha y que la adaptación total se llevará a cabo en poco tiempo.

En este atardecer de invierno, Juana y sus tres hijas, sentadas cerca del fuego de la chimenea, esperan la hora de la cena. Hay un largo silencio en el que cada una de ellas disfruta calladamente de la cordial compañía de las otras.

La mirada de la madre ha ido a posarse sobre la hija mayor con tanto cariño, con tan entrañable ter-

nura, con un interés tan delicado, con una tan perpleja interrogación...

La muchacha, ensimismada en sus propios pensamientos, tiene los ojos perdidos en la danza loca de las llamas sobre los tueros de la chimenea y no advierte la muda pregunta de su madre. Y es Magdalena, la viva, inteligente e intuitiva Magdalena, la que ha captado el silencioso mensaje que transmite la mirada de Juana.

Y se ríe abiertamente al decir:

—¿Quieres saber lo que está pensando Marta?

Y ante la sorpresa de las que la escuchan:

—Pues está pensando que empieza a cansarse de esperarme.

—¿De esperarte para qué?

—Vamos, madre, no te hagas la desentendida. ¡Está esperándome para que entremos juntas en el Monasterio de las Anunciatinas!

—¿También tú quieres ser Religiosa?

—¡También yo! ¿De verdad que nunca lo habías sospechado?

—No, no lo había pensado nunca.

—¿Y tanto te extraña?

—Pues sí, un poco...

—¿No te parezco digna de vestir el hábito religioso, madre? —bromea Magdalena con su buen humor habitual.

—No es eso, hija... pero tienes un carácter tan distinto al de tu hermana que... la verdad, no se me había ocurrido...

—¿Cómo vas a ser Monja? ¡Con lo que te gusta charlar y reírte y hacer bromas! —interrumpe Jeannette.

—Pienso ser una Monja alegre —asegura riendo Magdalena.

—Y te gustan las reuniones, los paseos y vestirse con trajes elegantes para ir a las fiestas —sigue insistiendo su hermana.

—Bueno, ¿y qué? —desafía Magdalena.

—¿Cómo puedes decir que quieres ser Monja si te gusta todo eso?

—Pues digo que quiero ser Religiosa aunque me guste todo eso porque sé que profesar en las Anunciatinas me va a gustar más.

Jeannette se calla ante semejante afirmación.

Y es la madre la que insiste ahora:

—¿Estás segura, hija, bien segura, de lo que te propones?

—Sí, madre, estoy segura. Ya ves, yo, la alocada Magdalena...

—¡Nadie ha dicho que fueras alocada! —protesta Juana.

—Ya lo sé, madre, ya lo sé... soy yo la que lo he dicho, aunque me parece que mi hermana Jeannette no está nada segura de mi sensatez. Bueno, pues ya veis: loca o cuerda, yo también creo que Dios me llama y quiero responder a la llamada.

Juana contempla durante unos momentos a sus dos hijas, la mayor y la pequeña; luego, hace todavía una pregunta que expresa su última duda:

—¿No lo habrás decidido por seguir a tu hermana, hija?

—Lo he decidido porque quiero seguir a Jesucristo, madre.

—Eres aún muy joven. Te queda mucho tiempo para pensarlo.

—Lo pensaré, pero estoy segura de que después de pensarlo seguiré decidida a irme con Marta a las Anunciatinas —asegura Magdalena.

Y hay tanta seriedad y tan profunda firmeza en la voz de la muchacha que su madre siente que algo ardiente se le cuaja allá dentro y le sube a los ojos; pero lucha enérgicamente con su emoción para hacer un comentario en voz queda:

—Creo que os entiendo tan bien, hijas mías... Que Dios os bendiga.

El cálido silencio que sigue a este comentario se quiebra pronto.

—¡Pues yo no quiero ser Religiosa ni encerrarme para toda la vida en un Convento! —Jeannette expresa su protesta con toda la juvenil energía de sus dieciséis años—. ¡Vaya una vida aburrida que os estáis preparando! Yo quiero casarme, como hizo mamá; quiero tener un marido guapo, importante, rico y que me quiera mucho. Y tener una hermosa casa y un castillo en el campo con muchas tierras...

La interrupción de la hija mediana ha sorprendido a las hermanas y a la madre porque ha quebrado este momento de emocionadas confidencias, pero no les ha extrañado. Jeannette es así: impulsiva, encantadora, apasionada y exigente.

—Tendrás todo eso, si es lo que deseas, hija. Concertaremos tu matrimonio con el heredero de alguna familia amiga. Podrás elegir al que mejor te agrade cuando llegue el momento —le dice Juana.

Jeannette sonrío tranquilizada y durante unos largos momentos deja volar su imaginación sobre las sugerencias que las palabras de su madre le han presentado. Luego, se vuelve a sus hermanas mayores con una grave interrogante plasmada en sus ojos:

—Cuando seáis Religiosas en el Monasterio de las Anunciatinas, ¿os dejarán salir para asistir a mi boda?

—No, no podemos salir de la clausura después de la profesión.

—¡No vendréis a mi boda! —se duele Jeannette con la voz y los ojos cargados de reproches.

Y es Magdalena la que contesta a su hermana:

—¡Todavía no tienes novio y ya estás pensando en los invitados que van a faltar a tu boda!

—Francisco sí tiene novia; ¿tampoco esperaréis para ir a su boda? —quiere saber Jeannette.

—No, no le esperaremos. Si quiere que asistamos a su boda, tendrá que casarse en la iglesia del Monasterio. Podríamos entonces ver la ceremonia desde el coro —explica la organizativa Magdalena.

—¡Francisco se casará en la Catedral y yo también! —afirma Jeannette.

—Entonces no podremos estar presentes en vuestras bodas —dice Marta, y es la primera vez que interviene en toda la conversación.

—De todas formas espero que después de cada ceremonia vayáis a visitarnos y nos llevéis un buen trozo del pastel de bodas —dice Magdalena en su desenfadado tono de siempre—. Espero que la Reverenda Madre nos dejará comerlo, si es lo suficientemente bueno y tan grande que podamos invitar a toda la Comunidad...

Esta salida provoca la sonrisa de la madre y de la hermana mayor, pero Jeannette sigue preocupada:

—¿Qué va a decir Francisco cuando vuelva y se entere de que os queréis meter en un Monasterio?

—Cuando Francisco vuelva ya le explicaremos —dice Juana. Y luego, se queda pensando para sí misma: «Cuando Francisco vuelva tendré que explicarle tantas cosas...»

—Si Madame quiere, podemos servir la cena —anuncia la doncella.

Francisco está de nuevo en casa, de vuelta de su largo viaje por Europa. Vuelve muy cambiado: más maduro, más hombre, más hablador... y más autoritario. Se siente más seguro de sí mismo a causa de las experiencias vividas y está bastante poseído de su importante puesto en la sociedad como primer Barón de la Guyena. Sus nuevos conocimientos y amistades, el trato recibido en París y a lo largo de todo el viaje, las grandes sumas que ha podido gastar, le han hecho caer en la cuenta de su propio poder. La vida austera y ordenada que Juana ha establecido en la casa desde la muerte de Gastón, no había permitido a Francisco hasta ahora darse cuenta exacta de la sólida economía en que está asentada su hacienda.

El heredero de la casa Monferrant habla y habla y cuenta y no acaba anécdotas y detalles de su viaje.

Con su llegada, la casa Monferrant ha vuelto a animarse. Jeannette está encantada. Se han abierto de nuevo los salones de la planta baja para recibir a familiares, amigos y visitantes. Se ha celebrado una fiesta para participar a la buena sociedad bordelesa la mayoría de edad del nuevo señor de Monferrant-Landirás, y a este acontecimiento han sucedido comidas, recepciones, cacerías...

Juana lleva el peso de todos estos acontecimientos, tiene que ocuparse de preparativos, invitaciones, menús, presupuestos... y luego tiene que ocupar el lugar que le corresponde junto al nuevo Barón durante las celebraciones. Una vez más, cumple con puntualidad, exactitud y graciosa afabilidad los deberes que le impone la vida social. No le agrada todo este ajetreo, pero comprende que a Francisco le gusta y que hasta está obligado a ello y le secunda con absoluta eficacia.

Tan pronto como le es posible convoca a su hijo a una entrevista en el despacho de Gastón.

—Ha llegado el momento de que te hagas cargo de todos los asuntos de la casa, Francisco.

—Sí, madre. Lo haré, pero déjame unos días más de respiro. ¡Acabo de llegar! ¡Y tengo que preparar mi boda!

—Llevas ya seis semanas en casa, y precisamente porque te vas a casar quiero que te hagas cargo de los asuntos familiares. Es necesario que antes de la boda queden en tus manos las riendas de la marcha de tu patrimonio.

—Pero, madre, ¿por qué esas prisas? Ya iré ocupándome de las cosas poco a poco. Tú vas a estar siempre cerca de mí y...

—Eres el Barón Francisco de Monferrant-Landirás, ¿no? Pues de la misma manera que has recibido el título a su debido tiempo, asume desde ahora mismo, junto a los privilegios, las obligaciones que te corresponden.

La frase ha sido clara y tajante, dicha con ese tono de cordial severidad que emplea Juana cuando quiere que lo que dice sea bien comprendido y aceptado.

Francisco se ha quedado serio y su madre cree conveniente añadir:

—He llevado la carga de la administración de esta casa durante muchos años, hijo. Ya es hora de que me descargues de ella, ¿no te parece?

Y, una vez más, esta mezcla de austera claridad y cálido poder de seducción surte efecto. Francisco se somete, en estos días de alegría y satisfacción por la vuelta a casa y por su inminente boda, a largas sesiones de trabajo en la seria habitación que fue despacho de su padre.

Juana va poniendo en su conocimiento todos los variados y complejos asuntos que forman el apretado entramado de la administración de un rico patrimonio. Y se reserva únicamente el manejo de la parte que le corresponde como viuda de Gastón y que estaba estipulada en su contrato matrimonial y en el testamento del Barón.

Francisco se queda muy gratamente impresionado cuando comprueba el orden y el acierto con que su madre ha dispuesto los asuntos de la familia.

—Deberías seguirlo haciendo, madre. ¡Eres una magnífica administradora! Yo no sé si voy a saber hacerlo ni la mitad de bien. Menos mal que tú estarás cerca y siempre podré consultarte...

—Este trabajo te corresponde ahora a ti. Yo tengo ya cuarenta y cuatro años, hijo, y creo que ha llegado para mí el momento de retirarme y dejar en otras manos estas preocupaciones de orden material...

—Sí, madre, tienes razón. Te ha llegado el momento del descanso. ¡Has hecho tanto por todos nosotros...! —asiente Francisco.

Y Juana se limita a responder con una media sonrisa, porque aún no ha llegado el momento de las explicaciones.

Luego, le enseña a Francisco el documento por el cual cede a los colonos de Landirás un prado para

que lo utilicen en régimen comunal y puedan apacentar en él sus ovejas y vacas.

—Será mi regalo de agradecimiento a esas buenas gentes que tanto me han ayudado en estos años.

Y ya parece que solamente quedan por realizar antes de la boda los arreglos domésticos.

—Marcelle, la muchachita huérfana que me traje de Landirás, se quedará conmigo como doncella particular, y he acondicionado para mí dos habitaciones en el segundo piso —expone Juana—. Es natural que Margarita y tú ocupéis el dormitorio principal y los salones del primer piso. Creo que deberías consultar con tu novia para hacer las reformas oportunas. Sería conveniente que se hagan de acuerdo con los gustos de la nueva señora de la casa...

Con esta generosa sencillez ha cedido Juana su puesto de ama de casa en la mansión de Monferrant.

La boda de Francisco y Margarita de Cazalis se ha celebrado a principios de este mes de julio de 1600.

Con la instalación del nuevo matrimonio en la casa de Burdeos y en el castillo de Landirás, la vida familiar adquiere un nuevo ritmo y una mayor brillantez. Los nuevos señores son jóvenes y les gustan las reuniones y las fiestas.

Jeannette se une, siempre que puede, a su hermano y su cuñada para participar en cualquier tipo de acontecimiento social que se presente.

Marta y Magdalena se unen a su madre en una vida más retirada, más discreta, más en consonancia con sus propios gustos y proyectos. Su entrada en Religión se ha retrasado a causa de las obras que se hacen en el Monasterio para mejor adaptarlo a las necesidades que exige la reforma impuesta por el Concilio.

Con la entrega en manos de Francisco de todos los cuidados que corresponden a la marcha de los negocios familiares, Juana está ahora más libre para entregarse a las actividades que prefiere: oración, lectura, paseos, música, visitas a enfermos, a menesterosos, a presos...

Y con su actividad incansable y metódica se ocupa de ultimar detalles del contrato matrimonial de Jeannette con Jacques d'Agassac, muchacho perteneciente a una familia de rancia nobleza y decidida Fe católica. Los d'Agassac, los Monferrant y los Lestonnac son amigos desde hace generaciones; Juana tiene la seguridad de que Jeannette entrará a formar parte de un grupo familiar que le ofrece toda la garantía de firmeza y felicidad que es posible en este mundo y en esta sociedad agitada por guerras y disturbios de tipo político y religioso.

Simultáneamente, Juana ayuda a Marta y Magdalena a realizar los preparativos necesarios para su entrada en Religión: hay que disponer el ajuar, redactar contratos, autorizaciones y demás documentos, que las dos muchachas necesitarán en el momento de la Profesión.

Y en medio de todas estas ocupaciones intercambia unas ciertas largas entrevistas con aquel Padre Abad del Monasterio de los Feuillants al que conoció a raíz de la muerte de su tío Miguel de Montaigne.

Juana apoya y secunda los diversos caminos que eligen sus hijas, pero no deja de la mano sus propias iniciativas y proyectos.

Francisco lleva ya casado dos años. La vida familiar de los Monferrant discurre en buen orden. Marta y Magdalena llevan ya meses viviendo como Novicias en el Monasterio de la Anunciación.

Juana ha entrado esta tarde en el salón de la casa donde están reunidos Francisco, Margarita y Jeannette.

—Francisco, tengo que hablar contigo.

—Dime, madre.

—No, aquí, no, hijo. Vamos al despacho.

Margarita y Jeannette comprenden que se trata de algo importante entre la madre y el hijo, pero no les extraña verse excluidas de esta conversación. Están acostumbradas a estas reuniones de trabajo en que ellos dos se reúnen para tratar cuestiones del patrimonio familiar.

—Siéntate, hijo, y escúchame con atención.

Francisco se acomoda frente a su madre y, sin querer, adopta una actitud seria porque intuye que se trata de algo importante.

—Desde la muerte de tu padre me he ocupado de educarte de forma que pudieras ocupar dignamente su puesto y heredar sus virtudes como has heredado su nobleza y sus bienes. Espero que sabrás disponer de estos bienes con prudencia y conservarás los asuntos de tu casa en orden como yo te los he dejado. Sé que Margarita es para ti una fiel compañera y un firme apoyo, pero acuérdate siempre de que sólo en Dios debes fundamentar tu confianza. Su inspiración y su gracia no te faltarán nunca...

Francisco interrumpe a su madre y trata de quebrar con una sonrisa la solemnidad del momento:

—Me has asustado, madre. Te has puesto tan seria para decirme todo eso que parecía que estabas haciendo testamento.

Juana sonrío en respuesta al gesto de su hijo, pero vuelve a reasumir su tono solemne:

—Algo así como un testamento es lo que estoy haciendo, Francisco.

—Madre, ¿te sientes mal? —se inquieta Francisco.

—No, hijo. Estoy perfectamente bien, pero déjame hablar, que todavía tengo que decirte muchas cosas más. Verás: Margarita y tú deberéis cuidar de toda la gente que vive en vuestras tierras, que trabaja para vosotros y que depende de vosotros también. Dadles buen ejemplo y sed justos y caritativos con todos. Yo he procurado ser una buena señora para todos ellos. Y he intentado ser para vosotros una buena madre.

—¡Has sido la mejor madre del mundo!

—Gracias, hijo. Me gustaría estar segura de haber hecho todo lo que estaba en mi mano para cumplir bien como esposa, como madre y como señora de Monferrant.

—¡Yo estoy seguro de que lo has hecho! Mira los resultados, todos los que te conocen te quieren y te admiran, madre.

—Yo me conozco mejor, Francisco... y creo que estaría menos descontenta conmigo misma si hubiera podido seguir el camino que yo creía mejor para mí. Yo no tenía más que diecisiete años cuando mis padres creyeron que debía casarme. No supe ni pude discutir su decisión. Y seguramente era ésa la voluntad de Dios cuando consintió que ocurriera mi matrimonio con tu padre...

—¡Pues claro! Si tú no te hubieras casado no serías ahora mi madre. Yo no habría nacido, ni mis hermanas tampoco... O seríamos ahora hijos de otra madre... No quiero ni pensarlo...

—Eres hijo mío, esto será ya así para toda la eternidad. Y me alegro de que así sea, pero...

Juana se detiene y sus manos juguetean un poco inquietas con el anillo que adorna su mano izquierda. Francisco no se atreve a interrumpir

ahora el discurso de su madre y aguarda expectante a que, siga hablando. Está seguro de que ciertamente se trata de algo muy serio.

—Han pasado ya seis años de la muerte de tu padre. Los asuntos de la casa están en orden. Jeannette tiene ya dieciséis años y, a menos que surgiera alguna complicación imprevista, lo que no es probable, su boda con Jacques d'Agassac está ya concertada. Solamente tendrás que llevar adelante las negociaciones y cumplir los compromisos a su debido tiempo.

—¡Pero eso es cosa tuya! Tú eres la madre.

—Yo tengo otros planes. Lo he pensado bien, Francisco. Llevo mucho tiempo dándole vueltas a la idea y cada vez me confirmo más en lo que deseo y en que este deseo mío es inspiración del Cielo. Con la muerte de tu padre y siendo vosotros ya mayores, vuelvo a ser libre y señora de mi persona. Deseo adoptar una vida más perfecta. Quiero aprender a vivir mejor nuestra Santa Religión, quiero agradecer a Dios tanto como me ha dado a lo largo de mi vida, quiero pedirle perdón por mis yerros y negligencias y quiero dedicar lo que me quede de vida a rogarle con toda mi alma que envíe operarios a su heredad... He decidido retirarme a un Convento y...

—¡Madre, no puedes hacer eso! ¡No puedes dejarnos!

—Puedo, Francisco, puedo y quiero hacerlo. Vosotros ya no me necesitáis. Tú eres ya el jefe de la familia y puedes cuidar de tu hermana. Y yo necesito entregarme a Dios en la vida religiosa.

—Tú puedes quedarte en casa y hacer aquí la vida que quieras.

—Es que eso es exactamente lo que no quiero hacer. No quiero hacer la vida que yo quiera. Deseo hacer la vida que maestros santos y sabios me ordenen. Quiero someter mi voluntad. Desde que me

casé, y en muchas ocasiones también antes, he hecho de mi vida lo que yo he querido. Ahora quiero aprender a obedecer, a someterme, a aceptar lo que otros me impongan. Creo que es un camino seguro para aprender la verdadera sabiduría...

—¡Pero, madre!, ¿tú has pensado...?

—Todo está pensado, hijo, pensado y decidido. Mañana al amanecer, con la marea, saldré en barco para Toulouse. El Padre Abad de los Feuillants me acompaña. Y la Priora de las Feuillantinas me aguarda. Hace ya días que me admitió. De aquí a una semana empezaré mi Noviciado bajo su dirección. Por favor. Francisco, demuestra que eres un hombre fuerte, ayúdame como lo hubiera hecho tu padre si yo le hubiera pedido apoyo en una situación difícil.

—¡Mi padre nunca te hubiera permitido que salieras de esta casa!

—Tú no eres mi marido, Francisco. No puedes permitirme o no permitirme. Te estoy pidiendo que me ayudes para que este paso que voy a dar sea menos difícil para mí, para ti y para tu hermana.

—¿Qué va a ser de esa hija sin ti? ¿Cómo le vas a explicar que te vas...?

—No le voy a explicar nada. Me iré sin que ella se entere. Luego, ya le dirás tú las razones que yo te he dado. Confío en tu discreción y en el cariño que le tienes a tu hermana. Trabajemos juntos para que ella sufra lo menos posible.

—La vas a dejar huérfana.

—Te quedas tú para hacer el papel de padre y madre.

—Yo tendré bastante con soportar mi propia tristeza.

—Ocuparte de aliviar el pesar de tu hermana aliviará tu propio dolor.

—¡No te vayas, madre! ¡No nos dejes!

—Yo no puedo dejar de oír la llamada que me atrae a la vida religiosa. Y no os dejo. Os llevaré siempre en mi corazón. Sois mis hijos y os amaré siempre. Y todos, vosotros y yo, somos hijos de Dios, que es Padre muy generoso. El nos ayudará a todos...

Francisco conoce bien a su madre. La ha visto tomar decisiones muchas veces. Decisiones sabias, sensatas, prudentes y, desde luego, firmes. Sabe perfectamente que si su madre está decidida no hay nada que hacer. Y, de repente, toda su fortaleza se derrumba; hunde la cabeza en el pecho y se aprieta las sienes con las manos. No llora, pero un seco y ronco sollozo sacude su garganta y estremece sus hombros.

Juana le ve sufrir y un maternal impulso la empuja a acercarse al muchacho y abrazar sus hombros convulsos, pero se contiene. Sabe que una escena de ternura filial puede ser muy dura para los dos. Prefiere apelar a todo su valor y dar ejemplo a su hijo.

—Vamos, Francisco, levanta esa cabeza y muéstrame que sabes hacer frente al dolor con buen ánimo. Eres el hombre de la casa y Jeannette y yo necesitamos ahora de tu serenidad y tu firmeza.

El Barón de Monferrant lucha por recomponer su actitud. Endereza la cabeza, se pasa los dedos nerviosos por el pelo y se muerde los labios. Luego, se enfrenta a su madre y sostiene la mirada de esos ojos azules en los que ha confiado toda su vida.

—Está bien, madre, hágase como tú desees.

—Gracias, hijo. Estaba segura de que podía contar contigo. Vamos, ánimo. ¿Por qué no das un paseo hasta la hora de la cena? Y alegra ese gesto. Tu mujer y tu hermana no deben saber nada hasta mañana a la hora del almuerzo.

Francisco no se siente capaz de pronunciar palabra. Se acerca a su madre para besar su mano y luego se encamina deprisa hasta la puerta. Tiene miedo de no ser tan fuerte como su madre supone y de que una lágrima rebelde traicione su supuesta serenidad.

EL SEGUNDO FRANCISCO

Juana ha subido a sus habitaciones para ultimar preparativos. Todo ha sido hecho de una forma tan discreta y son tan pocas las cosas que se va a llevar consigo que nadie ha advertido en la casa que se está en vísperas de un acontecimiento que conmocionará a la familia... y a la ciudad.

Apenas ha tenido tiempo de abrir su bolso de viaje sobre una banqueta, cuando han sonado unos discretos golpes en la puerta.

—¿Puedo pasar, Madame? —pregunta Marcelle.

—Sí, entra.

La doncella entra y cierra la puerta silenciosamente tras de sí. Luego, permanece muy quieta unos momentos contemplando la actividad de su señora. La ve ir de los cajones de la cómoda al bolso, del armario al bolso, de su mesa de trabajo al bolso. Elige y selecciona con rapidez y precisión. Marcelle no puede dejar de pensar que parece como si Madame tuviera ya muy pensado de antemano lo que quiere llevarse y lo que piensa dejar. Y no puede mantenerse en silencio por más tiempo:

—¿Desea Madame que yo la ayude en algo?

—No, gracias, Marcelle.

Otro silencio, y una nueva pregunta de la doncella:

—¿Nos vamos a Landirás, Madame? ¿Debo preparar mis cosas?

—No, Marcelle. No vamos a Landirás.

Juana siente ahora la fuerte tentación de sincerarse con Marcelle, de contarle el proyecto que está a punto de realizar y que llena en estos momentos su corazón y su cabeza. Siente la fuerte tentación de dejarse ir ante esta persona joven, amable y comprensiva que tan fielmente la ha seguido durante todos estos años. Le gustaría mostrarle el desgarrón tremendo que está sufriendo en estos instantes su alma al tener que desprenderse de todo lo que hasta este momento ha sido su vida: su casa, sus hijos, su trabajo, su entorno habitual, para ir a dedicarse a una nueva vida y a un nuevo quehacer... para ir a vivir para un único Amor, ese amor a Dios que le pide este sacrificio..., pero se contiene. Sabe que hacerle una confidencia a Marcelle aliviaría quizás en cierto modo la tensión que sufre; sabe que podría confiar absolutamente en la discreción y en la fidelidad de la doncella, pero se contiene, y lo hace por respeto, por lealtad hacia Jeannette; no le parece correcto confiar a Marcelle lo que a la hija le está ocultando. Así que en beneficio de Jeannette se niega a sí misma el pequeño alivio que supondría una charla con Marcelle.

—Marcelle, mañana muy temprano saldré de viaje. Un viaje muy corto. Es todavía un secreto para todo el mundo. Por favor, Marcelle, ni un comentario con nadie.

—Sí, Madame.

Y eso es todo. Juana confía totalmente en la discreción de Marcelle. Y la muchacha está acostumbrada a obedecer con absoluto respeto las decisiones y los deseos de Madame porque la ha visto

actuar siempre con tan buen sentido, con tanta consideración para todos cuantos la rodean, con tan ordenada sensatez, con tan sencilla prudencia...

Marcelle se ha retirado. Y Juana, tan pronto como termina de recoger sus cosas, se concentra en unos momentos de profunda reflexión:

«He cerrado un ciclo de mi vida. He cumplido mis deberes para con la familia Monferrant lo mejor que he sabido y he podido. Ahora vuelvo a ser Juana de Lestonnac...»

Y sonríe levemente al recordar, una vez más, aquella tarde lluviosa en que jugó a los soldaditos de plomo con su hermano Francisco... Y su imaginación vuela de la mesa de aquel lejano cuarto de jugar hasta abarcar toda la ciudad de Burdeos, los campos de Landirás... La Guyena, Francia, el mundo entero entran en su campo de visión... Y los soldaditos de plomo le recuerdan las luchas, el hambre, las pestes, la ignorancia, las guerras... Y los hombres enfrentados por causa de sus creencias religiosas, de sus ambiciones personales, de sus egoísmos, de sus miedos...

«Sí», se confirma Juana, «voy a ser Juana de Lestonnac y voy a dedicar el resto de mi vida a rogar al Señor de la mies...»

El alba de este radiante día de primeros de junio la encuentra ya levantada y dispuesta. Sólo su doncella personal y Francisco están al corriente de su marcha.

Y su salida de casa a hora tan temprana no ha extrañado a los pocos que están levantados a estas horas. Todos saben que Madame es madrugadora y que es su costumbre asistir a la primera Misa.

El grupito de tres personas llega hasta los muelles del Garona, donde Juana va a tomar un barco para hacer, por vía fluvial, el camino hasta Tou-

louse. En el Monasterio de las Feuillantinas de esta ciudad se espera su llegada.

Juana y el Padre Abad, que la acompañará hasta Toulouse para presentarla personalmente en el Monasterio, han subido a bordo y la embarcación emprende lentamente el recorrido río arriba, aprovechando el impulso de la marea alta.

A su vuelta a casa, Francisco y la doncella tienen que enfrentarse con toda una familia que hace preguntas. Alguien ha visto a Juana subir a bordo con su equipaje y...

—¿A dónde se ha ido mi madre y cuándo va a volver? —es la apremiante pregunta de Jeannette.

Y Francisco comienza su explicación.

Margarita de Cazalis resume su indignación:

—¡Irse a un Monasterio! ¡A su edad!

Y envía rápidamente un criado con un mensaje para Guido de Lestonnac.

Antes de mucho tiempo el Consejero de Lestonnac viene a unirse al grupo familiar.

—¡No has debido dejarla marchar! —increpa a su sobrino.

—Estaba completamente decidida y... —se excusa Francisco.

—¡Eres el jefe de la familia! ¡Deberías haber impuesto tu autoridad!

—He tratado de convencerla, de exponerle razones... No me ha servido de nada.

—Conozco la tenacidad de tu madre... pero esta vez se ha superado a sí misma. ¡Francisco, tienes que detenerla! Hay que impedir que dé este paso.

—Se ha ido ya hace más de una hora, tío. Está ya camino de Toulouse...

—Los barcos marchan lentamente, a caballo puedes llegar a Toulouse antes que ella —apremia Guido.

—Sé como es mi madre. No va a ceder en Toulouse lo que no ha cedido aquí...

—¡Pues tráetela por la fuerza, si hace falta...!

La orden tajante de Guido, las lágrimas de Jeannette, la indignación de Margarita impresionan a Francisco hasta el punto de que no duda en montar a caballo y recorrer lo más deprisa que puede la distancia que le separa de Toulouse. Y efectivamente llega al muelle antes de que atraque el barco que viene de Burdeos.

Juana se sorprende al verse de nuevo frente a Francisco:

—¡Hijo!, ¿qué haces aquí?

—He venido a llevarte a casa. Tu puesto está entre nosotros. Eres una Monferrant y... ¡yo soy el jefe de la familia!

—Tú eres el jefe de la familia Monferrant, Francisco, pero yo soy ahora Juana de Lestonnac. Y mi puesto está allí donde Dios me quiere... Desde ahora mi casa será el Monasterio. Vuélvete a Burdeos, hijo...

La serena seguridad de Juana se ha impuesto a la arrebatada impetuosidad de Francisco, que ahora solamente añade en tono menor:

—Tío Guido opina que vas a hacer una locura y...

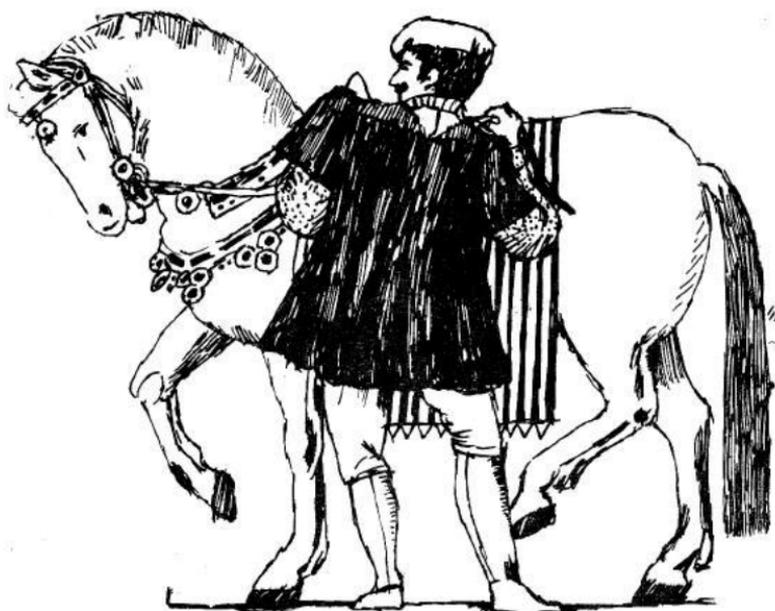
—Mi hermano Guido y yo hemos tenido ideas muy diferentes acerca de muchas cosas. Dile de mi parte que me deje seguir tranquila mi camino...

—¡No te vayas, madre, no nos dejes...! —es la última frase coherente de Francisco—. ¡Dios no puede querer que nos dejes! ¡Esto no puede salirte bien...!

Juana no se siente con fuerzas para continuar un diálogo que de antemano sabe no va a conducir a un acuerdo. Recoge su bolso y echa a andar. El Padre Abad duda un momento mirando la abatida figura de Francisco. ¿Será oportuno dirigirle unas frases de aliento? Luego, viendo la decidida andadura de la madre, marcha tras ella sin decir una sola palabra. Es mejor no intervenir en esta dramática despedida de la madre y del hijo.

Francisco ha quedado junto al muelle, en pie, al lado de su caballo que aún resuella ruidosamente...

Este es el segundo Francisco en la vida de Juana y, como ya le ocurrió con aquel primero, va a mantener con éste desde ahora una conflictiva relación de amor y enfrentamientos.



Cuando en una sociedad pequeña, en la que todo el mundo se conoce, alguien da un paso importante, se suelen producir comentarios para todos los gustos, de todos los matices y marcados por todas las intenciones.

Burdeos es una capital de provincia y Juana de Lestonnac es lo suficientemente importante como para que la fiebre de los comentarios y suposiciones haya alcanzado niveles altísimos.

—Madame de Monferrant ha debido de tener problemas muy graves con su hijo. Cuestiones de herencia probablemente. Seguro que ella se retira ahora a un Convento para ocultar su despecho.

—No, quiá, estoy seguro de que no se trata de una cuestión de dinero. Sé de muy buena tinta que Madame de Monferrant ha manejado las finanzas de la familia con mucho acierto. Ha demostrado que es una buena administradora. Se dice que ha saneado y mejorado enormemente el patrimonio familiar en estos seis años.

—Juana de Lestonnac fue siempre una persona muy excepcional. La conozco desde que éramos niñas. Siempre le preocuparon mucho los problemas religiosos. No me sorprende nada la decisión que ha tomado. Guando era una jovencita ya habla-

ba de imitar a Teresa de Jesús. Y me parece heroico que se encierre en las Feuillantinas. La Regla cisterciense impone a las Religiosas una vida austerísima... Claro que Juana tiene una voluntad de hierro y una gran clarividencia. Seguro que sabe muy bien lo que hace...

—Yo creo que lo que le pasa a la viuda Monferrant es que no quiere verse convertida en la segunda dama de la familia. Su hijo Francisco se ha casado y su esposa es ya la nueva Baronesa de Monferrant. Juana no querrá verse relegada a un segundo puesto...

—La Baronesa viuda tiene suficiente personalidad y bastante capital propio como para no tener que depender de nadie. Y ninguna niña recién casada le haría sombra. ¡Pues buena es Juana de Lestonnac para dejar que nadie le gobierne la vida!

—¡Y dejar abandonada a una hija tan jovencita! ¡Es algo que clama al Cielo!

—Bueno, lo de abandonada es un decir, ¿eh? La deja a cargo de su hermano casado y ella misma está próxima a casarse también. Y la deja en una casa llena de criados de toda la vida y en una sociedad como la de Burdeos en la que todas las grandes familias están emparentadas con ella.

—Así y todo, te digo que dejar a una hija tan jovencita clama al Cielo...

—¿Y se te ha ocurrido pensar si no será una llamada del Cielo la que lleva a Juana a encerrarse en las Feuillantinas? Porque el paso que ha dado es verdaderamente heroico. Dejar su casa, sus comodidades, su familia, sus criados...

LAS FEUILLANTINAS DE TOULOUSE

La Comunidad cisterciense de las Feuillantinas aguarda con afectuoso interés la llegada de Juana. La ha precedido, a través de las cartas del Padre Provincial, una sucinta, pero expresiva noticia sobre su vida, y las Religiosas esperan mucho de esta Novicia de cuarenta y siete años. Alguien que ha sabido mandar tan bien tiene mucho adelantado para saber obedecer bien y la obediencia es parte muy importante en la tarea de conseguir una perfección en la vida religiosa.

La vida en el Monasterio es de una gran austeridad. Las Feuillantinas son Religiosas penitentes. La Novicia tiene que aprender a prescindir de todo tipo de comodidades en su vida cotidiana: agua fría y jabón basto a la hora de lavarse, una escudilla de barro y cuchara de madera para comer, el suelo para sentarse a la hora de ponerse a coser, tejer o hilar e incluso para escribir o estudiar. El lugar del descanso nocturno es un simple jergón de paja y unas mantas; las sábanas y las almohadas se consideran innecesarias. La alimentación consistirá en hierbas cocidas que se comerán de rodillas: en el refectorio hay mesas, pero no bancos...

Y debe caminar de una cierta manera y mantenerse en pie de otra cierta manera durante las largas horas de coro. Y arrodillarse e inclinarse en los

gestos rituales durante el rezo, no como le es habitual y lo ha hecho durante toda su vida, sino en la exacta forma que indica la Regla. De la Novicia se espera que aprenda a dominar su mirada, su curiosidad, el tono de su voz, la vivacidad de sus movimientos, la volubilidad de su imaginación, la impetuosidad de sus afectos... Y todo esto, no por capricho del Fundador que escribió la Regla, sino porque acostumbando al cuerpo y al espíritu a una estudiada disciplina se va desprendiendo de los viejos hábitos mundanos para adquirir la nueva vestidura del discípulo de Jesucristo al que quiere seguir cada vez más de cerca y al que quiere imitar cada vez con más perfección.

El Noviciado no es un someterse por gusto a un proceso de despojamiento empobrecedor. Es ir, con el ánimo alegre y entero del sarmiento vivo y bien unido a la vid, al encuentro de ese tratamiento saludable y enriquecedor que es la poda, que favorecerá luego la aparición de frutos más ricos y abundantes...

Juana se consagra con entusiasmo, con la plena dedicación con que ella se entrega cuando la tarea que tiene delante le parece digna de ello. Se esfuerza con toda su energía por seguir la Regla con exquisita fidelidad. Y es de las primeras en acudir al toque de la campana, ya sea para el rezo de medianoche en el coro o para cualquier otro de los ejercicios de la vida religiosa.

JUANA DE SAN BERNARDO

Hace muy pocas semanas que Juana ha tomado el hábito cisterciense y que ha cambiado su nombre por el de Juana de San Bernardo.

Todavía se siente bastante incómoda dentro del amplio ropaje blanco. Todavía le molesta hasta causarle, a ratos, una desazón casi insufrible la ropa interior hecha de lana burda. Todavía camina con una cierta vacilación sobre sus sandalias de madera.

Y en respuesta a todas estas incomodidades físicas Juana adopta una actitud también física, que refleja su espíritu interior. Juana sonrío. Está donde cree que Dios la quiere, hace lo que cree que Dios quiere que haga, siente lo que cree que Dios quiere que sienta...

Juana sonrío.

Es su respuesta a la voluntad de Dios.

Esta mañana, después de los oficios religiosos, la Madre Maestra de Novicias ha llamado a Juana.

Y Juana se presenta ante su Maestra como quiere la Regla: con prontitud, las manos ocultas en las mangas, los ojos en el suelo y el espíritu presto a la obediencia.

—Hermana Juana, ¿habéis trabajado alguna vez como ayudante de cocina?

Juana sonríe.

—No, Madre.

—Bien, pues esta semana trabajar is con la Hermana Luisa de San Bartolomé. Ella os explicar a lo que habéis de hacer y obedecer is sus indicaciones como si fueran mandatos de la propia Reverenda Madre Superiora,  hab eis comprendido?

—S , Madre.

Durante siete días, Juana de Lestonnac pela verduras, friega cacerolas, lava platos, abrillanta sartenes, frota suelos y barre el patio.

Y escucha continuamente las admoniciones de la Hermana Luisa de San Bartolomé:

—Así no, Hermana Juana, cortadme esos nabos en pedazos más pequeños. Así no, Hermana Juana, el fondo de la cacerola hay que frotarlo con arena. Así no, Hermana Juana, los platos hay que secarlos con aquel otro paño. Así no, Hermana Juana, para sacar brillo a las sartenes hay que darles fuerte con esta piedra de asper n...

Y la inexperta Novicia escucha el comentario cordialmente comprensivo de la Hermana cocinera:

—Claro, como nuestra Hermana Juana no ha hecho nunca esta clase de trabajos...

Y Juana le dirige una mirada de humilde disculpa y sonríe. Trabaja y sonríe, se esfuerza y sonríe, se fatiga y sonríe... Algunas veces se siente bastante descorazonada ante su propia torpeza en estas tareas... y sonríe.

Y, al final de la semana, la Madre Maestra de Novicias habla con Juana:

— C mo os ha ido en la cocina, Hermana Juana?

—Pues yo creo que mal, Madre. Me parece que soy una desastrosa ayudanta de cocina. Me har an

falta muchas semanas de práctica para ser algo más que un estorbo en la cocina... —sonríe Juana.

—La Hermana Luisa de San Bartolomé no opina lo mismo.

—La Hermana Luisa de San Bartolomé es muy buena. Madre. ¡Ha tenido mucha paciencia!

—¿Ha sido una buena maestra de cocina?

—Una magnífica maestra. Ella sí que trabaja bien. Se mueve siempre con exactitud y eficacia y en cada movimiento que hace deja una cosa hecha y bien hecha...

La Madre Maestra también sonríe ahora. Admira el buen espíritu y la segura humildad de Juana, tan sinceramente dispuesta a reconocer la perfección en las acciones de las demás y la torpeza de las propias.

La Novicia en sus horas de oración ruega:

—Que tu voluntad sea hecha... Que yo aprenda a ser Juana como Tú quieres que lo sea... Envía, Señor, obreros a tu heredad porque la mies es mucha...

Y sin duda el Señor escucha esta oración tan sincera y tan ferviente. Y hace su voluntad y modela a Juana para que sea como El la desea, y prepara obreros para su heredad...

La Hermana Juana de San Bernardo empieza a no encontrarse bien. Le duele todo el cuerpo, tiene fiebre todas las tardes y una gran debilidad le hace caminar insegura y sentir mareos cada vez que se inclina...

Tiene la firme seguridad de que Dios la quiere aquí y ruega con fervor:

—Señor, ayúdame, dame fuerzas...

Y siguiendo el consejo de San Bernardo, el Doctor de María, cuyo nombre ha adoptado, *Réspice*

Stellam, voca Mariam, se vuelve a la Estrella e invoca a María:

—Madre y señora mía, no me abandones, a tu bondad me fío...

Juana ha depositado su confianza en aquellos en quienes se puede confiar y su confianza no quedará defraudada...

Una madrugada, a la salida del Oficio divino en el coro, Juana desfallece y cae cuan larga es sobre las losas del claustro.

Revelo de hábitos, alarma entre las Hermanas, manos solícitas, brazos firmes y eficaces y, por fin, la cama blanca de la enfermería; un malestar profundo... y la visita del médico de la Comunidad.

Poco después la sentencia:

—En mi opinión —ha dicho el médico—, en mi opinión, Reverenda Madre, la Hermana Juana no podrá resistir la vida que lleváis en esta casa. Ha perdido la salud y perderá la vida, si sigue aquí. Es una naturaleza delicada... necesita cuidados muy especiales...

La pobre Novicia cierra los ojos anonadada y allá en lo hondo de su corazón clama apesadumbrada:

—¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado? Madre y Señora mía, ¿por qué, por qué...?

Y por segunda vez en su vida siente el terrible mordisco del fracaso, al comprobar que a ella le está vedado lo que a otras les resulta posible. Vuelve a pasar por aquella prueba que ya conoció hace muchos años cuando recién casada con Gastón vio, embarazo tras embarazo, cómo se malograba su íntimo anhelo de ver cuajarse en pequeñuelos sanos y fuertes el fruto de sus entrañas. Entonces miraba a su alrededor y veía a los niños, hijos de sus amigas o de las campesinas de Landirás, y su corazón gemía:

—Señor, ¿por qué ellas sí y yo no?

Ahora repite aquella súplica:

—Señor, ¿por qué otras pueden vivir en tu casa y yo no? Déjame permanecer aquí... pero no se haga mi voluntad sino la tuya...

La Madre Superiora ha venido a visitar a la Novicia enferma; y con infinita dulzura, con exquisita delicadeza, porque la Regla prescribe que la Religiosa enferma deberá ser tratada en forma tal que no eche de menos a su propia madre a la cabecera de su cama, se dirige a Juana:

—Mi querida hija, Dios nos habla de muchas maneras y ahora su voluntad aparece clara...

Juana no quiere dejar que la Madre termine de expresar lo que ya adivina que es una condena de exclaustación:

—¡Madre, Madre, dejadme permanecer aquí, dejadme morir aquí...! Yo vine para entregar mi vida en el servicio de Dios...

—Hermana Juana, vinisteis para aprender obediencia, ¿lo habéis olvidado? Y la obediencia ahora os pide que, para el mejor servicio de Dios, volváis a vuestra casa...

—Sierva inútil y débil soy... —gime Juana.

—Justamente el Señor gusta de hacer cosas grandes en sus más humildes criaturas. ¿Qué podemos saber nosotras del servicio que El espera de vuestra debilidad? Tened paciencia y esperad a que Dios os manifieste su voluntad. Nunca deja de hablar claramente a aquellos que están dispuestos a escucharle. Volved a casa, Hermana Juana, y esperad...

Y Juana acepta la voluntad de Dios expresada a través de las palabras de la Reverenda Madre.

Y llega para ella la negra noche. Una negra noche de soledad, de abandono, de frustración, de horizonte cerrado y futuro vacío...

Sólo sabe repetir una y otra vez:

—Señor, que tu voluntad sea hecha, que tu voluntad se cumpla en mí, que yo sea Juana como Tú quieres que lo sea...

Y se vuelve a la Estrella e invoca a María:

—¡Madre y señora mía, ten compasión...!

Y en lo más oscuro de la noche, rompe la aurora. El negro horizonte se desgarrar, el futuro se carga de luminosas posibilidades y Juana de Lestonnac *ve*, ve la hermosa tarea que el Cielo le propone: ser un operario en la heredad, trabajar en la mies, esforzarse por el advenimiento del Reino, tender la mano a una juventud que reclama su ayuda, abrir un surco que mañana será senda y más adelante camino real por el que mujeres, adolescentes y niñas caminarán hacia la luz... y todo ello dentro de una Orden cobijada, amparada, iluminada y guiada por la Estrella de la mañana, por María Nuestra Señora.

El corazón de Juana se ensancha en un gozoso agradecimiento deslumbrado:

—¡Gracias, gracias, gracias...! Acepto la tarea, sé que será difícil y dura, pero sé también que merece la pena. Y tengo la seguridad de que recibiré vuestra ayuda.

Da un hondo suspiro de alivio y poco a poco, serena y sosegada, sonriente, Juana se queda dormida. La Novicia rechazada y su esperanza recién concebida descansan en el regazo de la Estrella, de la Madre. Están seguras.

La vuelta a casa es para Juana una experiencia con múltiples matices distintos.

Jeannette ha creído volverse loca de alegría al ver llegar a su madre. Francisco también se ha alegrado sinceramente al tenerla de nuevo cerca, pero no ha podido evitar un cierto gestecillo suficiente de «Ya sabía yo que esta aventura disparatada iba a terminar así.»

Marcelle, a su modo discreto y silencioso, ha llorado de puro gozo al verla aparecer de nuevo y ahora anda por la casa con cara de pascuas.

Los viejos criados han saludado emocionados a la «buena señora» que retorna a casa. La han echado de menos durante estos seis meses. La señora joven, la nueva Baronesa de Monferrant-Landirás, es también una buena señora, pero... ¡qué diferencia!

Y Margarita de Cazalis tiene para su suegra la acogida cortés y obsequiosa a que está obligada por la etiqueta doméstica, pero se muestra reservada y distante, como si estuviera a la espera del próximo gesto excéntrico, del próximo paso en falso de la «Baronesa vieja».

También Guido ha venido a visitar a su hermana. No se ha mencionado para nada entre los dos la

estancia de Juana en las Feuillantinas de Toulouse, pero el señor Consejero, que venía con el ánimo de dejar traslucir ante Juana su sarcástica reconvencción de «Espero que este descalabro te haya servido de lección», se queda bastante sorprendido al verla, demacrada y descolorida sí, pero segura, equilibrada, sosegada y hasta sonriente.

—Nunca entenderé a esta hermana mía —es el comentario que se le escapa entre dientes a la salida de la mansión Monferrant.

Juana ha vuelto a instalarse en sus dos habitaciones del segundo piso y se deja cuidar por hijos, nuera y criados, que le dedican, unos más que otros, mimos y atenciones. Y siente que en este ambiente familiar y rodeada de tanto cariño, su salud se recompone rápidamente y las fuerzas le vuelven día a día.

Es tiempo de Navidad y la casa vive momentos de fiesta y alegría porque se espera, de un día a otro, el nacimiento del heredero.

Unas semanas después de su llegada, Juana puede empezar a incorporarse, poco a poco, a la vida diaria de la familia: baja al comedor a la hora de las comidas, se sienta en el salón durante las veladas y empieza a trabajar en la confección de pequeñas prendas para el nieto que va a llegar.

Ahora, lo mismo que hace seis meses cuando Juana salió hacia las Feuillantinas de Toulouse, se producen comentarios para todos los gustos, la mayor parte de ellos muy poco prudentes y aún menos caritativos. En junio pasado, solamente la familia y los amigos íntimos soportaron este aluvión de chismorreos; ahora los rumores llegan también hasta oídos de la propia protagonista. Para evitar males mayores, Juana se limita a ignorarlos y a hacer la vida discreta y retirada que le es habitual.

Pasa también largos ratos en la entrañable compañía de Jeannette, que goza desplegando ante su madre, pieza tras pieza, su rico ajuar de novia: manteles, tapicerías, colchas... y también prendas y objetos más personales: vestidos, zapatos, peines, cepillos, frascos de perfume... La madre comparte con la hija estas horas ilusionadas de la novia que ve ya cercana la boda con un hombre al que estima y al que está aprendiendo a querer y a respetar...

Y, en cuanto empieza a estar un poco más fuerte, sale un día para ir a visitar a Marta y Magdalena en el Monasterio de las Anunciatinas. Las dos muchachas prosiguen allí su formación como Novicias, y ven ya cercana su Profesión solemne:

—¿Cómo os va, hijas?

—Muy bien, madre. Tú, en cambio, estás muy pálida y bastante más delgada —comenta Marta preocupada.

Las dos muchachas están perfectamente informadas de lo que ha sido la vida de su madre durante estos últimos meses y proceden con toda la delicadeza de que son capaces, al acercarse a una herida que, por lo reciente, suponen que tiene que doler mucho todavía.

—Me estoy recuperando muy rápidamente —las tranquiliza Juana.

—Ha sido una dura experiencia, ¿verdad, madre? —se atreve a preguntar Magdalena.

—Sí, lo ha sido, pero ha valido la pena. He aprendido muchas cosas importantes. Contadme de vuestra vida —zanja Juana el tema de sus propias andanzas para centrarlo sobre la existencia de sus dos hijas.

—A Marta la han hecho bibliotecaria —anuncia Magdalena para darle a la conversación el giro que su madre ha sugerido tan claramente—. Se pasa el día desempolvando librotos y colocándolos

en orden. Y también dedica muchos ratos a dar clases a algunas Religiosas. ¿Querrás creer, madre, que hay muchas que casi no saben leer?, pero no latín, ¿eh?, no saben leer francés, ¡figúrate!

Juana se vuelve un poco asombrada a su hija mayor.

—Sí, es cierto —corroboraba Marta, y luego añade con su dulce gesto amable de siempre—: No todas las mujeres de Aquitania han tenido la suerte de educarse junto a una madre como tú...

—Y si no saben leer, ¿cómo pueden seguir en el coro el rezo de las Horas canónicas? —pregunta Juana.

—Pues ¿cómo quieres que lo hagan?, ¡muy mal! —es el terminante comentario de Magdalena.

Y a lo largo de la conversación se tocan también otros temas.

—Veo que os han cerrado ya por completo la clausura —dice Juana.

—Sí, y no sabes el alivio que eso ha supuesto. Antes, cuando el Cardenal de Sourdis no se había puesto todavía serio del todo sobre este asunto, las Religiosas no salían ya casi nunca del Monasterio, pero aquí entraba todo el mundo. Ibas por un claustro y te encontrabas con grupos de señoras y caballeros que habían venido de visita. Y allí paseaban y charlaban... —explica Marta.

—Y no era eso lo peor —completa Magdalena—. Algunas señoras, parientas o amigas de Religiosas de esta casa, se albergaban aquí durante días con sus doncellas y criadas. Y trastornaban por completo el horario que manda la Regla: se acostaban tarde, hablaban en voz alta y hasta cantaban en las horas de silencio, se levantaban a mediodía, salían y entraban continuamente del Monasterio...

—Bueno, pero nada de eso sucede ahora— arguye Marta—. Las visitas no pasan ya de los locutorios y sólo se pueden recibir a ciertas horas que han determinado la Reverenda Madre y el Cardenal. Todo ha cambiado por completo...

Magdalena interrumpe la explicación de su hermana con una mirada de soslayo y su característica sonrisa picara. Marta tiene que añadir:

—Bueno, quiero decir que todo ha cambiado casi del todo. En realidad lo de la Hermana Renata ha sido algo muy especial...

—¿Qué ha ocurrido? —quiere saber Juana.

—Pues... tú conoces a la familia Languerville, ¿verdad? Renata es la pequeña de seis hermanos, todos varones. Es Novicia en esta casa desde hace casi un año, entró un poco después que nosotras. A principios del mes pasado, su familia organizó una gran fiesta para celebrar que Monsieur René de Languerville, el abuelo de Renata, cumplía ochenta años. El padre y los hermanos de esta Novicia querían que ella asistiera al banquete y se lo pidieron a la Reverenda Madre. Ella quiere mucho a Renata, que es una muchacha amable, dócil y muy bien educada. La Reverenda Madre, por lo visto, les contestó que ella bien hubiera querido conceder el permiso, pero que el Cardenal de Sourdis había insistido muy seriamente en la estricta observancia de la clausura y que le era de todo punto imposible conceder el permiso. El padre y los hermanos de Renata se enfurecieron, ella lloró... Y la víspera del cumpleaños de Monsieur René dos hermanos de Renata entraron en la clausura y después...

—¿Rompieron las rejas? —se asombra Juana.

—No.

—¿Saltaron las tapias?

—No, tampoco; les fue mucho más fácil que todo eso. Entraron por el portón para los carros que

hay al fondo de la huerta. Estaba entonces abierto porque andaban descargando leña... Llegaron hasta la celda de Renata, la hicieron bajar hasta la huerta, la subieron a un caballo y se la llevaron...

—Pero, ¿ella quería irse?

—Pues... probablemente ella quería y no quería. Siente un gran afecto por su abuelo y...

—Cuando se enteró el Cardenal de lo que había pasado —prosigue Marta su narración—, vino y estuvo hablando mucho rato con la Reverenda Madre y la Priora. Luego ordenó que la Comunidad se reuniese en la Sala Capitular. Nos habló de la necesidad y de las excelencias de la clausura, de la falta contra la Regla que la Comunidad entera había cometido al hacer posible un hecho así. Y nos ordenó hacer un ayuno extraordinario de tres días a pan y agua...

—¡El banquete de cumpleaños de Monsieur de Languerville, pero al revés! —bromea Magdalena.

—¿Y Renata?

—Su padre la trajo a los dos días de habérsela llevado los hermanos. Ella pidió perdón a la Reverenda Madre y a la Comunidad y fue admitida de nuevo. Creo que el Cardenal le ha impuesto penitencias personales muy severas...

—Su padre ha regalado al Monasterio una carga de cirios equivalente a dos veces el peso de la muchacha en cera... —informa Magdalena con un guiño malicioso—. Y ya se sabe que la cera ayuda mucho a suavizar roces...

Lo que le han contado sus hijas da mucho que pensar a Juana, pero las dos muchachas parecen contentas viviendo en el Monasterio y la madre no quiere de ninguna manera interferirse en el camino que ellas han elegido.

UN VIAJE AL PÉRIGORD

A los pocos meses de su vuelta a casa y cuando su salud no se ha rehecho aún del todo, vuelve el ala de la muerte a rozar la vida de la familia Monferrant. Esta vez ha cubierto con su sombra a Jeannette. Jacques d'Agassac ha muerto en el asalto al castillo de Saint-Céré, en el Quercy, cuando combate con las tropas reales para someter a Henri de La Tour d'Auvergne, Duque de Bouillon y Vizconde de Turena, hugonote acérrimo, que se ha levantado contra Enrique IV, al que no perdona que haya abrazado la Religión Católica.

El gozo ilusionado de la novia se trueca en un vivísimo dolor; la muchacha se siente desolada y cae en una tristeza profunda que preocupa grandemente a la familia.

Una vez más, Juana tiene que dejar de lado sus propios intereses para dedicar toda su atención a los problemas de otro.

Para tratar de sacar a Jeannette de su abatimiento proyecta un viaje por el Périgord, región en la que tiene familiares y amigos y que disfruta en estos días de un período de tranquilidad. Escribe una serie de cartas y no tarda en recibir varias cordiales invitaciones. Juana y su hija son personas queridas y estimadas y muchas familias se alegran

de poder recibir las como invitadas durante todo el tiempo que ellas deseen.

Juana contrata los servicios de un cómodo carruaje para viajar y dispone que su doncella viaje con ellas, además de dos criados que escoltarán al grupo a caballo. Los tiempos están revueltos y hay que tomar todo tipo de precauciones.

Jeannette se ha resistido al principio. Siente una pesadumbre que la abrumba y la hace replegarse sobre sí misma; rechaza de antemano todo proyecto que la obligue a actuar y a salir fuera del ámbito de su propia pena. Juana tiene que forzarla un poco para decidirla:

—La muerte de un ser querido nos causa dolor, hija, pero no podemos dejar que ese dolor nos ahogue y nos anule. No es el fin del mundo, Jeannette, ni siquiera el fin de tu mundo. Tienes que seguir viviendo para realizar en servicio de Dios la tarea para la que El ha querido ponerte en la vida... Vamos, hija, trata de animarte... yo estaré a tu lado...

A lo largo de este recorrido por la región del Périgord, Juana procura encontrar para su hija amigas y compañeras de su edad que la ayuden en estos momentos de abatimiento. Y esto le proporciona a ella misma la oportunidad de conocer a mujeres jóvenes que le resultan extraordinariamente interesantes.

Las hermanas Puyferrat le parecen amables, inteligentes y muy bien educadas. Y las dos se dedican con cariñoso interés a Jeannette y hacen todo lo que está en su mano por acompañarla y distraerla.

A Susana de Briançon la conoce una tarde en que los padres de la muchacha han invitado a las dos Monferrant a comer con ellos.

Esta familia le recuerda a Juana la suya propia. El padre es católico y la madre ha seguido las doctrinas de Calvino. Susana, gracias a la educación recibida de su madre y de las escuelas calvinistas, ha seguido, con toda la honestidad y el apasionado fervor de la juventud, las doctrinas nuevas. Y durante la visita, en lugar de limitarse a charlar amistosamente con Jeannette, que es más o menos de su edad, Susana se enfrenta con Juana, a la que sabe católica convencida.

—La Fe calvinista nos trae una renovación de la vida espiritual, Madame. El Catolicismo está acabado, caduco... Su culto, tan aparatoso, no es más que magia y superstición... Es como un lujoso vestido viejo que cubre una osamenta que se desmorona... ¿Y por qué tendrían los franceses que depender de las órdenes que vienen de Roma? Cada país

conoce la mejor manera de atender sus propias necesidades espirituales, su propio camino de ir a Dios. Alemania tiene su reforma. Inglaterra ha elegido la suya. Escocia tiene su particular versión. Calvino ha trazado el camino que conviene al carácter francés: refinado, intelectual, culto...

La muchacha se expresa con facilidad, con calor, con la apasionada sinceridad del que está exponiendo sus más profundas convicciones...

Juana piensa que podría rebatir con cierta facilidad estos argumentos, pero prefiere no hacerlo y elude con habilidad una discusión que prevé inútil; pero le interesa la personalidad de Susana, así que hace unas preguntas sobre el funcionamiento de la escuela calvinista que Susana ha frecuentado. Y la muchacha habla y habla con entusiasmo y acaba por confiar a Juana su deseo de llegar a ser un día maestra de una de estas escuelas.

—Y seréis una buena maestra, Susana. Tenéis facilidad de palabra y un enorme poder de convicción —le dice Juana.

A esta primera entrevista siguen otras. Entre Juana de Lestonnac y Susana de Briançon está naciendo una verdadera amistad. Susana valora la bondad, la inteligencia y la madurez de la viuda Monferrant. Y Juana se siente gratamente impresionada por la sincera fidelidad con que Susana acomoda su vida a las austeras enseñanzas de Calvino. La muchacha ha aprendido que una ferviente católica puede ser comprensiva y tolerante. Juana ha comprobado que las escuelas calvinistas son unos eficaces centros de enseñanza.



TERCERA PARTE



Las semanas que madre e hija han pasado recorriendo las casas de parientes y amigos han servido para alejar a Jeannette, en el tiempo y en la distancia, del dolor por la pérdida de su prometido. Para la madre ha sido un esfuerzo grande que ha debilitado su salud, todavía no restablecida por completo.

Este viaje le ha proporcionado a Juana, entre otras cosas, dos impresiones muy claras sobre la realidad reinante, y las dos son impresiones penosas: una es que durante las luchas de religión los protestantes y los católicos se matan por igual, pero los protestantes, además, destruyen iglesias, queman conventos, destrozan imágenes, que ellos consideran ídolos... ¡Cuántas vidas deshechas, cuántas Comunidades dispersas, cuántas obras de arte desaparecidas para siempre...!

Y la segunda impresión es que la aplicación del Edicto de Nantes de 1598, que permitía a los protestantes la oportunidad de trabajar en casi absoluta libertad para extender sus doctrinas, ha sido muy bien aprovechada por los fervorosos adictos a la Religión reformada, que no han perdido el tiempo, han trabajado activamente y han sabido ganarse muchos y buenos adeptos.

Al llegar a la casa de Burdeos, Francisco comunica a su madre y a su hermana que ha iniciado las primeras gestiones para concertar un nuevo matrimonio para Jeannette. Ha pasado más de medio año desde la muerte de Jacques d'Agassac y ya es hora de que la muchacha vuelva a entrar de lleno en la vida social y a tomar parte de nuevo en reuniones, fiestas y cacerías.

Por otro lado, Margarita espera tener una larga serie de invitados durante el verano. El pequeño Bernardo tiene ya seis meses, la joven madre se siente enormemente orgullosa del heredero de la casa Monferrant y desea presentárselo a familiares y amigos.

Juana quiere descansar, retirarse de todo este barullo. Desaparecer discretamente y pasar una temporada alejada de la familia y de sus actividades sociales para dedicarse por entero a sus propios proyectos.

Tiende una mirada, en su imaginación, a todos los posibles lugares en los que puede refugiarse. Y se le viene a primer plano de la mente la imagen de La Mothe. Recuerda aquel lugar tranquilo y apacible: el molino y la pequeña casa adjunta, el riachuelo junto al molino y los extensos campos que circundan el diminuto caserío.

Y lo habla con Francisco:

—Pero, madre, ¿no puedes meterte allí! Esa casa no reúne condiciones —es la réplica del joven Barón.

—Será bastante para lo que yo necesito.

—No tiene más de cuatro habitaciones, está deshabitada desde hace tiempo. Y creo recordar que el tejado está en bastantes malas condiciones.

Francisco sigue sin entender a su madre, pero no está dispuesto a enfrentarse más con ella. Así

que da la orden de que se hagan en La Mothe los arreglos necesarios para que su madre se encuentre allí lo menos incómoda posible.

Un maestro de obras y dos albañiles trabajan durante unas pocas semanas: se refuerzan algunas partes del muro exterior; se rehace prácticamente todo el tejado; se cambian los marcos de dos ventanas, que estaban podridos; se añade una pequeña habitación adosada, que servirá de cuarto de estar para Madame de Lestonnac; se hace nuevo el hogar de la cocina; se blanquean todas las paredes y se allana y se cerca un pedacito de terreno en la parte de atrás de la vivienda, la más protegida de los vientos.

En cuanto la casa está habitable, Juana se instala en ella. La acompaña únicamente Marcelle. Dos criados se ocuparán de hacer los trabajos más rudos, como acarrear agua y cortar leña. Harán también las compras necesarias en el cercano pueblo de Saint-Morillon y, sobre todo, cuidarán de la seguridad de las dos mujeres.

Después de los intensos meses vividos desde antes de su entrada en las Feuillantinas, Juana necesita y agradece la tranquila soledad de La Mothe.

Le gusta sentarse a hilar o a calcetar en el pequeño jardín y dejar de vez en cuando que su vista descanse contemplando los campos cultivados: huertos, viñedos, trigales... y, mientras tanto, entregarse a recordar y regustar las experiencias pasadas.

Su vida empieza a ser ya larga y ha vivido tantísimas situaciones distintas...

Su recuerdo se remonta a aquel ardiente impulso de consagrarse toda entera al servicio de Dios, sentido en la adolescencia. En ningún momento ha dejado de tener muy presente aquella frase que entonces le pareció escuchar: «No dejes apagar el

fuego que yo he puesto en tu corazón y que te impulsa con tanta fuerza a servirme.» Este fuego que se hizo especialmente luminoso y abrasador aquella última noche pasada en el Monasterio de las Feuillantinas, aquella reveladora noche del Císter...

Hoy hace un día espléndido. Brilla allá arriba un sol resplandeciente y toda la naturaleza parece regocijarse bajo el benéfico influjo del astro rey en esta hermosa tarde de verano: los verdes opulentos de los árboles, los ricos ocres de las tierras labradas, los cálidos dorados de las mieses... Cabrillea en mil reflejos el agua del estanque y unas diminutas nubes blancas navegan mansamente por el radiante azul del cielo.

Juana, sentada en su pequeño jardín, se goza en la serena belleza que la rodea y deja volar sus pensamientos:

«Se comprende fácilmente que aquellos lejanos hombres de la antigüedad adorasen al Sol como a un dios. Y cantasen himnos en su honor y le ofreciesen sacrificios... ¡Pobres gentes! Como si eso aumentase en algo la gloria del Sol... La gloria del Sol que es darnos sus beneficios y no recibirlos de nosotros... La gloria del Sol que es iluminar la Tierra, hacer brillar los colores, fundir la nieve, madurar los frutos, dar vida...»

Y el haber pensado en la gloria del Sol le hace recordar el lema de Ignacio de Loyola, que sus hijos, los Jesuitas, están repitiendo a lo largo y a lo ancho del mundo: *Ad maiorem Dei gloriam*.

«A mayor gloria de Dios», se repite Juana. «¿Habré yo entendido bien en qué consiste vivir para la gloria de Dios? Hablamos de dar gloria a Dios, ¿sí la gloria de Dios consiste precisamente en lo que El nos da a nosotros, en todos los beneficios que derrama sobre sus criaturas!

»Trabajar por la gloria del Sol no sería cantar sus alabanzas, sino reconocer el bien que derrama con su luz y su calor sobre la Tierra y procurar que nada dejase de recibir sus beneficios. Hacer sombra a cualquier criatura sería privarla de la gloria del Sol. En cambio, plantar una buena semilla en una tierra bien labrada y regarla a su debido tiempo, sería contribuir a que la gloria del Sol pudiera beneficiar a un mayor número de criaturas...

»¿En qué forma debería yo emplear mi vida para trabajar por la gloria de Dios? Pues... primero debería procurar que todo mi ser recibiera los beneficios que el Señor Dios quiere derramar sobre mí. Mi cuerpo y mi alma puestos en su presencia, sin recovecos ni rincones. Toda yo expuesta sin dobleces para recibir con el alma bien abierta toda la gracia que El quiera darme...

»Luego, yo debería dedicar toda mi capacidad, todo mi tiempo, todo mi esfuerzo a que la mayor cantidad de personas, de hermanos míos, recibieran ese mismo beneficio... que la gloria de Dios brillase sobre ellos y los llenase de sus gracias...

»La gloria de Dios nos llenará a todos de Fe, de Esperanza, de Caridad, de Alegría, de Prudencia, de Justicia, de Fortaleza...

»Y en los dones que de El recibiéramos resplandecería su gloria porque es El quien los da... como resplandece la gloria del Sol en los trigos dorados, en los racimos maduros, en los brillantes colores de las flores...»

Juana pasa largo rato pensando, meditando sobre estas ideas; y en su cabeza se va perfilando, cada vez con más claridad, cada vez con más exactitud, el proyecto que entrevió en aquella última noche en el Císter.

Y cada vez con más fuerza se siente llamada, reclamada, urgida a una completa entrega al servi-

cio de Dios, a dedicar toda su vida y todas sus capacidades a amarle y, como resultado de este amor al Creador, siente un fuerte impulso que la lleva a querer servir a las criaturas, a estos hermanos que el Señor ha querido colocar cerca de ella. En su cabeza empieza a cuajar, en proyecto más concreto, su idea de dedicarse a la educación de la juventud femenina:

«Yo debería dedicar mi vida a educar a las niñas. A todas esas niñas que no tienen ocasión de aprender, de formarse, de educarse en una sólida Doctrina Católica, de adquirir unos conocimientos que las hagan mujeres más completas, criaturas humanas en las que resplandezca la gloria de Dios porque han cultivado todos los talentos y todas las capacidades que su Señor puso en ellas...»

La tarea le parece fascinante y la atrae con una fuerza poderosa. «Contribuir a extender la gloria de Dios», se dice. Por otro lado, su lucidez le hace sentir el enorme esfuerzo que tal empresa representa. Y de su corazón brota espontáneo un clamor de petición de ayuda y mira a la Estrella, recurre a María:

—Señora, ven en mi auxilio. Si esta idea mía es inspiración del Cielo, no me dejes de tu mano. Socórrenos en las necesidades... Y Tú sabes cuánto te necesitamos ahora las mujeres de Francia.

Para empezar, examina la realidad existente: es un primer paso para poder integrarse en ella y transformarla.

¿Cómo se educa en esta Francia de comienzos del siglo XVII? Existen para los muchachos caminos bien trazados: preceptores domésticos tan pronto como salen de los brazos de las nodrizas, y después, Colegios y Universidades. Y hay manuales que explican detalladamente las materias que los muchachos deberán conocer y practicar a lo largo de las diferentes etapas de su educación.

Pero, ¿y las niñas?

Así como para la educación de los niños se han escrito tratados y se han preparado listas de materias que se les deben enseñar, en el caso de las niñas su educación y el programa de materias que aprenden, dependen en absoluto de lo que la madre, la maestra o la preceptora que a cada niña le cae en suerte quiere o puede enseñarle, porque no hay nada determinado al respecto.

Las hijas de familias nobles suelen ser conducidas desde muy niñas, en muchos casos cuando todavía están en pañales, a alguna gran Abadía o Monasterio importante. Allí viven en la clausura conviviendo con las Monjas y entregadas al cuidado de una o varias Religiosas que, bajo la supervisión de la Abadesa, se responsabilizan de enseñar a la niña lo que buenamente les parece que debe aprender. La niña sigue, mejor o peor, la vida de la Comunidad, y según la capacidad de sus maestras y la buena disposición propia, aprende materias que suelen ir desde Lectura, Escritura, Latín, Historia, Dibujo y Música, hasta labores de aguja, buenos modales, baile, equitación, rudimentos de medicina casera, cocina y repostería.

Las hijas de las familias muy pobres suelen ir a parar, cuando sus padres las abandonan por desidia o por falta de medios para atenderlas, a los orfanatos u hospicios. Estos refugios para los más necesitados están casi siempre junto a los hospitales y dependen, en general, de la caridad de los Obispos. Las niñas no aprenden en estos centros más que oficios manuales: lavar, limpiar, coser, planchar, guisar... Suelen aprender también unos rudimentos de Doctrina Cristiana y oraciones, siempre de memoria, claro está, porque a nadie se le ocurre que estas niñas deban aprender a leer y, mucho menos, a escribir.

Las niñas de familias medianamente acomodadas se educan en sus casas. Y lo de educarse, en la mayoría de los casos, no deja de ser un término bastante vacío. Aprenden únicamente lo que sus madres, o las criadas a las que son confiadas, saben, que no suele ser mucho. Aprenden a hilar, a tejer, a coser, a ordenar las habitaciones, a llevar mejor o peor la administración diaria de la casa, a criar a los niños pequeños, a utilizar perfumes y afeites en el cuidado de su propia persona... y muy poco más.

Son niñas a las que se prepara para el matrimonio. Se las enseña a estar dispuestas a pasar de la tutela del padre a la tutela del marido, a que acepten que se las utilice como enlaces entre unas familias y otras y para que traigan hijos al mundo. No es raro que se considere que a los doce o trece años ya han aprendido todo lo que necesitan saber y que se les concierten matrimonios muy tempranos. Algunas se convierten en esposas a los trece, a los catorce o a los quince años. Y ya se comprende lo que estas mujeres, tan poco instruidas, pueden luego enseñar a sus propias hijas.

Hasta hace unos pocos años a nadie se le había ocurrido pensar que alguna mujer pudiera tener capacidad o interés por estudiar, por aprender, por cultivar su inteligencia...

Lutero en Alemania y Calvino en Francia son los primeros que han dedicado su atención a la necesidad de educar a las mujeres, que son luego, a su vez, las primeras educadoras de las nuevas generaciones.

Juana ve con toda claridad la urgencia de que haya una institución dedicada a programar y realizar unas tareas de educar a la juventud femenina en la Religión Católica y en todos los conocimientos y disciplinas que cada niña sea capaz de aprender para mejor desarrollar y acrecentar los talentos que

Dios le ha dado y poder servir al prójimo, a la familia y a la sociedad en la forma más eficaz y adecuada posible.

Le parece una tarea demasiado ardua para sus pobres fuerzas. «Ya no soy joven», se dice, «tengo cuarenta y ocho años... Ésta es una empresa para gente joven y esforzada..., ¿será voluntad de Dios que yo me una a alguien para llevar adelante un proyecto de esta naturaleza?»

Día tras día, Juana ora, reflexiona y da vueltas en su cabeza a la idea hasta que, poco a poco, empieza a entrever los perfiles, todavía inciertos, de lo que puede ser una gran obra...

«Educar a las niñas... sí, pero ¿cómo? Darles instrucción, enseñarles... sí, pero ¿qué?»

Inmediatamente se le viene a la memoria el único programa educativo que conoce: el que los Padres Jesuitas imparten a sus alumnos y que Juana conoce a través de los estudios que sus hermanos y sus hijos han hecho en el Colegio de la Magdalena.

«¿Podrían las niñas recibir la misma educación, aprender las mismas materias que estudian los muchachos? Seguramente; pero para ello sería necesario que tuvieran maestros tan bien preparados para enseñar como están los Padres de la Compañía. ¿Sería posible que los Padres de la Compañía abrieran una escuela para niñas? No, no creo que lo hicieran. No les parecería adecuado. Es mucho más propio que las niñas reciban educación de maestras, de unas maestras que estén tan bien preparadas para enseñar como lo están los Padres Jesuitas. ¿Una Compañía de Jesús femenina? ¿De la misma manera que hay mujeres que pertenecen a la orden del Carmelo?»

»Pues sí, pero... eso supondría que la idea de la fundación tendría que venir desde dentro de la Compañía. ¿Se le habrá ocurrido a alguien pensar

en la posibilidad de crear una rama femenina en la Compañía de Jesús? No, que yo sepa... ¡Y podría hacer un servicio tan grande a la Iglesia y a las mujeres! Un grupo de mujeres que viviesen las virtudes cristianas imitando las virtudes de María, Nuestra Señora... Mujeres virtuosas, mujeres educadas, mujeres trabajadoras que, como los Padres Jesuitas, formasen una Compañía... una Compañía, pero en femenino... una Compañía bajo el amparo de María Nuestra Señora. ¡La Compañía de María Nuestra Señora!»

A finales de este otoño de 1604 hasta el escondido rincón de La Mothe llegan noticias inquietantes: en Burdeos han aparecido varios casos de peste. La peste es siempre una amenaza latente que, en algunos períodos, y no se sabe por qué, toma un incremento enorme, a veces pavoroso. Se extiende por una ciudad o una comarca entera, afectando a cientos o a miles de personas, y deshace familias, vacía barrios, asola regiones y arruina provincias.

La peste tiene dos manifestaciones claramente diferenciadas: unas veces el mal se presenta en forma de bubones que se hinchan en las axilas y las ingles del paciente y que acaban por reventar para expulsar la maloliente materia que se ha formado en ellos. Los doctores tratan estos bubones aplicándoles cataplasmas calientes y sajándolos luego para vaciarlos. Más tarde se cauterizan con hierros al rojo vivo.

Otras veces la enfermedad se presenta en forma de infección que ataca las vías respiratorias: garganta, bronquios y pulmones se inflaman causando intensos dolores, el enfermo siente que se ahoga y al cabo de unos días muere sofocado.

Se aplican varios remedios que los doctores recomiendan como tratamiento preventivo contra

la peste y que van desde sahumerios con materias aromáticas, que se hacen arder porque se supone que purifican el ambiente, hasta píldoras de cornamenta de ciervo y mirra y azafrán que se cree fortalecen a la persona y la defienden del posible contagio.

Cuando ya el mal se ha apoderado de la persona se administran al paciente purgas para que expulse la infección y se le hacen sangrías para librarle de la sangre envenenada, inficionada.

También se le hacen tragar cucharadas de un remedio preparado a base de ciertas hierbas que se cuecen en vino.

Todos estos tratamientos se han revelado bastante ineficaces.

Cuando la peste se presenta, las autoridades no conocen más medio verdaderamente efectivo para defenderse de ella que aislar a los individuos afectados, para tratar de evitar el contagio de los que aún están sanos. Las casas en las que hay un enfermo se marcan con cruces pintadas con polvo de ladrillo. El miedo al contagio hace que todos aquellos que están en condiciones de hacerlo huyan de las ciudades apestadas, dejando atrás a los que ya están enfermos, que, con mucha frecuencia, quedan abandonados a sus propias fuerzas y se encuentran solos en las casas y hasta en todo un barrio. Además de la enfermedad sufren la soledad y el abandono más espantosos, sin nadie que les acompañe en sus sufrimientos, les alivie con unas medicinas o les ofrezca siquiera un poco de agua fresca para calmar la sed abrasadora producida por la fiebre.

Y cuando se produce la muerte —y son cientos las personas que pueden morir en un solo día— los cadáveres y todas las ropas y pertenencias de los difuntos se transportan hasta las calles para ser quemados. Las ciudades se llenan de inmensas piras funerarias, entre las que circulan lentamente las carretas que transportan más cadáveres.

A La Mothe llegan noticias cada vez más alarmantes. Juana sabe que sus hijos y su nieto están todavía en Landirás, donde, al menos por el momento, están a salvo, y por ese lado está relativamente tranquila, pero a través de las informaciones que le van llegando se confirma que la peste de este otoño se presenta especialmente virulenta.

Ha vivido ya otras pestes. Una de ellas cuando todavía era muy niña y ella misma fue atacada por la enfermedad; otras, cuando ya estaba casada y tenía hijos. Durante estas epidemias su principal ocupación fue poner a salvo a su familia y a los servidores de su casa y se ocupó de protegerlos, de preservarlos de posibles contagios.

Ahora es distinto, Juana es absolutamente libre. Nadie depende de ella, nadie en su familia tiene derecho a sus cuidados ni precisa de sus desvelos; y no lo piensa mucho, ni lo duda en absoluto. Una vez más, deja de lado su propio sosiego, sus propios intereses para volar a ponerse enteramente al servicio de los más necesitados.

Habla con los criados que la acompañan para exponerles su decisión. Les deja en completa libertad de marchar con ella o de permanecer en La Mothe. Marcelle elige inmediatamente seguir a su señora, aun conociendo el riesgo que corre:

—Si Madame va a Burdeos, yo voy a Burdeos con Madame —es su rotunda afirmación.

Y Juana sólo tiene un comentario para esta decidida fidelidad:

—Marcelle, mi firme y leal compañera...

Uno de los hombres ha preferido permanecer en La Mothe; el otro se ofrece a conducir el carro hasta Burdeos, pero quiere volverse al campo tan pronto como deje a las dos viajeras en la casa de la ciudad.

Juana y Marcelle preparan rápidamente sus equipajes y salen en seguida hacia Burdeos.

La mansión Monferrant, ahora casi vacía porque sólo permanece en ella el anciano matrimonio de guardas, parece mucho más grande y presenta un aspecto triste y deprimente con los muebles cubiertos y las chimeneas apagadas; pero Juana y Marcelle no tienen tiempo para detenerse a lamentar sus propias incomodidades. Salen a la calle para dedicarse en cuerpo y alma y con todas sus fuerzas a socorrer a las víctimas de la peste.

No se encuentran solas, y para empezar a trabajar lo único que tienen que hacer es unirse a uno de los equipos de servicio a los apestados. Estos equipos están en su mayoría compuestos por médicos, Sacerdotes, Religiosos y Monjas, pero también forman parte de ellos buenas personas voluntarias que se dedican al caritativo menester de atender a los enfermos.

Y ocurre que, muy pronto, el grupo al que se han incorporado Juana y Marcelle, de una manera natural y progresiva, empieza a ser conducido por Madame de Lestonnac. Es la persona de más edad y eso le confiere ya una cierta autoridad, pero además, el resto de las personas que la rodean advierte que es decidida y que está acostumbrada a organizar actividades y a cuidar enfermos. En todo momento sale al encuentro de los problemas y actúa como lo demandan las circunstancias. Se acerca al doliente para tranquilizarle y proporcionarle ese primer consuelo que supone la proximidad de un ser humano interesado en ayudarle. Luego, le da el socorro que necesita; alivia sus dolores en lo posible, le proporciona bebida y alimento si su estado le permite comer, le lava y acomoda su lecho de la mejor manera que cabe hacerlo... Le administra el tratamiento que el médico ha prescrito para él y, si le llega el momento final, procura que haya un Sacerdote que le conforte y le anime...

Al cabo de muchas semanas en que la mortandad ha sido terrible, la peste empieza a remitir. Cada vez son menos los nuevos casos que aparecen. Muchos enfermos se han restablecido, otros empiezan a recuperarse y hay bastantes que entran ya en franca convalecencia.

Burdeos recobra, lentamente, el ritmo normal de su vida. Familias enteras que habían huido al campo retornan a ocupar sus casas. Y se reanuda la actividad ciudadana.

Después de un largo período de trabajo continuado y agotador, Juana puede ir dejando sus salidas diarias para visitar enfermos y vuelve a su vida de retiro y oración.

Y sucede que el grupo de mujeres con el que ha estado trabajando no quiere de ninguna manera perder el contacto con ella. En este grupo destacan cuatro jóvenes: Serena Coqueau, Magdalena de Landrevie, Isabel de Maisonneuve y Margarita de Poyferré. Las cuatro han aprendido a estimar a esta mujer mayor que ellas, a la que han visto entregarse al trabajo con tanta dedicación y eficacia.

Y procuran encontrarla en la iglesia y en el paseo.... También a Juana le agrada su compañía y las invita a reunirse con ella. Esta simpatía inicial

se va convirtiendo, poco a poco, en una verdadera amistad. A lo largo de charlas confidenciales, Juana les va contando sus ideas, sus ilusiones, las posibilidades que entrevé de buscar solución a la apremiante necesidad de educar a la juventud femenina.

Comprueba con emocionada sorpresa que las jóvenes la escuchan con atención, se interesan por sus proyectos y la siguen en sus ilusiones. Y habla ante estas interesadas oyentes y va perfilando su proyecto:

—Muchas jóvenes viven en la ignorancia, de la que se resienten toda su vida. Hace mucho tiempo que estoy buscando un remedio para este gran mal. Edificaremos un templo al Señor donde sea servido de un modo nuevo. No hablo del edificio material donde habitaremos, sino del espiritual que hemos de formar y del que nosotras seremos piedras vivas. Nuestro fin ha de ser trabajar en nuestra propia perfección y servir al prójimo ayudándole a adquirir y ejercitar las virtudes cristianas. Estoy segura de que sólo Dios puede haberos inspirado el ofrecimiento que me habéis hecho de ayudarme en esta empresa.

Las cuatro muchachas siguen con apasionado interés estas palabras, especialmente Serena Coqueau, que es una jovencita de tan sólo diecisiete años. Le va bien el nombre: es sosegada, inteligente y equilibrada. Su padre es conserje del Parlamento de Burdeos y Juana la conoce desde que Serena era una niña, pero, naturalmente, la diferencia de edad y de medio social las ha mantenido distanciadas hasta que se han encontrado trabajando juntas para servir a los apestados.

Juana siente una especial predilección por esta muchacha inocente, animosa y sincera que se ofrece a seguirla sin reservas:

—Madame, yo os ayudaré en todo lo que pueda, pero creo que será muy poco, ¡yo no podré enseñar a las niñas!

—¿Por qué, hija mía?

—Porque ¿cómo voy yo a enseñar algo si nada sé?

—No os dé pena eso, hija mía; lo que no sepáis yo os lo enseñaré. De momento, ya sabéis lo más importante, porque lo habéis aprendido en vuestro hogar: la Doctrina Católica, las virtudes que debe practicar una doncella cristiana y los trabajos domésticos que una joven debe conocer. Con eso basta para empezar. Nuestra casa será como una gran escuela en la que cada una aprenderá de las demás y también les enseñará aquello que conozca. Y todas juntas progresaremos en las virtudes religiosas y en el camino de perfección que debe seguir una persona consagrada a Dios, hija mía.

—¿Sabéis, Madame? Me gusta todo lo que me decís y me gusta cómo me lo decís; me gusta sobre todo que me llaméis hija mía... Cuando seamos Religiosas podré llamaros madre mía, ¿verdad?

Juana no contesta con palabras. Se inclina hacia la muchacha sentada ante ella y pone su mano sobre el hombro de Serena. La presión afectuosa de esta mano transmite un mensaje mucho más expresivo que el que las palabras hubieran podido decir.

El grupo inicial de mujeres jóvenes que rodea a Juana va en aumento día a día. Desde el primer momento se han añadido María de Roux, Ana de Richelet, Francisca de Boulaire, Blanca Hervé y Enriqueta de Casaubon.

Estas mujeres se han sentido atraídas por el interesante proyecto de Juana. El grupo se reúne con frecuencia y Juana expone ante sus compañeras los grandes perfiles de lo que será la Compañía de María.

EL LIBRO DE LAS CONSTITUCIONES DE
IGNACIO DE LOYOLA

Marcelle ha llevado una nota de su señora al Colegio de los Padres Jesuitas.

—Es para el Padre de Lestonnac y espero contestación —ha explicado al Hermano que atiende la portería.

—Tendréis que esperar, el Padre de Lestonnac está ahora en clase.

—Esperaré.

Marcelle se recoloca más apretadamente el mantoncillo de lana y se sienta en el banco de madera adosado a la pared. Esta mañanita de mediados de septiembre resulta bastante fresca y si la espera va a ser larga... más vale acomodarse confortablemente y armarse de paciencia. Y tiene que aguardar menos de lo temido. Al cabo de un rato, el Hermano portero le entrega el mensaje escrito que contesta al que ella ha traído.

Juana recibe y lee este mensaje de su hermano con mucho interés. Es una escueta frase:

«Puedo recibirte y dedicarte un rato el próximo domingo, después del almuerzo. Jerónimo.»

Marcelle ha tenido ocasión de observar que la lectura del mensaje ha parecido satisfacer a Madame.

Juana y Roger, es decir, el Padre Jerónimo de Lestonnac, se han visto poco en estos últimos tiempos. El Padre de Lestonnac volvió a Burdeos hace cuatro años y, adscrito al Colegio de la Magdalena, ha terminado sus estudios de Teología y ha trabajado un año como inspector de las clases. Los dos hermanos han sabido uno del otro, pero sus vidas, tan llenas de trabajos y ocupaciones, no les han dejado mucho tiempo para hacer visitas.

Ella siente un gran respeto por la misión educadora y misionera a la que su hermano ha dedicado su vida y no quiere, en manera alguna, distraerle de ella con sus propios problemas. Sin embargo, en esta ocasión considera que el asunto es lo suficientemente importante como para pedirle a Roger que le dedique un rato.

El encuentro entre los dos hermanos es, como siempre, alegre y cordial.

—¡Juana, qué agradable sorpresa! Ya ni me acuerdo de cuándo ha sido la última vez que te he visto...

—Nos vimos por Pascua, ¿recuerdas? No me gusta importunarte, sé que estás muy ocupado y...

—Tampoco tú estás inactiva, hermana. En Burdeos se habla de lo que has trabajado en favor de los apestados y de lo que todavía haces por las familias pobres y por los presos.

—Lo que tengo que hacer, eso hago —afirma Juana con sencillez.

—Siervos inútiles somos... —completa Roger la cita evangélica con una leve sonrisa.

Y hay un silencio cálido en el que los dos hermanos se limitan a mirarse a los ojos. Cada uno sabe percibir todo el cariño, la comprensión y la estima que el otro siente y le está dedicando. Al fin, Roger quiebra el encanto para preguntar:

—Bueno, y ahora dime, hermana, ¿a qué debo el que hayas roto tu prudente reserva y te hayas decidido a hacerme esta visita?

—He venido a pedirte un favor.

—Concedido, si está en mi mano hacerlo.

—Necesito que me consigas un ejemplar del libro de las Constituciones de Ignacio de Loyola.

El asombro que esta petición causa en el Padre de Lestonnac es tan grande que por unos segundos le impide responder; luego, manifiesta su sorpresa:

—¡El libro de las Constituciones de nuestro padre Ignacio! ¿Para qué lo quieres?

Juana se ha preparado para esta pregunta:

—Bueno, quiero leerlo, meditarlo... estoy segura de que puedo aprender mucho en él.

—Es un libro escrito para hombres.

—Del que seguramente también las mujeres podemos beneficiarnos y sacar mucho provecho espiritual, ¿no crees? —ha dicho Juana sonriendo.

Su hermano la ha contemplado durante unos segundos con la más recelosa de las atenciones para acabar afirmando con una fingida seriedad:

—Juana, no lo niegues, tú tienes alguna idea en la cabeza.

Y ella ríe:

—¡Muchas gracias por esa generosa concesión a mi cabeza!, pero te comunicaré que tengo bastante más de una idea, tengo varias y creo que algunas merecen la pena de ser consideradas.

—Cuéntamelas.

—No, todavía no. Sería prematuro. Antes debes conseguirme el libro de las Constituciones. Tú tendrás un ejemplar, ¿no?

—Lo tengo, pero no puedo dejártelo sin pedir antes permiso a mis Superiores.

—Pídeselo.

—Me preguntarán que para qué lo quieres.

—Y tú les explicarás que lo quiero para estudiarlo, para obtener de él provecho para mi espíritu y quizá para provecho de otras personas también.

—No sé si me darán ese permiso.

—Te lo concederán porque tú sabrás solicitarlo de forma que lo alcances.

—Muy segura estás.

—Te conozco, Roger, y confío en tu poder de persuasión.

Y, efectivamente, no han pasado muchos días cuando Juana recibe por mediación de su hermano un ejemplar del libro de las Constituciones que ordena la vida y acciones de los hijos de Ignacio de Loyola.

Al estudio de este libro dedica Juana largas horas durante este invierno.

EL PADRE DE BORDES

El Colegio de la Magdalena tiene un amplio patio central donde los alumnos juegan durante las horas de recreo. Hoy es fiesta y los alumnos están en sus casas. Por el cuadrado recinto, ahora silencioso, pasean tres Padres de la Compañía.

Uno de ellos es el Padre de Lestonnac, que ha recorrido la parte nueva del edificio para mostrársela al Padre de Bordes y al Padre Raymond, que acaban de ser destinados a esta casa de Burdeos.

—Es una hermosa obra la que se hace aquí con los muchachos. Las familias católicas así lo reconocen y cada año recibimos más alumnos —resume el Padre de Lestonnac al acabar el recorrido.

—Sentiréis dejar esto, ¿verdad? —comenta el Padre Raymond.

—Pues sí, me va a costar bastante —admite el Padre de Lestonnac—; pero la obediencia me envía de nuevo a Toulouse y allá iré con gusto. En todas partes se puede trabajar para extender la gloria de Dios. Y el Colegio de Toulouse no me es desconocido, ya enseñé allí antes de venir a Burdeos.

—Es una gran labor apostólica la que hace nuestra Compañía educando a los jóvenes —reflexiona el Padre Raymond.

—Una gran labor ciertamente —confirma el Padre de Bordes—, pero una labor que se queda a medio hacer.

—¿Qué queréis decir, Padre? —se asombra el Padre Raymond.

—Quiero decir que estamos trabajando con todas nuestras fuerzas para educar a la juventud y... —habla lentamente el Padre de Bordes.

Y el Padre Raymond, que es joven e impulsivo, le interrumpe:

—¡Nuestros muchachos reciben una sólida formación!

—Sí, Padre mío, lo sé —concede el Padre de Bordes—, pero nuestros muchachos son solamente una parte de la juventud.

—Son una gran parte de la juventud de Burdeos, Padre de Bordes —concreta el Padre de Lestonnac—; bastante más de la mitad de los niños y jóvenes de las buenas familias de Burdeos se sienta en nuestras aulas.

—También eso lo sé; pero aun siendo eso así, os digo que una parte importantísima de la juventud no recibe la educación que deberíamos ser capaces de proporcionarle.

Y ante la mirada interrogadora de los dos Padres más jóvenes;

—¿No se os ha ocurrido pensar que de muy poco sirve educar a los muchachos si dejamos a los jóvenes en la ignorancia y en la confusión? A la hora de contraer matrimonio y fundar una familia nuestros muchachos deberán elegir esposa entre esas jóvenes tan poco preparadas o, lo que es peor, tendrán que escoger a alguna de las que han recibido enseñanzas en escuelas regidas por maestros hugonotes.

—Nosotros hacemos lo que podemos, que en realidad es mucho —arguye el Padre Raymond—. Educamos al hombre, que será el padre de familia. Si el padre está bien formado en la piedad cristiana, la mujer y los hijos marcharán tras él, que, como más fuerte y más sabio, es su guía natural.

—Mucho me temo que ésa sea una visión muy optimista del asunto —replica el Padre de Bordes—. Sobre las rodillas de la madre aprende el niño las primeras verdades fundamentales, que cimentarán luego toda su vida espiritual de adulto. Si la madre no es capaz de enseñárselas... Son ellas las que educan en los buenos principios a la generación siguiente y si a ellas las dejamos nosotros sin educar... Tendríamos que proporcionarles unas enseñanzas semejantes a las que impartimos a nuestros alumnos.

—¿Educaríais a las jóvenes igual que a los muchachos? —el Padre Raymond siente un gran respeto por el Padre de Bordes, que es mayor que él y que tiene en la Compañía, y fuera de ella, fama de hombre sabio y santo, pero ahora piensa que está yendo un poco demasiado lejos en sus teorías.

—No, no las educaría exactamente igual que a los muchachos, pero sí tan bien como a ellos —puntualiza el Padre de Bordes.

—¿Creéis que deberíamos abrir Colegios para recibir alumnas? —pregunta asombrado el Padre Raymond.

—No, no, eso es algo que no nos corresponde a nosotros. Las mujeres deben ser educadas por mujeres. Imagino para las jóvenes un centro de enseñanza semejante a los nuestros, pero regentado por mujeres. Para fundarlo y dirigirlo haría falta una mujer de grandes cualidades: sólidamente piadosa, inteligente, bien educada, enérgica sin asperezas, caritativa sin blanduras, buena administradora y

capaz de orientar con mano firme la vida y trabajos de la comunidad de maestras y alumnas...

—¡No pedís casi nada! —bromea el Padre Raymond.

—Bueno, ya sé que estoy soñando —admite el Padre de Bordes—, pero no me negaréis que es un bello sueño. Y sería tan hermoso que se cumpliría...

—¿Quién hallará esa mujer fuerte? De lejos, del otro lado del mar habría que traerla... —cita el Padre Raymond.

Roger de Lestonnac se ha mantenido en silencio hasta este momento. Ha escuchado lo que hablaban los otros dos y, al llegar a este punto de la conversación, un chispazo de luz ha parecido destellar dentro de su cabeza y ha entrevisto... mujer fuerte... una buena educadora... un Colegio como los nuestros... el libro de las Constituciones de Ignacio de Loyola... «del que yo y otras mujeres podríamos sacar provecho...», una administradora sensata...

—Quizá no haya que ir muy lejos a buscar a esa mujer fuerte. Quizá tengamos cerca a la persona que esa obra necesitaría...

Los otros dos se han detenido en su paseo y le escuchan atentamente.

—Sabéis que yo tengo que partir para Toulouse mañana muy temprano, pero vos, Padres míos, podríais ir a visitarla y contarle todo ese hermoso sueño de abrir un Colegio como los nuestros para recibir alumnas. Un Colegio regido por mujeres para educar a mujeres...

—¿Conocéis de veras a una mujer que podría hacer realidad un proyecto como éste?

—Creo que sí.

—¿Dónde podremos encontrarla?

—En la mansión Monferrant.

—¿Quién es ella?

—La Baronesa viuda. Una mujer de casi cincuenta años que me parece que reúne, punto por punto, las condiciones que exigíais a vuestro sueño.

—¿Estáis seguro de que es la mujer fuerte que esta obra precisaría?

—Lo estoy.

—¿Conocéis bien a esa dama?

—Sí, bastante bien —sonríe el Padre de Lestonnac.

—¿Y cómo así?

—Es mi hermana mayor, se llama Juana de Lestonnac.

Antes de ponerse al habla con Madame de Lestonnac, el Padre de Bordes, hombre prudente y experimentado, hace unas discretas indagaciones sobre la persona y conducta de la Baronesa viuda de Monferrant. Las noticias que le llegan son tan en consonancia con sus propios deseos que no se atreve a creerlas del todo: una mujer de mundo que ha criado y educado cinco hijos, que ha gobernado con acierto su hacienda, que tiene experiencia de la vida monástica, que vive una profunda religiosidad y que muestra una decidida vocación hacia el servicio del prójimo... ¡demasiado hermoso para ser verdad!

Y decide, por fin, conocer personalmente a la hermana mayor del Padre Jerónimo.

Esta vez, es el Hermano que habitualmente se ocupa de la portería del Colegio de la Magdalena el que se acerca hasta la mansión Monferrant; y ha sido Marcelle la que ha recibido el billete escrito por la mano firme del Padre de Bordes.

—Es para Madame, la Baronesa viuda, y espero contestación.

—Tened la bondad de sentaros y aguardar.

El Hermano ha tomado asiento en el banco del zaguán y Marcelle sube la escalera con el ritmo diligente y mesurado, aprendido de Juana, con que hace todas las cosas.

A Juana no le extraña recibir el mensaje de un Sacerdote. Son muchos los que se dirigen a ella para pedirle ayuda para una familia necesitada, amparo para unos huérfanos, intercesión para un preso, limosna para la reconstrucción de una iglesia... Sí le sorprende un poco que el que se dirige a ella ahora sea el Padre de Bordes, del que ha oído decir que es un hombre cultísimo que domina todas las ciencias divinas y humanas, pero al que no conoce todavía personalmente.

El mensaje dice así: *«Madame: por indicación de vuestro hermano, el Padre Jerónimo de Lestonnac, me dirijo a vos para rogaros que me concedáis el favor de recibirme. Desearía tratar con vos de un asunto que me parece de*

suma importancia para el servicio de Dios Nuestro Señor y para provecho de las almas. Juan de Bordes.»

Por deferencia al carácter sacerdotal del hombre que le ha pedido una entrevista, Juana se ha comprometido a encontrarse con él en el lugar y hora que el Padre de Bordes le señale. El Jesuita la recibe una mañana muy temprano en la reducida sala de visitas de la residencia aneja al Colegio de la Magdalena.

Después de los primeros saludos de cortesía, y de haber tomado asiento uno frente a otro, los dos interlocutores se estudian con sumo interés durante unos segundos.

Los dos tienen una edad parecida: se están acercando a los cincuenta años. Los dos van vestidos de negro. El es de regular estatura, tiene los ojos oscuros y vivos, presenta una más que mediana calvicie y el aspecto demacrado y descolorido del que trabaja demasiado con la cabeza y vive poco al aire libre. Sus manos, nerviosas y expresivas, se entretienen en este momento en un discretísimo manoseo del bonete que se ha quitado para saludar a Juana y que no ha vuelto a colocarse en la cabeza.

Ella es alta para su condición de mujer, lo que quiere decir que tiene más o menos la estatura del hombre que está frente a ella. Tiene, además, la corpulencia propia de la mujer madura de buena salud que ha tenido ocho hijos. Todo ello le da la apariencia, frente al aspecto más frágil de él, de ser físicamente más sólida.

Y va, como él, vestida de negro; pero mientras él se cubre del cuello a los pies con una sotana de tela burda, que le cuelga de los delgados hombros de cualquier manera, y que tiene como único complemento el ceñidor que le rodea la cintura, el atuendo de ella, sin ser lujoso, es mucho más cuidado. Viste un corpiño y una falda de fino paño de lana. El corpiño va rematado en la garganta y en las muñecas con cuello y puños de tela blanca ribeteada de un fino encaje. Sobre los hombros lleva una

ligera capa, también de lana negra, que le llega hasta media pierna.

El lleva la cabeza completamente descubierta, es decir, que toda la parte alta de su cráneo está desprovista de pelo y luce una piel tersa y brillante. El poco pelo que conserva en los laterales y cerca de la nuca tiene el color oscuro que en su día debió de poseer toda su cabellera.

En la abundante cabellera rubia de Juana blanquean ya muchas canas. El pelo forma en la nuca una gruesa trenza que se recoge en un moño. Sobre este sencillo peinado lleva una ligera toca de tela negra, que repite, en el borde, el adorno blanco del cuello y los puños.

El Padre de Bordes sigue jugueteando con su bonete, como si el leve movimiento de sus manos pudiese ayudarle a encontrar las palabras adecuadas para exponer su idea.

Juana se mantiene sosegada y serena.

El Padre de Bordes rompe al fin el silencio:

—Madame, ante todo quiero agradeceros la amable prontitud con que habéis respondido a mi deseo de hablaros.

—Vuestro nombre hubiera bastado para animarme a responder con interés y prontitud a vuestra petición, Padre, pero, además, hablabais del servicio de Dios Nuestro Señor y ese argumento me mueve siempre.

—Me agrada sobremanera oírlos decir eso, porque pienso que, en ese caso, es seguro que os vais a interesar por el asunto del que quiero hablaros.

—Os escucho, Padre, decidme de qué se trata.

El Padre de Bordes se está sintiendo cada vez más ganado por las maneras sencillas, directas y francas de esta mujer, pero todavía no se atreve a confiarse del todo y prefiere proceder con cierta discreción; así que decide exponer la historia desde el principio:

—Pues... hablábamos, días atrás, el Padre Raymond, el Padre de Lestonnac y yo de la compasión y tristeza que nos causaba ver que las niñas y las jóvenes carecían de unas escuelas en las que pudieran educarse de forma semejante a como se educan los muchachos en nuestro Colegio de la Magdalena y...

El Sacerdote se detiene en su exposición porque ha observado un cambio en la actitud de Juana. Ya no es solamente la dama que escucha con deferente compostura las palabras de su interlocutor, es una oyente atenta e interesada que, con los ojos brillantes y una leve sonrisa, se inclina hacia el Jesuita para pedir:

—Continuad, por favor.

—El Padre de Lestonnac, vuestro hermano, nos dijo entonces que quizá a vos os interesaría este mismo proyecto.

—¡Desde luego que me interesa! Hace ya mucho tiempo que vengo pensando en la necesidad urgente que hay de abrir escuelas en las que se eduquen las niñas y las jóvenes.

—¿Así que estaríais dispuesta a trabajar en una obra de esta clase?

—¡Con el alma y la vida!

A partir de este momento el diálogo se agiliza, se acelera y, a ratos, hasta se atropella:

—Para abrir una escuela no bastaría una sola mujer, harían falta varias maestras.

—Conozco a un grupo de mujeres jóvenes dispuestas a comprometerse en la empresa.

—¿Bien preparadas para enseñar?

—Unas más que otras, pero todas decididas a formarse y aprender lo que sea necesario para luego transmitirlo a las alumnas.

—Habría que pensar en un plan de estudios...

—¡El mismo que tienen los alumnos de vuestro Colegio de la Magdalena!

El Padre de Bordes arriesga ahora la pregunta que a él le hizo hace días el Padre Raymond y se queda admirado al recibir una respuesta todavía más osada que la que él mismo se atrevió a dar:

—¿Enseñaríais a las niñas las mismas cosas que a los muchachos?

—¿Por qué no? Les enseñaría todo aquello que fueran capaces de aprender.

—Es un proyecto ambicioso.

—Se trata de extender la gloria de Dios y de hacer un servicio a sus criaturas.

—¿Qué tipo de alumnas se admitirían en esa escuela?

—Todas las niñas que quisieran recibir educación serían admitidas, las más pobres las primeras. Y ninguna tendría que pagar nada.

—En ese caso la escuela tendría que estar preparada para recibir a gran número de alumnas.

—Lo estaría.

—Un proyecto como ése necesita contar con una dotación en dinero.

—La tendrá; yo respondería con mi patrimonio personal. Y al principio nos bastaría con un edificio pequeño. Más adelante, si Dios se sirviera bendecir nuestro trabajo, ya pensaríamos en levantar un Monasterio más amplio.

—¡Un Monasterio! Pero entonces no estáis hablando de una escuela, sino de...

—Hablo de una Orden Religiosa dedicada a la enseñanza de las niñas y las jóvenes.

—¡Pero entonces habría que pensar en una forma de vida, en una Regla!

—Ya está pensado. Adoptaríamos las Constituciones de Ignacio de Loyola.

—¡Pero, Madame, esas Constituciones...!

—Sí, ya sé, ya sé que están pensadas y escritas para hombres; pero se pueden aplicar perfectamen-

te a mujeres, con sólo hacerles ligeros retoques. Ya los tengo anotados.

—Seguro que hasta habéis pensado en un nombre para la nueva Orden —se atreve a suponer el Jesuita.

—Desde luego; puesto que tendrá a Nuestra Señora por capitana, se llamará Compañía de María.

En el calor de la conversación los dos interlocutores se han puesto en pie y ahora están frente a frente. Se miran a los ojos y sonríen. Los dos se sienten embargados de un emocionado gozo. Presienten que están en el umbral de una gran empresa.

Después de la tensión del rápido diálogo, la conversación toma ahora un ritmo más sosegado:

—Madame —dice el Padre de Bordes—, yo había querido hablar con vos para exponeros un proyecto que me andaba rondando por la cabeza y que mi corazón deseaba vivamente poder realizar. Había pensado que quizá querríais ayudarme a ponerlo en práctica. Acabo de darme cuenta de que ese mismo proyecto, pero mucho más hermoso, está más maduro en vuestra cabeza y en vuestro corazón. Soy yo el que ahora os digo: contad conmigo y con mi ayuda para poner en marcha esa magnífica obra de Dios que va a ser la Compañía de María.

El momento de la concepción es gozoso y placentero. Gestar a la criatura y darla a luz ya es otra cosa; pero éste es un proceso con el que Juana está muy familiarizada: ha traído ocho hijos al mundo y ha educado a cinco hasta verlos convertidos en adultos responsables. Está preparada para la tarea y las dificultades que la recién concebida Compañía de María le va a costar.

EL CARDENAL DE SOURDIS

Francisco de Escoubleau de Sourdis es un joven prelado de la Iglesia que ocupa ya desde hace siete años la Sede Arzobispal de Burdeos. Pertenece a una muy noble familia que ha prestado grandes servicios al trono francés. En agradecimiento a estos servicios, el Rey Enrique IV consiguió que el joven Francisco, que se había decidido por la carrera eclesiástica, fuera elevado a la púrpura cardenalicia a la edad de veintitrés años por el papa Clemente VIII.

El Cardenal de Sourdis tiene en la actualidad treinta años.

Es alto, de aspecto ascético y refinado, y viste con elegante dignidad el ropaje que corresponde a su alta categoría dentro de la jerarquía eclesiástica.

Hombre de probadas virtudes, de ideas claras y de carácter recio y entero, que en ocasiones resulta brusco, se ha comprometido, desde que ocupó la Sede Arzobispal de Burdeos, en una lucha decidida contra los avances del calvinismo. Está convencido de que esta lucha sólo se puede vencer desde dentro, es decir, desde el seno de la propia Iglesia, desde el corazón de cada hombre... Si cada católico vive de verdad su cristianismo, si cada Sacerdote y cada Religioso predica con el ejemplo y con la palabra y si los Prelados se esfuerzan por ser modelos que sus súbditos puedan imitar, los católicos de

buena voluntad no irán a buscar fuera de la Iglesia la espiritualidad y las normas de honesta conducta que nunca debieron haber echado de menos en sus Parroquias y en sus ciudades.

Francisco de Sourdis se esfuerza con infatigable tenacidad por implantar en su Diócesis de Burdeos las normas que el Concilio de Trento ha dictaminado para toda la Cristiandad, y está empeñado en la reforma de las costumbres, en la buena organización del Clero parroquial y en la reorganización de la vida en Conventos y Monasterios de Monjas y Frailes para que se vuelva a la observancia de oración, clausura y austeridad de vida que prescriben las respectivas Reglas.

Es ésta una ingente tarea de educación, ya que es preciso crear en la conciencia de cada uno de los católicos de la Diócesis el convencimiento de que su conducta, su ejemplo, deben ser una labor de evangelización en la que todos, chicos y grandes, Religiosos y laicos, han de sentirse comprometidos.

—¡Ardua tarea la de crear convicciones...! —se dice a menudo Su Eminencia—. Y unas convicciones tan profundamente arraigadas que lleven a cada individuo a comportarse y a actuar en católico en todo momento, lo mismo en privado que en público...

Algunas veces, Monseñor de Sourdis duda muy seriamente de poder llegar a conseguir de los adultos de su Diócesis una conversión sincera y completa. ¡Es tal la corrupción de las costumbres y la confusión reinante en la mayor parte de las gentes...!

Pero no deja de trabajar en esta tarea ni de hacer que se empeñen en ella sus Sacerdotes: catequesis, sermones, misiones, pláticas... Sabe que cuenta además con esa nueva práctica de renovación espiritual que son los Ejercicios de Ignacio de Loyola, que los Jesuitas han introducido y que está

produciendo resultados admirables; claro que es todavía una práctica reservada a unos pocos, porque no hay muchos Jesuitas para dirigirla y porque no hay muchos católicos dispuestos a someterse a la dura disciplina que se exige para realizarla y para luego mantener el compromiso de conversión que es su fruto más inmediato.

En ciertos momentos, el Cardenal piensa si no será mejor renunciar a la pretensión de reformar la conducta de los adultos y volcar todos sus esfuerzos y los de sus colaboradores hacia la educación de los niños y de los jóvenes... y especialmente de las niñas y jovencitas, que son, en lo que a educación se refiere, un campo completamente abandonado.

En sus varios viajes a Roma, el Cardenal de Sourdis ha oído hablar mucho del Cardenal Carlos Borromeo, recientemente muerto, que fue Arzobispo de Milán y cuya canonización se prepara para muy pronto. Impresionado por la personalidad, las virtudes y los grandes servicios prestados a la Iglesia por este Prelado, Monseñor de Sourdis ha tomado a Carlos Borromeo como modelo a seguir.

Y porque quiere imitarle en todo y porque como él ha comprendido la enorme necesidad que existe de educar a la juventud femenina, ha pensado en pedir a las Ursulinas que abran una escuela en su Diócesis de Burdeos, como hizo Carlos Borromeo en su Diócesis de Milán. Las negociaciones están ya en marcha y hasta hay ya una mujer dispuesta a viajar a Burdeos para iniciar la fundación.

El Cardenal Escoubleau de Sourdis será el tercer Francisco importante en la vida de Juana de Lestonnac.

Cuando el Padre de Bordes se presenta una mañana en el despacho del Cardenal de Sourdis y empieza a exponerle el deseo de Juana y de sus compañeras, Monseñor teme no estar entendiendo bien del todo lo que el Jesuita trata de explicarle.

—A ver, a ver, Padre de Bordes, repetidme eso otra vez. ¿Decís que hay varias mujeres dispuestas a dedicarse a la enseñanza de las niñas, a abrir una escuela y, además, a costearla con sus propios medios?

—Así es, Eminencia.

—Parece algo providencial. Es como una respuesta exacta a mis oraciones de estos últimos tiempos...

—Yo bien creo que es algo inspirado por Dios, Monseñor.

—¿Conocéis bien a esas damas? ¿Son mujeres honestas, instruidas, responsables? ¿No actuarán por un capricho sin fundamento, por un fervor pasajero? ¿Son de familias conocidas?

—Lo son, Eminencia. Al frente de ellas está Juana de Lestonnac, que es la principal impulsora de la idea...

—Conozco a la familia Lestonnac. Guido de Lestonnac es ahora Consejero en el Parlamento como ya lo fue su padre.

—El hermano pequeño de esa familia es miembro de nuestra Compañía, el Padre Jerónimo de Lestonnac. Juana es viuda del señor Gastón de Monferrant y ha educado a sus hijos...

—¡Ah, la familia Monferrant! ¿Sabíais que un David de Monferrant me precedió hace unos años en esta Sede Arzobispal de Burdeos?

Y sin escuchar la respuesta del Padre de Bordes el Cardenal se sume en sus propios pensamientos. Y, mientras sus manos juguetean con el abrecartas que tiene sobre la mesa, murmura para sí mismo:

— Juana de Lestonnac, viuda de Gastón de Monferrant... creo que he oído hablar acerca de esa dama. Seguramente es persona seria y de fiar... me han comentado que tiene mucho carácter... y que sabe llevar sus negocios adelante... bien, ya veremos... —y alza la voz para decir—: Padre de Bordes, decid a esa dama que me complacerá mucho recibirla y oír directamente de sus labios informes sobre la obra que se propone realizar.

—¿Recibiréis también a sus amigas, Eminencia? Yo os aseguro que son...

—Imagino, imagino, Padre mío, cómo pueden ser las colaboradoras que una mujer como Juana de Lestonnac ha elegido para que la secunden en una tarea tan ardua como la que proyecta. Sí, las recibiré a todas y decidles que cuanto antes mejor. La obra que quieren realizar es muy necesaria y urge ponerla en marcha.

Juana sale muy bien impresionada de esta primera entrevista. El Cardenal las ha recibido con gran cortesía y hasta con cierta cordialidad. Ha escuchado con toda atención las explicaciones que Juana le ha dado sobre cómo ha ido madurando el proyecto poco a poco. Las ha animado a afirmarse en sus propósitos y a prepararse para la vida en co-

munidad que será conveniente para mejor servir los fines que se han propuesto. Y ha llegado a decirles que está dispuesto, ya desde ahora, a bendecir la obra y a prestarles ayuda proporcionando la casa en la que puedan instalarse para vivir y abrir la primera escuela.

También el Cardenal ha quedado muy satisfecho de esta primera conversación con Juana.

«Una gran señora, esta Juana de Lestonnac», se dice el Cardenal, «toda una mujer. Sabe lo que quiere, por qué lo quiere, cómo lo quiere y los medios que hay que emplear para conseguirlo... Creo que verdaderamente Dios me ha enviado en ella la persona adecuada para realizar el proyecto que vengo acariciando desde hace ya tanto tiempo...»

A Juana le parece que ya cuenta con el apoyo del Cardenal para llevar adelante su ideal: la Compañía de María.

En realidad, la idea de Juana no coincide exactamente con lo que proyecta el Cardenal, pero ni él ni ella se han dado cuenta todavía.

El Padre de Bordes asiste con frecuencia a las reuniones en casa de Juana.

—Habéis sido escogidas —les dice— para ser hijas de la Madre del Redentor y formar su Compañía, para llevar a vuestros semejantes la luz con que habéis sido favorecidas. Esta vocación es muy hermosa, vais a poner os al servicio de un fin muy noble, ¡es la misma ocupación de Dios, que trabaja de todos modos por la salvación de las criaturas! El ejemplo de vuestras virtudes será la más eficaz de todas las lecciones. Ya sé que esto no es necesario que os lo recuerde y que al formular esta frase no hago más que declarar con palabras el sentir de cada una de vosotras.

Juana se siente profundamente gozosa al oír hablar ya de forma tan concreta del nuevo Instituto y de ver en marcha el proyecto que hasta ahora sólo había entrevisto de una manera muy general y difusa. Agradece al Padre de Bordes todo el interés que está poniendo al servicio de esta fundación y le ruega que las instruya en las obligaciones y reglas que deberán seguir en el nuevo camino que van a emprender, porque quieren ya ajustar su vida, su conducta y hasta su horario al de unas verdaderas Religiosas.

El Padre de Bordes sonrío ante tanta impaciencia:

—Sin prisas, hermanas mías, sin prisas. La fundación de una Orden Religiosa es obra de Dios y hay que tener paciencia y someterse al ritmo que Él quiera marcar. Hay que conseguir la autorización de las jerarquías eclesiásticas, primero la del Arzobispo y luego, por su mediación, la del Papa. Todo esto llevará su tiempo, y es bueno que así sea; os dará ocasión de probaros a vosotras mismas que vuestra vocación es cierta y que camináis por terreno seguro... si sois capaces de resistir la prueba del tiempo. Y mientras tanto —añade— debéis adelantar en la práctica de las virtudes, con el uso frecuente de los Santos Sacramentos y de la oración. También sería conveniente que hagáis durante unos días los Ejercicios Espirituales de Ignacio de Loyola, para purificar el alma, tomar nuevas fuerzas y empaparos en su espíritu, antes de recibir unas Reglas que serán aproximadamente las de la Compañía de Jesús. Vosotras también formáis un grupo similar y, en vísperas de fundar la Compañía de Nuestra Señora, debéis seguir sus huellas para atraer las bendiciones del Cielo sobre ella, y para prepararos a soportar todas las contradicciones y vencer los obstáculos inherentes a toda obra grande.

La proposición es aceptada por unanimidad y el mismo Padre de Bordes dirige los Ejercicios. Sus meditaciones tratan sobre las verdades y la doctrina del Evangelio. Al mismo tiempo, les va explicando las Reglas de la Compañía de Jesús, para darles a conocer el espíritu en el cual se han de formar.

El Espíritu Santo va haciendo su obra de luz y gracia en el alma de las ejercitantes; y mientras tanto, el Padre de Bordes da un último repaso a las Reglas del Instituto, ya trabajadas por Juana, para, según el modelo de las Constituciones de Ignacio de Loyola, mejor adaptarlas a Religiosas sin desviarse de su fin, de su espíritu y de sus prácticas.

Los dos frutos principales de este retiro son las Constituciones de la Compañía de María Nuestra Señora y la renovación del espíritu de estas mujeres que se aprestan a ser piedras vivas del nuevo edificio espiritual que será templo y escuela.

El padre de Bordes está cumpliendo con creces la oferta hecha a Juana de colaborar en la obra de fundación de la Compañía de María Nuestra Señora. Interpretando los deseos y las ideas de Juana, trabaja largas horas en la redacción de un informe que será el compendio, el «abrége», de las causas que motivan esta fundación, de los fines que se propone y de los medios que prevé para conseguirlos.

En sus reuniones habituales, Juana lee párrafos de este «abrége» a sus jóvenes compañeras:

—«...Es preciso considerar que en Francia hay dos clases de familias religiosas femeninas: unas, sumamente austeras para el cuerpo, y otras, relajadas en extremo, en cuanto a la disciplina regular. De suerte que muchas doncellas y mujeres, que tendrían el deseo de servir a Dios en la Religión, se ven obligadas a permanecer en el mundo... Sería, pues, esta Religión de la Orden de la Compañía de

María un lugar muy seguro para unas y otras porque no se practicarían más austeridades que las que cada una pueda soportar, sin perjuicio de su salud, y las que le ayuden a progresar en el espíritu... Para ello, abrazarán los medios comunes y esenciales de todas las Religiosas: los votos de pobreza, castidad, obediencia y clausura, a los que añadirán un voto especial de instruir o procurar la instrucción de las jóvenes en la virtud, piedad y Doctrina Cristiana, como está dicho. Se observa que en diversas ciudades del reino de Francia, y particularmente en Burdeos, capital de Guyena, muchas niñas católicas tienen que acudir a las escuelas de maestras herejes para aprender a leer, escribir, coser y demás ejercicios que las jóvenes pueden y deben saber, según su calidad. Corren, así, gran riesgo de contagiarse de la herejía. Y las jóvenes nacidas católicas no tienen la posibilidad de aprender, desde su infancia, lo que deben saber como cristianas y practicar durante el resto de su vida... Para asegurar, pues, y perpetuar este socorro a la juventud femenina tan necesitada hoy de esta ayuda, las Religiosas de la Compañía enseñarán a sus alumnos, además de las cosas espirituales, todo lo que una joven bien educada debe saber, como es: leer y escribir correctamente, coser, hacer labor, contar y calcular. Las Religiosas enseñarán gratuitamente todo esto, sin esperar, por ninguna de las cosas citadas, otra paga o recompensa temporal que el aumento de la gloria de Dios entre las almas cristianas.»

—El documento es muy largo y está muy bien dispuesto para que cuando lo lean el Cardenal y sus colaboradores, comprendan las causas que nos mueven, los fines que perseguimos y los medios que vamos a emplear para cumplirlos. El Padre de Bordes está haciendo un magnífico trabajo. —comenta al final de la lectura.

DOS CUADERNOS

El texto del «abrégé» y el de las Constituciones de Ignacio de Loyola, adaptadas para mujeres, se han copiado en dos cuadernos.

—Se los llevaremos al Cardenal para que él y los miembros de su Consejo los lean y dictaminen sobre ellos —dice Juana.

Hoy, día 7 de marzo de 1606, Monseñor Francisco de Sourdis ha recibido de manos de Juana y sus acompañantes los dos cuadernos; ha prometido leer el contenido con detenimiento y recomendarlo luego a los miembros de su Consejo para que hagan lo mismo. Ha prometido también que al cabo de unos pocos días comunicará el resultado de estas consultas.

Y como lo ha prometido lo cumple. Al cabo de apenas diez días, Juana es convocada a una nueva audiencia en la Sede Arzobispal. Y acude sola. Su intuición le ha hecho adivinar que esta entrevista puede ser crucial y no quiere que oídos demasiado jóvenes y todavía inmaduros sean testigos de esta entrevista. Y acierta.

Cuando es introducida en el despacho del Cardenal ve sus dos cuadernos sobre la mesa; pero cuando, después de los saludos de rigor, el Cardenal-Arzobispo toma asiento detrás de esa misma mesa, la invita a acomodarse frente a él y

comienza a hablar, sus palabras no se refieren para nada a estos escritos.

—Mi Consejo y yo, Madame, hemos considerado largamente vuestra oferta y la de las demás mujeres que os siguen, de consagraros a la educación femenina —expone Monseñor en su modo de hablar comedido y pausado, que no deja por eso de ser firme y autoritario—. Y, después de una profunda reflexión, hemos encontrado oportuno proponeros que abandonéis vuestro proyecto de fundar una nueva Orden y dediquéis vuestros esfuerzos más bien a reformar y perfeccionar alguna de las ya existentes y que fueron fundadas en su día con un fin parecido al que ahora os proponéis cumplir.

Juana venía preparada para una entrevista difícil, quizá conflictiva. Suponía que tendría probablemente que explicar algunos puntos de los dos escritos, aclarar el contenido de algunas frases, defender la redacción de algunos párrafos..., pero las palabras del Prelado la desconciertan y guarda un reservado silencio.

Animado quizá por este silencio, que puede interpretarse como un principio de aceptación, el Cardenal prosigue:

—Hace ya meses que estoy gestionando el establecimiento de las Ursulinas en esta ciudad. Las negociaciones están ya bastante adelantadas. Os propongo que os pongáis a la cabeza de esta fundación. Las Ursulinas son una institución ya antigua y probada. Podríais tomar como base sus Reglas y su forma primitiva de vida y, sobre ellas, hacer las reformas que os parecieran oportunas para mejor adaptarlas a los fines que os proponéis. Para abrir una nueva casa de Ursulinas no se precisa más que la aprobación del Prelado de la Diócesis. Contaríais, desde ahora mismo, con mi aprobación y mi ayuda y sería posible empezar inmediatamente el trabajo que os proponéis...

Al llegar a esta altura de su discurso, algo debe haber visto Monseñor en el gesto de Juana porque se cree obligado a recordar:

—... mientras que si se tratase de fundar una nueva Orden habría que empezar por preparar documentos e iniciar una serie de trámites que, primero aquí y luego en Roma, resultarían largos y complejos...

Para cuando el Cardenal termina de formular esta advertencia, Juana ha conseguido ya hacerse cargo de todo el alcance del proyecto que su interlocutor tiene en mente y del lisonjero planteamiento que le está haciendo para convencerla de que lo acepte; pero también ella tiene las ideas muy claras y el profundo convencimiento de que sus planes han estado inspirados por Dios: la Compañía de María está llamada a ser una Orden nueva con características propias. Deberá apoyarse en una base específicamente creada para ella... Quizás al oír la palabra «reforma», que el Cardenal ha pronunciado al principio de su discurso, le ha pasado, además, por la imaginación, como un relámpago, la visión de los trabajos y penalidades pasados por Teresa de Jesús durante las tareas de reforma del Carmelo... y está segura de que no es eso lo que Dios quiere de ella.

Su respuesta es un modelo de prudente firmeza:

—Monseñor, respeto vuestros sentimientos, pero no puedo contrariar mi vocación. No me pidáis que le sea infiel. Me habláis de una Congregación que estimo sinceramente, pero a la cual no me siento llamada. Creo que Dios me ha inspirado la fundación de la Compañía de María con distinto nombre y distinta Regla. No debo abandonar una obra para la que me creo llamada por Dios ni emprender otra para la que no tengo inclinación ni habilidad.

Las frases han sido tan claras y terminantes que el Cardenal no considera oportuno replicar. Se levanta, dando por concluida la audiencia.

Juana se levanta también de su asiento y con digna seriedad hace una ligera inclinación de cortesía y se retira, no sin antes lanzar una mirada, levemente ansiosa, a los dos cuadernos que yacen olvidados sobre la mesa arzobispal.

La actitud del Cardenal coloca a Juana en un duro trance, pero ella trata de conservar su ecuanimidad y su equilibrio espiritual y de transmitir estas posturas mentales a las jóvenes que la rodean.

Hace ya mucho tiempo que ha empezado a comportarse con ellas como lo que es: la madre y guía de todas. Su experiencia como madre de familia le permite establecer fácilmente una relación filial con estas nuevas hijas suyas; su experiencia como educadora le hace asumir sin esfuerzo su tarea de instructora de este grupo de alumnas que se preparan para ser maestras; su experiencia en el Císter la capacita para convertirse en guía de oración de las futuras Religiosas.

Juana siente un gran respeto por Francisco de Sourdis; también el Cardenal está aprendiendo a estimar a Juana. Cada uno de ellos conoce muy bien la calidad humana y la categoría espiritual e intelectual del otro. Son dos personalidades fuertes, los dos tienen claro lo que se proponen. Los dos están convencidos de la importancia de sus proyectos respectivos. El Cardenal-Arzobispo quiere abrir lo antes posible una escuela para niñas según el modelo adoptado por Carlos de Borromeo y cada día que pasa sin hacerlo le parece un día perdido. Juana quiere hacer realidad la fundación de la Compañía de María. El enfrentamiento es inevitable y el cho-

que... previsible. Y, sin embargo, ninguno de los dos quiere llegar a una ruptura definitiva. Juana sabe que tiene que contar con el Cardenal para la fundación y Francisco de Sourdis no quiere perder el valioso servicio que esta mujer puede aportar al bien espiritual de su Diócesis.

El Cardenal opina que a Juana le correspondería someterse sin condiciones a la voluntad de su Prelado, que por algo ha sido designado por Dios y consagrado por el Papa para dirigir los asuntos espirituales de la Diócesis... Juana está firmemente arraigada en su idea de que tiene que ser fiel al proyecto que Dios le ha inspirado...

Y pasan los días...

Monseñor ha esperado que Madame de Lestonnac solicitase una nueva audiencia..., pero ella se ha mantenido en un reservado silencio. En su lugar le han llegado al Prelado visitas y mensajes de personalidades muy autorizadas de Burdeos y de toda la región de la Guyena. Este es el mensaje que vienen a resumir estas voces: «Si Juana de Lestonnac está inspirada por Dios, seréis responsable de que una tan hermosa obra de educación, bajo la advocación de Nuestra Señora, no salga adelante...»

Y Francisco de Sourdis acaba por aceptar...

El Padre de Bordes, que es uno de los que más han trabajado para convencer al Arzobispo, comunica la noticia a Juana: el Prelado promete ayuda a la fundación de la Orden y deja en libertad a Juana para dirigirse al Papa.

Juana siente que el corazón le rebosa agradecimiento: agradecimiento al Padre de Bordes, a los buenos amigos que han defendido su causa, al Cardenal, que ha renunciado a su propio proyecto para apoyar el de ella... y antes que a nadie, a Dios, que ha cambiado el corazón de Francisco de Sourdis para que se inclinase con benevolencia hacia una obra que días antes había rechazado.

Es una mujer de acción, y lo mismo las alegrías que las penas, las situaciones favorables que las contradicciones, la encuentran siempre en pie de actividad espiritual y física. Después de ese primer movimiento interior de agradecimiento, se apresta a iniciar el paso siguiente: buscar a un hombre capaz de encargarse de las negociaciones que hay que hacer en Roma. Y lo encuentra: Monsieur Moysset, Párroco de Sainte-Colombe, es inteligente y culto, licenciado en Teología y de trato agradable, de gran lucidez para los negocios... es decir, es el hombre adecuado para tratar con personas de autoridad y de prestigio.

La ciudad de Burdeos ha comisionado a Monsieur Pedro Moysset para que lleve al Santuario de Nuestra Señora de Loreto una lámpara de oro, exvoto que la ciudad ofrece en reconocimiento por haber cesado la epidemia que recientemente ha diezariado la ciudad. Nadie mejor que este hombre de probadas cualidades para presentar en Roma la causa de la nueva fundación.

Monsieur Moysset cuenta, además, con la aprobación de Monseñor de Sourdis, así que en unos pocos meses reúne la documentación necesaria y parte para Roma. Lleva con él varias cartas de introducción, una de ellas del Mariscal d'Ornano, Go-

bernador de Burdeos y gran entusiasta de la obra que Juana se propone. El Mariscal d'Ornano es de origen italiano y pertenece a una familia noble, está pues en condiciones de facilitar al enviado de Juana la entrada en los círculos romanos.

Los dos cuadernos han pasado directamente de la mesa del Cardenal de Sourdis al portafolios en que Monsieur Pedro Moysset se lleva toda la documentación a Roma. A Juana no se le ha dado ocasión de revisarlos y por eso no sabe todavía que la mano del Cardenal ha rectificado, con trazos enérgicos, varios puntos substanciales en estos dos escritos.

Pedro Moysset inicia el largo viaje que le llevará desde Burdeos hasta la ciudad de Loreto, en la costa italiana del Adriático. Allí está la Basílica que guarda la Casita de Nazaret, que la piadosa tradición supone trasladada desde su primitivo emplazamiento hasta este lugar por mano de ángeles. Es el 28 de agosto de 1606.

El viaje de Pedro Moysset hasta Loreto ha durado cuarenta y un días. Y esto es sólo el comienzo de su misión; a partir de su llegada tiene que preparar la ceremonia de entrega de la lámpara y luego celebrarla con toda la solemnidad que la ocasión requiere.

Y al cabo de unos días, después de haberse despedido de los personajes que han participado en los trámites y en la celebración de la ceremonia, emprende el viaje que le llevará a cruzar Italia de mar a mar para entrar en Roma e iniciar allí las entrevistas que le ha encargado Juana.

Todo es lento, ceremonioso, protocolario y complicado en la Corte papal. Los documentos se leen sin prisa, se examinan con minuciosidad, se discuten en pausada profundidad y se aprueban en dictámenes exhaustivos.

Y pasan las semanas, se deslizan los meses, termina el año 1606 y transcurren los tres primeros meses de 1607...

El grupo que aguarda en Burdeos está teniendo ocasión de pasar por la prueba del tiempo que el Padre de Bordes consideraba tan conveniente...

Y por fin...

El 7 de abril de 1607, el Papa Paulo V firma el Breve de aprobación de la Orden. Y pocos días más tarde, Monsieur Moysset es convocado a una audiencia en la que el Papa le entrega los documentos y le hace el encargo de llevarlos personalmente al Cardenal-Arzobispo de Sourdis.

Cuando Pedro de Moysset se alza después de haber besado la sandalia pontificia, el Papa le despide con esta frase:

—Decid a nuestras amadas hijas de Burdeos que moriré contento, después de haber confirmado una Orden cuyo fin es la salvación de los hombres y que ha de cultivar en la Iglesia la pureza de la Fe y de las costumbres...

Y ese mismo día, en la entrevista que el Pontífice sostiene con el Padre Claudio Acquaviva, General de la Compañía de Jesús, Paulo V hace este comentario:

—Padre General, acabo de daros hermanas.

—¿Hermanas? —se extraña el Padre Acquaviva—. ¿Y quiénes son, Santo Padre?

—Un grupo de mujeres que quieren hacer a la Iglesia, entre las personas de su sexo, el mismo servicio que vosotros hacéis a toda la Cristiandad. Y han querido imitaros hasta el punto de tomar un nombre que se asemeja al vuestro: ellas quieren formar la Compañía de María.

El Padre Acquaviva bromea entre asombrado y divertido:

—No merecemos nosotros que nos tomen por modelo, pero puesto que se dignan dispensarnos ese honor, procuraremos dar buen ejemplo.

El comisionado de Burdeos puede felicitarse por la rapidez con que su gestión se ha visto satisfactoriamente coronada. Claro que sabe perfectamente que su éxito no se debe sólo a su habilidad como negociador. Le han servido de gran ayuda la acertada indicación que el Padre de Bordes ha subrayado en el memorial presentado al Papa de que se solicitaba permiso para seguir un Instituto —la Compañía de Jesús— que estaba ya aprobado; y la patente y por todos reconocida necesidad que hay de una Institución como la que se propone. Y, sobre todo, el firme apoyo que Juana y su pequeño grupo ha prestado con sus oraciones.

Para cuando Monsieur Moysset ha terminado sus gestiones en Roma ya está el verano encima. Y las dificultades de los caminos, lo riguroso de la estación y las turbulencias de los tiempos hacen que no pueda llegar a Burdeos hasta principios del otoño.

Los pliegos, lacrados y sellados con las armas papales, que trae consigo, vienen dirigidos a Monseñor de Sourdis, así que el Cardenal puede abrirlos y examinarlos tan pronto como los recibe. Y después de haberlos leído, se siente satisfecho. En Roma se han tenido en cuenta las correcciones que él había hecho al primitivo plan de Juana...

Un mensajero es enviado a Madame de Monferrant para transmitirle la invitación de asistir en la Sede Arzobispal a la lectura del Breve papal que autoriza la fundación.

Juana se presenta acompañada de su grupito de jóvenes. La ceremonia es sencilla y en el salón arzobispal no están más que el Prelado, dos Canónigos de su Consejo, el secretario particular, Pedro Moysset y el Padre de Bordes.

Es el Cardenal el que se digna leer en voz alta para todos el texto del Breve pontificio. Su voz profunda y bien modulada ha ido pronunciando con exquisita dicción las frases latinas y ha subrayado con un matiz ligeramente más enfático ciertos párrafos.

No todas las mujeres que asisten a la lectura son capaces de comprender el sentido de los párrafos subrayados por la voz del Cardenal. Juana sí está siguiendo sin dificultad la lectura y ahora le es muy fácil adivinar dónde estaban las tachaduras, correcciones y sugerencias que el Cardenal hizo en sus dos cuadernos...

Donde ella hablaba de una Madre General que fuese cabeza de toda la futura Compañía de María, el Breve concede una Madre Superiora que gobierne cada casa y que estará sometida con dependencia inmediata al Prelado de la Diócesis. La idea de Juana al proponer una Madre General, a la manera que la Compañía de Jesús tiene un Padre General, era conseguir una mayor unión entre las futuras diversas casas, y al mismo tiempo, una cierta mayor independencia de los Prelados diocesanos, al depender de una única Madre General, que a su vez dependería directamente de Roma.

El programa de enseñanza escolar que Juana proponía ha parecido por lo visto demasiado ambicioso, y el Breve lo deja reducido a «una enseñanza elemental de leer y escribir y varias clases de trabajos de aguja...», además, por supuesto, de toda la enseñanza religiosa que, naturalmente, es muy amplia.

Y todavía hay un tercer punto que da mucho que pensar a Juana y le produce bastante inquietud. El Breve puntualiza tajantemente: «...queremos y ordenamos que esta norma de recibir a niñas que no sean internas dure solamente el tiempo que a Nos y a la Sede Apostólica pareciere».

Es decir, que lo que se concede es una experiencia a prueba, y si a los Prelados pareciere que la clausura sufre menoscabo con las entradas y salidas diarias de las niñas... se suspenderá el permiso, y las niñas que por falta de medios materiales, o porque las familias las necesiten en casa durante algunas horas al día, no puedan confinarse en el Convento como internas, se verán privadas de recibir las enseñanzas de la escuela.

Con todo, Juana está contenta y es grande su alegría al recibir una copia del Breve y ver que ¡por fin! se ha cubierto una importante etapa en el camino de la fundación.

También el Cardenal está satisfecho. El proyecto de Juana está ahora mucho más cerca del que él mismo se propuso. Y cuando ella haga su voto de obediencia será él quien lo reciba en nombre de la Iglesia y entonces...

Juana y Francisco, dos inteligencias claras, dos voluntades fuertes, dos personalidades recias... Tienen en común un sincero deseo de servir a Dios y de extender su gloria entre los hombres, pero difieren en la forma de entender este servicio.

Hay tensión en las miradas, pero una refinada cortesía en las palabras, cuando el Cardenal y Juana se despiden:

—Recibid mis parabienes, Madame; habéis logrado dar un gran paso para poder realizar vuestro proyecto. Ahora ya sólo os queda alcanzar los permisos de las autoridades civiles: el Parlamento de Burdeos y el Rey.

—Conseguiremos esos permisos. Monseñor, con la ayuda de Dios... y de algunos otros buenos amigos —es la firme y confiada respuesta.

Y el Cardenal no sabe hacer otra cosa que sonreír levemente y levantarse para despedir a esta mujer que con tanta seguridad cuenta con Dios como el primero de sus buenos amigos.

La noticia ha llegado al Parlamento en forma de solicitud firmada por Juana para obtener el permiso de adquirir una casa en la que instalar un Convento y una escuela. Se aducen las razones de que ni el Convento ni las Religiosas que lo habiten serán nunca una carga para la ciudad, ya que la fundación contará con rentas propias. Se subraya que la escuela hará un servicio público al dedicarse a la educación de las niñas, servicio que, además, será gratuito, ya que las alumnas no deberán pagar nada por recibir la enseñanza.

El documento, desata todo tipo de comentarios, críticas, alabanzas y murmuraciones.

Guido de Lestonnac y Francisco de Monferrant se han dirigido a Juana, cada uno por su lado, para decirle casi las mismas frases:

—Pero, ¿qué nueva empresa tratas de realizar? ¿No te parece que una mujer de tu posición y dignidad debe estarse quieta y recogida en su casa?

—¿Estarme quieta? ¡Si es ahora cuando comienzo la gran andadura para la que estoy segura que Dios me ha puesto en este mundo!

Y es tanta la luz de su mirada, la energía de su gesto y el entusiasmo de su frase, que ninguno de los dos ha encontrado réplica adecuada con que responder a esta actitud, que les parece tan sorprendente y tan arriesgada.

Un documento semejante al que se ha enviado al Parlamento de Burdeos se ha hecho llegar hasta manos del Rey. Y Enrique IV no duda en autorizar un proyecto que le parece un buen servicio a su pueblo y que viene respaldado por un nombre tan respetable como el de la viuda Monferrant.

A finales del otoño de 1607 Juana está ya en posesión de todos los documentos que la autorizan a instalarse en una casa y comenzar el trabajo.



Ahora que ya el Parlamento de Burdeos ha admitido la fundación y que la autoridad real ha sancionado el proyecto aprobado por el Papa, no queda más que encontrar un lugar en el que establecer el primer Convento de la Compañía de María.

Durante varios días, Juana, siempre acompañada de Marcelle, ha recorrido los lugares de la ciudad en los que había casas en venta o alquiler. Nada de lo que ha visto hasta ahora le parece adecuado para lo que ella necesita

Hoy, una vez más, ha salido para hacer su recorrido habitual en busca del local que precisa. No ha encontrado ninguno conveniente y vuelve hacia casa bastante cansada y descorazonada.

Hace un día frío y húmedo de finales de noviembre. Ha llovido mucho durante la noche, las calles están llenas de charcos y corre un vientecillo helado. El cielo sigue muy nublado y todo el ambiente ciudadano tiene un aire gris y tristón.

Juana avanza por la calle, bien envuelta en su manto y completamente abstraída en sus pensamientos. Marcelle la sigue en silencio.

El estruendo producido por las ruedas de un carruaje sobre los adoquines del empedrado resuena

por detrás de las dos mujeres; las dos, sin ponerse de acuerdo ni girar la cabeza en dirección al ruido, se ciñen al muro de la casa que tienen a su derecha para dejar paso libre por el centro de la calle y ponerse a salvo de las salpicaduras de barro y agua que, inevitablemente, va a producir el paso del vehículo.

Arrastrado por dos poderosos caballos, pasa el coche y Juana y Marcelle continúan su marcha; pero tienen que detenerse unas docenas de pasos más allá porque el carruaje ha hecho alto y un criado se ha tirado desde el pescante para abrir la portezuela y bajar la escalerilla que permitirá al ocupante del interior descender cómodamente hasta la calle. Y el caballero que se apea del coche no es otro que el mismísimo Mariscal d'Ornano, Gobernador de Burdeos. Sombrero en mano se dirige hacia Juana:

—¡Madame de Monferrant!

—Buenas tardes, Mariscal.

—Verdaderamente tiene que ser un negocio muy importante el que os ha hecho salir de casa con este día tan crudo, Madame.

—Sí que es importante. Sigo buscando lugar adecuado para instalar mi Convento-escuela. He recorrido la ciudad varias veces en estos últimos días, pero aún no he hallado uno que satisfaga nuestras necesidades... No es preciso que sea muy grande, pero deberá tener una sala de tamaño apropiado para convertirla en capilla y, al menos, dos cuartos amplios que puedan servir para clases y...

Los dos interlocutores caminan calle arriba en dirección al hogar de Juana. Marcelle marcha discretamente detrás de ellos; y, todavía más atrás, avanza despacio el carruaje, cuyo cochero tiene que manejar las riendas con mano experta para contener a los caballos, que se avienen inquietos y de mala gana a este paso tan lento.

El Mariscal ha ofrecido a Juana y a Marcelle llevarlas a su casa en el coche, pero Madame ha rehusado en nombre de las dos. No merece la pena porque la mansión Monferrant está muy cerca. Juana ha rogado, a su vez, al Mariscal que se cubra la cabeza, pero el caballero continúa caminando a su lado con el sombrero en la mano. Es la forma que tiene de mostrar a Juana todo el respeto y estimación que siente por su persona y por su obra. Muchos ojos curiosos han observado desde soportales y ventanas este rasgo de cortesía de Monsieur el Gobernador y es seguro que los comentarios volarán de boca en boca antes de que termine el día.

En un momento dado de la conversación, el Mariscal se ha vuelto a Juana para preguntarle:

—¿Habéis visitado ya las casas que están junto a la capilla del Priorato del Espíritu Santo? Yo paso por delante de ellas en mi camino de ida y vuelta al castillo Trompette. Esas casas están deshabitadas, pero parecen en buen estado y tendríais ya la capilla hecha.

—¡Pero esa capilla pertenece al Seminario!

—No se ha utilizado en muchísimos años. Podríais restablecer el culto en ella.

—¿Creéis que Monseñor nos concederá permiso para utilizarla?

—Pedídselo. Yo le haré también una indicación por mi parte. ¡No creo que pueda encontrar una razón lo bastante poderosa como para negarnos una proposición tan razonable! —dice el Gobernador con amistosa cordialidad.

El apoyo del Mariscal ha sido de lo más eficaz. Monseñor ha concedido el permiso para utilizar la capilla y Juana, sin tardar, compra las casitas anejas.

EL PRIORATO DEL ESPÍRITU SANTO

Y durante los meses siguientes, desafiando al frío y la lluvia, dirige personalmente a los obreros que acondicionan los edificios para convertirlos en Convento y escuela. Se levantan tabiques para preparar una serie de diminutos aposentos que serán las celdas de las futuras Religiosas; se limpia y blanquea una habitación grande bien iluminada que será sala de comunidad, en la que se estudiará, se coserá y se tendrán los recreos; se amplía la cocina porque en ella, además de guisar, habrá que lavar, planchar, almidonar tocas...

Junto a la puerta que da acceso a la calle, se acondiciona otra sala espaciosa iluminada por tres grandes ventanales y cerca del pequeño patio que servirá de separación entre la parte de edificio que será Convento del que hará de escuela. Esta sala será la clase y muy pronto estará amueblada con sencillos bancos de madera.

La iglesia necesita pocos arreglos. Juana no repara en gastos para dotarla de todos los utensilios y ornamentos necesarios para que el servicio religioso pueda realizarse en él con toda dignidad.

En uno de los muros laterales de la iglesia, que hace medianería con lo que será Convento, se ha abierto, a la altura del altar mayor, un gran ventanal que llega hasta el suelo. Desde este coro bajo

asistirán las Religiosas a la Santa Misa y demás actos litúrgicos.

A finales de febrero las obras están terminadas y Juana está impaciente por instalarse cuanto antes en la casa.

Todas las mujeres pertenecientes al grupo son convocadas para participar en esta pequeña y alegre fiesta íntima de recibir y colocar, en los lugares correspondientes, las piezas del modesto ajuar de esta primera casa de la Compañía de María que se ha llevado al Priorato en un carro contratado por Pedro Moysset, administrador de la nueva Comunidad.

Serena Coqueau, Magdalena de Landrevie, Isabel de Maisonneuve y Margarita de Poyferré acuden gozosas a la llamada.

La satisfacción de este primer encuentro en la casa del Espíritu Santo se ve empañada por la falta de varias de las que se habían comprometido desde los primeros tiempos y que ahora fallan y abandonan su propósito en el momento decisivo.

A Juana le duele la deserción quizá más que a las otras, porque ella se siente más responsable. Ha tenido a su cargo, durante el último año, la formación de estas mujeres y se reprocha el no haberlas sabido animar lo bastante, el no haberlas sabido infundir suficiente interés por la tarea a realizar...

De todos modos, no deja traslucir toda la pena que le causa esta infidelidad para no descorazonar al resto del grupo. Y queda acordado entre todas que antes de que finalice este mes de marzo de 1608 vivirán ya todas juntas en esta primera casa de la Orden de la Compañía de María Nuestra Señora.

Juana es la primera que se instala en el Espíritu Santo. Quiere vivir unos días en la casa antes de la llegada de las demás para adquirir una cierta experiencia de la nueva vida y familiarizarse con las

nuevas paredes... Ella ha vivido siempre en casas grandes con habitaciones espaciosas, con anchos corredores y amplios patios. El Monasterio de las Feuillantinas de Toulouse era un edificio enorme y éste, en cambio, es tan reducido... «¡Las cunas son siempre pequeñas!», bromea consigo misma; y luego se agarra a su Fe: «Estamos iniciando una obra que Dios quiere que hagamos, El nos ayudará... Y tan pronto como veamos que somos capaces de hacer este servicio y de hacerlo bien, buscaremos un lugar más amplio y más definitivo...»

Para cuando las otras cuatro compañeras llegan al Espíritu Santo, en la mañana del 25 de marzo, fiesta de la Anunciación, Juana ha procurado encontrar a la situación todas las ventajas, todos los puntos positivos y se ha preparado para ayudar a las otras a superar las dificultades que seguramente aparecerán en un cambio tan radical de vida.

Y cuando abre la puerta para recibirlas, su rostro muestra una serena alegría:

—Bienvenidas a la casa de Nuestra Señora, hermanas. Ya veréis, todo aquí es tan pobre, tan sencillo... que no nos va a costar ningún esfuerzo tener continuamente presente la Casita de Nazareth; ¡viviremos de una forma tan natural la Compañía de María...! El trabajo material nos va a llevar muy poco tiempo y podremos dedicar la mayor parte de nuestra jornada a los ejercicios espirituales y a nuestra formación para llegar a ser buenas maestras...

Cuando Juana indica a cada una de las recién llegadas la celda que le ha asignado, caen aquéllas en la cuenta de que ella se ha reservado la más pequeña y peor ventilada.

—¡Pero, Madre...! —es la protesta de Serena, que ha sido la primera en dejar el tratamiento de Madame para adoptar el de Madre—. ¡Sois la pri-

mera, la de mayor autoridad, la maestra de todas nosotras...!

—Pues por eso mismo, Hermana Serena, por eso mismo. ¿Os parecen pocas razones ésas? Así es como debe ser... —es la dulce respuesta de Juana.

Y Serena calla y comprende. Desde el primer momento Juana quiere vivir en humilde y generoso servicio a sus hermanas, a sus hijas.

Monseñor de Sourdis ha ido a inspeccionar la casa y ha comprobado que todo está en regla. Muy complacido, da su bendición para que comiencen a ensayar el género de vida que se proponen y deja establecida la clausura según las prescripciones del Concilio de Trento.

En el Espíritu Santo se empieza a vivir ya desde este momento el seguimiento de Jesús con todo el entusiasmo y la radicalidad de los que se entregan a la gran aventura del Evangelio.

Hay momentos difíciles y penosos en estos primeros días. No es fácil dejar la casa propia, el trato con la propia familia, para engranarse en la marcha de una casa extraña entre unas personas casi desconocidas con las que compartir una austera disciplina de oración y trabajo.

Y las dificultades no están solamente en el interior de la casa, también del exterior llegan motivos de preocupación. Son muchas las personas que critican la conducta de Juana, empezando por su propio hijo Francisco:

—Cuando se fue a las Feuillantinas de Toulouse le pronostiqué que aquello no le saldría bien y acerté. Ahora digo que ocurrirá lo mismo. Esta arriesgada aventura acabará en un nuevo fracaso, ya lo veréis...

Y muchas otras voces se alzan para reforzar este primer comentario:

—¡Sería una obra de caridad quitarle esa absurda idea de la cabeza!

—¡Se ha empeñado en una tarea superior a sus fuerzas!

—¡Embarcarse en semejante empresa a su edad!

El grupo del Espíritu Santo deja que la tormenta se estrelle contra los muros de la casa y contra la sólida convicción que ellas tienen de que están haciendo lo que Dios quiere. Han sentido la llamada de Dios para entregarse a su servicio y están contentas de ser fieles a esta llamada.

Y hay momentos de profundo gozo al sentirse guiadas y apoyadas por una madre como Juana y unidas a las otras hermanas que están pasando por experiencias personales tan semejantes y que se sienten igualmente atraídas por el mismo ideal de servicio al prójimo bajo la tutela de María.

Y hay momentos de sana alegría y de risas incontenibles, como cuando se están probando los severos hábitos negros que dentro de unos días serán ya su uniforme para toda la vida.

—Hermana Serena, el hábito os hace parecer mucho mayor. Tenéis un aspecto tan digno, tan serio, tan monacal... ¡Es como si de repente tuvierais diez años más!

Y hay diversión y comentarios graciosos durante un rato.

TOMA DE HÁBITO

Se ha fijado el día 1.º de mayo para la ceremonia de la toma de hábito.

Cuando Monseñor el Cardenal Francisco de Escoubleau de Sourdis decide que quiere hacer algo, le gusta hacerlo bien. Y ahora ha decidido que esta toma de hábito de las primeras cinco Novicias, fundadoras de la Compañía de María Nuestra Señora, tenga toda la solemnidad y esplendor que la liturgia católica puede desplegar en las grandes ocasiones.

La pequeña iglesia del Priorato del Espíritu Santo resplandece de luces y el altar aparece cuajado de flores.

El Mariscal d'Ornano ha querido honrar el acto con su presencia y ocupa un lugar destacado cerca del altar y del coro de las Religiosas. A su alrededor se agrupan muchos personajes. Unos han venido porque simpatizan sinceramente con Juana y su proyecto; otros, porque quieren adular al Mariscal imitando su conducta; otros, simplemente, por pura curiosidad...

Todos ellos se alegran de estar presentes cuando hace su entrada el Cardenal. Le acompaña una comitiva realmente majestuosa. Delante marchan seis Acólitos con cirios encendidos; después un

Diácono que lleva la cruz alzada, acompañado de dos Acólitos más; detrás marchan en dos filas los Canónigos y Clérigos menores de la Catedral y por fin, revestido de pontifical y entre dos Sacerdotes, también revestidos con dalmáticas de oficiantes, entra el Cardenal. Marchan cerrando la procesión secretarios, familiares y lanceros de la guardia personal del Prelado. Resulta un desfile tan deslumbrante que el gentío se agolpa para entrar detrás de los lanceros, pero la iglesia es pequeña y no hay lugar para tantas personas. Y ocurre que el Coro de la Catedral, que Monseñor había dispuesto que viniese a cantar en la solemnidad, no puede entrar en la iglesia y tiene que seguir la ceremonia y cantar desde la puerta.

Y se inicia la Misa de pontifical. La capilla huele a flores; luego, cuando llega el momento de la bendición de los cinco hábitos, que están colocados sobre cinco bandejas, el olor del incienso se hace tan fuerte que casi resulta sofocante...

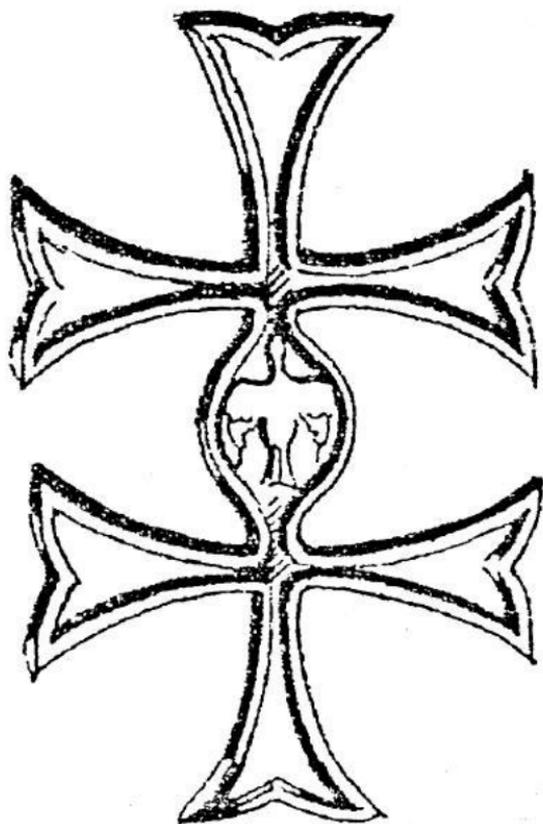
El Cardenal entrega a cada una de las Postulantes su hábito, y la ceremonia sigue en la iglesia mientras ellas se retiran un momento a sus aposentos, para reaparecer, minutos después, ya revestidas con los hábitos. Llevan las cabezas cubiertas por las tocas, pero ninguna de ellas lleva velo todavía. Y es la propia mano del Cardenal la que coloca los velos sobre las cabezas de las cinco; negro el de Juana para significar que la considera la de más autoridad, y blancos los de las otras cuatro.

Ya hay Novicias consagradas en la Compañía de María.

Esta ceremonia de la vestición de los hábitos ha sido como una meta lograda, después de tantos años de proyectos, sueños, ilusiones, trámites, sinsabores, alegrías, esperanzas... Y es también un punto de partida. Ahora hay que empezar a traba-

jar con seriedad y en hondura. Juana tiene ya personalmente mucho camino adelantado... pero tiene también ante ella la delicada tarea de acompañar en su proceso de formación a sus cuatro hermanas más jóvenes.

Sabe que formar a las Religiosas de la Compañía es cooperar con la acción del Espíritu Santo para que unas mujeres concretas alcancen su propia edad adulta en Cristo.



EL PRIMER NOVICIADO

El Noviciado es una etapa de formación en el que las jóvenes deben confirmarse en su decisión de seguir a Jesucristo y de entregarse en totalidad al servicio del Reino. Y es también una etapa de oración, de vida familiar con Dios para pedirle luz y fuerzas para seguir la vocación a la que han sido llamadas.

Las cinco mujeres se entregan de lleno a su tarea de avanzar en el camino del seguimiento. Su modelo es Cristo. El libro para conocerle es el Evangelio. Es tarea de cada una examinarse continuamente para comprobar la distancia que le separa del modelo y ver si esa distancia se va acortando...

Desde el primer día las exigencias de horario, orden, silencio, trabajo y obediencia que deben reinar en la casa son una base imprescindible para toda la obra que se proponen realizar juntas.

La Madre de Lestonnac está convencida de que de la importancia que se dé a la formación depende el futuro de la Compañía. Por eso aprovecha todas las ocasiones para grabar este convencimiento en su pequeña Comunidad:

—Todas tenemos cualidades y defectos. Y cada una de nosotras deberá mantener una constante vigilancia para corregir las propias imperfecciones; en cambio, siempre deberemos estar dispuestas

para ver las virtudes de las demás y para dedicarles una discreta alabanza. Sólo a las Superiores les corresponde corregir a las súbditas, pero todas podemos estimular a una hermana haciendo un comentario positivo de sus cualidades.

—Siempre debemos recordar que por la gloria de Dios y en el servicio del prójimo aquel que hace lo que puede no hace más que lo que debe.

—La obediencia, hijas mías, es una dura disciplina absolutamente necesaria para que el cuerpo espiritual que forma la Orden se mantenga en buena salud, activo y eficaz. La Religiosa que obedece, por desagradable que haya sido la orden que ha tenido que cumplir, puede acostarse y dormir tranquila: ha cumplido con su deber. La Religiosa que manda, por leve y fácil de cumplir que haya sido el mandato que ha impuesto, perderá el sueño con suma facilidad: acaso nunca llegará a estar segura de si la orden que ha dado era justa, oportuna, y si se ha dado a la persona adecuada. ¡Ay de aquella Superiora a la que las responsabilidades de su cargo no le inquieten el sueño con frecuencia!

—Cuando se vive en comunidad siempre existe el peligro, contra el que debemos estar continuamente en guardia, de que sintamos la tentación de pensar que hacemos más por la Comunidad de lo que la Comunidad hace por nosotras. Y es preciso estar alerta para recordarnos a nosotras mismas, cuando esta tentación se presente, que no hemos venido a que nos sirva la Comunidad, sino a hacer un servicio dentro de la Comunidad.

—La vida en comunidad no es un fin, pero es un medio imprescindible para lograr el fin que pretendemos. En la Comunidad compartimos lo

que somos y lo que tenemos: la Fe, la vida, los bienes... Somos una familia reunida por Jesús en la Casa de Nuestra Señora. Nuestra amistad es comunión en Cristo para que cada una pueda realizar mejor su misión en los distintos oficios. Ya veis que somos todas bien diferentes. Dios no necesita ni éstas ni las otras cualidades. Basta que todas coincidamos en dos cosas: que nos sintamos limitadas y pequeñas y que la Virgen, nuestra Madre y Modelo, nos haga sentir la misma ternura con que Dios nos ama. Si somos capaces de sentir ese amor gratuito de Dios, que miró la humillación de su esclava, no podremos guardárnoslo para nosotras solas, sino que rebosaremos en ansias de ir por todo el mundo para anunciar ese amor a los hombres.

—Tenemos unas Reglas que el Papa y los Prelados de la Iglesia han encontrado justas y adecuadas. Apliquemos todo nuestro esfuerzo en seguirlas con toda fidelidad. Somos las piedras fundamentales, las piedras vivas de este edificio de la Compañía de María, Nuestra Señora. Todas las que vengan detrás de nosotras deberán poderse asentar sólidamente sobre nuestro ejemplo. No podemos fallarles. Si las piedras de los cimientos no están firmemente apoyadas en la piedra angular que es Cristo, todo el edificio se vendrá abajo.

Juana es tajante en cuanto al conocimiento y cumplimiento de las Reglas: todas deberán reconocerlas como necesarias y cumplirlas con puntualidad.

En sus exhortaciones y conferencias, espirituales, Juana va explicando, una por una, las Reglas que constituyen su camino válido para el seguimiento de Jesús y el compromiso para el servicio del Reino.

Todas saben que la Madre es exigente en el cumplimiento de las Reglas y para ello es condición indispensable conocerlas a fondo, asimilar su contenido y amarlas hasta hacerlas realidad en la propia vida.

Se disimularán los defectos, se perdonarán los errores, pero en la Compañía de María se corregirán con firmeza las faltas conscientes contra las Reglas. El respeto a las Reglas es imprescindible para que en la casa reinen el orden y la armonía necesarios para que toda la Comunidad trabaje con eficacia.

Otros de sus temas favoritos son la Oración y la Caridad. En estas enseñanzas como en todas las otras, Juana predica más con el ejemplo que con la palabra. Casi bastaría verla orar en la capilla para aprender, aun sin haber recibido sus consejos tan prácticos y tan certeros, a unir la acción con la contemplación.

En cuanto a la Caridad, no se cansa de desentrañar los tesoros encerrados en la epístola de San Pablo a los Corintios: «Si no tengo Caridad, nada me aprovecha». Y Juana se complace en repetir las cualidades de la reina de las virtudes que el apóstol va enumerando... y repite saboreando las palabras:

—La Caridad todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera..., todo lo tolera... —vuelve a repetir.

Porque sabe que el trabajo de educación y de enseñanza que se propone el Instituto supondrá más dificultades de las que a primera vista pudieran aparecer y requerirá mucha paciencia y mucho amor.

Es también tarea de cada una de las cinco Novicias de la casa del Espíritu Santo prepararse para su futura labor de maestras, así que una buena parte de la distribución del tiempo está dedicada al

estudio: se aprende el Catecismo de memoria, se hacen prácticas de lectura y escritura, de francés y latín... El Breve papal limita el aprendizaje de las niñas a meras enseñanzas elementales de lectura y escritura, pero no dice nada de lo que deben o pueden aprender las maestras. Juana está dispuesta a enseñarles todo lo que ella sabe y aun todo lo que en lo sucesivo puede aprender todavía, desde la más sencilla labor de aguja, hasta la lectura e interpretación de documentos legales como contratos, instancias, sentencias o memoriales.

Nadie puede enseñar lo que no sabe, pero en cambio, es muy difícil que un maestro que sabe no deje traslucir ante sus alumnos todos sus conocimientos e incluso que no llegue a transmitírselos deliberadamente, si es que les considera capaces de comprenderlos y asimilarlos.

Y ésa es la idea de Juana: no cree que hay razón alguna para sentirse recelosa ante el saber. Piensa que hay que hacer de las alumnas personas completas: sabias, hábiles, sensatas. Consiguiendo la sabiduría, el conocimiento del mundo, el alumno se acercará al conocimiento de Dios, del Creador. Conociendo las perfecciones de las criaturas, se alcanza mejor el conocimiento del Creador.

Y como método de enseñanza preconiza el que ella misma aprendió de su tío Miguel: dejar hablar al alumno para conocerle mejor, para poder apreciar la medida de su progreso. Convivir con él para crear una atmósfera de mutua confianza, sin que la maestra ceda en nada de su autoridad de enseñante y guía, sabiendo combinar equilibradamente la dulzura con la rectitud, la suavidad con la eficacia y la Caridad con la Justicia. Y esto es lo que pone en práctica con sus cuatro Novicias. Juana es la primera maestra de la larga serie de maestras que se formarán en la Compañía de María a lo largo de la historia.

El proceso de formación de una Novicia exige, en la Novicia y en su maestra, unas grandes dosis de constancia...

Esa constancia diaria, ordenada y constructiva, del buen artesano de la vida.

La constancia del hortelano que cada jornada y según las necesidades de cada estación cava, siembra, escarda, riega, recolecta... y abastece de flores y frutos el mercado de cada día.

La constancia del maestro que en cada sesión repite sus lecciones, corrige, encamina, sugiere, anima... y trata de ayudar a cada alumno a que descubra sus propias posibilidades y las cultive, las enriquezca, las madure...

La delicada y paciente constancia del guía espiritual que acompaña al discípulo que quiere avanzar por el camino de la piedad para llegar un día a alcanzar la virtud.

La constancia esforzada y magnífica del siervo de Dios que cada hora se abre más y más a las exigencias de la gracia para que la gloria de Dios le inunde y le rebose y puedan beneficiarse de ella todos aquellos que lo deseen.

Esa constancia que no es jamás rutina porque supone un continuo avance en espiral ascendente en la que cada vuelta es una progresión hacia más y hacia mejor.

La solemne ceremonia celebrada el 1.º de mayo en la iglesia del Espíritu Santo ha tenido una gran resonancia en Burdeos y en toda su comarca. El decidido apoyo del Cardenal y la presencia del Gobernador en el acto han autorizado, en el terreno religioso y civil, el proyecto de Juana y esto ha dado como resultado tres buenas consecuencias: nadie se ha atrevido a volver a criticar, al menos en público y en voz alta, la conducta de Madame de Lestonnac; muchas familias han empezado a considerar seriamente la posibilidad de enviar a sus hijas a la escuela de la Compañía de María tan pronto como se abra; la tercera consecuencia ha sido más inmediatamente gozosa para la pequeña Comunidad.

Alguien ha hecho sonar la campanilla del torno esta tarde, y cuando la Hermana Serena ha preguntado qué deseaba la persona que llamaba, ha reconocido inmediatamente la voz que le ha respondido:

—Desearíamos hablar con Madame... con la Madre de Lestonnac.

—¡Blanca Hervé!

—Sí, soy Blanca, y están aquí conmigo Ana Richelet, María Roux, Francisca Boulaire y Enriqueta Casaubon.

Serena siente tanta alegría al pensar en la buena noticia que lleva a la Madre, que casi se olvida por completo de la compostura monacal que ordena que una Novicia no corra por los pasillos.

—¡Madre, Madre, han venido, han vuelto, están ahí esperando...!

—Vamos, Hermana Serena, sosegaos y hablad con claridad —la reprende suavemente Juana—. ¿Quién ha venido?

—Blanca, Blanca Hervé y las otras...

Juana respira hondo, guarda unos segundos de silencio y luego dice reposadamente:

—Venid, vamos al locutorio. Hablaremos con ellas y veremos qué quieren.

Y las cuatro Novicias se agrupan alrededor de la Madre para escuchar su diálogo con las cinco recién llegadas:

—Venimos a rogaros que nos perdonéis...

—Sabemos que fuimos cobardes, pero nuestras familias...

—¿Querriáis recibirnos...?

—¡Deseamos tanto empezar a trabajar a vuestro lado...!

—Queremos vestir el santo hábito en seguida —manifiesta Blanca con su rotundidad habitual.

Juana las mira con amor. Son las hijas que vuelven al seno de la familia...

—Bienvenidas a esta casa y a la Compañía de María, hijas mías...

—¿Cuándo podremos venirnos a vivir aquí? —pregunta María Roux.

—Mañana mismo, si es vuestro deseo.

—¿Y cuándo vestiremos el hábito? —quiere saber Blanca Hervé.

—Ese es un paso más decisivo. Habrá que contar con la anuencia de Monseñor de Sourdis. Deberéis pasar un tiempo de probación...

—¿Cuánto tiempo?

—No sé exactamente, unos seis meses quizá.

—¡Seis meses! —protesta Blanca, y luego extiende el brazo hacia las cuatro Novicias que agrupan sus velos blancos alrededor de la figura de la Madre—: Esas no esperaron tanto tiempo.

Una nota de severidad vibra en la respuesta de Juana:

—Éstas estaban aquí el día primero de mayo, Blanca.

En los días sucesivos las cinco primeras Postulantes llegan al Priorato y se incorporan a la vida de oración, trabajo y estudio de la Comunidad.

Juana, que las ve esforzarse con sincera humildad por aprender las Reglas y someterse a ellas, piensa en su fuero interno que rogará al Cardenal que celebre una nueva ceremonia de toma de hábito hacia finales del otoño, quizá el día 8 de diciembre..., sí, la fiesta de la Inmaculada puede ser un hermoso día para que cinco mujeres ofrezcan su vida para trabajar en las filas de la Compañía de Nuestra Señora. Y será también una fecha muy adecuada para renovar la consagración de toda la Orden al servicio y la devoción de tan Excelsa Señora.

Marcelle viene al Priorato del Espíritu Santo con toda la frecuencia que sus obligaciones en la mansión Monferrant se lo permiten. Y resulta aquí de la mayor utilidad: atiende la portería, barre y limpia la parte exterior a la clausura, se encarga de hacer compras, de llevar mensajes... y se entrevista con Juana siempre que le es posible. En estas entrevistas repite con humilde insistencia:

—Madame, ¿no podría yo quedarme a vivir con vos aquí, en el Priorato?

—Marcelle, esto es un Monasterio y en un Monasterio no pueden habitar más que las Religiosas que pertenecen a él. Tú no eres Religiosa.

—¡Yo sí soy religiosa, Madame lo sabe! Voy a Misa, rezo el Rosario, ayuno cuando lo manda la Santa Madre Iglesia...

Juana sonrío:

—Lo sé, Marcelle, todo eso lo sé. Yo hablo de ser Religiosa con votos. Entregada al servicio de Dios con un compromiso formal. El servicio de Dios resulta, a veces, muy duro, ¿sabes?

—Madame, servir siempre es duro porque es hacer la voluntad del señor y no la propia. Yo siempre tendré que servir porque he nacido pobre y...

—Todos somos pobres ante el Señor, Marcelle, porque todo es suyo, incluso nuestra vida —interrumpe suavemente Juana—, y todos hemos venido al mundo a servir, y ¡ay de aquel que no cumpliera con el servicio que su Señor tiene derecho a esperar de él!

—Pues eso; yo sé que tendré que servir toda mi vida y, señor por señor, prefiero al Señor que me puede conceder, si me admitís en el Espíritu Santo, teneros por madre más que por señora... y aprender a vuestro lado a servirle con la dedicación que vos lo hacéis.

—Así que quieres ser Religiosa en el Espíritu Santo...

—Yo quiero ser Religiosa en el mismo sitio en que esté Madame —puntualiza Marcelle—. Y servir a Dios como lo hace Madame. Yo no podré nunca ser maestra de nada, pero podré ser cocinera o lavandera y puedo limpiar habitaciones y remendar la ropa y planchar los manteles del altar...

—Yo sé muy bien todas las cosas que tú puedes hacer, Marcelle, y sé que todo eso lo harías muy bien y sé el buen servicio que alguien como tú puede hacer en esta casa, pero piensa que vivir aquí encerrada puede resultarte difícil, Marcelle, quizá muy difícil...

—¿Mas difícil que quedarme sin Madame cuando Madame se fue a las Feuillantinas? ¿Más difícil que recluirme en La Mothe cuando Madame quiso que nos encerrásemos allí solas, en medio del campo? ¿Más difícil que cuidar apestados durante casi un año?

—No, Marcelle, tienes razón; no será más difícil. Has sido mi fiel compañera en momentos muy importantes de mi vida. Si de veras lo deseas, entrarás a formar parte de la Compañía de María, yo te lo prometo.

Juana da gracias a la Providencia que ha inspirado a Marcelle una oferta tan generosa y tan humilde. Inmediatamente imagina el magnífico servicio de colaboración que Marcelle, y quizás otras posibles futuras Marcelles que podrían llegar más tarde, prestarían a la tarea que la Compañía de María se ha propuesto.

Y, después de algún tiempo, habla con Marcelle y le expone su idea:

—Serás nuestra Compañera, harás los mismos votos que nosotras y tendrás los mismos méritos y privilegios; y llevarás un hábito igual al nuestro y serás en todo igual que nosotras.

La muchacha levanta los ojos para recorrer de arriba abajo la aventajada figura de Juana. Sus ojos van desde lo alto de la toca hasta la punta de los zapatos que apenas asoman bajo los amplios vuelos de la falda. Luego, hace un comentario:

—Aunque vistamos el mismo hábito, yo nunca seré como Madame... —el gesto sonriente de Marcelle es expresivo: está comparando la alta esta-

tura de Juana con su propia menuda figurilla— ... yo, yo seguiré siendo siempre la pequeña Marcelle...

Juana entiende muy bien todo el sentido que la muchacha está queriendo exponer con su frase, que no se refiere solamente al tamaño físico de ambas.

— Eso me llevarás de ventaja, hija mía — declara—, porque tú ya sabes que los ojos de Dios se posan con especial predilección sobre los más pequeños, ¿verdad?

Y hay un entrañable intercambio de afectuosas miradas entre estas dos mujeres que tan bien se conocen y que tanto se estiman.



Todo ha sido preparado para que, en cuanto han terminado los trabajos de la vendimia, comiencen las clases.

Juana, que conoce bien por propia experiencia toda la importancia que tiene la recolección de la uva en esta comarca bordelesa, ha tenido en cuenta estos trabajos, en los que todos los miembros de cada familia son necesarios, para fijar la fecha de apertura de las clases.

Maestras y alumnas están nerviosas en este primer lunes de noviembre de 1608. Juana e Isabel de Maisonneuve vigilan atentamente para que el momento de entrada de las niñas se realice con todo el orden y la exactitud que ha marcado el Breve. Saben que del rigor con que se observen estrictamente estas instrucciones depende el que Roma no retire el permiso de que entren y salgan a diario las alumnas y de que se mantenga esta novísima experiencia de que en un Monasterio de Religiosas haya alumnas externas.

La jornada ha transcurrido con toda normalidad, y cuando ya las niñas están fuera de la escuela, las recién estrenadas maestras se reúnen para hacer una evaluación de este primer día de clases. La impresión en general es positiva y todas se sienten animosas, aunque desde el primer momento se

empiezan a ver las dificultades con las que van a tener que luchar.

—Espero que las niñas no se hayan dado cuenta de cómo me temblaban las manos cuando les he repartido los libros de lectura —dice Serena.

—Ellas estaban igualmente nerviosas; también a ellas les temblaban las manos al recibirlos —la tranquiliza Margarita de Poyferré.

—Creo que tendremos que hacer grupos pequeños. Hay mucha desigualdad entre las niñas, no solamente en edad, sino en conocimientos y en educación —es la opinión de Magdalena de Landrevie.

—Me parece que a algunas hasta habrá que empezar por enseñarles a lavarse bien las manos y a utilizar un pañuelo —dice Isabel de Maisonneuve.

—Quizás hasta tengamos que comenzar por proporcionarles agua, jabón y pañuelos —es la observación de Juana.

—Hay algunas niñas tan tímidas que no hemos podido conseguir que nos recitasen una sola oración, ni tan siquiera el Padrenuestro —cuenta Serena.

—Quizá no era sólo timidez, quizás era ignorancia —apunta Juana.

—Pero, Madre, ¿creéis posible que una niña que vive en un ambiente católico...? —se asombra Serena.

—Hermana, no todas las niñas de Burdeos se han criado en una familia como la vuestra —le recuerda Juana.

—¡Está todo por hacer! Habrá que empezar por lo más elemental...

—Bueno, no en todos los casos. Gabrielle Fabre, Agnés de Bouillon y Carlota Moreau conocen bastante bien las letras.

—Haremos pequeños grupos, como ha indicado la Hermana Isabel —dice Juana—. Trataremos de que las más adelantadas ayuden a las que están más atrasadas. De esta forma, las niñas que van en cabeza resultarán un buen auxiliar para la maestra y, de paso, aprenderán, practicándolo, que el que sabe más debe emplearse en servicio del que sabe menos.

Es la frase de Juana que remata esta primera reunión de maestras a la que siguen muchas otras a lo largo de las semanas y los meses de este primer curso, porque son muchísimos los problemas a resolver, los temas a tratar y las decisiones a tomar.

El número de alumnas aumenta rápidamente; es rara la semana en que unos padres no llaman a la puerta con una niña de la mano para pedir que se la admita en la escuela de la casa de Nuestra Señora.

Y también es raro el mes en que una mujer joven, o alguna ya no tan joven, viene a pedir que se la admita como Postulante para llegar a ser con el tiempo Religiosa de la Compañía de María. Pero así como a las niñas se las admite en calidad de alumnas sin más requisitos que el consentimiento de sus padres o tutores, a las aspirantes a Religiosas se les hace un examen más riguroso. Todas las niñas sanas y normales tienen un puesto en la escuela, pero no todas las mujeres, por sanas y normales que sean, reúnen las condiciones requeridas para poder llegar a ser una buena Religiosa... y una buena maestra.

Hoy ha recibido Juana una visita entrañable. Jeannette, todavía vistiendo su traje de novia, ha venido con su marido, Francisco de Chartres, Barón de Arpailhan, a presentar sus respetos y cariño a su madre.

En el locutorio se desarrolla una escena llena de alegre emoción. Después del ceremonioso saludo del novio a la Madre de Lestonnac, que desde este momento es su suegra, Jeannette, en un movimiento impulsivo lleno de ternura, toma las manos de su madre y las estrecha fuertemente:

—¡Madre, cuánto te hemos echado de menos durante la ceremonia de nuestra boda!

—Mi espíritu y mi corazón estaban con vosotros. He rogado al Señor que os llene de su gracia para que le sirváis en vuestro nuevo estado y que os conceda paz, prosperidad y una sana y santa descendencia...

—Madre, madre... —se enternece la voz de Jeannette, pero consigue rehacerse—. ¿Te acuerdas, madre, de aquella vez, ¡hace ya tantos años!, en que hablamos de mi boda? Era invierno, la chimenea estaba encendida... Fue aquella noche en que Marta y Magdalena nos hablaron de su proyecto de ser Religiosas en las Anunciáticas, ¿te acuerdas, madre?

—Sí, hija, me acuerdo...

—Pues, por fin, todo ha resultado como Magdalena pronosticó entonces: mis hermanas no han asistido a mi boda... de ti no se dijo nada, pero ¡tampoco tú has estado conmigo hoy en la Catedral!

—Tu hermano Francisco te ha acompañado hasta el altar; él es ahora el jefe de la familia y nos ha representado a todos... —Juana quiere dar un giro a la conversación para apartar de este momento gozoso la sombra de sus tirantes relaciones con su hijo Francisco y con su nuera Margarita de Cazalis—. Dime, Jeannette, ¿qué tal se ha portado el pequeño Bernardo?

—Ha sido un paje encantador... que no ha hecho más que enredar durante toda la ceremonia, Tendrías que haberle visto, madre; vestido con su traje de terciopelo azul claro y su cuello de encajes parecía un angelote rubio... que ha hecho diablura tras diablura. Me ha pisado la cola tres veces, ha intentado dos más quitarle la campanilla al Acólito que tenía más cerca; en el momento del intercambio de anillos ha querido verlo todo desde tan cerca, que se ha colado por entre los pliegues de la casulla de Monseñor; se ha apoyado en el cirio que estaba junto a mi reclinatorio, lo ha torcido un poco y un enorme goterón de cera le ha caído en el pelo. No le ha pasado nada, pero se ha puesto a chillar como una rata asustada y un sacristán ha tenido que llevarle en brazos hasta el lugar en que estaba su madre para que se calmase un poco... ¡Lloraba como un niño pequeño!

—¡Es un niño pequeño!

—Es un caballerito de seis años, madre. Cuando yo tenía su edad me hubiera ganado una buena azotaina si me porto en la iglesia como él lo ha hecho hoy, ¿a que sí?

Ríen juntas la madre y la hija la pequeña aventura del chiquillo Monferrant.

—Ahora voy a visitar a Marta y Magdalena. Les he mandado por delante unos dulces de la boda. Espero que haya suficientes para todas; si no,

Magdalena se enfadará conmigo —bromea la joven desposada—. ¿Quieres que les diga a mis hermanas algo especial de tu parte, madre?

—Diles... diles que las llevo siempre en mi corazón, que las encomiendo al Señor a diario y que espero que ellas hagan lo mismo por mí. ¿Las has visto últimamente?

—La verdad es que he estado muy ocupada con los preparativos de la boda. No las he visitado desde hace unos dos meses, pero estaban bien, madre, ya te lo dije; Marta ha engordado un poco y Magdalena sigue igual, ocurrente y divertida como siempre... Por cierto, ¿sabes lo que me dijo y que se me olvidó contarte?

—Cualquiera sabe, alguna de sus cosas...

—Me dijo que si ella llega a sospechar que tú ibas a fundar una Orden de enseñanza hubiera esperado para ayudarte en la fundación. Parece que ella y Marta siguen encargadas de enseñar a leer y escribir a las Novicias iletradas que entran en las Anunciatinas, que según Magdalena son bastantes; y me comentó mi hermana que lo peor no es que sus alumnas no sepan latín y apenas lean francés; lo peor es que no están demasiado interesadas en aprender lo que ellas tienen como misión enseñarles...

Una discretísima tosecilla del barón de Arpailhan recuerda a Jeannette que la visita se está prolongando un poco más allá de la paciencia del novio...

Se retiran los recién casados, llevándose las bendiciones de la Madre de Lestonnac, que se queda pensando: «¡Qué dos buenas maestras hubiera tenido la Compañía de María en Marta y Magdalena...!»

LA FIESTA, DE LA NIÑA MARÍA

Acaba de empezar el segundo curso en la escuela de la casa de Nuestra Señora. Esta mañana, la Madre de Lestonnac, acompañada de las otras maestras, recibe a las niñas ante la puerta cerrada de la clase. Las alumnas están acostumbradas a ver a Juana con frecuencia, ya que se turna con las otras Religiosas para venir a enseñarles la doctrina, presenciar las clases de lectura y escritura, inspeccionar sus labores de costura y bordado o narrarles pasajes de la Historia Sagrada; pero su presencia aquí hoy, a esta hora tan temprana de la mañana y ante la puerta cerrada, tiene algo de extraordinario y las niñas creen observar que las maestras que acompañan a la Madre muestran un gestecillo alegre y misterioso que resulta de lo más intrigante.

Se arremolinan las niñas ante la puerta intercambiándose preguntas a media voz y miradas interrogantes.

—Silencio y orden, niñas; silencio y orden... —reclama la Madre Isabel de Maisonneuve en su tono discreto y persuasivo—. La Madre de Lestonnac tiene algo importante que deciros...

Y, por fin, se consigue un cierto orden y un no tan cierto silencio.

—Traigo para vosotras una buena noticia —empieza Juana—, una buena noticia que sé que a todas os va a causar alegría. Desde hoy vamos a tener en la escuela una Niña más, una Niña excepcional. Alguien a quien todas conocéis ya, alguien que os quiere mucho y a quien vosotras vais a querer mucho también. Venid, entremos a saludarla.

Abre Juana la puerta de la clase y la siguen las niñas, curiosas e ilusionadas. ¿Quién puede ser esta niña nueva? ¿Alguien de la familia de la Madre de Lestonnac? ¿Alguna parienta de una Religiosa? ¿La hija o la sobrina de algún señor importante del Parlamento? ¿Una nieta del Gobernador, quizás? ¿Una princesa, acaso? La imaginación de las niñas se ha disparado y a duras penas consiguen las maestras que las discípulas marchen de una manera relativamente silenciosa y ordenada en pos de la Madre de Lestonnac.

Juana se ha detenido junto a un sencillo altar que se ha instalado en el fondo de la clase, al lado de la mesa de la maestra. Ante la sorprendida admiración de las niñas aparece una encantadora imagen de la Virgen Niña.

—¡Ahhh...!

—¡Ohhh...!

—¡Qué hermosa es!

—¡Claro que la conocemos!

Estos comentarios y otros muchos forman un murmullo entusiasmado que se alza del grupo de niñas. Juana pide silencio para explicar:

—También Ella, la Niña María, salió de casa de sus padres, como lo hacéis vosotras cada día, para asistir a la escuela que en el Templo preparaba a las doncellas de Israel para que fueran dignas y educadas mujeres de su pueblo, dispuestas para la llegada del Mesías... Ella puede ser vuestro modelo, vuestra compañera, vuestra amiga...

Los rostros de las niñas que escuchan a Juana muestran un asentimiento unánime y entusiasta y la Madre prosigue:

—La Virgen María se consagró al Señor el día de su presentación en el Templo. ¿Qué os parece que vosotras la imitéis y el día 21 de este mes de noviembre hagáis vuestra consagración personal al Señor y le prometáis amarle y servirle todos los días de vuestra vida como hizo Ella? Podríamos organizar una procesión desde la escuela hasta la iglesia y llevaríamos su imagen sobre unas andas hasta el pie del altar...

Esta vez, el gozo entusiasmado de las niñas se desborda en afirmaciones, risas, gritos de alegría y hasta aplausos...

Y durante nueve días, las niñas se preparan para la gran fiesta. A los pies de la imagen hay siempre flores y algún cirio encendido y a su alrededor se reúnen continuamente alumnas y Religiosas para hablar de Ella, de cómo sería en realidad la Virgen Niña en aquellos años de su edad temprana, de cómo se comportaría, qué estudiaría, cómo sería su relación con Dios, con sus padres, con sus maestros, con sus compañeras... y todas se prometen imitarla con la mayor fidelidad posible...

Juana observa con gozo que su idea de proponer esta fiesta a las niñas ha sido aceptada con verdadero entusiasmo por maestras y alumnas y dispone lo necesario para que la ceremonia resulte verdaderamente solemne. Ella, tan amante de las cosas bien hechas, cuida hasta el menor detalle. Y se ocupa personalmente de ensayar con las niñas los cánticos que se entonarán a lo largo de la función religiosa. Son himnos melodiosos y alegres, que su gran conocimiento musical le ha permitido seleccionar, y que se adaptan perfectamente para expresar la alegría infantil y el espíritu religioso de la festividad.

Todas las niñas viven con emocionada expectativa estos días que anteceden a la gran fiesta y, cuando vuelven á sus casas, después de las clases, no saben hablar de otra cosa.

El día de la Presentación, los alrededores de la escuela se llenan de personas que quieren presenciar la ceremonia. Por fin, se abre la puerta y en filas ordenadas salen las niñas acompañando a la imagen de la Niña María que, a hombros de las alumnas mayores, es llevada hasta el pie del altar, donde la recibe el Sacerdote para colocarla en el lugar destacado que se ha preparado y adornado de antemano.

Cuando los actos religiosos terminan, las niñas pasan el resto de la jornada en una regocijada fiesta escolar en la que hay juegos, se cuentan cuentos, se proponen adivinanzas, se recitan viejos poemas y se cantan alegres canciones de corro...

Juana sabe muy bien cómo conseguir que unas niñas disfruten en sus horas de asueto. Ella misma fue, en su momento, una niña muy atendida y muy cuidada por toda su familia y, a su vez, ha sabido hacer muy alegres, entretenidas e interesantes las horas de recreo de sus propios hijos. Ahora, todas estas experiencias revierten en beneficio de las niñas de la escuela de la Compañía de María, que guardarán, de estas horas de celebración de la fiesta de la Niña María, un recuerdo imborrable.

Esta primera fiesta de la Niña María ha dejado una honda huella en el ánimo de Religiosas y alumnas; y a partir de este día, 21 de noviembre de 1610, la imagen de la Virgen Niña preside la vida escolar de las alumnas de la casa de Nuestra Señora.

PROBLEMAS ESCOLARES

Juana dedica a las niñas atención, cariño y todo el tiempo libre de que puede disponer. Está siempre abierta a tratar con las alumnas, a escucharlas, a ayudarlas, a animarlas, a estimularlas en sus trabajos para que estudien con ilusión y constancia y procura encauzar las capacidades de cada una para que avance por el camino que la convertirá, poco a poco, en persona más madura y más responsable.

—Madre de Lestonnac, yo no puedo aprender esto.

—Vamos, Jacqueline, no digas eso. Claro que puedes aprenderlo, ¿no ves cómo tus compañeras lo han aprendido?

—Yo no puedo, ellas son más listas —dice completamente descorazonada la niña.

—Tú no eres menos lista que ellas, es posible que seas más lenta para aprender, pero nada más. Ya verás como sólo es cuestión de que insistas...

El suspiro desalentado de Jacqueline hace que Juana se sienta animada a ponerle una mano en el hombro y a proponerle:

—¿Quieres que tú y yo lo intentemos juntas? Espérame a la terminación de las clases. Ya verás

cómo entre las dos, trabajando un ratito, lo conseguimos, ¿quieres?

—¡Claro que quiero, Madre, gracias...!

El gesto de Jacqueline ha pasado del más profundo abatimiento a una esperanzada animación. Con la ayuda especial de la Madre de Lestonnac tantas cosas pueden ser posibles...

—Madre, tenemos un problema serio en la clase de las mayores —viene a decir Madre Isabel con gesto preocupado.

—¿Qué ocurre?

—Charlotte se niega a sentarse junto a Marie.

—¿Por qué?

—No ha querido decírmelo, Madre. Sólo me ha asegurado que prefiere pasarse toda la clase de pie antes que sentarse junto a Marie. Y Marie está hecha un mar de lágrimas...

—Iré a que Charlotte me explique a mí...

—Juana lo piensa mejor—. No, quizá será más prudente que sea Charlotte la que venga a verme... Tened la bondad de enviármela, Madre Isabel.

La entrevista de Juana con la niña no es fácil. Charlotte tiene diez años, es una niña espigada de ojos vivos, va cuidadosamente vestida, aunque sin lujo.

—Cuéntame, Charlotte, ¿qué ha ocurrido?

—es la afable pregunta de Juana. Y ante el silencio cohibido de la niña, la anima a contestar con una nueva pregunta más concreta—: ¿Por qué no quieres sentarte junto a Marie?

Charlotte se muestra incómoda, violenta; bascula el peso del cuerpo de una pierna a otra y las manos, que mantiene enlazadas en la espalda, en la postura respetuosa y cortés que supone el protocolo escolar, se mueven inquietas estrujándose

mutuamente y sigue manteniéndose en silencio, la vista baja y el ceño fruncido. Juana insiste:

—Vamos, Charlotte, ¿no vas a querer explicarme por qué no quieres sentarte junto a Marie? Yo sé que existe una razón. Te conozco bien y estoy segura de que no harías nada así de no tener un buen motivo. ¿Me lo quieres contar?

Y el tono cordial de Juana vence la resistencia de la niña.

—Es que Marie... Marie, Madre de Lestonnac, es una niña sucia... lleva las manos... y la ropa...

Juana mira pensativa a Charlotte que ha levantado los ojos hasta ella, unos ojos que se llenan de lágrimas, ahora que la tensión del silencio se ha roto.

La Madre entiende el problema que tiene ante ella y sabe que va a tener que utilizar tacto, habilidad y toda su afectuosa caridad para buscarle una salida que las dos niñas acepten.

—Verás, Charlotte, yo creo que Marie no es una niña sucia...

Y ante un mohín de Charlotte que parece protestar ante la negación de una realidad que a ella le resulta evidente:

—No, creo que Marie no es sucia, va descuidada en el vestir, es cierto, pero no es lo mismo. Tienes que tener en cuenta que su familia es muy modesta, casi pobre.

—Ser limpio no cuesta dinero —replica prontamente Charlotte y, como ve que Juana hace un gesto desaprobador, añade—: Bueno, eso dice mi madre. Se lo he oído muchas veces. El agua de la fuente no cuesta nada.

—Tú eres una niña inteligente, Charlotte; no deberías repetir frases hechas sin reflexionar antes un poco sobre ellas. Ser limpio cuesta esfuerzo y

tiempo y jabón y ropa limpia que poder ponerse... Y ¿te lavarías tú en el agua helada de la fuente en estas mañanas de invierno? ¿Has pensado que quizá Marie no tiene, como tú, una jarra de agua caliente en su lavabo cada mañana?

Charlotte escucha con atención las reflexiones que le hace Juana y asiente levemente con la cabeza a medida que se va haciendo cargo de la situación que la Madre le explica.

—¿Comprendes, hija mía?

—Sí, Madre, sí, pero ¿qué puedo hacer? ¡No puedo estudiar ni escribir mientras ella esté sentada a mi lado! ¡Sólo puedo pensar en lo que me molesta tenerla cerca!

Y Juana comprende este rechazo instintivo de la niña.

—¿Qué puedo hacer, Madre, qué puedo hacer...? Ya sé que no es culpa de Marie, pero ¿qué puedo hacer...? —repite angustiada Charlotte.

También Juana se está preguntando: «¿Qué hacer en una situación como ésta?». Y al cabo de unos segundos ha tomado ya una decisión:

—Yo te diré lo que vamos a hacer. Verás, Charlotte, ahora te vas a la sala de clase y te sientas en tu sitio, junto a Marie... sí, sí, en tu sitio junto a Marie y le dices a ella, de mi parte, que venga a verme, que quiero hablar con ella. Tú también quieres contribuir de buena voluntad a solucionar este asunto, ¿verdad que sí?

Y Charlotte tiene tanto respeto, tanta veneración y tanto afecto a la Madre de Lestonnac, se siente tan seducida por la afable confianza con que de antemano ha contado la Madre con su colaboración, que no la tienta ni el menor impulso de negarse a seguir sus indicaciones.

La entrevista de Juana con Marie es delicada. Marie es una niña de aspecto frágil y casi enfermi-

zo. Presenta el esqueleto fino, la carne escasa y la mirada intensa y un poco ansiosa de los que casi nunca han visto su hambre satisfecha del todo. Cuando recibe permiso de Juana para entrar en la habitación traspasa el umbral con paso quedo y permanece tímida y encogida junto a la puerta.

—Ven, Marie, acércate. Tienes ojos de haber llorado; dime, ¿qué te ha ocurrido?

La niña reanuda su llanto silencioso y Juana contempla a esta chiquilla inteligente y despierta por la que siente un especial cariño. La conoce desde hace tiempo y conoce también a su familia. La madre trabaja en el mercado ayudando en el puesto en que se venden aves y huevos: mata gallinas, pavos y patos, despluma, limpia, lava... El padre y el hermano mayor, que tiene solamente doce años, recorren la ciudad desde el alba vendiendo leña. Juana convenció a los padres de que le dejaran traerse a Marie a la escuela durante unas horas cada día. La chiquilla es aplicada y tiene unas ganas enormes de aprender y hasta ahora se la veía gozar enormemente entre las otras niñas.

—No llores más, sécate esos ojos y siéntate aquí, a mi lado, que vamos a hablar tú y yo...

Juana tiene que empezar por tender a la niña un pañuelo que saca del bolsillo de su hábito. Espera pacientemente a que la niña se enjugue a conciencia ojos y nariz, y vuelve luego a reiniciar su frase:

—...vamos a hablar tú y yo; y lo primero que vas a decirme es por qué llorabas.

—Yo... yo es... es que no quiero volver a... a la escuela. No quiero volver nunca más...

—¿Y por eso llorabas?

—Sí, por eso.

—¿Y me quieres explicar por qué no quieres volver? ¿No te gusta la escuela? ¿No te gustan tus maestras?

—¡Sí, sí me gustan! ¡Las Madres sí me gustan!

—Tú les gustas mucho a ellas. Madre Isabel y Madre Margarita me han dicho que trabajas muy bien, que estás muy adelantada en lectura y escritura y que eres de las primeras en Catecismo y en Historia Sagrada.

—¿Eso han dicho?

—Eso mismo. Y tampoco hacía falta que ellas me lo dijeran, yo también lo he comprobado cuando he ido a tu clase... Bueno, y si la escuela te gusta y las Madres también, ¿por qué quieres dejar las clases? ¿No será que no te gustan tus compañeras, verdad?

Juana sabe que acaba de poner el dedo en la llaga que duele, así que suaviza con la más cordial de sus sonrisas la crudeza de su pregunta. Y, ante el silencio de Marie, repite:

—¿Realmente no te gustan tus compañeras, Marie?

Y Marie acaba por murmurar entre dientes:

—Sí, sí me gustan, pero yo... yo... ¡yo no le gusto a ninguna! Ella... ella... ¡Charlotte no quiere sentarse a mi lado...! —acaba por declarar entre sollozos.

Juana se ha levantado para poner su silla todavía más cerca de la que ocupa Marie y le pasa un brazo por los hombros. Emplea para calmar su congoja las mismas frases entrañables y cariñosas que se dedican a un niño que acaba de darse un golpe fuerte. Sabe que en este caso no vale decir que no pasa nada y que es mejor no pensar en ello. Sí ocurre algo, y ocurre algo serio que a las dos niñas les duele y que las enfrenta a un problema que les

parece insoluble, y sabe que a ella le corresponde encauzar las conductas de todas las implicadas hasta hallar una solución aceptable.

—Tú sabes, o por lo menos adivinas, las razones por las que Charlotte no quería sentarse a tu lado, ¿verdad, Marie?

La niña afirma con la cabeza.

—Bien, yo ya he hablado con Charlotte y cuando ella ha vuelto a la clase después de hablar conmigo, se ha sentado a tu lado, ¿no es eso cierto?

—Sí, sí, y me ha dicho que Vuestra Reverencia quería hablar conmigo —el gesto de Marie empieza a aclararse.

Juana intuye que va por buen camino y prosigue:

—Todas sabemos que tu madre tiene que trabajar todo el día en el mercado y no tiene tiempo de ocuparse de tu ropa ni tampoco mucho de ti. Charlotte no se había dado muy bien cuenta de esto, pero lo ha comprendido en cuanto lo hemos hablado ella y yo. A partir de hoy Madre Isabel y yo misma nos ocuparemos de que tengas ropa limpia que ponerte y siempre, antes de las clases de la mañana, encontrarás una jarra de agua caliente, jabón y peine en el lavabo que hay junto al locutorio, en la portería.

Al terminar las clases, Juana habla largamente con el grupo de maestras:

—Espero que este arreglo haya resuelto el problema Charlotte-Marie, pero en adelante tendremos que estar muy atentas para que este tipo de circunstancias no se repita en nuestras clases. Deberemos extremar nuestra sensibilidad hacia las necesidades de las más pobres.

Juana preside la presentación de los trabajos escolares que se hace inmediatamente antes de las vacaciones de Navidad. En la clase de las mayores, Henriette resulta la alumna más brillante; ha sido la más puntual, la más asidua, la que escribe con letra más clara, la que recita el Catecismo con más seguridad y la que resuelve con más rapidez los problemas de cálculo.



Y cuando termina el acto y las alumnas salen despidiéndose hasta la vuelta de las vacaciones, Juana detiene a Henriette:

—Espera hasta que todas hayan salido, por favor, quiero hablar contigo.

Y la niña se separa de la fila sonriente y con las mejillas sonrojadas de emoción. «La Madre quiere felicitarme, seguramente», se dice.

—Seguro que la Madre quiere felicitarla —es también el comentario que hacen las niñas entre ellas, mientras salen.

Juana invita a Henriette a seguirla hasta el claustro y allí, mientras pasean lentamente arriba y abajo, abajo y arriba, la Madre dialoga con esta chiquilla que acaba de recibir los mejores honores de la clase:

—Dios te ha concedido unos espléndidos dones, Henriette.

—Sí, Madre —reconoce la niña satisfecha.

—Tienes una inteligencia clara, buena memoria, capacidad de trabajo, constancia...

—Sí, Madre —vuelve a reconocer Henriette cada vez más complacida.

—Todas estas capacidades son regalos especiales que Dios te ha hecho a ti, regalos que no a todos hace, ¿te has dado cuenta?

—Sí, Madre, sí.

—¿Crees que el Señor te ha entregado esos dones para que los disfrutes tú sola?

La Madre se ha detenido para mirar ahora a Henriette de frente y su media sonrisa benévola anima a la niña a contestar, aunque no está muy segura de cuál es la contestación que quiere dar:

—Sí, bueno... yo sola... no sé...

—¿No piensas que pueden ser dones que te ha entregado para que los pongas al servicio de los

demás? ¿De aquellos que no han recibido todas esas extraordinarias capacidades que a ti te han sido concedidas?

Henriette posa ahora en los ojos de la Madre una mirada que es una pura interrogación.

—Yo, no sé... nunca he pensado que... ¿qué puedo hacer, Madre?

—Pues podrías, por ejemplo, ofrecerte a Madre Margarita para ayudarla en las clases con las niñas de tu grupo que están más retrasadas, ¿qué te parecería?

Henriette es una niña inteligente y, por tanto, no se precipita en la contestación. Juana comprende su prudente reserva y respeta discretísimamente el silencio de Henriette:

—Piensa en lo que te he propuesto, ¿quieres? Cuando vuelvas después de las vacaciones ya hablaremos. ¡Felices Navidades, hija mía!

Cuando Henriette sale al patio exterior todavía hay algunas compañeras rezagadas que se han quedado hablando entre ellas o saludando a los familiares de unas y de otras que han venido para asistir a la fiesta escolar.

Las niñas rodean a Henriette:

—¿Qué quería la Madre?

—¿Qué te ha dicho?

—¿Por qué estás tan seria?

—¿Te ha hecho algún regalo?

—¿Te ha felicitado?

—¿Te ha regañado?

Henriette se siente un poco aturdida ante tantas preguntas y tanta expectación y sólo es capaz de contestar:

—Sólo me ha dicho que piense, que piense en una cosa... en una cosa en la que yo no había pensado nunca...

LA CALLE DEL HÂ



Se queda pequeño el Priorato del Espíritu Santo. Las Novicias han de ocupar camarillas diminutas en las que apenas pueden moverse. Las niñas se apretujan en las clases de forma que se estorban unas a otras a la hora de escribir y casi no tienen espacio para jugar en el patio a la hora del recreo.

Juana ha visto crecer la comunidad religiosa y la comunidad escolar y su corazón se ha ensanchado de gozo. Dios bendice su obra; pero su gozo va mezclado de unas gotas amargas: se impone claramente la necesidad de buscar un edificio más grande y que reúna mejores condiciones para residencia de las Religiosas y escuela de las colegialas. La idea de dejar el Espíritu Santo le da pena. Ha puesto mucho de su entusiasmo, su trabajo y su ilusión en estas paredes que han sido la cuna de la Orden de la Compañía de María Nuestra Señora...

Juana empieza a recorrer con su imaginación las calles de este Burdeos que conoce tan bien. Y comienza discretamente, muy discretamente, a hacer averiguaciones... Y alguien le trae la noticia:

«En la calle del Hâ hay una casa, propiedad de Monsieur Tache, que...»

Y se inician las gestiones.

Monsieur Tache quiere vender y Juana de Lestonnac quiere comprar... No parece que tiene por qué haber ningún problema.

Y, sin embargo...

Por muy discretamente que han procedido vendedor y compradora, la noticia ha trascendido y se han desatado los comentarios:

—¡Ya está, otra vez, Juana de Lestonnac en movimiento!

—Pero, bueno, ¿qué es lo que quiere ahora?

—La casa del Espíritu Santo no le parece ya lo suficientemente amplia para ella y sus Monjas. ¡Ahora quiere la casa de Monsieur Tache en la calle del Hâ! ¡Nada menos!

—Claro, «genio y figura, hasta la sepultura». Ya sabía yo que todo aquello de las humildades y la vida oculta y recatada eran puras fantasías para disimular sus ansias de grandezas.

—No digáis infundios. ¿Para qué iba a hacer Juana de Lestonnac toda esta operación tan complicada sólo para acabar siendo lo que ya era antes de irse a las Feuillantinas? Ya era entonces la dueña y señora de una casa-palacio. ¿Por qué no admitir que está empeñada en una obra al servicio de Dios y del prójimo y que va adelante con gran éxito?

—Es cierto. En unos pocos meses su escuela se ha visto tan concurrida... Dentro de nada todas las jovencitas de buena familia de Burdeos habrán pasado por sus clases.

—¡No podemos consentir que se traslade a la calle del Hâ! Si lo hacemos, en unos pocos años Juana de Lestonnac se habrá apoderado de medio Burdeos y con ella los católicos se harán dueños de la ciudad.

—Será preciso hablar muy en serio con Monsieur Tache.

Y las presiones son tan fuertes que cuando Monsieur Pedro Moysset llega para concretar los términos del contrato de compra-venta, Monsieur Tache le asegura que ha cambiado de opinión y que no está dispuesto a hacer la transacción...

También Juana por su parte recibe presiones; es su propio hermano, Guido de Lestonnac, el que viene a expresarle el disgusto que sienten no sólo los sectores protestantes de la ciudad, sino incluso hasta algunos de los miembros más allegados de su propia familia:

—Ya es bastante, Juana, que dieras motivo para que te tacharan de inconstante en otro tiempo por salir de una Orden y de ambiciosa por fundar una Orden nueva. No quieras que ahora te puedan acusar de ligera por desear trasladarte a otro lugar cuando llevas en éste poco más de un año. Límitate a esta casa y, si no te caben en ella más Postulantes, no las admitas...

Juana escucha, agradece el consejo y no discute. Ha considerado el asunto en sus ratos de oración, lo ha consultado con personas de buen criterio, tiene la autorización del Prelado de la Diócesis... Ha llegado al convencimiento de que el paso que quiere dar es sensato y redundará en beneficio de la misión que cree que Dios le ha encomendado realizar y no lo duda: a través de Pedro Moysset le hace llegar a Monsieur Tache un claro mensaje: «Este Instituto tiene la aprobación del Papa, del Arzobispo y del Rey. ¿Negaréis vuestra casa a la Orden de la Compañía de María Nuestra Señora? Será como hacerle un feo a tan Excelsa Señora. Y contad con que todo está preparado para hacer la compra de una casa más grande que la que ahora habitamos. Si la vuestra no está en venta, buscaremos alguna otra que nos convenga...»

Las razones son de peso y Monsieur Tache se rinde ante ellas. La venta se realiza, pese a todo, y en

seguida comienzan las obras precisas para adaptar el edificio a las necesidades del Monasterio-escuela.

A principios de abril de este año de 1610, Juana ha enviado un mensaje al Cardenal por medio de Pedro Moysset. Le recuerda en él que están a punto de cumplirse los dos años de probación y que todas las que tomaron el velo de Novicias el día primero de mayo de 1608 están dispuestas a hacer la Profesión solemne tan pronto como él quiera disponerlo.

La respuesta no es demasiado alentadora:

—Decid a la Madre de Lestonnac que ya pensaré en ello.

Juana acepta y calla y todas su Novicias con ella. ¿Qué otra cosa les cabe hacer?

—Sí, sí podemos hacer algo —les anima Juana, podemos orar, confiar y esperar...

Después, los acontecimientos parecen favorecer el retraso de esta ceremonia. El Cardenal tiene que desplazarse a París donde, en compañía de otros Prelados y de los grandes señores de la Corte, deberá asistir a la consagración de la Reina María de Médicis, segunda esposa del Rey Enrique IV. Apenas terminados los festejos que con este motivo se celebran, otro acontecimiento, y éste muy trágico, obliga al Cardenal a prolongar su estancia en la Corte. El Rey es asesinado durante un paseo en coche; al cruzar la calle de la Ferronnerie, un fanático llamado Ravillac ha saltado al estribo de su coche y ha asestado dos terribles puñaladas al Rey, sin que ninguno de sus acompañantes tuviera tiempo de intervenir.

El Cardenal de Sourdis ha tenido que asistir a las solemnes exequias que se celebran por el Monarca y, más tarde, a las ceremonias de reconocimiento de la Reina María de Médicis como Regente de Francia, ya que el pequeño heredero, Luis XIII, no tiene más que nueve años.

Para cuando Monseñor vuelve a estar instalado en su palacio arzobispal de Burdeos ya está bien entrado el otoño.

La pequeña Comunidad del Priorato del Espíritu Santo se ha trasladado hace unas semanas a la nueva casa de la calle del Hâ. Las obras no están terminadas ni mucho menos, pero Juana ha decidido venirse aquí desde el 8 de septiembre, para poder supervisar los trabajos más de cerca. El edificio va a quedar grande y espacioso. Habrá tres salas de clase, dos patios, habitaciones para las Religiosas, para las Novicias, para las Postulantes... y para las pensionistas, porque se ha visto clara la necesidad de admitir alumnas internas. Son muchas las familias que viven lejos del centro de la ciudad y que quieren que sus hijas se eduquen en la casa de Nuestra Señora.

La iglesia separará el cuerpo de edificio destinado a Convento del otro destinado a escuela, de acuerdo con el primitivo proyecto de Juana. Claro que, por el momento, de la iglesia no existe más que el espacio de terreno que se ha reservado para ella.

Desde la calle del Hâ llegan hasta el Cardenal mensajes que repiten una y otra vez el mismo ruego... Algunos no parecen merecer ninguna contestación; otros tan sólo reciben ambiguas frases dilatorias que preocupan a Juana hondamente... El que la Orden de Nuestra Señora se consolide con la ceremonia de la Profesión depende de la voluntad del Cardenal; el voto de obediencia ata tanto... y es, a veces, tan duro someterse...

Juana se aferra a lo único que ella puede hacer: continuar trabajando en la educación de las Novicias y de las niñas y orar, confiar y esperar. Si Dios quiere que la Orden siga adelante ya se encargará El de despejarle el camino...

Monseñor de Sourdis tiene con respecto a Juana sentimientos muy encontrados. Reconoce su inteli-

gencia, su generosidad, su energía, la gran habilidad con que ha sabido tramitar la nueva fundación; reconoce la originalidad de su idea y todo el esfuerzo que está poniendo al servicio de este proyecto que ella vive como voluntad de Dios; reconoce incluso que ella posee una especial gracia seductora que a él mismo le ha conquistado y que le ha llevado a colaborar activamente, y hasta con entusiasmo, en un asunto con el que en el fondo no está completamente de acuerdo... Y esto le hace sentir una sorda irritación contra esta extraordinaria mujer, a la que, por otro lado, admira. ¿Por qué es ella tan tenaz? ¿Por qué no ha querido secundar los deseos de su Arzobispo? ¿Le hubiera gustado tanto a él llevar adelante con éxito su proyecto de una fundación de Ursulinas! A imitación de su modelo Carlos Borromeo, él hubiera patrocinado, protegido e impulsado una gran escuela para mujeres llevada por mujeres... Juana de Lestonnac hubiera sido la persona más indicada para realizar ese magnífico proyecto... ¡Es justo lo que ya está haciendo!, pero, ¿por qué ha tenido que hacerse la fundación según los planes y normas ideados por Juana y no según los del Cardenal? Y el caso es que el proyecto de Juana está saliendo adelante tan espléndidamente bien... Las Religiosas viven con absoluta fidelidad a las Reglas adoptadas; cada día llegan nuevas peticiones de jóvenes que quieren comprometerse a servir a Dios dentro de la Compañía de María; la escuela marcha bien: cada día hay más alumnas y las familias hablan maravillas de la enseñanza y el trato que reciben las niñas...

¿Por qué, por qué tiene que hacer Juana este magnífico servicio a la Iglesia y a la sociedad según sus propias ideas y no según los planes tan cuidadosamente preparados por Francisco de Sourdis?

Sí, Monseñor se siente agitado por sentimientos muy encontrados cada vez que piensa en el caso de Juana de Lestonnac.

En esta mañana de domingo de primeros de noviembre, las Religiosas están reunidas en la sala de comunidad durante el recreo de la mañana.

Se habla del tema que a todas les interesa y les preocupa:

—Pronto se cumplirán para todas los dos años de Noviciado —apunta Blanca Hervé.

—Para nosotras ya se cumplieron los dos años el día primero del pasado mes de mayo —recuerda Serena.

—Ya deberíamos haber hecho la Profesión solemne.

—Y las autoridades religiosas deberían haber confirmado ya nuestras Constituciones. Hemos observado con exactitud nuestras Reglas y las instrucciones que se nos dieron para guardar fielmente la clausura a pesar de las entradas y salidas diarias de las niñas...

Hay un cierto tono de desánimo en los comentarios y Juana tiene que salir al paso y tratar de dar una visión optimista de la situación, una visión optimista de la que realmente tampoco ella está muy segura.

—Tengo mucha esperanza de que, en cualquier momento, nos va a llegar la noticia de que

Monseñor ha fijado ya la fecha de la ceremonia y...

—¿De veras creéis eso, Madre? —se ilusiona Serena.

Y Juana se alegra de que la entrada de la Hermana que está en la portería, le impida contestar con precisión a esta pregunta.

—Madre de Lestonnac, Monseñor de Sourdis está en el locutorio y desea hablar con Vuestra Reverencia.

La noticia provoca un discreto alboroto en la sala de comunidad. Hay alegría en todas las caras jóvenes y se intercambian frases alborozadas y atrevidas suposiciones:

—¡Seguro que viene a deciros, Madre, que podemos hacer los votos ya!

—¡Quizá quiere que los hagamos muy pronto! ¡Quizá dentro de esta misma semana!

—No nos va a dar tiempo para hacer los preparativos...

—No, no será tan pronto; vendrá a pedir a nuestra Madre que elija ella la fecha que más le convenga. Una ceremonia tan solemne no se puede hacer con tanta precipitación —reflexiona en voz alta Isabel de Maisonneuve.

—Los velos negros de todas están ya preparados —dice Serena.

—¡No son los velos lo único que hay que preparar, Hermana! —sonríe Magdalena de Landrevie.

Y en medio de esta alegría desbordada de las hijas, la Madre guarda silencio. Conoce muy bien a su Cardenal. «Sólo para convenir una fecha no se hubiera tomado la molestia de venir hasta la calle del Hâ en una mañana de domingo», se dice; «para eso le hubiera bastado la visita de un secretario o incluso una nota escrita traída por manos de un

familiar. Monseñor quiere tratar de algo más serio, algo que quiere tratar conmigo directamente...»

La Madre de Lestonnac se ha puesto en pie:

—Vamos allá, puesto que lo quiere la obediencia.

Deja la sala, en la que su pequeña Comunidad sigue disfrutando de la hora de recreación, para ir sola al encuentro de Monseñor.

Y una vez más, su certera intuición le ha hecho presentir la verdad. Apenas terminadas las fórmulas habituales de cortesía, Monseñor expone su pensamiento claramente:

—He resuelto, siguiendo mi primera idea, uniros a las Ursulinas, para formar una sola Orden en Burdeos. Sin esta condición no os daré permiso para profesar. El fin de los dos Institutos es el mismo. Tengo amplios poderes de Roma para agregaros a la Orden que desee, hay muchas personas interesadas en realizar la unión, he reunido a mi Consejo y opina también del mismo modo. Todas reunidas podréis, animadas de idéntico espíritu, servir mejor a la Iglesia. Os ruego aceptéis mi proposición.

Esta vez Juana no está tan desprevenida, pero así y todo, no puede dejar de asombrarse ante la rotunda propuesta del Cardenal, y le habla con la misma respetuosa y firme franqueza con que lo ha hecho en anteriores circunstancias:

—Monseñor, no puedo dejar de manifestaros mi sorpresa al ver que Vuestra Eminencia no parece el mismo que ha sido siempre para mí: el protector de la empresa que Dios me ha inspirado iniciar. La primera vez que se habló de esta misma cuestión defendí mi causa y las razones que entonces expuse parecieron válidas y se aceptaron. ¿Va ahora Vuestra Eminencia a deshacer esta obra? Hace dos años la juzgó y la aprobó y pidió su confirmación a Roma. Nuestro Instituto ha sido aprobado por la Santa Sede y por el Rey. No digo nada,

Monseñor, del parecido que alega entre nuestra Orden y las Ursulinas; tal semejanza nos unirá siempre; pero que no se quiera confundirnos. Nuestro nombre, nuestras Reglas, nuestras prácticas nos diferencian bastante. Dios, que no pone límites a sus gracias, tiene muchos caminos para conducirnos a un mismo fin. ¿Somos acaso incompatibles en la Diócesis? ¿Qué cosa más útil a la Iglesia podemos hacer sino seguir, unas y otras, con constancia el espíritu de nuestra vocación? No hablemos, por favor de una unión que turba la paz. Yo espero sinceramente de vuestra bondad que nos dejará en el estado en que Dios se ha servido ponernos.

Francisco de Sourdis tiene la sensación de que ha vuelto a chocar de frente contra la firme roca que son las convicciones de Juana de Lestonnac. Se siente profundamente contrariado e irritado al escuchar los sólidos razonamientos de esta mujer; y con gesto duro y frase terminante da por concluida la entrevista:

—Os he expuesto mi deseo y tengo muy buenos motivos para mantenerlo. No cambiaré de parecer. Pensad en ello y ateneos a las consecuencias...

Cuando Juana regresa de su entrevista con el Cardenal, ya ha terminado el tiempo del recreo y las Religiosas están entrando en recogido silencio en el coro bajo para hacer el examen de conciencia del mediodía. Nadie hace una pregunta, nadie intercambia siquiera una mirada con la Madre, que marcha directamente hasta su reclinatorio y se hinca de rodillas para sumirse inmediatamente en una ferviente plegaria.

Y cuando llega la hora de dar explicaciones, Juana habla a sus hijas con toda claridad:

—Estamos en una difícil encrucijada, pero el corazón de los grandes de la tierra está en manos de

Dios. Tengo una secreta confianza en que Él, ya que nos ha reunido, no permitirá que sucumbamos. Nos ha socorrido demasiado manifiestamente en otras ocasiones para abandonarnos ahora y estoy segura de que no nos ha movido a emprender una obra destinada al fracaso. No temáis, queridas Hermanas; vuestros intereses son los de la Santísima Virgen, nuestra poderosa Madre y protectora. Ella no dejará de defender lo que es suyo; tratemos nosotras sólo de ser siempre dignas hijas suyas...

La confianza y la esperanza de la Madre sostienen el ánimo de las hijas, que vuelven a sus trabajos habituales con el espíritu fortalecido.

Una vez más, Juana ha sabido transmitir un sosiego y una seguridad que tranquilizan a los que dependen de ella y se ha reservado para sí misma las dudas, las inquietudes y la angustia de la decisión...

En los momentos de oración y reflexión se cuestiona muy seriamente: «Me decidí a ingresar en las Feuillantinas porque quería aprender a someter mi juicio y mi voluntad. Me parecía que Dios me pedía que aprendiese la más sumisa y perfecta obediencia a mis superiores, ya que durante tantos años de mi vida me había guiado por mi propio juicio y había conducido mis actos y los actos de otros de acuerdo con mi propio criterio y mi propia voluntad... Dios no me dejó servirle en aquel camino que yo creía inspirado por Él mismo y tuve que volverme a casa... ¿Me habrá llegado ahora el momento de rendir mi juicio y de someterme a los deseos y la voluntad del Cardenal? Es mi superior, es la autoridad que representa a Dios en la Diócesis... Someterme a su voluntad sería, además, lo más fácil... y, sin embargo... Lo que Monseñor quiere que hagamos es tan completamente distinto de lo que yo creo que me ha sido inspirado por Dios... ¡Señor, que vea claro! Solamente quiero

hacer tu voluntad. Dame luz para ver el camino por el que quieres que marche y fuerzas para recorrerlo como Tú quieres que lo haga...»

Y sale de la oración convencida de que Dios quiere la fundación de la Compañía de María; y cuando Juana adquiere ese convencimiento pone al servicio de su convicción toda su energía... que en estos momentos sólo puede traducirse en orar y esperar... el milagro.

La noticia de que Monseñor de Sourdis sale de viaje hacia Roma para una larga estancia en la Ciudad Eterna, siembra la consternación en la pequeña Comunidad de la casa de la calle del Hâ.

—¡Madre, se va el Cardenal a Roma! ¡Pasarán meses, quizá más de un año, antes de que esté de regreso! ¿Qué va a pasar con nuestra Profesión? ¿Vamos a seguir siendo Novicias durante otro año? ¿Volverá Monseñor de Roma con una orden del Papa para que nos unamos a las Ursulinas? ¿Qué va a ocurrirnos, Madre?

—Sólo va a ocurrirnos lo que Dios quiera que nos ocurra. Hermanas.

—¿Qué podemos hacer?

—Orar, confiar y esperar...

El Cardenal ha mandado por delante a todo su séquito y se ha reservado solamente la compañía de un secretario y un par de criados con los que se propone detenerse dos o tres días en su castillo de Lormont, a una legua de Burdeos. Quiere descansar antes de emprender el largo viaje y, también, dejar arreglados los detalles de la administración de esta rica propiedad antes de su prolongada ausencia.

Y la tarde de su llegada a la vieja posesión familiar, el Cardenal se retira a sus aposentos. Antes de entregarse al reposo, y como es su costumbre

habitual desde los años de su primera adolescencia, Francisco de Sourdis se arrodilla en presencia de una imagen de Nuestra Señora. Ante ella hace un recuento de su día, un examen de su conciencia y una exposición de los asuntos que le preocupan; y hay uno que le preocupa especialmente: su deseo, no logrado hasta ahora, de ver a Juana de Lestonnac a la cabeza de un floreciente Convento-escuela de Ursulinas.

También Monseñor, como antes lo ha hecho Juana, se cuestiona sinceramente en sus horas de oración: «¿Y si el empeño de ella no fuera solamente terquedad, sino la convicción de que está defendiendo una obra que ha sido inspiración del Cielo? ¿Y si mi negativa a aceptar sus votos la hace desistir de su empresa sin aceptar mi proposición y se queda la Diócesis sin Compañía de María? La prueba que han hecho esas mujeres es satisfactoria... y con votos y todo, si en algún momento se apartaran de las Reglas que han adoptado, siempre se podría acudir a Roma para que disolviera la Orden... Además, el que exista una casa de esta Orden en Burdeos no interfiere para nada con las gestiones que se están haciendo para establecer a las Ursulinas. Y si hay dos escuelas para jóvenes en la ciudad... aún mejor... alumnas no les han de faltar...» El Cardenal levanta los ojos a la imagen y le parece que los ojos de la Señora le miran de un modo especial. «¿Y si al oponerme a consolidar el proyecto de Juana me estoy oponiendo a un deseo de Nuestra Señora que quiere tener una Orden que lleve su nombre?»

Monseñor ha pasado largo tiempo en su oratorio antes de acostarse, ha dormido mal y se ha levantado muy temprano. Al salir de la capilla, después de celebrar la Santa Misa, le ha dicho a su secretario:

—Ordenad que enganchen los caballos y que

tengan mi coche preparado. Volvemos a Burdeos inmediatamente...

Son las ocho de la mañana del día 7 de diciembre de 1610.

El Cardenal ha ordenado a su cochero que le lleve directamente a la calle del Hâ. Y en cuanto es recibido por la Madre de Lestonnac, va derecho al asunto para el que ha venido, sin dar ningún tipo de explicación sobre su repentino cambio de intenciones:

—He venido a recibir vuestros votos. Creo que Dios quiere concederos esa gracia y yo no os la puedo rehusar. Preparaos para hacer mañana vuestra Profesión. Yo pediré al Señor que derrame sus bendiciones sobre vosotras y sobre vuestra obra.

Al oír palabras tan consoladoras, la alegría, la admiración, el agradecimiento, todo a la vez, inundan el alma de Juana, que se apresura a llevar la buena nueva a las otras Novicias.

La Profesión perpetua de las cinco primeras Religiosas tiene lugar en esta mañana de la fiesta de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen, 8 de diciembre de 1610.

No ha habido tiempo para hacer apenas preparativos y sólo unos pocos amigos íntimos asisten a la ceremonia que se celebra en la capilla doméstica, ya que las obras de lo que será iglesia de la casa no están ni siquiera iniciadas.

El Cardenal-Arzobispo ha celebrado una Misa durante la cual ha recibido los votos de las cinco Novicias y les ha impuesto el velo negro, poniendo además sobre la cabeza de cada una de ellas una corona de laurel.

Ha sido una celebración litúrgica emocionante, pero sin la pompa y solemnidad que tuvo la toma de hábito. De todas formas, el gozo de Juana y de toda su Comunidad ha sido grande, con apenas un

ligero matiz de disconformidad en el comentario que ha hecho Blanca Hervé al término de la pequeña recepción mantenida en el locutorio con algunos familiares de las recién consagradas:

—Hoy se cumplen también los dos años de nuestra toma de hábito. No sé por qué no se nos ha admitido también a nosotras a la Profesión; de esta forma, las que llegamos un poco después, nos habríamos igualado a las cinco primeras...

Ni Ana Richelet ni Francisca Boulaire, que se encuentran cerca de ella, responden nada a este comentario, pero las dos han creído percibir un leve matiz de despecho en la frase, despecho que parece estar bastante reñido con la humildad religiosa...



La Profesión solemne de las cinco primeras Religiosas supone la consolidación del Instituto. A partir de ahora no hay más que seguir adelante sobre las sólidas bases ya trazadas que marcan las Reglas. Juana, que se sabe responsable de la buena marcha y del perfeccionamiento de la obra emprendida, se multiplica en estos días; tiene que echar mano de toda su enorme capacidad de trabajo: se ocupa de la administración de la casa, de la formación religiosa y cultural de sus Postulantes y Novicias, recorre la escuela mañana y tarde para visitar las clases y comprobar que todo marcha en orden y que las alumnas progresan. Vigila y dirige las obras de ampliación de la casa, recibe a padres de futuras alumnas y a jóvenes que aspiran a ingresar en la Orden...

Y todo esto sin descuidar su propia vida espiritual y sin dejar de agradecer a Dios las bondades de que está colmando a su persona y a su obra. Es perfectamente consciente de que debe tratar de mantenerse siempre alerta para no olvidar en ningún momento que, cuando el éxito corona los esfuerzos de la criatura, hay que agradecer al Señor el éxito, desde luego, pero hay que agradecerle también la capacidad de esforzarse por conseguir este éxito, porque también la voluntad de servir al Señor es un don que el propio Señor concede.

La segunda tanda de Novicias hace su Profesión muy poco después de la primera. Y para cuando esta ceremonia se celebra, ya hay una larga fila de Novicias que han iniciado sus dos años de probación y un grupo numeroso de Postulantes que aguarda para recibir el hábito: Ana de Arrérac, Jacoba de Chesnel, Ana de Guérin, María Gaschet, Margarita de Landrevie, María Blanchard... y tantas y tantas otras que se han presentado a Juana para pedirle que las enseñe a servir a Dios y al prójimo de la manera que ella lo hace.

Un día, llega hasta las puertas de la casa de Nuestra Señora aquella Susana de Briañon a la que Juana conoció durante su viaje al Périgord acompañando a Jeannette:

—He vuelto a la Religión Católica, Madre de Lestonnac. He comprendido que podría servir mejor al Señor en la misma forma en que lo hicieron mi padre y mis abuelos. ¿Recordáis que hace ya muchos años me dijisteis que, en vuestra opinión, yo podría ser maestra? Me gustaría aprender a vuestro lado a ser una buena Religiosa y una buena maestra...

—Bienvenida seáis, hija mía, a la casa de la Compañía de María —es el gozoso recibimiento de Juana.

Y poco después llega también del Périgord otra Postulante: Susana de Puyferrat, que también había conocido a Madame de Lestonnac durante aquel viaje. Juana ha ido sembrando su semilla por donde quiera que ha ido y su siembra empieza a dar fruto y fruto abundante.

La casa de la calle del Hâ, gracias a las sucesivas obras de adaptación que Juana ha hecho realizar en ella, ha quedado convertida en un amplio y hermoso edificio, que responde perfectamente a las necesidades de la numerosa Comunidad y de la

florecente escuela. Las obras, como ocurre casi siempre, han resultado al final más caras de lo que se había presupuestado en un principio, y Juana se encuentra en un momento dado con que se ha gastado todo el dinero disponible y no se han concluido las obras. Jeannette, con la que mantiene una entrañable y frecuente comunicación, acude en su ayuda. Ella y su marido prestan a la casa de Nuestra Señora una fuerte suma; Juana se compromete bajo documento a devolverla y hace firmar también el compromiso a varias de las Religiosas más antiguas de la casa.

—No quiero que, si yo muero antes de que podamos pagaros, esta casa pueda olvidar o desentenderse de la deuda que tiene con los Barones de Arpailhan —comenta, medio en broma medio en serio, cuando despide a sus hijos.

—Cuídate, madre, y consérvate en buena salud, que eso es lo que nos importa a todos mucho más que el dinero —es la cariñosa respuesta de Jeannette.

Y no son solamente los hijos los que acuden en ayuda de la obra de Juana; el señor de Lancre y su esposa se han comprometido a sufragar los gastos de la iglesia. Y gracias a la generosidad de este matrimonio sin hijos, ve Juana cumplido el deseo de que una hermosa iglesia se alce entre el Convento y la escuela y de que tanto las Religiosas por un lado, como las colegialas por el otro, dispongan de coros desde los que puedan asistir a los oficios religiosos.

Es un gran día aquel en que, bendecida por el Cardenal, se coloca la primera piedra del edificio. Y en los días sucesivos, Juana gusta de asomarse a las ventanas desde las que se domina el trabajo de los canteros, para mostrar a aquellas que están junto a ella:

—¿Veis esas piedras sobre las que se asentarán firmemente los muros? Así deberemos ser nosotras, piedras vivas que sostengan firmemente el edificio espiritual de la Compañía de María.

Cinco años han pasado desde aquella Profesión solemne.

La Comunidad se compone ahora de más de cuarenta Religiosas.

Juana presiente que ha llegado para la Compañía el momento de la expansión y se alegra porque eso supone que la Orden va a crecer, a extenderse, a ampliar su campo de acción y de servicio a Dios, a la Iglesia y al pueblo cristiano; pero también la acongoja un poco, porque este crecimiento la va a hacer sufrir el desgarrón afectivo de tener que separarse de las mejores de sus hijas, que habrán de marcharse lejos a regentar otras casas de Nuestra Señora.

Desde los comienzos había intuido Juana que Dios ha puesto en sus manos una obra llamada a extenderse, a crecer... pero la verdad es que nunca ha pensado que el crecimiento se produjera ni tan rápidamente ni en tan enormes proporciones.

La fama de la labor que se realiza en la casa de la calle del Hâ ha trascendido los límites de la ciudad de Burdeos y de la región de la Guyena. De lugares cercanos, y de otros no tan cercanos, llegan peticiones de jóvenes y de familias que quisieran ver abierta una casa de la Compañía de María en su localidad. Unas, para ingresar en ellas como Religiosas; otras, para confiar la educación de sus hijas a maestras tan acreditadas.

El trabajo epistolar de Juana y Pedro Moysset se acrecienta en estos días. Se han recibido cartas de petición desde Béziers, Poitiers, Le Puy, Toulouse, Périgueux... Hay que contestar estas cartas, pasar

copias de ellas a la Secretaría del Arzobispo, copiar el informe que de cada una de ellas hace el Arzobispado para adjuntarlo a la carta que se remite a las interesadas. En ellas se les aconseja que, si realmente se mantienen en su propósito de abrir una nueva casa de Nuestra Señora, deberán dirigirse al Papa, a través del Prelado de su Diócesis, para conseguir el Breve correspondiente, ya que el Breve expedido por Paulo V en 1607 sólo autoriza la apertura de la casa de Burdeos.

Y hay que escribir solicitudes al Cardenal-Arzobispo para que conceda permisos especiales a la Madre de Lestonnac y a sus acompañantes cuando deben abandonar la clausura y salir para visitar las plazas en las que se ha pedido la fundación de una nueva casa.

Todo esto, añadido al trabajo que supone recibir, registrar y archivar la documentación que acompaña la entrada y la profesión de cada una de las nuevas Religiosas, requiere un cuidadoso trabajo y una atención continuada.

La primera vez que Juana, acompañada de la Madre María de Roux, sale de la clausura de la calle del Hâ es para ir a Périgueux, desde donde las han llamado con insistencia para hacer una fundación. Las dos Religiosas se albergan en la casa de un abogado de la ciudad y alrededor de Juana se reúne en seguida una numerosa concurrencia que quiere oír de sus propios labios qué es y qué se propone la Compañía de María.

Por dichosa casualidad para los dos hermanos, está también en la ciudad en ese momento Jerónimo de Lestonnac, que ha venido a predicar los sermones de la Cuaresma. Tan pronto como el Padre de Lestonnac se entera de la presencia de Juana, aprovecha el primer momento libre para acudir a la casa en que se hospeda y sorprenderla:

—¿Qué es esto, hermana? ¿De modo que atraéis aquí a las gentes mientras yo predico y me quitáis los oyentes? Voy a presentar una queja ante el Prelado —amenaza con jovialidad—. A ver, a ver, enseñadme las licencias que tenéis para predicar...

—Tranquilizaos, hermano mío, que en seguida voy a cederos el campo. Sólo el deseo impaciente de estas jóvenes que desean ser Religiosas las ha congregado a mi alrededor, pero no tengo ninguna intención de haceros la competencia, os lo aseguro —responde Juana en el mismo tono jovial.

Después de esta primera salida, Juana tiene que hacer otras muchas, siempre para negociar o establecer nuevas fundaciones. Los viajes no son fáciles ni cómodos y los trabajos de abrir una casa y ponerla en funcionamiento son casi siempre arduos y complicados. Juana tiene que derrochar energía y paciencia tratando con toda clase de gentes: carreteros, hospederos, Alcaldes, constructores, Clérigos, dueños de terrenos o edificios, Obispos, Gobernadores, autoridades o dignatarios de la Iglesia Calvinista, delegados del Rey...

A veces son las propias personas que han pedido la fundación, e incluso las que la han patrocinado con donaciones en dinero o en tierras y edificios, las que crean las dificultades, porque después de haber contribuido a la apertura de la casa pretenden inmiscuirse en la forma de organizar la vida de la Comunidad o el reglamento de la escuela. Y Juana se mantiene firme: se agradecerán los donativos, pero no se concederá ningún tipo de autoridad o privilegios a los patronos de las fundaciones.

Todos estos trabajos de laboriosas negociaciones y tratos con patronos, autoridades civiles y eclesiásticas y hasta con los padres de las futuras Re-

ligiosas y alumnas de la casa, exigen de Juana esfuerzo, paciencia y tiempo, mucho tiempo. Sus ausencias de la casa de Burdeos, de la que sigue siendo Superiora, se prolongan, a veces, más de lo que su Comunidad bordelesa desearía y, sobre todo, muchísimo más de lo que Isabel de Maisonneuve, que debe suplirla durante sus ausencias, cree conveniente para la buena marcha de la vida en la casa del Hâ.



*UNA PUERTA QUE SE CIERRA...
CON ESTRÉPITO*

Juana, como todos los que mandan bien, ha sentido siempre un gran respeto por aquellas a las que dirige y siempre ha tratado de explicar con claridad, dentro de los límites de la más prudente discreción y en la medida en que la interlocutora es capaz de comprender, los motivos de sus actuaciones:

—La Hermana Micaela tiene las manos muy hábiles. Sabe disponer las flores con gran delicadeza y buen gusto. Es ordenada y sabe moverse sin hacer ruido... Creo que hará una excelente sacristana.

—La Hermana Bernarda puede ser para Monsieur Moysset y para mí una valiosa ayuda en los trabajos de secretaría. Tiene buena letra, sabe mezclar tintas y es especialmente diestra cortando plumas de ganso con las que poder trazar rasgos finos y firmes...

—Creo que nos es necesaria esta puerta para que los carros puedan acercarse a las dependencias y descargar sus mercancías sin molestar ni distraer a las Hermanas y a las niñas.

La última ampliación del edificio ha dejado demasiado cerca de las salas de clase la puerta por la que entran y salen los carros que traen provisiones para la despensa y leña para las cocinas. El lenguaje de los carreteros no es ciertamente refinado y no resulta en absoluto conveniente para los oídos de Religiosas y alumnas, y el chirrido de las ruedas y el ruido de la descarga rompen el silencio y la tranquilidad necesarias en el Convento y en la escuela.

Por orden de Juana se está abriendo una nueva puerta en el muro que circunda el jardín y la huerta, en un lugar más alejado del edificio.

Y no falta una voz, falsamente piadosa, que viene a verter en el oído del Cardenal Arzobispo la confidencia malintencionada:

—Madame de Lestonnac ha mandado abrir una nueva puerta para la entrada de carros en el recinto de la clausura. ¿No creéis, Monseñor, que se ha excedido en las facultades que tiene para organizar el interior de la casa...? No ha pedido vuestro permiso para abrir esa puerta, ni tan siquiera os ha informado de que iba a abrirla, ¿no es cierto, Monseñor?

Y la susceptibilidad del Cardenal se ha sentido herida. Acompañado de un familiar, del Capellán de la Comunidad de la calle del Hâ y de un secretario, que deberá levantar acta, se presenta en la casa de Nuestra Señora.

—¡Decid a la Madre de Lestonnac que quiero verla ahora mismo! —es la tajante orden a la Hermana que está en la portería.

—Sí, sí, Monseñor, ahora mismo la llamo para que salga al locutorio.

—¡No quiero verla en el locutorio; quiero verla en la nueva puerta carretera abierta en el muro sin mi conocimiento! —informa la enojada voz del Cardenal.

Monseñor de Sourdis ha dado una rápida vuelta y sale de la portería en medio de un violento y airoso revuelo de capas y túnicas talaes. Los Clérigos que le acompañan se ven en dificultades para caminar cerca de Su Eminencia, manteniendo la discreta distancia que ordena el protocolo, porque Monseñor marcha a un paso apresurado que indica la temperatura de la indignación que le posee.

La Hermana portera ha dado los toques de campana reglamentarios que avisan a la Madre de Lestonnac de que alguien quiere hablar con ella; pero después de hacer sonar la campana, la Hermana ha comprendido que no es eso lo que debería haber hecho. La Madre de Lestonnac interpretará, a través de este mensaje sonoro, que se la espera en el locutorio, cuando no es exactamente eso lo que ocurre...

La pobre Hermana se siente un poco confusa, no sabe si esperar en la portería o salir a recorrer la casa en busca de la Madre. Por fin, se decide por esto último y se lanza corredor adelante camino de la escalera que la conducirá al primer piso, que es donde está la celda de la Superiora; y es, al inclinarse para recoger un poco la falda de su hábito antes de emprender la subida de los primeros peldaños, cuando casi tropieza con la Madre que baja ya, obediente a la voz de la campana.

—¿A dónde vais tan apresurada, hija mía?

—¡A buscaros, Madre! ¡Ha venido el Cardenal!

—¿A estas horas y sin avisar?

—¡Y quiere veros!

—Bueno, tranquilizaos, hija, ya voy para el locutorio.

—¡No! No quiere veros en el locutorio... ¡Quiere veros en la puerta nueva, en la puerta carretera! —es la, un poco atropellada, explicación de la

Hermana, que añade—: Monseñor parecía muy alterado, Madre...

Juana siente que un golpetazo de inquietud le pone en pie por dentro todo un mundo de recelos. No tiene conciencia de haber hecho nada que esté fuera de sus atribuciones, puesto que se le han concedido amplios poderes para hacer en la casa las reformas y obras de adaptación que fueran necesarias para la mejor marcha del Convento-escuela; pero es capaz de imaginar muy bien cuál puede ser la torcida interpretación que cabe suponerle a su conducta.

—Bien, iré a la puerta carretera. Id vos a mi celda y traedme las llaves de esa puerta, las dos. Están colgadas en el tablero que hay junto a la mesa. No podéis equivocaros, son las más nuevas.

Marcha Juana con pasos mesuradamente ligeros, a través del patio y del jardín, hacia la malhadada puerta y va pensando: «¿Por qué estará siempre Monseñor dispuesto a encontrar mal lo que yo hago?» Y, a poco que reflexiona, es ya capaz de contestarse a sí misma: «¿Que qué le has hecho? Le has hecho aceptar y apoyar, tú, una pobre mujer, le has hecho respaldar un proyecto que él no quería y que está viendo salir adelante con éxito. ¡Y Monseñor no lo puede digerir tan fácilmente...!»

Para cuando Juana abre el ventanuco enrejado que sirve de mirilla en una de las hojas de la sólida puerta carretera, su rostro refleja ya, no solamente serenidad, sino hasta una cierta secreta regocijada travesura, que no pasa inadvertida a la severa mirada del Cardenal:

—¡Abrid inmediatamente esta puerta!

—Sí, Monseñor, ahora mismo. En cuanto la Hermana Paulina me traiga las llaves.

Juana se ha retirado del ventanillo y permanece quieta junto a la puerta, las manos escondidas en

las amplias bocamangas de su hábito, en actitud religiosamente sosegada. Al otro lado de la puerta el Cardenal pasea de un lado a otro en largas zancadas intranquilas.

Y cuando, por fin, llega la Hermana Paulina, Juana toma una de las dos llaves gemelas, abre la primera hoja de la pesada puerta y se encuentra con la severa mirada de su Prelado.

—¡Habéis cometido una gravísima falta contra la clausura! ¿Olvidasteis acaso que estáis sometida a mi obediencia? ¿Qué os proponíais al ocultarme la apertura de una nueva puerta?

Juana se apresta a contestar, pero el Cardenal no le da ocasión para llegar a abrir la boca:

—¡Entregadme ahora mismo esas llaves! ¡Voy a cerrar esta puerta, que quedará condenada!

Juana se adelanta unos pasos y, sin que sus pies traspasen la línea del umbral de la puerta, tiende las dos llaves al Cardenal al mismo tiempo que le advierte suavemente:

—No podréis cerrar esta puerta, Monseñor.

—¿Que no podré cerrar esta puerta? ¿Y podréis explicarme por qué? —la indignación de Monseñor está alcanzando alturas peligrosas.

—Esta puerta solamente puede abrirse y cerrarse desde dentro, Monseñor —es la serena explicación que da la Madre Superiora.

Una de las llaves vuelve a las manos de Juana acompañada de un gesto que, más que enérgico, es violento:

—¡Cerrad la puerta y llevadme la llave al locutorio! —es la orden—, y que os acompañe el resto de la Comunidad. ¡Quiero hablar con todas las Religiosas de la casa...!

—Sí, Monseñor.

Juana ha girado con mano firme las dos vueltas de llave que cierran la puerta y luego, acompañada de la Hermana Paulina, se encamina hacia la casa:

—Tocad la campana y avisad a la Comunidad para que se congrege en el locutorio grande, Hermana —son las instrucciones de la Madre.

Momentos después, en presencia de la sorprendida Comunidad, Juana entrega al Cardenal la segunda llave de la puerta carretera.

—Quiero que todas sepáis que la Madre de Lestonnac se ha permitido, sin mi consentimiento, abrir una puerta en el muro que cierra la clausura. Es una falta grave contra la obediencia y contra la clausura a las que todas estáis obligadas por voto. Es mi deseo que se levante acta de este hecho, que conste en ese acta que es mi voluntad que esa puerta sea tapiada inmediatamente y que ordeno que ni la Madre de Lestonnac ni ninguna de sus sucesoras deberán hacer nunca nada semejante sin mi expreso consentimiento.

El Cardenal se ha dirigido a la Comunidad con tono autoritario y severo. Las miradas de todas las Religiosas se han vuelto al rostro de la Madre, que ha escuchado la irritada reprimenda con su habitual serenidad. Todas esperan que su Superiora tome la palabra y explique las razones que la han inclinado a tomar la decisión de mandar abrir esa puerta, pero Juana no dice nada. Se mantiene de pie, erguida y modesta, silenciosa y digna.

Después de unos momentos de tensa pausa en los que apenas se ha oído la nerviosa tosecilla sofocada de alguna Religiosa, el Cardenal ha vuelto a tomar la palabra:

—Y mientras la orden de tapiar esa puerta no se cumple, yo guardaré una de las llaves de la puerta y la otra la tendrá el Capellán de la casa.

En ese momento es cuando Juana levanta los ojos, que hasta ahora ha tenido clavados en el suelo, y lo hace justo a tiempo de sorprender la leve mueca de satisfacción que refleja la cara del Capellán al recibir la llave de manos del Cardenal. Una sospecha pasa por la mente de Juana como un relámpago... «¿Será posible que el propio Capellán de la casa, sólo porque no he querido aceptarle como confesor, haya intervenido para indisponerme con Monseñor?» Desecha esta sospecha como un mal pensamiento, y sin embargo...

El Cardenal y sus acompañantes se han retirado. La Comunidad rodea a su Superiora:

—Pero Madre, ¿por qué no le habéis explicado al Cardenal...?

—Cuando un hombre está tan enfadado, y tan enfadado sin motivo, como lo estaba Su Eminencia hace un momento, lo mejor es no hacerle frente. Darle explicaciones hubiera sido inútil; no las hubiera escuchado. Me parece más sensato esperar a que el tiempo haga desaparecer su irritación de la misma manera que el agua hace desaparecer el grano de sal que cae en ella —es la tranquila explicación de Juana.

—¡Esa puerta nos era muy necesaria!

—Pues sí, lo era; pero habremos de prescindir de ella.

—Y ¿qué vamos a hacer?

—Trataremos de conseguir que mejore el lenguaje de los carreteros y procuraremos convencerles de que engrasen mejor los ejes de sus carros —es la jovial respuesta de Juana, que prefiere no hacer dramas de la injusta situación creada por la severidad del Cardenal.

Sobre la mesa de trabajo de Juana hay hoy muchas cartas. Misivas de Poitiers, de Le Puy, de Béziers... Las Superiores de estas casas informan a la Fundadora de cómo van organizando la vida del Convento, de cómo marcha la escuela, de cómo se las arreglan económicamente, del buen espíritu con que estudian y trabajan las Novicias, del número de jóvenes que han solicitado ser admitidas como Postulantes...

Entre el montoncito de cartas hay un escrito que llama inmediatamente la atención de Juana; es una letra conocida, conocida y amada; es la letra de Marta de Monferrant, Religiosa en el Convento de las Anunciatas.

—¡Es una carta de vuestra hija! La leeréis antes que ninguna, ¿verdad, Madre? —supone la Hermana Bernarda.

—No, hija mía, la guardaré para cuando haya despachado las otras.

—Guardaréis la que más os gusta para el final, claro—continúa suponiendo la Hermana Bernarda—. Yo solía hacer eso mismo cuando comía cerezas de niña. Siempre guardaba la más hermosa, la más roja, la más dulce para comerla la última...

—Todas las cartas de mis hijas me parecen igual de interesantes, Hermana Bernarda —pun-

tualiza Juana—. Dejo la de Marta para el final porque creo que es mi obligación despachar primero las cartas que tratan de asuntos de la Orden; la otra es algo que atañe solamente a mi devoción personal. Ya sabéis aquello de que «antes es la obligación que la devoción», ¿verdad, hija mía? Y ahora empecemos a trabajar.

Una leve sonrisa ha suavizado la admonición, como es costumbre habitual de la Madre cuando hace una advertencia a las hijas.

—Sí, Madre —la Hermana ha comprendido que su interés por todas las cosas de la Madre le ha hecho ir un poco más allá de lo que permite la discreción; baja los ojos, saca su navajita y se apresta a cortar las plumas que van a necesitar para contestar el correo del día.

Cuando al terminar su apretada sesión de trabajo, puede Juana encontrar un ratito de sosiego para leer la carta de su hija, descubre con sorpresa que el contenido tiene mucho que ver con los asuntos de la Compañía de María:

«...Magdalena y yo lo hemos pensado mucho, hemos reflexionado durante largo tiempo sobre ello, hemos pedido luz durante nuestros ratos de oración y lo hemos consultado con personas de criterio... esta casa no acaba de aceptar la reforma. No hay silencio, no hay quietud, no hay orden, no hay recogimiento... hemos llegado a la conclusión de que podríamos hacer mejor servicio a Dios, al prójimo y a nuestras almas si entrásemos en la Compañía de María. ¿Tú crees, madre, que podemos tener la esperanza de ser admitidas? Tú sabes que podríamos ser útiles en vuestro trabajo con las niñas... Nadie mejor que tú para saber esto, tú que has sido nuestra maestra... y, desde luego, estaríamos dispuestas a aceptar las condiciones que pusierais para nuestra entrada. Esperaremos tu decisión y la de las Madres que forman el Consejo para presentar al Cardenal los escritos que ya tenemos preparados. Será precisa su intervención para conseguir de Roma los permisos necesarios...»

En cuanto ha terminado de leer la carta, comienza otra vez su lectura y vuelve a leerla una tercera vez... «¡Marta y Magdalena en la Compañía de María...! Sería magnífico, pero... antes de verlas aquí... ¡cuántas dificultades habrá que vencer!», reflexiona Juana.

Y aunque es mucha su imaginación y aunque conoce bastante bien el entramado de la vida social y religiosa de su entorno, Juana no ha sido capaz de vislumbrar siquiera toda la aventura que va a suponer llevar a término el proyecto de las dos Madres Monferrant.

Las Madres consejeras que asesoran a Juana estudian con detenimiento la petición de las hermanas Monferrant. No se les oculta que el asunto es delicado y que puede plantear problemas, pero opinan que merece la pena arrostrar el peligro que sea, a cambio de ayudar a entrar en la Orden a dos personas de la valía de las Madres Monferrant. Eso sí, ponen como condición *sine qua non* que las dos, aunque llevan ya veinte años de vida religiosa, se avengan a entrar en la Compañía de María como Novicias y hagan todo el entrenamiento que se exige a las jóvenes que quieren llegar a ser Profesas en la Orden.

Magdalena y Marta de Monferrant encuentran aceptables las condiciones que se les exigen, y es tanto su interés por trasladarse cuanto antes a la casa de la calle del Hâ, que cursan inmediatamente el escrito que tan cuidadosamente han preparado para Monseñor de Sourdis.

Al Cardenal le sorprende muy gratamente recibir este documento. Lleva muchos años luchando por conseguir que en el Convento de las Anunciatinas se observen las normas que dictó el Concilio de Trento y nada, o casi nada, ha conseguido.

Este documento de las Madres Monferrant le puede ser muy útil a Monseñor para apoyar en Roma su petición de que se actúe con más severi-

dad en la reorganización de la vida religiosa dentro de los Monasterios femeninos. Y se apresura a remitir el escrito a Roma acompañado de un informe muy favorable.

En poco más de seis meses las hermanas Monferrant han visto satisfecha su petición: de Roma ha llegado un Breve que permite su traslado a la Compañía de María. Monseñor de Sourdis no ha perdido el tiempo y un documento, redactado en los términos más concisos y terminantes, comunica a la Madre Superiora del Convento de las Anunciatinas que el Papa ha concedido a las Madres Magdalena y Marta de Monferrant el permiso que han solicitado para salir de su Orden y pasar a la Compañía de María.

Juana en su Convento sufre y ora, pensando en el trance por el que están pasando sus hijas; ninguna noticia le llega desde las Anunciatinas.

Monseñor de Sourdis, en su palacio, aguarda impaciente una respuesta que no le llega. Y han pasado siete días desde que envió el Breve papal; Monseñor no está dispuesto a esperar más.

Manda un secretario en busca del Provincial, que es el que tiene jurisdicción más directa sobre el Convento de las Anunciatinas, y acompañado de dos familiares y un piquete de lanceros se presenta en la puerta del Convento.

—Padre Provincial, comunicad, por favor, a la Madre Superiora que voy a entrar unos momentos a orar ante el Sagrario de la iglesia y que luego quiero que las hermanas Monferrant estén dispuestas para ser acompañadas por vos y por mí hasta el Convento que la Compañía de María tiene en la calle del Hâ. He recibido un Breve papal con una orden y voy a cumplirla.

Entra Monseñor con sus familiares en la iglesia, queda el piquete de lanceros apostado en la puerta del Convento y llama el Padre Provincial a la cam-

panilla del torno para anunciar que quiere hablar con la Madre Superiora.

Cuando al cabo de un tiempo sale el Cardenal con su séquito de la iglesia, el Padre Provincial sigue todavía en la portería. El Convento entero ha tenido que oír los atronadores campanillazos que el indignado Religioso ha hecho sonar, pero nadie ha parecido enterarse de nada detrás de las gruesas paredes.

—Está claro que nadie ahí dentro quiere oír vuestras llamadas, Reverendo Padre —comenta agriamente Monseñor de Sourdis.

—Eso parece —admite contrariado el Provincial.

—Bien, probaremos una vez más, la última. Si esta vez no oyen la campana de la puerta tendremos que hacernos oír de una manera más enérgica y efectiva. Tenemos una orden del Papa que obedecer y no podemos dejar de cumplirla solamente porque unas Monjas se hayan vuelto sordas. Sois la máxima autoridad de la Orden en la Provincia y yo soy el Prelado de la Diócesis... ¿Estáis de acuerdo en que nos corresponde a vos y a mí hacer oír a estas Monjas la voz de Roma?

—Sí, sí, desde luego... —dice el Padre Provincial, que está avergonzado del comportamiento de las Religiosas y un poco asustado de la severísima actitud del Cardenal.

Tres enérgicos tirones sucesivos a la cadenilla de la campana, propinados por la propia mano del Cardenal, producen allá dentro una serie de estridentes sonidos que se expanden, produciendo ecos de distintas tonalidades por el interior del enorme caserón.

El Prelado aguarda inmóvil unos largos instantes; ninguna respuesta se oye, ningún ruido, ni el más leve rumor de pasos o de roce de sayas que

sugiera que la llamada ha sido oída y que alguien se apresta a responder de alguna manera.

Monseñor de Sourdis tiene el ceño fruncido, la boca apretada en un firme rictus decidido y un relámpago de brillo amenazador en los ojos.

Se vuelve a sus hombres para lanzar la orden:

—¡Echad esa puerta abajo!

Los lanceros tardan en reaccionar a una orden tan insólita. ¡Echar abajo la puerta de un Convento femenino de clausura!

El Padre Provincial deja escapar una exclamación escandalizada:

—¡Pero, Monseñor...!

—¿Se os ocurre otro medio mejor, Padre mío, de conseguir que estas Monjas de vuestra Orden den cumplimiento a lo que se les manda en el Breve papal? —Francisco de Sourdis repite de nuevo su mandato—: ¡Echad esa puerta abajo!

Y los hombres se aprestan a obedecerle. Empiezan a golpear la recia puerta con los cueros de sus lanzas; el ruido de los golpes produce un tremendo alboroto, pero muy poco daño sobre la dura madera y menos aún en la solidísima cerradura.

—Necesitaríamos una viga, Monseñor, o un grueso madero —explica el jefe del piquete.

—Id a buscarlo.

En el interior del Convento el estruendo de los golpes parece haber producido mucho más efecto que el de los sucesivos toques de campana. Se empieza a oír ruido de voces, de pasos precipitados, varios portazos, unos más lejanos que otros...

Una ventana del primer piso situada sobre la puerta de entrada se abre, y una cara enmarcada en tocas blancas se pega a la celosía. Una voz aguda y un poco temblorosa pregunta:

—¿Qué deseáis?

Desde abajo, el Padre Provincial y el Cardenal contestan casi simultáneamente:

—¡Queremos que abráis esta puerta inmediatamente!

—¡Deseamos ver a la Madre Superiora y a las Madres Monferrant ahora mismo!

Desaparece la cara tras la celosía, aunque la ventana ha quedado abierta, y se oye allá arriba un cuchicheo de varias voces que se superponen unas a otras.

Frente a la puerta están ya los hombres que, nadie sabe de dónde, han traído un grueso tronco. El jefe mira expectante a Monseñor:

—¿Qué hacemos?

—Golpead.

—¡Aguardad un momento! —pide el Padre Provincial.

—¿Aguardar, a qué? ¡Golpead! —repite tajante el Cardenal.

Y el madero, impulsado por los fornidos brazos de tres lanceros, y manejado a manera de ariete, choca violentamente contra la puerta a la altura de los cierres. Retiembla la doble hoja y una hendidura irregular queda marcada sobre la madera pulida de la puerta. Dos y tres veces repiten los hombres la maniobra de retroceder, tomar impulso y lanzar el madero con todas sus fuerzas contra la puerta... Cuando empiezan a retroceder por cuarta vez, la cara enmarcada en tocas vuelve a pegarse a la celosía del primer piso para chillar:

—¡Deteneos, deteneos, no echéis la puerta abajo... que ya vienen... que ya las traen...!

Una mirada de Monseñor ha bastado para frenar a los hombres que ya iniciaban la carrera hacia la puerta.

Detrás de la puerta se empieza a oír el rumor lejano de muchos pies, muchos hábitos, muchos tintineos de rosarios y medallas, muchas voces femeninas que hablan a media voz atropelladamente. El rumor se va convirtiendo en tumulto a medida que se acerca a la puerta.

Por fin se oye el ruido que hace la gran llave al entrar en la cerradura y el crujido de los cerrojos que se descorren. La puerta no ha sido abierta del todo, pero por la estrecha rendija entreabierta han salido al exterior las dos hermanas Monferrant, pálidas y temblorosas...

—¿Estáis bien?

—¡Vámonos de aquí, os lo ruego, vámonos de aquí! —pide Marta.

Tiemblan las dos hermanas de excitación y también de frío. Hace una temperatura muy baja en esta mañana de noviembre. La comitiva apresura el paso y pronto Marta y Magdalena son recibidas con afecto entrañable en la casa de Nuestra Señora.

Y, por fin, pueden vestir el mismo hábito negro y blanco que lleva su madre desde hace ya más de doce años; claro que ellas se cubren la cabeza con el blanco velo de las Novicias.



Es una triste visita la que hoy recibe Juana en el locutorio de la casa de Nuestra Señora. Francisco de Monferrant ha muerto hace unas semanas y Margarita de Cazalis, desconsolada por la pérdida del marido y agobiada por las responsabilidades que se le han venido encima con la falta del jefe de familia, ha venido a llorar su angustia junto a su suegra.

—¿Qué voy a hacer, Madame? ¿Qué voy a poder hacer sin Francisco? ¡Me he quedado sola!

—Vamos, ánimo, hija mía. No estás sola, tienes a tus hijos, me tienes a mí...

Juana tiene que hacerse fuerte, sobreponerse a su propio dolor por la muerte del hijo y volcar todo su entrañable afecto para tratar de consolar a esta joven viuda desolada.

—¡Mis hijos!, ¿qué va a ser de ellos tan jóvenes y sin padre! ¿Quién cuidará de ellos?

—¡Tú cuidarás de ellos!, ¡eres su madre!, y yo te ayudaré.

—¿Cómo voy yo a ocuparme de la educación de Bernardo? Un muchacho de su edad necesita las enseñanzas, la compañía y el ejemplo que sólo un hombre puede dar.

—Sí, tienes razón, ya he pensado en eso. Verás, déjame que te cuente lo que he planeado. Bernardo va a cumplir dieciséis años; podríamos mandarle a París, a casa de mi prima Blanche. Su padre ya se albergó con ella cuando tenía la edad que tiene ahora su hijo. Creo que podríamos conseguir que Bernardo ingresara en la Guardia de la Reina. Le vendrá bien una temporada de disciplina y trabajo militar entre muchachos de su edad y de su condición social. Tendrá cerca de él maestros instruidos, hábiles cortesanos y militares valientes; podrá recibir enseñanzas que le servirán para el día que llegue a la mayoría de edad y acceda al título de Barón de Monferrant-Landirás...

—Y mientras él es menor de edad, ¿quién se hará cargo de manejar la herencia familiar?

—Debes hacerlo tú.

—¡Pero, Madame, yo no sabré...! ¡Yo no podré!

—Sabrás, yo te enseñaré. Podrás hacerlo, hija mía, no es tan difícil... Tendrás que hacer frecuentes visitas a Landirás y pasar allí largas temporadas en las épocas de la recolección y de la vendimia. Cuando tú tengas que instalarte en el campo, me traerás a las niñas. Vivirán aquí, en el pensionado. Estarán muy bien y tú podrás dedicar toda tu atención y todo tu esfuerzo a la buena administración de la herencia familiar. Estoy segura de que lo vas a hacer muy bien...

Juana, que con tanta generosidad había renunciado a la compañía de sus hijas cuando éstas decidieron ingresar en la vida religiosa para mejor servir a Dios y que había dejado atrás la vida familiar para dedicarse por completo a la obra que Dios le ha encomendado, se encuentra, de pronto, conviviendo bajo el mismo techo, con cuatro personas que llevan su propia sangre. Magdalena y Marta de

Monferrant hacen su probación como Novicias. Juana y Francisca de Monferrant pasan largas temporadas como internas en el Pensionado. Ninguna de ellas recibe trato especial ni se la distingue en modo alguno a causa de su parentesco con la Fundadora; al contrario, es consigna dada por Juana que se las trate igual que a cualquier Novicia o a cualquier pensionista; pero las cuatro se sienten arropadas y estimuladas por su presencia y se esfuerzan por conseguir llegar a ser dignas de ella y sus mejores discípulas.

LA COMPAÑÍA SIGUE CRECIENDO

La Compañía de María sigue creciendo..., creciendo y extendiéndose de una manera tan rápida, que Juana hubiera sentido el temor de que este crecimiento fuera enfermizo y debilitara la vida del tronco y de las ramas, si no hubiera tenido la absoluta certeza de que la Orden está en manos de Dios, firmemente enraizada en la Fe, cobijada bajo el manto de Nuestra Señora y de que su crecimiento es... providencial.

La Fundadora ha visto llegar hasta las puertas de la casa de la calle del Hâ a decenas y decenas de mujeres, jóvenes y no tan jóvenes, llenas de generosa buena voluntad; inexpertas las más, iletradas muchas de ellas, ingenuas casi todas..., mujeres valientes, leales, trabajadoras..., que pedían ser admitidas en la Compañía para enrolarse en la empresa de servir a la Iglesia y al prójimo.

El paso de los años y el intensivo proceso de formación en el que se han comprometido, las ha convertido en personas empeñadas en la tarea de llegar a ser mujeres cada día más maduras, siervas de Dios cada día más fieles, maestras cada día más instruidas, educadoras cada día más entregadas a su labor...

Son años de mucho trabajo, de gran esfuerzo, pero también de muchas satisfacciones, de un gozo

muy profundo. Juana se siente enormemente confortada al comprobar que todas estas mujeres que la rodean la secundan en su labor y, a su vez, gozan y se alegran con lo que hacen porque están realizando una labor que les gusta, que hacen bien y que saben que es un servicio al prójimo, a la sociedad y, por tanto, al Señor Dios, Padre de todas las criaturas.

Juana ha seguido, paso a paso, el proceso de crecimiento interior de cada una de estas personas confiadas a su cuidado y ha gozado al verlas avanzar por el camino de la virtud y de la sabiduría... y le supone una gran alegría y también un dolor agudo el tener que separarse de ellas cuando el mejor servicio de Dios se lo pide.

A la fundación de Béziers, de Poitiers, de Le Puy, de Périgueux y de Agen, sigue en este año de 1622 la de Riom. Juana ha ido enviando a cada una de estas fundaciones a aquellas Religiosas que le parecían más preparadas para el duro trabajo de iniciar una casa.

Serena Coqueau, la benjamina del grupo pionero de la casa del Espíritu Santo, fue a Béziers junto con Magdalena de Landrevie. Ana de Arrérac, Ana de Guérin y Jacoba de Chesnel han quedado a la cabeza de la casa de Poitiers, fundada por la propia Juana.

María de Roux ha sido enviada a Le Puy, junto con María Gaschet.

Susana de Briançon y las hermanas Francisca y Susana de Poyferrant son las tres jóvenes que Juana conoció durante aquel ya lejano viaje al Périgueux que hizo con su hija Jeannette. Estas tres mujeres han resultado ser tres espléndidas Religiosas y se las ha elegido como las más adecuadas para fundar y poner en marcha la casa de Périgueux.

Margarita de Poyferré está dirigiendo la casa de Agen.

Ana de Richelet gobierna la de Riom.

Y sobre la mesa de Juana esperan respuesta misivas llegadas desde distintos puntos de Francia: Tournon, Aurillac, Rodez, Saintes... y varios más; en ellas solicitan la fundación de casas Obispos, Cabildos, Parlamentos, familias particulares y hasta pequeños grupos de mujeres que ya viven en comunidad religiosa y quieren incorporarse todas juntas a la Compañía de María.

Juana elige con exquisito cuidado, una por una, a las componentes de cada nueva Comunidad que sale de Burdeos para emprender la aventura de una nueva fundación.

Considera las cualidades y condiciones particulares de cada Hermana y luego trata de imaginar cómo será el trabajo del pequeño grupo entregado a sus propias posibilidades en un nuevo ambiente alejado de la Casa Madre. Y cuando todos los recursos de su prudencia humana y de su buen sentido le han aconsejado la composición del nuevo equipo, somete sus proyectos a un profundo discernimiento en sus largos ratos de oración y luego a la consulta de sus Consejeras.

Cada vez que se entrevé la posibilidad de una nueva fundación, en todas las Religiosas de la casa de Burdeos se suscitan sentimientos muy encontrados. Por un lado, la inquietud de resultar elegidas y recibir el peso de una responsabilidad cuyo resultado apostólico es incierto y que exige grandes dosis de renuncia, de generosidad y de sacrificio... por otro lado, la posibilidad de no formar parte del grupo elegido y por tanto de no ser enviadas a nuevos campos de trabajo.

Blanca Hervé ha pasado por estas experiencias en repetidas ocasiones. Y en todas ha sentido el escozor de ver en la lista preparada por la Madre los nombres de otras Hermanas. Y Blanca cavila... Se siente poco estimada, poco valorada... ¿Será que

ella vale realmente tan poco que la Madre no la encuentra digna de confiarle un puesto de esa importancia y responsabilidad?

Y esos sentimientos se hacen fuertes en su corazón, y un cierto deseo de sobresalir ante las demás y de ser estimada por la Madre la lleva a esforzarse por destacar en la oración, en los trabajos, en las penitencias...

Y Blanca sigue esperando su oportunidad... pero el tiempo es largo y una gran amargura se apodera de su alma.

Hace casi dieciséis años que Juana está a la cabeza de la Compañía de María. Ha simultaneado los cargos de Fundadora, Superiora y Madre Primera de todas las otras casas que se han fundado a lo largo de estos años.

Cada tres años y de acuerdo con lo que mandan las Constituciones, Juana ha puesto su cargo de Superiora de la casa a disposición de la Comunidad. Y cada vez ha expuesto la conveniencia que ella ve de que otra Religiosa sea elegida para regir la casa de Burdeos... pero las votaciones han dado siempre el mismo resultado: por unanimidad se elige a la Madre de Lestonnac para un nuevo mandato de tres años.

Blanca Hervé considera que ha llegado el momento largamente esperado por ella de que las cosas cambien en la Comunidad. Y comienza a difundir entre sus Hermanas una serie de comentarios falsamente desinteresados:

—La Madre de Lestonnac empieza a estar cansada... Es mucho el trabajo que ha caído sobre sus hombros... Tiene que pasar muchas horas al día despachando correspondencia...

Y la campaña se hace con tanta habilidad, con tanta insistencia y astucia... que da resultado. Blanca Hervé es nombrada Superiora de la casa de Burdeos.

Después de la votación, Juana se levanta para ir a besar la mano de la nueva Superiora en señal de obediencia. El ser la Religiosa más antigua le confiere este privilegio. Detrás de ella desfilan todas las demás que han tomado parte en la elección.

La nueva Superiora sale del locutorio grande, donde se ha celebrado la votación, rodeada de un grupo de Religiosas que la felicitan.

Unos pasos detrás del grupo camina Juana, discretamente arrimada a la pared, las manos ocultas en las amplias mangas y la mirada humildemente dirigida al suelo. Se encamina hacia el cuarto de trabajo anejo a su celda donde le aguarda una mesa llena de borradores que corregir, documentos que estudiar y cartas que despachar.

Está tratando de pasar inadvertida porque quiere disimular de la mejor manera posible la profunda contrariedad que la que ella juzga desafortunada elección le ha causado.

Blanca la detiene con un gesto:

—Madre de Lestonnac, ¿a dónde vais?

—Voy a mi celda, Reverenda Madre.

—La celda que habéis ocupado hasta ahora corresponde a la Superiora. Trasladaos a la celda que está vacía al final del corredor del segundo piso...

La orden ha sido lanzada en un tono impertinente. Juana ha advertido inmediatamente dos cosas: que se confirman sus reservas acerca de la capacidad de Blanca para un puesto de responsabilidad y que la nueva Superiora quiere hacer gala de la autoridad recién adquirida enfrentándose a la Superiora recién depuesta.

Juana sabe que le bastaría invocar su dignidad de Fundadora y de Primera Madre para que una gran parte de la Comunidad se agrupara a su alrededor y la apoyara sin reservas; pero sabe también

que esto causaría un enorme perjuicio porque dividiría la casa en dos bandos contrarios y ha sido justamente ella la que ha predicado sin cesar y con toda insistencia la necesidad de unidad y concordia.

Así que contesta en su tono más reposado:

—Muy bien, Reverenda Madre, pasaré entonces por el cuarto de trabajo para recoger...

—¡No es necesario que volváis a entrar allí! Ya dispondré yo que una Hermana reúna vuestras cosas y os las lleve a la celda.

Juana ha emprendido el camino de su nueva celda con el mismo aire de sosegada discreción religiosa con que salió del locutorio en que se ha realizado la votación.

La siguen las miradas de muchos ojos, pero ella no parece darse cuenta; va ensimismada en sus propios pensamientos: «¿Qué es lo que le he hecho a esta criatura? ¿Cómo he podido estar tan ciega que no he sospechado siquiera el resentimiento que se estaba almacenando en su corazón? Es una de mis primeras hijas... ¿cómo he podido descuidarla hasta el punto de no ver que el despecho anidaba en su alma?... Y sigo pensando que no tiene cualidades para ocupar un cargo de responsabilidad y menos para dirigir esta Primera Casa... pero, por eso mismo, he debido dedicarle más atención... ser más amable con ella... distinguirla de alguna manera para que no se sintiera menospreciada..., pero han sido años tan llenos de trabajos, de preocupaciones, de dolores..., claro que eso tampoco me disculpa de haber dedicado poco interés a una hija... y a una hija que me necesitaba tanto, ya que era menos dotada que las demás en la mayoría de los terrenos... Y, ahora, ¿qué podré hacer? No puedo cambiar su actitud ni su animosidad para conmigo... claro que puedo cambiar mi conducta para con ella... puedo demostrarle en todo momento que la acepto como Superiora y que estoy dispuesta a reci-

bir sus órdenes y a cumplirlas... puedo someterme a su voluntad rendidamente... puedo tratar de comprender las razones que tiene para sentirse agraviada y hacer todo lo que esté en mi mano para aplacarla... demostrándole respeto, desde luego, y estimación... si me es posible...»

Su monólogo interior termina, como ya es habitual en ella, en una oración: «Te he pedido, Señor, tantas veces que me enseñaras humildad, mansedumbre, obediencia... Creo que ahora estás respondiendo a mis ruegos... Ha llegado el momento de que acepte, de que me someta, de que aprenda a doblar mi voluntad... y Blanca Hervé es el instrumento que has elegido para enseñarme... Haz, Señor, que yo sepa aprovechar las lecciones que me brindas...»

Empieza para Juana una larga temporada en que se van a poner a prueba su paciencia, su humildad, su temple de espíritu y también sus fuerzas físicas.

El haber tenido que instalarse en una celda del segundo piso le supone subir y bajar escaleras varias veces cada jornada: para asistir a Misa, para ir al comedor, para recibir visitas en el locutorio, para entrevistarse con las Novicias, para dar una vuelta por las clases...

En su nuevo aposento ha tenido que trabajar durante horas para volver a poner en orden los documentos que estaban sobre la mesa de trabajo y que le han llegado amontonados de cualquier manera en un cesto.

A la Madre le ha llevado horas de estar de pie, y de agacharse y levantarse, el poder clasificar todos estos papeles... y se ha cansado, se ha cansado mucho. Le ha cansado el esfuerzo físico porque ya no es joven, va a cumplir los sesenta y cinco años; y le ha fatigado el esfuerzo mental de vencer la inquietud que le causa pensar que todo este desorden ha sido producido voluntariamente con la intención de herir, de entorpecer, de desasosegar...

Y estos esfuerzos físicos y mentales va a tener que repetirlos innumerables veces a lo largo de los próximos años.

Ha llegado diciembre. Se han cumplido ya dos años desde la llegada de Magdalena y Marta de Monferrant a la casa de Nuestra Señora. Este es ya el momento de que dejen de ser Novicias y hagan su Profesión. ¡Tantas veces han imaginado las dos hermanas que éste sería para ellas un día lleno de pacífica alegría...! Pronunciar la fórmula de los votos y prometer la práctica de los consejos evangélicos ante la Divina Majestad, en presencia de la Santísima Virgen, de toda la Corte Celestial, de los numerosos invitados, familiares y amigos... y colocar las manos entre las de «...vos, Reverenda Madre Priora, que estáis en lugar de Dios...» como signo del compromiso y alianza que se establece entre Dios y la nueva Profesa...

Y que esa Reverenda Madre Priora, en cuyas manos colocarían las suyas confiadamente, fuera su propia madre natural... sería algo tan hermoso, algo tan profundamente entrañable...

Este 12 de diciembre de 1623 ha sido un día de gozo y de dolor en la familia Monferrant. Magdalena y Marta han sellado su compromiso con Dios y con la Orden en manos de Blanca Hervé... Y desde el fondo del coro, su madre ha presenciado la ceremonia...

Y cuando llega el momento del abrazo ritual con el que las Madres de la Comunidad acogen y reciben a las nuevas Profesas, Juana ha podido murmurar:

—¡Animo, hijas!

Y las dos salen confortadas de sus brazos. Una vez más, ella se ha hecho fuerte y ha sabido olvidar

su propia situación dificultosa para ofrecer una animosa sonrisa estimulante a quien la necesita.

A la hora de la recepción, en el locutorio grande, parientes y amigos, lo mismo que los eclesiásticos que han oficiado la ceremonia, han echado de menos a Juana y han reclamado su presencia insistentemente... Blanca Hervé no ha tenido más remedio que conceder el permiso necesario, pero siente como un trallazo en plena cara el clamor de alegría que se alza en el locutorio en cuanto aparece Juana y la sucesión ininterrumpida de felicitaciones y parabienes que le llegan de todos lados: por la Profesión de las hijas, por la graciosa presencia de las nietas, por la hermosura de la iglesia, por el esplendor de la ceremonia, por la expansión de la Compañía, por las alabanzas que en todas partes se oyen acerca de la estupenda labor de educación que la Orden de Nuestra Señora está realizando...

Juana sonrío y agradece, y agradece y agradece y sonrío... y procura hablar lo menos posible y no detenerse apenas a intercambiar más que unas frases corteses con cada persona que se acerca al lugar en que ella está... Siente sobre ella la mirada escrutadora de Blanca y teme...

Y sus temores se confirman...

Al día siguiente, la Superiora dispone:

—¡Y de ahora en adelante os prohíbo terminantemente que habléis con nadie en esta Comunidad! Y se os han acabado asimismo las visitas al Noviciado y a la escuela... Nada bueno pueden aprender las jóvenes de vos...

Desde este momento, se ha terminado para Juana la comunicación con el resto de las personas que habitan la casa de Nuestra Señora. Una leve inclinación de cabeza, un gesto, una sonrisa... es todo lo que le está permitido. En la Comunidad, las Religiosas echan de menos su dirección, sus conse-

jos, su ayuda... En el Noviciado, Magdalena y Marta sufren la separación que se ha impuesto a su madre... En el Pensionado, Juana y Francisca de Monferrant preguntan una y otra vez por su abuela y nadie se atreve a contarles la verdad de lo que está ocurriendo... De todas las casas de la Orden empiezan a llegar cartas que expresan temor y alarma por el prolongado silencio de la Madre... Cartas que son apenas examinadas por Blanca y que se amontonan sin ser contestadas sobre la mesa de su cuarto de trabajo.

Un día, un grupo numeroso de Religiosas rodea a Juana a la salida del refectorio para decirle:

—Nos sentimos tremendamente apesadumbradas por los golpes que caen sobre Vuestra Reverencia y quisiéramos hacer algo por evitaros tanta mortificación.

—Hijas mías, agradezco de veras vuestra caridad, pero os ruego que no hagáis nada más que rogar por mí para que sepa sacar provecho espiritual de esta situación. Una Religiosa debe mostrar valor en las aflicciones de la vida.

Blanca tan sólo le consiente a Juana la visita de las muy contadas personas a las que no se atreve a negar la comunicación con la Fundadora.

Pedro Moysset sale de la entrevista con la Madre de Lestonnac asombrado de la tranquila serenidad con que Juana está llevando la situación.

—Ya conocéis —le ha dicho ella— la necesidad que tengo de ejercitar la humildad. En los quince años largos en que he sido Superiora no he tenido muchas ocasiones de practicarla...

Y el Párroco de Santa Colomba escribe a la Madre Ana de Guérin que está en la casa de Poitiers:

«*Mi Reverenda Madre:*

»*Ya es hora de que dé noticias mías a Vuestra Reverencia y a todas esas queridas Hermanas.*

»*Llegué a ésta en perfecto estado de salud, gracias a Dios, el 28 de octubre.*

»*He visto muy a menudo a nuestra buena Madre común, la Madre Juana de Lestonnac. Está bastante bien para su edad, pero sobre todo de espíritu, y da grandes pruebas de virtud en su retiro y soledad, que emplea muy bien a mayor gloria de Dios, y sirve de provecho a la Orden en ese estado, tanto como en el cargo de Superiora. Espero que sus extraordinarias virtudes aparezcan un día públicamente a plena luz. Considero felices a las Religiosas que tienen la dicha de convivir con ella.*

»*Espero tener ocasión de veros antes del mes de septiembre, para deciros de viva voz, como lo hago por escrito, que soy en verdad, mi Reverenda Madre, vuestro hermano y humilde servidor en N. S.*

P. Moysset.»

En Burdeos y a 15 de enero de 1623.

El Padre Jerónimo de Lestonnac se siente profundamente dolido al enterarse de las condiciones en que Blanca ha colocado a su hermana:

—Déjame que vaya a hablar con Monseñor de Sourdis. Estoy seguro de que intervendrá y...

—No, Roger, gracias por tu ofrecimiento; prefiero que no hagas nada; de ninguna manera querría yo sembrar la división y la discordia en la Comunidad...

—¡Pero es indigno lo que se está haciendo contigo!

—No entré en Religión para conseguir dignidades —sonríe Juana—. Hazme caso, Roger; dejemos las cosas como están y demos tiempo al tiempo. Tres años de mandato se pasan pronto... y en

este tiempo yo puedo aprender muchas cosas y hacer experiencias que no había hecho nunca antes...

Un día llega un secretario del Cardenal de Sourdis para visitar a Juana, y Blanca tiene que permitir la entrevista.

El desorden que reina en la casa de la calle del Hâ empieza a trascender al exterior. Hasta Monseñor han llegado confusos y alarmantes rumores.

—Monseñor me ha encargado, Reverenda Madre, que os transmita su deseo de que le escribáis un informe sobre el estado en que se encuentra esta casa.

—Decid de mi parte al Cardenal que cumpliré puntualmente su encargo.

Blanca ha tenido muy buen cuidado de escuchar cada palabra de este diálogo, y pone también los medios para conseguir que el Capellán intercepte el escrito de Juana antes de que llegue a manos de Monseñor de Sourdis.

El escrito de Juana es de lo más comedido y discreto. No habla para nada de su propia situación dentro de la casa; se limita a exponer de manera objetiva las irregularidades que ella considera que están poniendo en peligro la buena marcha de esta Primera Casa que debe ser modelo para todas las otras casas de la Orden.

Cuando Blanca ve expuestas con tan concisa y clara ecuanimidad las irregularidades que su negligencia en el gobierno de la casa están produciendo, su indignación no tiene límites. Reúne a toda la Comunidad y ante ella acusa a Juana:

—¡Poneos de rodillas, Juana de Lestonnac, y besad el suelo! Habéis de saber, Hermanas, que esta Religiosa ha preparado un escrito en el que acusa a esta Comunidad y a mí de apartarnos del cumplimiento de las Reglas y de vivir de una manera des-

ordenada nuestro compromiso religioso; pero muy pronto se os va a acabar, Juana, la posibilidad de andar intrigando, porque habéis de saber que hemos pedido un Breve a Roma, que pronto nos será concedido, por el que podremos despojaros de ese hábito que tan indignamente vestís... Entonces podréis iros a Landirás a cuidar de las gallinas...

Y esto colma ya la medida de lo que la Comunidad puede soportar sin demostrar claramente su desagrado por el trato que está recibiendo la Fundadora.

Llega un día en que Blanca se ve sola y aislada. Las Religiosas rehuyen su compañía y hasta su presencia; evitan tener que dirigirle la palabra y no quieren ni siquiera cruzar la mirada con ella... Se siente tan repudiada, tan rechazada, tan acusada por su propia Comunidad... que se vuelve hacia la única que nunca le ha mostrado hostilidad... Juana.

Una tarde, al salir de la oración, la sigue hasta su celda del segundo piso y allí, deshecha en llanto acongojado, balbucea torpes excusas y vagas explicaciones...

Juana la recibe cordial y sin recelos:

—Vamos, ánimo, hija mía, ánimo. Todo ha pasado ya...

Y trata de calmar su llanto y de serenar su angustia. Comprende que Blanca es una pobre criatura atormentada por su propia mediocridad y cegada por su despechado egoísmo y pone todo su empeño en olvidar y en que la casa entera olvide todas las desdichadas situaciones que se han producido en los últimos años.

La vida de la Comunidad vuelve, poco a poco, a su ordenada y diligente actividad religiosa y educativa habitual. Blanca se deja aconsejar por Juana y con la eficaz colaboración de Isabel de Maisonneuve, de las dos hermanas Monferrant y de otras varias

Religiosas de las más antiguas y responsables, la casa recupera la observancia debida.

Gracias a la paciencia y al buen sentido de Juana, la paz y la concordia están de nuevo aseguradas y consolidadas en esta Primera Casa.

Reassume ella su labor de comunicación con las otras casas, sin mencionar para nada las causas de esta dolorosa interrupción que ha durado casi tres años.

Su prestigio y su autoridad se han visto extraordinariamente acrecentados y todas las Religiosas se vuelven ahora a ella con más respeto, con más veneración y más deseos de seguirla que nunca, porque la han visto pasar con formidable entereza, dignísima humildad y sólida virtud por la prueba de fuego del desprecio, el aislamiento y las injurias.

En el año 1625 acaba el trienio de mandato de Blanca Hervé y accede al cargo la Madre de Badiffe. Es una mujer enérgica, amable, muy observante de las Reglas y muy capaz de lograr, mediante una prudente y recta administración, que acabe de imponerse un perfecto orden en la casa de la calle del Hâ.

Siente un profundo respeto por Juana y tan pronto como toma posesión de su cargo de Superiora, se apresura a mostrarle su gran estima dirigiéndose a ella con toda deferencia:

—Os ruego, Reverenda Madre, que volváis a ocupar vuestra celda del primer piso, que nunca debisteis haber tenido que dejar. Necesitáis ese amplio cuarto de trabajo para seguir con orden y comodidad en vuestra labor de comunicaros con todas las otras casas...

—Ya me he acostumbrado a trabajar en una habitación más pequeña.

—¿Y os habéis acostumbrado también a subir y bajar las escaleras seis y siete veces cada día? —pregunta sonriendo la Madre de Badiffe.

—No —tiene que admitir Juana—, a eso cada día me acostumbro menos, ésa es la verdad. Mis viejas piernas ya no gustan de ese ejercicio...

—Ocuparéis la celda del primer piso —es la conclusión de la Superiora.

—¡Pero, hija mía...! —protesta todavía Juana.

Reinstalada en su antiguo cuarto de trabajo, Juana puede reorganizar sus archivos y reanudar con todo sosiego su incansable labor de expansión de la Compañía.

Tiene confianza plena en la Madre de Badiffe y sabe que puede desentenderse por completo del gobierno de la casa de Burdeos, que ahora está en buenas manos.

Hay numerosas peticiones que instan la apertura de una casa en Saintes. Son varias las jóvenes de aquella localidad que han ingresado en esta casa de Burdeos con la intención de hacer aquí su período de noviciado y, una vez cumplido este tiempo de formación, volver a su tierra natal, si la fundación de una casa en ella llegara a realizarse.

Y el deseo ardiente de tantas personas se cumple. La Madre de Boulaire es designada para el puesto de Superiora de la nueva fundación.

Tan pronto como esta expedición sale de Burdeos, Juana empieza a preparar la próxima. ¿Dónde puede ser ahora conveniente, necesario y posible abrir una nueva casa de Nuestra Señora? Pide luces al Cielo en la oración, examina con minucioso cuidado las posibilidades que se le ofrecen y escucha con atención los consejos de voces autorizadas. Y hay una voz, para ella muy querida y muy respetada, que destaca entre todas las otras; una voz que le habla desde dentro de su propia memoria y que tiene para ella más fuerza que todas las otras voces juntas. Es la voz del Padre de Bordes, el buen amigo que tanto la ayudó en los momentos del nacimiento de la Compañía y que hace ya seis años que murió en Santa María de Olorón, en el Béarn, donde fue a combatir los estragos que la herejía había hecho entre los católicos.

«Nuestra Navarra es tierra de misión —había repetido más de una vez el Padre de Bordes—. La animadversión que en esta tierra del Béarn se siente contra la Iglesia Católica es grande y han sido destruidas casas religiosas, capillas y santuarios...»

Juana ha estado enferma. Desde hace ya tiempo la vienen aquejando frecuentes accesos de fiebre y fuertes dolores en las articulaciones de brazos y piernas. Esta vez la fiebre ha sido tan alta y los dolores tan violentos que se ha visto obligada a guardar cama durante varios días.

Ahora parece que el mal comienza a ceder, pero la enferma se siente todavía débil y muy cansada. Su robusta naturaleza empieza a acusar los largos años de trabajo, esfuerzos, preocupaciones, aflicciones y afanes casi ininterrumpidos.

En esta mañana de finales de diciembre, la Madre Superiora se acerca, claustro adelante, camino de la celda de la Fundadora.

Esta, en cuanto se ha sentido hoy un poco mejor, ha pedido a su enfermera, la Hermana Luisa, las cartas que se han ido acumulando estos días sobre su mesa de trabajo y, recostada sobre varias almohadas, empieza a examinar los sobrescritos y a ordenarlos sobre la cama. Unos ligeros golpecitos en la puerta la hacen levantar los ojos de su trabajo:

—Entrad.

Y es la Superiora la que empuja la puerta hasta entreabrirla para pasar.

—Buenos días, Madre, ¿cómo os encontráis esta mañana?

—Muy buenos días, Reverenda Madre, estoy mejor, gracias a Dios. Espero que ya podré levantarme muy pronto, quizá mañana mismo; ¡hay tantas cosas que hacer! y yo aquí perdiendo el tiempo tontamente...

—Despacito, Madre de Lestonnac, despacito. Nada de pensar en dejar el lecho tan pronto. Me ha dicho la Hermana Luisa que cuando esta mañana os habéis levantado un momento para que os cambiaran las sábanas, os habéis mareado un poco.

—¡Ha sido un vahído pasajero, nada de importancia!

—Bueno, más vale así. De todas maneras permaneceréis unos días más descansando. Es preciso que os repongáis del todo. No saldréis de la celda hasta que el médico os autorice a ello.

—Pero, Reverenda Madre, el doctor de Courillan es demasiado severo en eso y dice que...

—El sabe lo que hace y deberéis seguir sus instrucciones. Y es curioso. Madre mía, que el doctor de Courillan os parezca acertado y digno de confianza en sus cuidados cuando se trata de la salud de alguna otra Religiosa y solamente os parezca demasiado estricto cuando se trata de vos misma.

—¡Pero es que él quiere que me quede...!

—El quiere que os quedéis descansando hasta que estéis recuperada del todo y yo os ordeno que lo hagáis. ¿No vais a querer obedecer a la Superiora de esta casa? —un amable gesto de fingida severidad subraya esta pregunta y Juana no tiene más remedio que sonreír y aceptar.

—Sí, sí, Reverenda Madre, haré como me ordenéis.

—Bien, pues ahora, como premio a vuestra pronta y rendida obediencia, y en atención al día que es, disponeos a recibir la pequeña sorpresa que os hemos preparado.

Alza un poco la voz ahora la Superiora para decir:

—¡Hermanas, adelante!

Y primero Marta y detrás Magdalena, entran

en la celda y se llegan hasta el lecho para abrazar a su madre y desearle:

—¡Felicidades, madre!

La cara de asombro de Juana hace reír a las dos hermanas y a la Superiora.

—¡Seguro que has olvidado que hoy es tu cumpleaños!

—¿Cómo es posible que no recuerdes que hoy cumples setenta años?

—Pasad un feliz día, Madre —desea la Superiora—, y quiera el Señor conservaros en buena salud para bien de esta casa y de toda la Orden.

Y todavía está la Superiora expresando sus buenos deseos, cuando Juana advierte que por detrás de sus hijas han aparecido sus dos nietas, Juana y Francisca de Monferrant, que también se adelantan para saludar a su abuela y desearle salud y felicidad.

La primera reacción que se produce dentro de Juana es de alegría al verlas, pero inmediatamente después, se alza dentro de ella el sentido de la estricta observancia de las Reglas y exclama:

—¿Qué hacéis vosotras aquí? ¡Esto es clausura!

Y es la Superiora la que responde:

—Tranquilizaos, Madre; hemos conseguido un permiso especial de Monseñor en atención a lo extraordinario de la fecha y de vuestra situación.

—Pero, Reverenda Madre, yo no quiero gozar de ningún privilegio especial, ¡puedo ser un mal ejemplo para la Comunidad!

—No os preocupéis. No sois vos la que goza de ningún privilegio, son vuestras nietas las que han obtenido del Cardenal el permiso especial de entrar en clausura para venir a visitaros en el día de vuestro aniversario. Y ahora os dejo, disfrutad de la compañía de vuestras hijas y de vuestras nietas hasta que suene la campana del mediodía...

Sale la Madre Superiora cerrando la puerta cuidadosamente detrás de sí y quedan las cinco mujeres en callada quietud durante unos momentos. Sólo las miradas, rebosantes de entrañable afecto, revelan lo que cada una de ellas siente hacia las otras cuatro. Por fin, los ojos de las dos jovencitas, que se mantienen en pie a los lados del lecho, y los de las dos Religiosas que están sentadas en las dos únicas sillas que hay en la celda, convergen en la figura de Juana, que reposa su cansada cabeza, sobre las almohadas. Y es Magdalena la que rompe el largo silencio:

—¿Cómo te encuentras hoy, madre?

—Estoy mucho mejor, estoy casi bien.

—¿Estás segura?

—Sí, hija, segura. Esto no son más que malecillos sin importancia, no hay que hacerles demasiado caso. Son solamente achaques de la edad.

—Claro, madre —interviene Marta—, como que empiezas a estar viejecita y ya te está llegando el momento de que pienses en descansar.

—¡Descansar! No mientras Dios me conserve la vida... ¡Con la de cosas que aún me quedan por hacer...!

—Pero, madre, ¿todavía quieres hacer más cosas...? Has sacado adelante una familia, has administrado una hacienda, has fundado y puesto en marcha una Orden que cuenta ya con once casas abiertas que funcionan muy bien y que están haciendo una espléndida labor de educación, ¿qué más quieres?

—¡Quiero más, mucho más! Nada debería parecernos bastante cuando se trata de extender la gloria de Dios. ¡Hay todavía tantas personas que no saben cuánto las ama el Señor y que no han aprendido aún la forma de aceptar sus dones y de compartirlos con los demás!

—Bueno, y dinos, madre, ¿qué proyectos tienes ahora a la vista? —pregunta Marta.

—Pues veréis, he recibido una segunda carta de la condesa de Lauzun. Me repite su ofrecimiento de dar 2.000 escudos para comenzar la fundación de una casa en Pau y...

—¡Pero, madre, Pau puede ser un lugar muy poco propicio para la apertura de un Monasterio de nuestra Orden! Es el corazón mismo de las tierras del Béarn y los calvinistas tienen todavía mucha fuerza allí... Las Religiosas que vayan pueden encontrar enormes dificultades.

—Sí, es cierto; por eso mismo he pensado que ésa es una fundación que debo hacer por mí misma...

—¡A tu edad! ¿Te vas a desplazar hasta Pau para iniciar una fundación tan difícil?

—Nunca voy a ser más joven que ahora —bromea Juana—; y por lo mismo que es una fundación que ofrece ciertos riesgos no voy a embarcar a otras en la aventura y a quedarme yo en tierra, ¿no os parece? Además, tengo mucho interés en establecer una nueva casa en Pau. Está muy cerca de la frontera con España, ¿y quién sabe si no nos será posible iniciar desde allí las gestiones necesarias para abrir una casa en el país vecino? Me gustaría tanto que nuestra Orden pudiera empezar a servir a Dios en la patria de Ignacio de Loyola... y de mi abuela materna...

—Eres, madre, eres... incansable —se admira Marta.

—Bueno, de todas formas, no creo que puedas hacer esa fundación —opina Magdalena.

—¿Por qué?

—Porque el dinero que te ofrece la Condesa no es suficiente. Con 2.000 escudos no puedes poner en marcha una casa.

—Pueden ser suficientes para empezar. Luego..., luego, ya veremos. Si al Señor le agrada que llevemos adelante esa casa, El proveerá.

—¡Tú y tu fe inquebrantable en la Providencia...

—¿Me ha fallado alguna vez?

—No, pero en varias ocasiones te he visto metida en apuros serios.

—Y de todos hemos salido, hijas. Es la enorme ventaja de trabajar para un Señor tan poderoso. Todas las obras que se emprenden en su servicio, si El lo desea, salen adelante...

—¡Si se trabaja en ellas, además, hasta dejarse la vida y la salud! —comenta riéndose Magdalena.

—¡Algo hemos de poner de nuestra parte, hija, que por otro lado es bien poco! Siervas inútiles somos... y hasta lo poco que hacemos, nos es posible hacerlo porque El nos ha dado la capacidad de realizarlo.

—Así que estás decidida a ir a Pau.

—Completamente decidida.

—Deberías esperar a tener más medios económicos, madre —aconseja Marta.

—Ya llegarán, estoy segura. Nos harán alguna donación, conseguiremos un préstamo...

—¿Me llevarías contigo, madre? —pide ilusionada Magdalena.

—¿Me llevarías a mí? —suplica Marta.

—No, vosotras hacéis falta aquí, en la escuela. Y de todas formas no olvidéis que vosotras estáis sujetas a obediencia. Solamente la Superiora de esta casa puede disponer de vosotras y no creo que ella quiera ni pueda prescindir en este momento de dos buenas maestras...

—¡Pero tú puedes pedírselo y por lo menos una de nosotras podría...!

—¡Nunca le pediría yo nada semejante! Ya sabéis que ha sido siempre criterio de la Orden que no haya en un Monasterio demasiados miembros de una misma familia...

—¡Pues en este Monasterio somos unas pocas Monferrant...! —ríe Magdalena.

—Y más que seremos cuando el año que viene ingresen también en la escuela las hijas de Jeannette...

Las dos jovencitas Monferrant, que hasta ahora han guardado silencio escuchando a su abuela y a sus tías, han retrocedido hace unos momentos hasta los pies de la cama y allí cuchichean con las cabezas muy juntas. Y, de pronto, se ríen las dos a la vez y se hacen mutuamente grandes gestos de asentimiento.

—¡Vaya!, ¿qué se traen esas dos pequeñas entre manos? —pregunta la abuela sonriendo.

—Vamos, contad, ¿qué es eso en lo que estáis tan de acuerdo? —quiere saber Magdalena.

—Hemos pensado... hemos pensado una cosa estupenda Francisca y yo.

—Verás, abuela, hemos pensado que nosotras no estamos sujetas a obediencia. Podemos ir a donde queramos...

—Así que nos queremos ir contigo a Pau, cuando vayas a fundar...

—¿Nos llevarás?

—Y como te harán falta Postulantes...

—¡Pues nosotras entraremos en la casa de Pau!

—¡Niñas, niñas...! —se emociona la abuela—, pero ¿sabéis lo que estáis diciendo? ¿Qué es eso de que podéis ir a donde queráis? ¡Sois menores de edad...!

—¡Pero como estamos confiadas a tu custodia,

pues nos tienes que llevar adonde tú vayas! —arregla rápidamente el problema la pequeña Monferrant.

—Bien, parece que habéis pensado en todo, aunque quizá no habéis caído en la cuenta de que eso de llegar a ser Religiosas no es algo que consiguen todas aquellas que lo desean; hace falta que el Señor quiera concederles el don hermoso de la vocación...

—Pues yo estoy segura de que Dios me ha concedido ese don —afirma rotundamente Francisca—. Hace ya mucho tiempo que lo estoy pensando y hasta se lo he comentado a mi hermana, ¿verdad que sí?

—¡Es verdad, abuela! Y yo también quiero ser Religiosa. Sólo que las dos habíamos pensado que entraríamos en esta casa de Burdeos, pero si tú te quieres ir a Pau...

—¡Pues nos vamos las dos contigo!

Juana ha tenido que hacer grandes esfuerzos repetidos para tragarse el nudo de emoción que el juvenil entusiasmo de sus nietas ha hecho subir a su garganta. Y tiene que luchar para contener las lágrimas que se le agolpan en los ojos...

Afortunadamente tañe en este momento, con toda oportunidad, la campana que anuncia el mediodía y la reunión familiar tiene que deshacerse...

Salen las cuatro Monferrant camino del comedor del Pensionado, donde las dos más jóvenes van a tomar su almuerzo en compañía de todas las otras internas. Y queda Juana en su celda dando gracias a Dios, que jamás se deja ganar en generosidad, que tan magnífico regalo de cumpleaños le ha hecho y que le ha confirmado de manera tan hermosa que está dispuesto a apoyar el proyecto de fundación en Pau.

La primavera del año 1627 encuentra ya abierta y en marcha la casa de Nuestra Señora en Pau. Juana solamente ha traído con ella a esta fundación a las Madres Isabel y Margarita de Blanchard y a las Hermanas Luisa de Carignan y Luisa de Clisse. Sus dos nietas se han unido también a la expedición.

A la hora de las despedidas en Burdeos, Juana sabe romper la dolorosa tensión de los adioses comentando en tono de chanza:

—Miradlas, van a esta misión por parejas: dos Blanchard, dos Luisas y dos Monferrant... sólo yo voy de non.

Y cada una de las Religiosas que se quedaban en la casa de Burdeos y que veían alejarse el carruaje que se llevaba al grupo, ha tenido ocasión de reflexionar en su corazón: «Difícil sería encontrar alguien que pudiera emparejarse dignamente con la Madre...»

Este primer año en Pau ha sido difícil. Y no han sido sólo los contratiempos, más o menos esperados, por parte de un ambiente hostil y lleno de prejuicios contra una casa de Religiosas educadoras. También ha ocurrido que la ayuda esperada de la Condesa de Lauzun ha sido peor y más escasa de lo que en principio se había prometido. Pero, una vez más, el trabajo, el tesón, la inteligencia y el espíritu de sacrificio de Juana y de su pequeña Comunidad han sacado la empresa adelante.

Y hasta han tenido la feliz oportunidad de rehacer un antiguo Santuario dedicado a la Madre de Dios, destruido durante las guerras de religión, y convertido en capilla para la nueva escuela.

Durante este año, Juana ha sido Superiora, administradora, jefe de obras de albañilería, Maestra de novicias, dispensera...

Y no ha descuidado en absoluto su intenso intercambio de correspondencia, no sólo con las casas fundadas desde la Comunidad de Burdeos,

sino también con todas aquellas otras que han sido fundadas por filiales de la Casa Madre. Son ya casi treinta las casas de Nuestra Señora y de todas ellas le llegan a la Madre consultas, noticias, copias de documentos... porque todas las Superioras miran a Juana como a la Madre Primera, como a la Fundadora de la Orden, y todas quieren mantenerse en comunicación con ella y consultarle las dudas que se les presentan. A casi todas les parece muy importante depender de una sola cabeza para que se conserve la unidad dentro de la Orden.

En este delicado, y a veces abrumador, trabajo de secretaría, son de gran ayuda para Juana las dos nietas, que se han puesto incondicionalmente al servicio de la abuela y de la Orden. Y ha simultaneado todos estos trabajos con su diaria asistencia a las clases para enseñar a las niñas la doctrina y las primeras letras. Volver a su trabajo de maestra, como en aquellos primeros días del Espíritu Santo, ha sido una de las mejores alegrías que ha recibido en esta casa de Pau.

Y ha tenido otras alegrías igualmente profundas. El 8 de septiembre de 1627, fiesta de la Natividad de Nuestra Señora, ha dado el hábito de la Orden a Juana y a Francisca, que son así las primeras de esta tercera generación en consagrarse a Dios en la Compañía de María.



EL ÚLTIMO SERVICIO

Durante ocho años Juana ha permanecido en Pau consolidando la fundación en el plano espiritual, en el escolar y también en el económico.

Y a lo largo de todos estos años le han llegado llamadas insistentes y, a veces, apremiantes para que regrese a Burdeos. Y no es sólo de esta Primera Casa de donde le llegan las llamadas; desde otros muchos puntos de Francia, las Superiores la instan a volver a la Primera Casa porque aún le queda a la Fundadora una gran tarea por hacer, un enorme servicio a la Orden, que solamente ella puede llevar a cabo: es preciso dar unos últimos retoques a las Reglas y, después, mandarlas imprimir.

Hasta ahora, los ejemplares que existen de las Constituciones y las Reglas están todos manuscritos. Cada vez que se preparaba la apertura de una nueva casa, una secretaria se ha encargado de hacer una copia manuscrita de otro manuscrito que, muchas veces, tampoco era el original, sino una copia. Estas copias segundas, terceras y hasta cuartas, del manuscrito original contienen errores, omisiones y, a veces, tergiversaciones del texto original que dan lugar a diferentes interpretaciones y a que, ocasionalmente, haya falta de acuerdo y de uniformidad en la forma de vivir el espíritu de la Orden. Esto entraña el riesgo de que se introduzcan cambios peligrosos para la unión y la concordia que debe reinar en todas las casas de Nuestra Señora.

Mucho le cuesta a Juana abandonar su retiro de Pau, pero comprende que la Orden necesita este último esfuerzo por su parte y no lo duda. A principios del año 1634 está ya de vuelta en Burdeos. Ha dejado en Pau a sus dos nietas, ya Religiosas Profesas, y a un grupo numeroso de Madres y Hermanas que viven la vida religiosa y el servicio de Dios con gran regularidad y fervor.

El viaje ha sido largo y penoso a causa de sus enfermedades y de su gran debilidad. En la casa de Burdeos se le ha hecho un gran recibimiento: es la madre que vuelve al hogar... Juana nota, sin embargo, ese escalofrío doloroso que traspasa el ánimo cuando se pueden comprobar, incluso físicamente, las grandes ausencias... Durante los años que ella ha pasado trabajando tan intensamente en Pau, han muerto en Burdeos Marta y Magdalena, las dos hijas queridísimas, y también el Cardenal Arzobispo de Sourdis, ese tercer Francisco tan definitivamente importante en su vida, este Príncipe de la Iglesia que tantas muestras le ha dado de su estimación y de su afecto, unas veces; y que, tantas otras, ha puesto a prueba su fortaleza y su paciencia.

Después de unos pocos días de descanso, Juana se pone a la ingente tarea que la aguarda. La Madre de Tuquoi, que es ahora la Superiora de esta Primera Casa, le entrega más cartas de Superiores que piden la impresión de las Reglas y que aducen las razones que tienen para ello, señalando los puntos conflictivos que deberían ser aclarados.

Hay que consultar a las Superiores de las casas que no han dado su parecer para pedirles también su opinión: es preciso escuchar a todas y tener en cuenta las sugerencias de todas.

Y quiere Juana, ante todo, escribir una carta a la Madre Margarita de Poyferré, que es la única que vive de las cuatro primeras Religiosas que con ella establecieron los cimientos de la Orden, y en la que ha concentrado todo el afecto que había profesado a aquellas primeras compañeras, ya desaparecidas:

Mi muy querida Hermana: el santo amor de Jesucristo sea vuestro consuelo. Ya estoy, con la gracia de Dios, de regreso en nuestra Primera Casa, aunque he tardado varios días en hacer el viaje a causa de mi vejez, y de mis enfermedades. Me han obligado a emprenderlo los insistentes ruegos de nuestras Hermanas. Me escribieron de diversos lugares que procurase mandar imprimir nuestras Reglas antes que el Señor se sirva sacarme de esta vida, con el fin de conservar mejor el primitivo espíritu de nuestra Orden. Nuestra buena Hermana la Madre de Tuquoi tiene muchísimo interés en ello y es la primera que me lo ha pedido.

No dudo de que participaréis de su mismo sentir, bien lo sé, por vuestra energía en velar por el cumplimiento de las



Constituciones, en vuestro puesto de Superiora. ¡Ojalá os hubieran imitado algunas de las recientes Superiores! No se hubieran dejado así inducir tan fácilmente por aquellas que han intentado originar el desorden y alterar las Constituciones de nuestro Instituto. Esa diversidad que había comenzado a introducir su inconstancia no puede sino sembrar la desunión entre nosotras. A eso hemos llegado. Estoy resuelta a atajar el mal, y como no veo remedio más eficaz que la impresión de nuestras Constituciones con la autoridad de monseñor el Arzobispo, voy a ponerme a trabajar en ello inmediatamente.

Pero antes he querido saber vuestra opinión, ya que sólo quedamos vos y yo de las cinco piedras fundamentales de nuestra Orden. Mi edad no me permite vivir mucho más, así que debo emplear el tiempo que Dios me concede para acabar y afianzar la obra que nuestra Compañía pide de mí.

No olvidéis pedir oraciones para que Su Divina Majestad nos envíe la asistencia del Espíritu Santo en este asunto de tanta importancia.

Con esta esperanza me encomiendo de nuevo a vuestras fervientes súplicas y a las de esas buenas Hermanas.

Sabéis soy muy particularmente vuestra muy humilde y más amante Madre y Hermana en Dios Nuestro Señor,

De Lestonnac.

De Burdeos, 1634.

Una vez conocida la opinión de la Madre de Poyferré y de todas las restantes Superiores, a Juana le corresponde la ingente tarea de, teniendo en cuenta todas y cada una de sus indicaciones, supervisar la copia en limpio de las Constituciones para enviarla a la aprobación del Arzobispo de Burdeos. Ocupa ahora esta Sede Monseñor Enrique de Sourdis, hermano del difunto Cardenal Francisco de Sourdis.

Y mientras la copia de lo que va a ser la fórmula definitiva de las Constituciones es examinada por el Arzobispo y su Consejo, Juana, a petición de la Madre de Tuquoi y de las otras Religiosas de la Comunidad, prepara el acta de atestación de las Reglas:

Yo, Juana de Lestonnac, antigua y primera Religiosa de la Orden de Nuestra Señora, certifico y declaro que las santas Reglas y Constituciones contenidas en este volumen son las mismas que plugo a Dios inspirar a esta Orden desde su comienzo, en que fue aprobada y confirmada por nuestro Santísimo Padre el Papa Paulo V, de feliz memoria, y puesta bajo la jurisdicción y autoridad inmediata del que fue Eminentísimo y Reverendísimo señor Cardenal de Sourdis, Arzobispo de Burdeos y Primado de Aquitania, y que después han sido aprobadas en nuestra Primera Casa de la Orden, bajo la jurisdicción del Ilustrísimo y Reverendísimo señor Arzobispo de Burdeos, sin haber quitado sino algunas pequeñas cosas que ni habían sido ni podían ser practicadas, ni añadido más que algunos nuevos Reglamentos que al comienzo de la Orden no se podían practicar, por falta de suficiente número de Religiosas, pero que son muy necesarios conforme al espíritu de nuestro Instituto; y todo esto por consejo de personas espirituales y experimentadas en materias de Religión, y de parecer y consentimiento de las Madres de esta Comunidad. Por todo lo cual, yo suplico humildísimamente, por la misericordia de Jesucristo Nuestro Salvador, a todos los Ilustrísimos y Reverendísimos señores Arzobispos y Obispos Superiores, que las hagan practicar en las casas de la Orden sujetas a su jurisdicción, y a todas las Madres Superiores que son y serán en el porvenir, con el favor de Dios, que las observen y las hagan observar exactamente a sus súbditas; que amen todas la uniformidad como el sostén y la base de las Ordenes Religiosas, y que comuniquen con esta Primera casa, como madre que es de todas las demás, para que el Dios de la paz, que ama la unión y detesta las divisiones, derrame misericordiosamente sobre la Orden erigida a su honra y de su Santísima Madre, gloriosísima y siempre Virgen, nuestra Patrona y Protectora, sus mayores gracias y bendiciones. Y para que de la verdad de mi sentir no se pueda dudar, he escrito y firmado de mi propia mano la presente atestación y he hecho poner el sello ordinario. Dado en Burdeos, en el Monasterio de Nuestra Señora, el día de San Basilio, catorce de junio de mil seiscientos treinta y ocho.

De Lestonnac.



Cuando, ya aprobadas por el Arzobispo, se mandan imprimir las Constituciones, las acompaña esta acta; es como la firma de Juana que respalda y responde de la autenticidad de lo que el libro de las Constituciones contiene.

Y llega el momento en que Juana tiene en sus manos un ejemplar impreso. Un volumen más bien pequeño, de letra clara y papel discretamente bueno, con sólida cubierta de cartón oscuro.

—Distribuid ejemplares por todas las casas. Todas las Madres y Hermanas de nuestra Orden deberán tenerlo. Contiene el espíritu de la Compañía de María, el que nos une a todas y nos hace servir a Dios según el estilo que El mismo nos marcó...

Juana se siente débil, muy débil y tremendamente cansada. Tiene ya ochenta y cuatro años y sufre una fiebre lenta y continua que la va consumiendo poco a poco. Su aventajada estatura parece haber disminuido y sus ojos han perdido gran parte de aquel brillo vivísimo que los hacía tan atractivos.

Y en los largos ratos que ahora pasa sola, acaricia las tapas del ejemplar de las Constituciones que guarda siempre cerca de sí y sus labios repiten con frecuencia la frase del anciano Simeón:

—*Nunc dimittis...* Ahora ya, Señor, puedes dejar ir en paz a tu sierva porque mis ojos han visto... han visto en marcha la obra que me encomendaste, que por tu inspiración nació y que con tu ayuda ha crecido y se ha multiplicado... No apartes de ella tu mano, Señor, para que la Compañía se mantenga agradable a tus ojos y cumpla la misión que tú le has confiado... Santa María Virgen, Señora y Madre nuestra, protege a tu Compañía...

La Comunidad entera de la casa de la calle del Hâ se vuelca en cuidados y atenciones a la anciana Madre. Le han procurado un sillón de alto respaldo en el que puede reclinarse, porque es tanta su fatiga que no soporta estar sentada sin apoyar la cabeza. Juana pasa muchos ratos en este sillón, con los ojos cerrados y repasando en su mente ante la presencia del Señor tantas y tantas circunstancias de su vida que merecen ser recordadas...

—*Nunc dimittis*... Ahora ya, Señor, puedes dejar ir en paz a tu sierva...

Hoy, día 1 de febrero de 1640, la Hermana Luisa Cliffe, que es la enfermera de Juana, la ha dejado instalada en su celda y ha bajado, como todas las tardes, a la cocina para buscar la cena de la Madre. Y se encuentra con que no hay nada preparado. La Comunidad entera está haciendo el retiro que precede a la renovación de los votos, que deberá hacerse mañana, día de la Purificación de Nuestra Señora, y quizás eso ha hecho que en la cocina hayan olvidado preparar la bandeja para la Madre. La Hermana enfermera vuelve desolada a la celda de Juana:

—Madre, en la cocina no han dejado nada preparado para vos; la despensa está cerrada y los fuegos apagados, ¿qué voy a poder daros para cenar?

—Dadme cualquier cosa; unas de esas pocas uvas que quedan en el cestillo que envió mi cuñada d'Auléde, por ejemplo.

—¡Pero, Madre, eso no es cena suficiente! ¿Cómo han podido en la cocina olvidar que...?

—Vamos, paciencia, Hermana, no culpéis a nadie... No pasa nada. Unas pocas uvas son suficiente alimento; total, para el trabajo que hago...

Juana quiere quitarle importancia al incidente para que la enfermera no se preocupe ni pase mal

rato. Se toma las uvas y luego, con la ayuda de la Hermana Luisa, se acuesta. Y cuando ya está en la cama hace este comentario:

—Bendita sea la bondad de Dios que me ha dado fuerzas para hacer hoy todos mis ejercicios espirituales.

La Hermana se retira llevándose la vela encendida que alumbraba la estancia; pero dice, antes de traspasar la puerta:

—Volveré antes de medianoche, Madre; os traeré algo de alimento. No habéis cenado y vais a sentir debilidad...

—Querida Hermana, no os molestéis en traerme nada. Creo que voy a descansar bien esta noche, y también vos necesitáis descansar...

La Hermana ha bajado al coro para hacer los rezos que el cuidado de la enferma no le ha permitido hacer durante el día con la Comunidad; y cuando sube, a pesar de la recomendación que le ha hecho Juana, se asoma a la celda de la Madre para comprobar que duerme. Y la encuentra con los ojos abiertos. Pregunta a media voz:

—Madre, ¿necesitáis algo?

La Madre no responde y la Hermana Luisa supone que no la ha oído. Se acerca más a la cama y repite su pregunta:

—¿Necesitáis algo, Madre?, ¿queréis que os suba algo de comer?

Esta vez la Hermana Luisa se alarma porque la Madre tiene los ojos abiertos, pero no parece verla y ni habla, ni se mueve. La enfermera sale de la celda y alerta a las Madres que ocupan las celdas cercanas. En unos momentos toda la casa se pone en conmoción. Se avisa al médico, que llega en seguida y que diagnostica un ataque de apoplejía. Todos los remedios son inútiles. Llega el confesor de la casa y, poco después, dos Padres Jesuitas que son

también confesores habituales de la Comunidad. Se turnan a su cabecera Religiosas y Sacerdotes, pero la Madre sigue inconsciente, al parecer, excepto un corto intervalo en el que recupera lucidez suficiente para repetir con voz apenas audible la invocación que le sugiere uno de los Sacerdotes:

—Jesús... María... José...

En este estado solamente es posible administrar el Sacramento de la Extremaunción y se hace con la presencia de todas las Religiosas.

A hora muy temprana, en este día 2 de febrero, la Comunidad se reúne en el coro para la ceremonia de renovación de los votos. Y cuando ya la Misa ha terminado y están las Religiosas dando gracias, la Hermana Luisa corre a avisarlas:

—¡Venid, venid, la Madre está muy mal...! Acude de prisa toda la Comunidad; y también el Padre Martel, el Jesuita que ha oficiado la renovación, que se acerca al lecho y habla a Juana:

—Todas vuestras hijas están aquí para acompañaros en este último trance y para agradeceros cuanto habéis hecho por ellas. Os ruegan, y os ruego yo también con ellas, que les deis vuestra bendición.

La Madre solamente puede responder a esta petición con la mirada, que vuelve hacia la puerta por la que continúan entrando Religiosas...

Y es ésta la última muestra de obediencia y de amor que da Juana en esta vida. Con un leve suspiro deja caer la cabeza de lado y entrega dulcemente su alma al Creador.

El Padre Martel parafrasea a media voz, con tono emocionado, mientras hace la señal de la cruz sobre la frente de la Madre y le cierra los ojos:

—Sierva buena, esforzada y cabal..., pues en lo poco y en lo mucho has sido fiel, entra en el gozo de tu Señor...

Y sólo unas pocas Religiosas, ahogadas por los sollozos, son capaces de responder:

—Amén... amén...

El eco de estos sollozos ha llegado hasta las treinta casas de la Compañía que Juana deja sembradas por todo el sur de Francia. Religiosas y colegialas se unen al dolor de la Primera Casa y lloran la orfandad terrenal en que las ha dejado la muerte de la Fundadora; pero en medio de su pena, todas sienten la firme seguridad consoladora de que la Madre no se ha ido lejos, de que no las ha dejado solas...

Todas presienten con absoluta certeza que de ahora en adelante, junto a la figura de María, Madre y Protectora de la Compañía, estará siempre Juana, la hija fidelísima que, a imitación de su Señora, ha dejado marcado un camino de Fe, de lealtad, de trabajo, de paz, de concordia, de dulzura, de serenidad, de equilibrio, de bondad, de fortaleza... y todas confían en que las que quieran seguirla por esta misma senda podrán contar de antemano con su eficaz ayuda...

INDICE

Primera parte

Tiempo histórico	9
El bautizo	11
Francisco	17
¡Ya sé leer!	19
El mejor amigo	30
Voy a ser... Juana de Lestonnac!	46
¿Méritos o privilegios?	58
Un mal invierno	68
Beauregard	73
Tengo que aprender	77
¿Qué puedo hacer?	85
La vuelta a casa	95
Primera Comuni3n	98
Vida social	101
Gast3n de Monferrant	107

Segunda parte

El matrimonio	113
El castillo de Landir3s	117
La nueva se1ora	121
Estas son mis gentes	125
Madame estuvo aqu3	128
Los correos traen noticias	131
Los hijos	137
Los hijos crecen	141
Madurez	144
Roger de Lestonnac	146
La 3ltima lecci3n de Miguel de Montaigne	155
D3as de luto	159
La vendimia	163
Tiempos dif3ciles	171
Padre y madre	185
Un duro aprendizaje	188
Una buena administradora	191
Preparativos de viaje	197
Marta y Magdalena	203

Caminos diversos	209
El segundo Francisco	220
Comentarios	226
Las Feuillantinas de Toulouse	228
Juana de San Bernardo	230
De nuevo en casa	236
Un viaje al Périgord	242
Susana de Briançon	244

Tercera parte

La Mothe	249
La peste	259
Piedras vivas	263
El libro de las Constituciones de Ignacio de Loyola	266
El Padre de Bordes	270
Nace un proyecto	275
El cardenal de Sourdis	281
Los primeros pasos	284
Dos cuadernos	290
Pedro Moysset	295
El Mariscal d'Ornano	303
El Priorato del Espíritu Santo	306
Toma de hábito	311
El primer Noviciado	314
Consecuencias gozosas	320
Se abre la escuela	326
Jeannette, Baronesa de Arpailhan	329
La fiesta de la Niña María	332
Problemas escolares	336
La calle del Hâ	346
Una gran prueba	352
La Compañía crece	361
Una puerta que se cierra... con estrépito	368
Las hermanas Monferrant	375
Otras hermanas Monferrant	383
La Compañía sigue creciendo	386
En favor de la unidad	393
Pau	401
El último servicio	413
«Sierva buena, esforzada y cabal...»	420

ESTE LIBRO HA SIDO POSIBLE GRACIAS A:

Madre María Ascensión Bolland, que me sugirió la posibilidad de escribir una biografía novelada de Juana de Lestonnac.

Madre María Luisa Mateos, con cuyo asesoramiento, estímulo y apoyo he contado, capítulo a capítulo, a lo largo de todo el trabajo.

Madre María Dolores Lasberas, que desde su puesto de Superiora General me confió la creación de la obra.

Madre Silvia Vallejo, que, al acceder al cargo de Superiora General, renovó el encargo y la confianza que su predecesora había depositado en mí.

Soeur Françoise Soury-Lavergne, que, de palabra y a través de sus escritos, me ha proporcionado información y orientación.

Madre María Jesús Prieto, querida compañera de colegio, cuya amistad, vocación y ejemplo me hicieron sentir deseos de profundizar en el espíritu de la Compañía de María.

Madres María Julia de la Fuente y Josefina Alonso, que me han albergado con exquisita cordialidad cada vez que he necesitado visitar mi colegio de Valladolid para consultar con Madre María Luisa Mateos.

Madre Begoña Zubizarreta, que en todo momento me apoyó con sus frases de estímulo.

Concha Cordellat, Mercedes Nieto, Flora Peña, Carmen de Reparaz, que han tenido la paciencia de leerse el manuscrito y la generosidad de hacerle valiosas aportaciones.

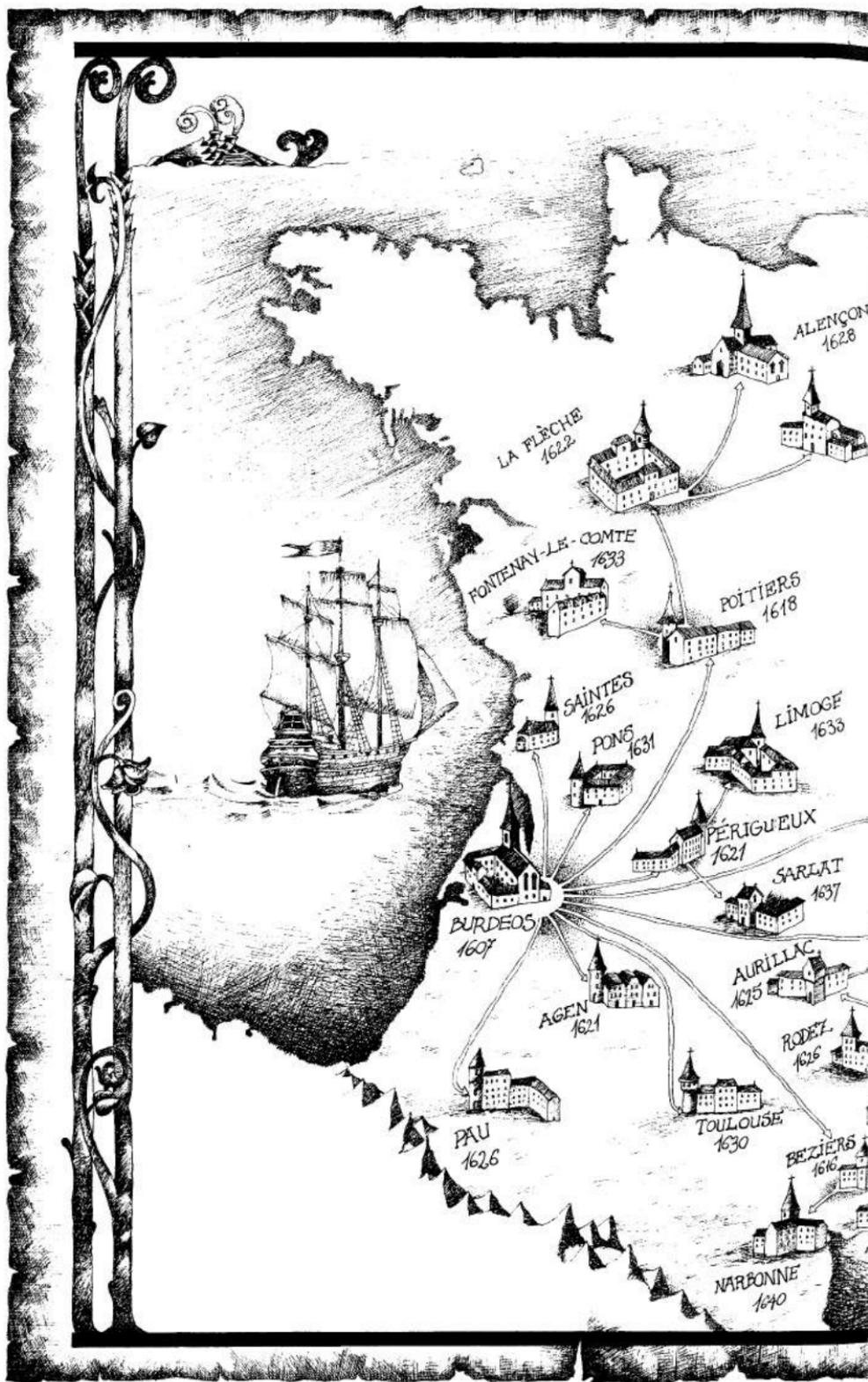
Madre María Luisa Alonso de las Heras, que con tan inteligente delicadeza me ayudó a superar mis problemas de niña.

Todas las Religiosas de la Compañía, que han sido y son mis maestras y amigas, porque a través de sus valores humanos y sus virtudes cristianas pude llegar a intuir cómo sería la Madre que tales Hijas tenía y me hicieron sentir un profundo interés por estudiar la figura de Juana de Lestonnac.

Mi padre, que con tan comprensiva benevolencia ha compartido con Juana de Lestonnac, durante tres años largos, mis horas libres de fines de semana, fiestas y vacaciones.

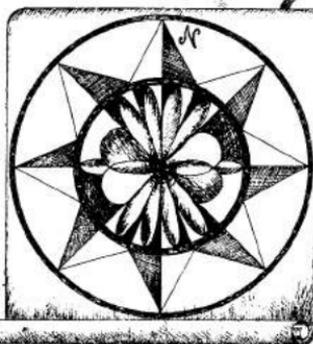
Juana de Lestonnac, que porque fue como fue y porque hizo lo que hizo, escribió con su vida una historia tan digna de ser narrada.

El Señor de la Gloria, en el cual todos somos, estamos y nos movemos y al que todos debemos la capacidad de empezar, continuar y terminar nuestras obras.



FLANDES

PAÍSES
BAJOS
ESPAÑOLES



DUCADO
DE
BAR

DUCADO
DE
LORENA

FRANCO
CONDADO

SUIZA

DUCADO
DE
SABOYA

REPÚBLICA
DE
GÉNOVA



LA FERTÉ-BERNARD
1633

RIOM
1622

ISSOIRE
1634

ANNONAY
1630

TOURNON
1624

BRIOUDE
1621

St. FLOUR
1632

LE PUY
1618

ARGENTIERES
1633

AVIGNON
1635

STAFFRIQUE
1638

FRONTIGNAN
1632

GDE
1634

María Puncel
EDICIONES LESTONNAC
Alto de San Bartolomé, s/n
San Sebastián
ISBN: 84-404-0110-8
Depósito Legal: M-25.955-1987
Impreso en Oiartzun - Guipúzcoa

